¿QUÉ LLEVAS PUESTO?

Un enemies to lovers de armas tomar



Natalia Olmedo

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Natalia Olmedo, *¿Qué llevas puesto?: Un enemies to lovers de armas tomar.*
Diseño de portada: Natalia Olmedo
Maquetación: Natalia Olmedo

¿Qué llevas puesto?:

Un enemies to lovers de armas tomar

Prólogo

Si algo había aprendido en los últimos meses es que, a veces, la vida no te daba limones, sino que te lanzaba el limón entero a la cara, seguido de una caja de naranjas podridas, un despido y, de regalo, una ruptura que te dejaba pensando si acaso tu vida amorosa era el último episodio de una telenovela barata.

Mi nombre es Lara Ruiz y tengo veintinueve años, aunque la parte de los años intento evitarla en cuanto puedo; es que eso de estar a punto de cambiar de década lo llevaba un poco mal.

Sobre todo en el preciso momento en el que empieza esta historia, básicamente porque no sabía qué hacer con mi vida.

¿Mi ocupación? Buena pregunta.

Oficialmente: desempleada.

Extraoficialmente: profesional en buscar excusas para no enviar más currículums, porque la frase de "ya te llamaremos" se me antojaba algo trillada.

La verdad es que después de pasar seis años siendo esclava de mi agenda, entregando campañas de marketing que parecían tener vida propia y aguantando a jefes que se creían CEOs del universo, pensé que merecía algo mejor.

Lo que no esperaba era que ese "algo mejor" fuera un bonito, pero escaso finiquito, una caja de cartón con una taza en la que ponía: "Qué buen día voy a tener hoy", la foto que me hice en Disneyland París, un par de cosas inservibles, entre ellas, una caja de clips, y un "gracias por tu esfuerzo, pero vamos a prescindir de ti".

Lo gracioso —o no tanto— es que ni siquiera tuve tiempo de procesar el despido antes de que el destino decidiera lanzarme la segunda bomba: Germán, mi exnovio, me dejó.

¡Con una carta!

Pero ¿qué forma de dejar es esa?

Que digo carta… dejó una nota breve, que más bien parecía la lista de la compra: "Necesito espacio. Esto ya no está funcionando. No eres tú, soy yo".

Lo típico, vamos.

Maldito cobarde, habría sido incluso más acertado escribir un mensaje de Whatsapp.

Es curioso cómo esas últimas cinco palabras pueden borrar casi tres años de relación y añadirle un sobrenombre: Cucaracho.

Así que ahí estaba yo, con mi orgullo por los suelos, sin trabajo, sin novio y, por supuesto, sin ganas de volver a la casa que habíamos compartido.

Hablando claro: no podía permitirme pagar el alquiler sola.

Me parecía súper injusto porque, ¿acaso Mufasa le dijo a Simba algún día todo esto será tuyo y de todos tus compañeros?

Pues no.

¿O Wirginia Wolf desistió de tener una habitación propia?

Pues tampoco.

Y sí, la vida de una desempleada en paro tiene sus realidades duras, y una de ellas es que, de repente, un apartamento de cuarenta y cinco metros cuadrados cerca del centro de Madrid se convierte en un lujo digno de realeza.

Así que, aquí es donde entra Rocío, o más bien, el anuncio de internet que decía: "Se busca compañera de piso. Ambiente distendido, buen rollo. Preferiblemente, con capacidad de reírse de sí misma".

De reírme de mí misma tenía máster, y del ambiente distendido… bueno, ya veríamos. Solo sabía en ese momento, que cuando me encontré metiendo mis cosas en dos maletas desgastadas, que parecían más cansadas de la vida que yo misma, pensé: *Lara, amiga, esto no es el final. Esto es solo una mala comedia romántica en la que, tarde o temprano, alguien se enamora o se va de viaje a Bali*.

Spoiler: yo no me fui a Bali.

Me fui a un barrio más barato, con un piso compartido, y una compañera de piso que solo conocía por un mensaje de WhatsApp lleno de emojis, al menos al principio.

Así que, con el sonido de las ruedas de mis maletas chocando contra cada baldosa rota del camino, llegué al edificio donde empezaría mi nueva aventura, un capítulo nuevo.

Lo que no sabía es que ese capítulo iba a hacer que mi vida cambiase de forma radical.

Y cuando digo de forma radical… es esta:

—Veinte, cuarenta y cinco, sesenta, ochenta, ciento veinticinco, doscientos y… —conté las pocas monedas que tenía sobre la palma de mi mano— doscientos diez. ¿Cuánto te queda a ti?

Rocío hizo una mueca con los labios y arqueó las cejas, mirando el interior de su monedero al tiempo que se sentaba en la alfombra del pequeño salón al estilo indio junto a mí.

—Otros doscientos más —dijo, después puso morritos.

Yo apreté los míos.

—Estupendo —ironicé—. Creo que para la semana que viene ya nos habrán cortado la luz y comenzaremos a morir de inanición.

Di un suspiro y miré la cara enmarcada en rizos pelirrojos de Rocío.

Llevábamos compartiendo piso unos tres meses. Tres meses en los que entre la señal del cuchitril en el que vivíamos, mis compras compulsivas en Teletienda por inicio de depresión ante tales desgracias y el dinero invertido en cantidades ingentes de helado para las dos, mi finiquito se había ido al garete y la prestación por desempleo en pagar el alquiler a medias y pagar los suministros y la comida.

Eso de ser una adulta funcional todavía no lo llevaba del todo bien.

Rocío también había aportado su parte, por supuesto, pero el mismo problema que tenía yo, lo tenía ella.

Quizá por eso nos habíamos hecho tan amigas.

Ambas sin pareja, ambas sin trabajo, o con trabajos precarios en su caso, y ambas con aspiraciones frustradas que no conseguíamos alcanzar.

Todo mal. ¿Qué hacía, súper?

No obstante, Rocío daba canitas al aire día sí y día también, en cambio yo, muertita de cintura para abajo, que de tropezar con las mismas piedras ya estaba harta.

Entiéndase como piedras a seres con pene, testículos y escroto.

Bastante tenía yo con sentirme en la miseria económica.

Porque amiga, esa frase de que el dinero no da la felicidad es una grandísima mierda.

Y no, no te voy a soltar eso de que llorando en un Ferrari sería más feliz, pero el dinero da

tranquilidad y, cuando una está tranquila, la felicidad viene sola.

—Pues no estoy de acuerdo —dijo Rocío contradiciéndome.

Alcé una ceja.

—¿En qué realidad vives? —pregunté.

—En una en la que he encontrado la solución que necesitamos.

—¿En serio? ¿Cuál? Porque no pienso vender la Thermomix que compré por Amazon. Lo siento mucho —dije poniéndome en pie y moviendo los brazos en el aire.

—No me refería a eso, pero ahora que lo mencionas, jamás vendería a Dori —contestó ella.

Dori era la Thermomix.

Sí, le habíamos puesto nombre a ese cacharro maravilloso que nos salvaba de morir intoxicadas a ambas, porque la de cocinar bien no nos la sabíamos. Ni antes ni ahora.

—¿Entonces? —pregunté, no entendía absolutamente nada.

Rocío sonrió y se levantó de la alfombra para perderse en su habitación.

Yo esperé en el salón y, al cabo de pocos segundos, volvió con una caja entre sus manos.

Arrugué un poquito el ceño.

—Dime que no te has sacado un riñón y que no está ahí dentro para ganar un buen dinero por él —comenté con excentricidad.

Ella soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—¡Tachán! —exclamó dejando la caja sobre la mesita baja de madera que no estaba pasando por su mejor momento y sacando de su interior lo que parecían dos teléfonos móviles—. Pensé que iba a ser más difícil, pero no.

Yo seguía sin entender nada.

—¿Qué se supone que es eso? ¡No vamos a piratear el Netflix! Hay que ser honradas en la vida.

—Tranquila, amiga, que esto que vamos a hacer es muy honrado. —Me guiñó un ojo y me enseñó lo que ya sospechaba: dos smartphones.

Yo me mordí la uñita del dedo meñique y observé cómo los encendía.

—No sé cómo no se me había ocurrido antes. Trabajo desde casa, cómodo, sin jefes. ¡Y podemos ganar un pastón! La empresa que me lo ha proporcionado es la caña.

—¿Nos vamos a convertir en traficantes?

—Sí, cariño. Traficantes del placer. ¡Mira! ¡Una línea erótica!

—Perdona, ¿qué? —dije con los ojos como platos. Definitivamente, debían faltarle nutrientes y había perdido la chola.

—¡Hasta he puesto un anuncio en un periódico digital! —exclamó enseñándome el móvil con la página exacta de dicho periódico.

Contraje las cejas y leí en voz alta:

—¿El Paraíso. Donde tus deseos son órdenes?

—Eso es, reina. Hay que echarle imaginación al asunto. Porque con todos estos problemitas se nos ha olvidado que somos dos diosas, nena. Ahora solo hay que esperar a que llame alguien. Algo más de un euro por minuto, solo tenemos que conseguir que se queden hablando. Calcula cuánto podríamos ganar —dijo moviendo los deditos como las abuelitas al contar, juntando las yemas del dedo gordo con todas las demás de forma muy lenta.

—¿Que se queden hablando quiénes? —pregunté un poquito histérica.

—Pues… quienes llamen, yo qué sé. ¡Es súper fácil! Yo lo probé ayer mientras te fuiste a pasear al parque cuando te dio ese jari de agobio —se encogió de hombros, luego colocó sus

manitas juntas bajo la barbilla, esbozando una sonrisa radiante.

—Rocío, tú no piensas lo que haces, ¿verdad?

Fue en ese instante cuando uno de los teléfonos comenzó a sonar.

—¡Venga, prueba, prueba! —exclamó dando saltos.

—¿Yo? Pero ¿qué quieres que diga?

—No sé, algo, lo que te pidan…

—Pero…

Rocío descolgó la llamada y dijo:

—Estás llamando al Paraíso, donde tus deseos son órdenes. Mi nombre es Cristal, ¿cómo te apetece sentirte hoy? —dijo con voz sensual, dejándome boquiabierta.

Rocío esperó unos segundos y luego colgó la llamada.

—Nada, ya se ha corrido —dijo con pesar—. Este tipo de llamadas no rentan mucho, la verdad.

Puse los ojos en blanco, pero no me dio tiempo a decir nada, porque el otro teléfono comenzó a sonar.

—Venga, te toca, te toca, te toca.

Suspiré, descolgué la llamada y dije con voz trémula:

—Bienvenido, ayudarte, ¿puedo, al Paraíso?

Rocío empezó a negar con los brazos, haciendo aspavientos.

—¿Qué te pasa en la boca? —me chistó, poniendo los brazos en jarras.

—Ponte a cuatro patas, que te voy a dar lo tuyo… —me contestó una voz jadeante al otro lado del teléfono.

—¡Uuuhhh! ¡Depravado! —exclamé súper ofendida.

—¡¿Has colgado?! —gritó Rocío mirándome con ojos de loca, solo le faltaba gritarse a ella misma y arañarse la cara.

—¡No pienso consentir que un señor me diga esas cosas!

—¡Joder, Lara, es que así no vamos a ganar ni un euro! —dijo ella un poco enfadada.

Yo suspiré, al menos ella había buscado una solución a nuestra situación, aunque no fuera la que yo me había imaginado.

—Tienes que practicar —me dijo entonces, más tranquila.

Y claro que practiqué, ya te digo si practiqué.

Regla número 1: nunca digas tu nombre real, ni siquiera permitas que la persona que llama lo diga.

Regla número 2: normalmente lo primero que te preguntan es qué llevas puesto. Muy fácil: vas guapísima de la muerte, con un buen taconazo y braguitas de encaje. O sin ellas, que triunfa más.

Regla número 3: hay que aprender a romantizar el hecho de que puedes estar ganando dinero mientras te depilas el bigote simplemente hablando y fingiendo que te están dando como cajón que no cierra.

Regla número 4: la clave estaba en aguantar la llamada al menos unos diez minutos.

La regla número cinco no me la vi venir, pero fue la de aceptar que el otro lado de la línea nunca fue tan sexi y que podía llegar a enamorarme.

1
Lara

Nunca pensé que aquel piso de alquiler podría tener una segunda vida. Y, honestamente, si me lo hubieran dicho un mes atrás, probablemente me habría descojonado y seguido con mi rutina de buscar trabajo en pijama entre *tuppers* de comida china y películas malas de los 2000.

Ay… qué buenos años, los 2000.

Por no hablar de las compras compulsivas ya mencionadas de las que estaba tremendamen…

No, en realidad no me arrepentía ni un poquito.

Pero, bueno, al caso.

El cuchitril que compartíamos Rocío y yo, ese donde el grifo de la cocina goteaba a un ritmo que te hacía plantearte instalar un acuario y donde el suelo crujía como si debajo viviera una colonia de ratones insomnes —esto último no quería pensarlo demasiado porque me entraba un repelús que no podía con él—, se había convertido en algo distinto.

Y cuando digo distinto no me refiero a que nos compráramos cuatro macetas y una alfombra mona de Ikea.

No.

Lo que empezamos a montar en aquel lugar era algo completamente fuera de lo normal.

—Nena, si vamos a hacer esto, hay que hacerlo bien —me dijo Rocío una mañana, mientras colocaba un catálogo de muebles de segunda mano sobre la mesa—. Piensa en el dineral que hemos ganado en tan solo un mes.

Su bata de seda roja ondeaba detrás de ella como la capa de un superhéroe algo despistado.

—¿Hacer qué? —pregunté inocente, aunque ya lo sabía. Tenía miedo de las palabras que estaban a punto de salir de su boca.

—La línea erótica, claro. —Rocío se ajustó la bata con un gesto dramático, como si estuviera a punto de anunciar una obra maestra—. Y, cariño, no podemos estar operando desde el salón entre montones de bragas sucias y cajas de pizza vacías.

—¡Oye! Que mis bragas están bien limpias guardadas en mi cajón.

—Eso no importa, ¡necesitamos darle glamour!

Glamour.

Esa palabra me daba tanta risa como miedo. Porque, a ver, nuestro piso tenía cualquier cosa menos glamour. Ni siquiera llegaba al nivel de piso cutre *chic*.

Era más bien un piso de estudiantes con crisis de identidad. Pero bueno, si íbamos a convertirlo en una centralita erótica, suponía que cualquier esfuerzo era poco.

Así que nos pusimos manos a la obra.

Primero, el salón, el cual transformamos en algo que, sorprendentemente, no daba ganas de salir corriendo.

Empezamos por tirar todas las sillas viejas que había recogido Rocío de la calle (sí, lo hacía, y nunca me atreví a preguntar por qué) y trajimos unos sillones de terciopelo rojo que habíamos comprado en Wallapop en los que, al sentarte, te daban la falsa ilusión de estar en una película de

Almodóvar. Pero con menos presupuesto.

El toque estrella fue la iluminación: compramos bombillas de luz cálida, de esas que te hacen parecer que has pasado por un filtro de Instagram, las cuales tengo que decir que eran un puntazo para ir quedándote dormidita por las noches en el sofá antes de pasarte definitivamente a la cama.

¿Que tú no haces eso?

Te recomiendo que lo pruebes, esa siesta borreguera es lo mejor, si quitamos el inconveniente de que puede que te levantes con el cuello de otro.

La cosa es que, claro, si íbamos a hablar con extraños sobre sus fantasías más oscuras, al menos queríamos sentirnos guapas.

—Parece un burdel de lujo de los años 70 —dije, mientras colgábamos unas cortinas color vino que encontré en un bazar asiático.

—Exacto —respondió Rocío, encantada—. ¡Ahora sí estamos listas para operar!

La cocina fue otra historia.

Nos deshicimos del microondas que ya olía a quemado aunque no estuviera en uso y lo cambiamos por una cafetera italiana que hacía un café tan fuerte que sentías que te habían despertado a bofetadas.

En mi defensa diré que el microondas era de los pocos electrodomésticos con los que contaba el piso cuando llegamos.

Luego vino la parte más graciosa: mi habitación. Esa donde cada vez que intentaba abrir el armario, me atacaba una tormenta de zapatos.

Convertirla en mi "centro de trabajo" fue más complicado. Al final, tiramos todo lo que había menos la cama y el armario, que era lo único que cabía después de meter una mesa pequeña, también de segunda mano, donde poder dejar el teléfono.

A Rocío le pareció una idea brillante tener una luz de neón en forma de labios justo encima de mi cabecera.

A mí, no.

Pero admito que, después de varias noches de convivir con eso, comencé a cogerle cariño. Era como si mi vida hubiera pasado de drama a comedia sexi en cuestión de días, algo así como una película de esas de Netflix que te dejan un buen sabor de boca tras una hora y media.

¿Que cómo hicimos todo eso?

Vendiendo todas las cosas inútiles que compré en la teletienda.

Tranquila, Dori se quedó bien a salvo.

Pero, claro, para que funcionara de verdad, necesitábamos un equipo. Porque Rocío y yo no podíamos atender a todo el personal solas; es que todo ese rollo del Paraíso que se inventó Rocío, tenía mucho tirón.

Y aquí es donde entraron ellas, por lo que Rocío tuvo que conseguir más teléfonos del placer.

Primero, Cristina. La conocimos en un bar rockero del centro, de esos que no tienen nombre visible y en los que el camarero te habla como si llevaras cien años yendo allí, aunque sea tu primera vez.

Rocío, con su instinto natural para la sociabilidad, se hizo amiga de ella en cuestión de minutos después de alabarle los piercings y su *mohawk* perfectamente estructurado.

Cuando le propuso unirse a la línea erótica, Cristina soltó una carcajada que resonó en todo el bar, y luego, entre risas, aceptó.

—Chicas, si me pagáis, yo gimo en diez idiomas diferentes —dijo mientras se pedía otro chupito.

Y así, sin más, Cristina entró en nuestro extraño pero divertido mundo.

Luego llegó Ni, la vietnamita. Era la compañera de yoga de Rocío, aunque, a decir verdad, las veces que Rocío había ido a yoga podían contarse con los dedos de una mano. Lo curioso de Ni es que hablaba poquísimo, pero cuando gemía... bueno, sonaba como si alguien hubiera remixado un mantra budista con reggaetón.

Hacía unos sonidos tan particulares que la primera vez que la escuché pensé que el teléfono se había atascado.

Pero no.

Era ella.

Su estilo era más "gangangan" que "oh sí, papi", y aparentemente, a los clientes les encantaba.

Y finalmente, llegó Yelena, la cubana. La encontramos gracias a un grupo de Facebook de mujeres empoderadas que buscaban diversificar su carrera.

O algo así.

No tengo ni idea de cómo llegamos ahí, pero nos topamos con su comentario diciendo que buscaba un trabajo divertido y fuera de lo común.

Y bueno, lo que teníamos entre manos era exactamente eso.

Cuando llegó al piso, fue como una ráfaga de energía tropical.

En cuanto abrió la boca, su acento cubano nos enamoró y, aunque no había hecho nada parecido antes, parecía tener un talento innato para la seducción telefónica.

—Mijitas, yo esto lo bordo. Dale, que lo hago hasta cantando si me lo piden —nos dijo con una confianza arrolladora.

Y así, de alguna manera, nos habíamos encontrado un equipo de lo más pintoresco: Cristina, la rockera que gimoteaba con la misma facilidad con la que se hacía un piercing nuevo; Ni, la maestra del gangangan; Yelena, que podría venderte lo que fuera solo con su acento y una sonrisa y Rocío, la diva entre las divas.

Luego estaba yo, que todavía me ponía nerviosa alguna vez cuando me entraba una llamada.

El piso estaba listo, el equipo estaba armado y nosotras... bueno, nosotras tratábamos de pagar las facturas, que el paro no es eterno, mi *ciela*.

2
Lara

A ver, nadie te avisa de que ser adulto significa, entre otras cosas, arrastrar un carro de la compra por el supermercado como si fuera una extensión de tu brazo.

Tampoco te dicen que, de repente, tu cerebro se va a convertir en una máquina de calcular si te conviene más comprar el pack de tres latas de atún o el de seis, porque claro, hay una oferta, y ya que estás, pues te lo llevas.

Por no hablar de la decisión entre papel higiénico de dos capas o de tres, si calculas relación calidad precio.

Estaba claro que nuestros ojetillos se merecían lo mejor, pero la marca Scottex estaba muy lejos de llegar a nuestro retrete.

Evidentemente, nadie te advierte de que un día ¡*puf!*, puedes quedarte sin blanca y con gastos que viviendo en casa de papá y mamá no tenías que asumir.

Y yo, ni mucho menos pude algún día imaginar que trabajaría de aquella manera.

Había fingido más orgasmos que cuando Germán, el cucaracho, compartía cama conmigo. Porque ni siquiera follar se le daba bien.

Lo siento, tenía que decirlo, porque a estas alturas, la fase de lamentaciones que existe en toda ruptura, ya estaba superada.

Estaba buscando trabajo, pero mientras me salía algo interesante, ahí estaba: simulando estar más caliente que el cenicero de un bingo cada vez que cogía una llamada.

Seamos claras: pagaba las facturas, me estaba dando incluso para ahorrar, y gracias a eso había conocido a Ni, Yelena y Cristina, que no vivían con nosotras, pero venían cada día y se colocaban cada una frente a su teléfono como si tuvieran un horario de trabajo.

Por lo tanto, compartíamos experiencias, risas, comíamos juntas, picábamos entre horas y nos contábamos nuestros dramitas.

Que mal de muchos siempre es consuelo de tontos, ya sabes.

Aquella mañana, nada más levantarme y desayunar una taza de aquel potente café de nuestra cafetera nueva, me senté en la cama, con el teléfono de la línea erótica en una mano y la *Epilady* en la otra, esperando mi próxima llamada.

Si Rocío me hubiera visto en aquel momento, se moriría de la risa.

Me había dejado llevar por su entusiasmo, porque, según ella, "esto es lo más liberador que puedes hacer, cariño", y ahí estaba, lista para el *show*.

O algo parecido.

Justo cuando encendí la *Epilady* y me preparé para la masacre, sonó el teléfono.

Perfecto.

Menos mal que esa máquina era de los últimos modelos disponibles en el mercado y no hacía demasiado ruido.

—¡Ay madre, ya empezamos! —murmuré, bajando la mirada hacia mis piernas, que estaban a mitad del campo de batalla, llenas de parches de piel suave y otros… no tanto.

Con un suspiro, contesté con la voz más seductora que pude sacar en ese momento.

—Has llamado al Paraíso, donde tus deseos son órdenes… —empecé, pero en cuanto lo dije, la *Epilady* me dio un tirón que me hizo saltar. Me llevé la mano a la pierna y tuve que disimular el dolor.

Debería haber elegido la cuchilla, pensé.

—¿Hola? —respondió una voz grave al otro lado—. ¿Eres… Melanie?

Melanie era mi nombre artístico. Rocío lo había escogido porque, según ella, era sofisticado pero con un toque sexi. Yo seguía pensando que sonaba más a nombre de concursante de *reality show*, pero quién era yo para discutir.

—Claro que soy yo, amor… —dije mientras deslizaba la *Epilady* un poco más abajo. El tirón siguiente me hizo morderme el labio tan fuerte que por poco me arranco un trozo—. Mmm… ¿cómo puedo complacerte hoy?

Tenía que sonar como una diosa sexual, pero la verdad es que con cada tirón sentía que me arrancaba la piel.

¡Bendita tecnología!

—¿Qué llevas puesto? —dijo él con una voz que sonaba más seria de lo que esperaba.

Ahí estaba, la clásica pregunta. Y claro, yo vestida con unos leggings viejos y una camiseta con manchas de lejía, glamour total.

—Oh, llevo puesto… —me quedé en blanco, mirando mis piernas—. Un conjunto de seda… rojo. —Mentira, pero al menos sonaba bien.

—Eso suena… increíble. ¿Es suave?

Me estaba concentrando en no soltar ningún quejido de dolor mientras la *Epilady* seguía con su tortura particular.

El hombre esperaba que yo le describiera cómo me tocaba y yo estaba más preocupada por no arrancarme un trozo de piel.

—Oh, sí, amor, muy suave… tan suave como... mi piel después de depilarme, supongo —dije sin pensar.

¡Mierda!

—¿Cómo dices?

—Nada, nada, cariño —me apresuré a aclarar, dándome cuenta del desliz.

¡Genial, Lara! ¡Muy erótica tu respuesta!

Seguí con la depiladora en la pierna, mientras el hombre continuaba con su perorata sobre lo sexi que se imaginaba que era.

Yo, por mi parte, hacía malabares para no soltar gritos de dolor.

Sentía como si la *Epilady* estuviera arrancando pelos de raíces que se habían aferrado a mi cuerpo desde el Paleolítico.

Pero ¿qué era eso?

Parecían alambres, lo juro.

Adiós, cuchilla, eres el mal.

—¿Te gustaría que te tocara? —preguntó él, metiéndose cada vez más en el papel.

—¡Sí! ¡Por favor! —dije sin poder contenerme, aunque mi entusiasmo no era precisamente por lo que él creía. En ese preciso momento, la maquinilla hizo contacto con una zona particularmente sensible y solté un pequeño jadeo.

—¡Oh, Dios, eso ha sonado increíble! —dijo el hombre con un suspiro emocionado—. ¿Lo has sentido, Melanie?

Claro que lo había sentido, pero no lo que él pensaba. Ese maldito tirón de pelos era peor que cualquier fantasía erótica que me pudiera contar. Mientras él seguía jadeando al otro lado del teléfono, yo estaba al borde del colapso, preguntándome si podía ser un poco menos apasionado para que pudiera acabar de depilarme en paz.

—¡Sí, lo he sentido, cariño! ¡Lo he sentido muy… fuerte! —respondí, con la esperanza de mantener el tono sexi, mientras apagaba el aparato y rezaba para que esa pierna estuviera ya libre de pelos.

El tipo al otro lado de la línea parecía estar disfrutando muchísimo.

¡Demasiado, diría yo!

Pero mi piel ardía y necesitaba un respiro. Además, la pierna izquierda seguía cubierta de pelos y no estaba segura de cuánto tiempo más podría seguir haciendo malabares entre la seducción y la tortura personal.

—Melanie, quiero que… que me digas cómo te sientes ahora.

—Oh, estoy… —Intenté sonar apasionada—..., estoy… en el cielo, mi amor. ¡No sabes lo bien que me siento! —Eso último era más verdad de lo que debería admitir, porque había apagado la maldita depiladora al fin.

—¿De verdad? —preguntó él, con la voz grave—. Porque yo… estoy llegando al…

—¡Sí, sí, sí! ¡Llegando! —grité, mintiendo como una bellaca.

Pero bueno, al final todo se trataba de darle al cliente lo que quería, ¿no?

El silencio que vino después me indicó que mi querido cliente había terminado lo que tenía que terminar.

Suspiré de alivio, colgué el teléfono con suavidad y me dejé caer en la cama, agotada.

La *Epilady* cayó al suelo con un *plof*.

—No puedo creer que esto sea mi vida ahora—me dije, mirando mi pierna medio depilada y pensando que al menos tendría algo interesante que contarle a Rocío.

Pero fue entonces cuando mi mundo volvió a girar tras recibir un mensaje en mi correo electrónico.

Sí, confieso que soy de esas personas que todavía utilizan el hotmail.com en su dirección de email.

Lo siento, la era *millenial* es inmortal.

Me vestí y peiné rápidamente y un par de horas más tarde, me encontraba en el súper del barrio, ese lugar donde si no te das prisa, terminas haciendo cola detrás de una señora que se conoce a la cajera por el nombre y decide, así como el que no quiere la cosa, que es el mejor momento para contarle cómo le fue la vida desde 1998.

Yo, en cambio, estaba haciendo malabares con una lista mental de todo lo que necesitaba: algo de cena, que decidí que fueran un par de pizzas familiares para todas, una botella de vino (porque no hay un buen comienzo que se resista a una copa), y ya que estaba, un par de cosas saludables para convencerme de que mi vida estaba en buen camino.

Mis elecciones: una bolsa de ensalada preparada que probablemente moriría en la nevera, el vino, las pizzas, queso, espaguetis y una salsa de bote.

¿Para qué? Los espaguetis y eso, digo, pues no sé, porque una siempre acaba comprando pasta en el supermercado, que nunca viene mal.

Ah, y, cómo no, chocolate. Oscuro. El más intenso que había, porque si mi vida amorosa no iba a tener intensidad, al menos lo tendría mi postre.

Cuando llegó la tarde, todavía seguía guardando la noticia solo para mí, y deseaba darme una

ducha y tirarme en aquel sofá rompe espaldas, porque esa misma mañana había tenido una entrevista de trabajo precisamente en aquel súper, y los nervios me habían dejado agotada.

Y ¿adivina qué? ¡Me habían cogido!

Ole, ole, los caracoles.

Después de sobrevivir a la cola donde, efectivamente, me tocó la señora del 98, volví a casa con mi mini compra y un cansancio que no era normal para alguien que, técnicamente, estaba en paro y no había hecho nada en todo el día, salvo gemir un poquito al teléfono.

Bueno, jolín, y ¡conseguir un trabajo fuera de casa! Aunque dicho trabajo tenía matices.

Tranquila, ahora mismo sabrás a lo que me refiero.

Cuando llegó la tarde, la sensación de vacío en el hogar no se había evaporado.

Rocío aún no había vuelto de aquel sitio secreto del cual no me había querido dar detalles.

Ni un mensaje, ni un "¿qué tal todo?"… Nada. Supuse que seguía en su rollo post-ruptura que, por lo visto, no incluía lamentarse por su ex sino más bien disfrutar de una ración de hombres esporádicos.

Y las chicas habían trabajado por la mañana un par de horas, por lo que me encontraba sola.

Saqué las pizzas del frigo, tratando de convencerme de que el zumbido extraño que desprendía no era un indicio de que estaba a punto de explotar.

Había mandado un mensaje a las chicas por el grupo de Whatsapp que teníamos en común, indicándoles la hora acordada y un misterioso: “Tengo algo que contaros”, por lo que todavía tenía tiempo para darme una ducha y ponerme cómoda en lo que llegaban.

Después de aquella ducha tan deseada, me miré al espejo y me di cuenta de que me había venido arriba con la mascarilla de hidratación.

—Ay, Lara, de verdad… —me dije, mientras recogía el desastre de productos de belleza esparcidos por todo el baño y me quitaba el excedente de la cara.

Después me vestí con una camiseta ancha de Los Ramones, hice un moño con una pinza en mi cabello rubio pajizo y largo, y salí corriendo a la cocina para ponerme manos a la obra.

Tras poner ambas pizzas en el horno y preparar un platito con patatas de bolsa, que siempre son bienvenidas, me aseguré de poner la mesa con esmero: un mantel que había heredado de mi abuela, por no decir que lo saqué del fondo del armario, unas velas que compré en un bazar de esas que huelen a vainilla con lejía y copas de vino que parecían mucho más caras de lo que realmente fueron.

El toque final fue la botella de vino que había comprado.

Un rato después, cuando estaba a punto de sacar las pizzas del horno, escuché el alboroto típico de Rocío entrando por la puerta.

—¡Laraaaaa! —gritó desde el pasillo como si estuviera llamando a su perro en el parque—. He traído a las chicas, prepárate para el espectáculo.

Ah, sí.

Rocío y su manía de convertir cualquier plan en un desfile de personajes que parecen sacados de una película indie.

Sabía que ella venía con las otras, pero no esperaba que llegaran TODAS juntas como un grupo de estrellas del rock.

En cuanto cruzaron la puerta del salón, se desató el caos.

Rocío plantó un beso en la mejilla y detrás de ella entró Yelena, la cubana, riéndose como si le acabaran de contar el chiste de su vida.

—¡Mi vida, esto es una maravilla! —exclamó Yele, señalando el mantel arrugado y las velas

medio torcidas—. Pero qué lindas que somos, vamos a brindar hasta que se nos salgan las pestañas.

Cristina, con su cabeza medio rapada y ese aire de chica dura, se lanzó sobre el sofá con una despreocupación que me hizo pensar si alguna vez la había visto ponerse nerviosa por algo.

—Vaya, vaya. Esto parece más bien una escena de cena de empresa, pero con presupuesto cero, ¿no? —dijo Cristina, abriendo una lata de cerveza con la habilidad de quien ha hecho esto más veces de las que se atreve a contar.

Las cervezas las trajo ella, insisto en que en esta casa, éramos más de vino.

Del barato, eso sí.

Y por último, nuestra querida vietnamita, que entró en silencio, como siempre, con su misteriosa paz interior que lograba desconcertarme y hacerme reír al mismo tiempo.

—A ver, dime, ¿qué celebramos? —preguntó Rocío, mientras ya estaba hincando el diente a una porción de pizza, sin esperar a que nadie más se sentara.

Las chicas se acomodaron alrededor de la mesa y me miraron con expectación. Yo respiré hondo y sonreí, porque, aunque la noticia fuera lo más random de mi vida, estaba emocionada por compartirla.

—Vale, os he reunido para contaros que… ¡he conseguido trabajo!

—¡¿Qué?! —gritó Yelena, al borde del colapso—. ¡Ay, Dios mío, ¿dónde?!

—Espera, espera —saltó Cristina, poniéndose seria—. ¿Qué tipo de trabajo? Porque con Rocío nunca se sabe… ¿No me digas que es en alguna línea erótica?

Todas se echaron a reír mientras yo sacudía la cabeza, aunque no pude evitar sonreír al recordar la sugerencia de Rocío de meterme en ese mundo. Pero no, la vida me había regalado algo más... peculiar.

—¡Trabajo en el súper! —anuncié, levantando las manos como si fuera un premio de lotería —. En el supermercado del barrio. Pero hay un pequeño detalle…

—¿Y es…? —Rocío alzó las cejas.

—Voy a vestirme de pollo —confesé, después puse morritos.

Hubo un segundo de silencio, el tipo de pausa dramática en la que piensas que tal vez no deberían haberte invitado a la fiesta. Pero de repente, la sala estalló en carcajadas.

—¡¿De pollo?! —gritó Yelena, sujetándose el estómago de tanto reír—. ¡Ay, mi amor, esto es demasiado!

—Espera, espera —dijo Cristina, secándose una lágrima—. ¿Vas a vestirte de pollo y dar vueltas por ahí en el súper? Esto es lo mejor que he oído en todo el año.

—¿Tendrás que hacer “pío pío” o algo? —preguntó Rocío con una sonrisa burlona—. ¡Me muero!

—Ya veremos lo del “pío pío”, pero sí, voy a vestirme de pollo y repartir flyers o lo que sea —admití entre risas—. Es surrealista, lo sé, pero al menos es un trabajo. Y con un poco de suerte, no me despedirán el primer día.

—Oye, cualquier cosa es mejor que estar en paro, ¿no? —dijo la vietnamita desde su rincón del sofá, con esa calma tan zen—. Aunque espero que tu uniforme no sea muy... grasiento.

Todas volvieron a reír y, en ese momento, me di cuenta de que, aunque la situación era lo más ridículo que había vivido hasta ahora, me sentía bien.

No importaba si estaba a punto de convertirme en la versión humana de una pechuga de pollo, tenía a estas chicas conmigo, y eso ya era motivo de celebración.

Brindamos con vino barato, nos peleamos por los últimos trozos de pizza y hablamos hasta

tarde, planeando mi debut como pollo y, entre risas, soñando con que tal vez, solo tal vez, algún día, alguna de nosotras dejaría de reírse de los trabajos raros para vivir la vida que realmente quería.

Pero mientras tanto, había pizza, risas y ellas. ¿Qué más podía pedir?

Quédate, no tiene desperdicio.

3
Lara

Rocío era un vendaval de energía positiva, con esa mezcla de fuerza y ligereza que me descolocaba.

Mientras yo me preocupaba por el futuro, ella parecía vivir el presente como si no hubiera otro día.

Compartir piso con ella era como entrar en una espiral donde las cosas pasaban sin previo aviso: un día te encontrabas maquillada y lista para una cena rápida y al siguiente estabas volviendo a casa a las cinco de la mañana con resaca de vino y una bolsa de patatas fritas como cena.

Rocío se había convertido en una especie de brújula en mi caos, solo que en vez de señalar al norte, te llevaba al bar más cercano o a una charla profunda sobre la vida en plena madrugada.

Y, lo admito, aunque no entendiera cómo podía ser tan despreocupada en algunas cosas, había algo en su manera de ser que se me estaba pegando.

Por eso, cuando vi la oferta del supermercado, no me lo pensé tanto.

Aunque nunca había desempeñado un trabajo como ese y siempre me había dedicado al marketing, me convencí de que cualquier cosa era mejor que quedarme en casa lamentándome.

O fingiendo que te corres, me recordó mi subconsciente.

Al fin y al cabo, Rocío tenía razón: si la vida te da limones, pues nada, los exprimes y te haces un gin-tonic.

No obstante, a mí no me dio para hacerme un gin-tonic, sino que me trajo un disfraz de pollo.

Cuando me enteré, no supe exactamente en qué momento decidí que aceptar trabajar vestida de pollo en el supermercado del barrio era una buena idea.

Pero… todo era probar.

Vamos, Larita, si no puedes volar, al menos ponte alas de pollo y pégate a los clientes como el colesterol.

El primer día, claro, no fue normal, de lo contrario esta historia no existiría.

Llegué tarde porque me quedé dormida, así que entré en el supermercado corriendo, jadeando como si hubiera estado en una maratón y con el pelo desastroso.

El encargado, un tipo calvo con una ceja perpetuamente arqueada, me miró con una expresión que no supe descifrar.

—Tarde el primer día. Me gusta tu estilo —dijo, sin ni siquiera molestarse en sonar sarcástico. Directo al grano.

—Lo siento, me pilló el tráfico... —mentí descaradamente, sin mucha convicción. Pero no pareció importarle.

—Ponte el disfraz de pollo. Hoy tienes promoción de *fingers*. —Y así, sin más, me lanzó el traje de espuma amarillenta que olía vagamente a fritanga rancia.

El shock fue instantáneo a pesar de que ya sabía a lo que iba a enfrentarme.

¿Disfraz? ¿Pollo? ¿*Fingers*?

Pero ¿quién me mandaría a mí?

Mi cabeza intentaba procesar toda esa información mientras el hombre desaparecía por los pasillos del supermercado, dejando mi destino sellado entre alitas acolchadas y un cubo de *fingers* que ni siquiera parecían de verdad.

Así que así empezó mi primer día: con un traje de pollo grasiento y un cubo de *fingers* de pollo frito, parada justo al lado de la entrada del supermercado.

La cuestión es que ahí estaba, moviendo mis alitas de espuma acolchada mientras les ofrecía a los clientes los peores *fingers* de pollo que había probado en mi vida.

Tan malos, que estaba segura de que cuando llegara la noche, medio barrio iba a estar lidiando con una diarrea de campeonato.

—¡*Fingers* de pollo crujientes! —anuncié con una falsa sonrisa, acercando la bandeja a una señora mayor con un carrito que parecía pesar más que ella.

—Ay, hija, no sé cómo puedes hacer esto. ¡Ni con toda la hambruna del mundo comería eso! —me soltó, con una mirada de lástima que me hizo sentir patética.

Suspiré mientras ella seguía su camino, y vi que un niño pequeño me miraba, con una mezcla de miedo y fascinación, como si fuera el cruce bizarro entre un payaso de circo y la mascota de una cadena de *fast food.*

Imposté una de esas sonrisas forzadas que seguramente parecían más una amenaza que una invitación.

—¿Qué quieres, cariño? ¿Un *finger* de pollo? —pregunté, con tono maternal y la esperanza de que al menos alguien me hiciera caso.

—Mamá, el pollo me está hablando —dijo el niño, con los ojos como platos y aferrándose a la pierna de su madre como si yo fuera el monstruo que todo niño cree que se esconde en el armario de su habitación.

Genial, Lara. Acojonando a niños desde el primer día. Meta desbloqueada.

Ya había pasado un buen rato desde mi primer intento de ofrecer *fingers*, y no podía parar de pensar en cómo reaccionaría Rocío cuando se lo contara.

Estaba segura de que se iba a reír tanto que me la imaginé llorando lágrimas de rímel negro mientras trataba de respirar entre carcajadas.

Y la verdad, me daba igual.

Quizá hasta me vendría bien reírme de mí misma.

En eso, sentí un tirón en una de las alas de mi disfraz y me di la vuelta.

Un grupo de adolescentes, probablemente del instituto cercano, se reían a carcajadas mientras uno de ellos intentaba sacarse un selfie conmigo.

Dios mío, no.

Lo admito, los adolescentes me daban miedo. En serio, eran seres puestos hasta arriba de hormonas que no sabían lo que hacían.

Admito que comencé a rezar por mí, porque encima todos eran más altos que yo, algo que tampoco era muy difícil, pues, aunque no era un Minion, no era demasiado alta.

Y esos flacuchos insoportables… eran muy altos.

—Eh, pollo, ¿te podemos dar un abrazo? —preguntó uno, muerto de la risa.

—¡Yo quiero una foto! —exclamó otro.

Tragué saliva y posé.

Claro que posé.

Como una estrella en decadencia vestida de pollo frito para adolescentes en pleno Madrid.

El traje me quedaba como un guante... si el guante fuera de gomaespuma amarilla y oliera a fritanga.

Si algún día soñé con ser el centro de atención, definitivamente no fue en estas circunstancias.

Los demás chavales se acercaron, muertos de risa, y uno me abrazó tan fuerte que casi me caigo hacia atrás.

Cuando lograron sacarse la foto con el pollo gigante, o sea yo, se fueron a carcajadas, dejándome plantada en la puerta del supermercado.

Ahí fue cuando vi a mi jefe: un hombrecillo con cara de amargura, parado en la puerta, observando con un aire de suficiencia mientras yo intentaba mantener el equilibrio con mis patas de goma espuma.

Respiré hondo.

Esto va a salir bien, me repetí mentalmente.

—¡Pollo! —me gritó otra voz a lo lejos.

Me giré —o mejor dicho, me tambaleé— intentando ver quién me llamaba.

Al parecer, ser un pollo en pleno Madrid atraía más atención de la que esperaba.

Un grupo de chicos venía corriendo hacia mí, pero estos parecían de otra tribu urbana diferente, pues llevaban *skates.*

Dios mío, otra vez no, pensé, intentando mantener la compostura.

—¿Puedes bailar? —me soltó uno, con una sonrisa traviesa.

—¿Cómo dices? —respondí, tratando de mantener la dignidad, si es que eso era posible cuando tienes un disfraz de pollo.

Pero ¿esta gente no tenía que estudiar?

—Que si puedes hacer una coreo. Venga, pollo, móntatelo.

Antes de que pudiera negarme, comenzaron a rodearme, sacando móviles como si fueran paparazzi de TikTok.

¿Qué podía hacer?

Si intentaba escapar, me caería de cara.

Si les decía que no, probablemente se quedarían hasta hacerme perder la paciencia.

—Oye, estoy trabajando, deberías…

De pronto, me encontré en medio de un círculo improvisado, moviendo mis enormes alas de pollo al ritmo de una canción que alguien había puesto desde un móvil.

Pero no era yo quien me movía, sino dos de los chicos, zarandeando el gran disfraz en el que estaba atrapada.

En mi cabeza, me imaginaba que me veía como Beyoncé... pero sospecho que me parecía más a un pollo electrocutado.

—¡Más rápido, pollo! —gritaban entre risas, y yo intenté seguir el ritmo, pero las patas del disfraz eran traicioneras.

Y ahí fue donde todo se torció.

Un chaval tiró su refresco justo delante de mí, y no lo vi hasta que fue demasiado tarde. Pisé la charca pegajosa y, con un resbalón digno de un episodio de dibujos animados, caí de espaldas con un sonoro *plof.*

El público de adolescentes soltó una ovación como si acabara de hacer la actuación de mi vida.

—¡Tierra, trágame! —murmuré desde el suelo, intentando girarme para levantarme, pero el

disfraz era tan voluminoso que me quedé atascada, como una tortuga con alas de pollo.

En serio, parecía un *Teletubby* borracho o algo así.

En ese momento, apareció mi jefe.

Otra vez.

Lo vi por el rabillo del ojo, con los brazos cruzados y una expresión que oscilaba entre el pánico y la exasperación.

—¡Levántate de una vez, por el amor de Dios! —me gritó, pero mi cuerpo y el disfraz parecían no tener la misma coordinación.

—¡Pero no puedo! ¡Esto pesa mucho! —exclamé muerta de vergüenza y totalmente humillada.

Con la ayuda de uno de los chavales, que parecía disfrutar el momento más que yo, por supuesto, logré ponerme de pie.

Pero para mi horror, cuando miré hacia el disfraz, vi que una de las alas de pollo se había desgarrado por completo.

—Esto no va a funcionar —dijo el jefe, mirándome como si acabara de romper el jarrón más caro de su abuela—. No eres… exactamente lo que estábamos buscando para representar nuestra marca.

—¿Un pollo gigante? —intenté bromear, aunque no me salió con mucha gracia.

—Exacto. Te agradecemos que hayas venido, pero creo que vamos a prescindir de tus… servicios.

—Oye, por favor… necesito —tragué saliva— necesito el trabajo. Es… ¡no ha sido culpa mía!

Comencé a ponerme histérica y las risas de los chicos no ayudaron demasiado.

—Lo siento, yo… —intentó decir mi jefe.

—¡Tú! —señalé a uno de los chicos con una de las alas— pequeño imberbe maleducado… dile que no ha sido culpa mía.

—Nos abrimos, nos abrimos —contestó el chico, instando a los demás a marcharse.

—¡Eh! —intenté decir, pero ya era demasiado tarde—. ¡Pienso meterte el ala por el ojete!

Grité tanto que sentí la garganta irritada. Menuda impotencia.

Aunque la cara de vergüenza ajena que tenía mi jefe en ese momento lo decía todo.

—Que sí, que vale… —dije de forma cansina y triste. Estaba avergonzada por aquel espectáculo—. Estoy despedida, ya lo sé…

Él asintió.

—Hasta los huevos, Lara —dijo con sorna, en vez de decir hasta luego.

Menudo imbécil.

Genial, mi primer trabajo en meses y me acababan de despedir antes de que dieran las doce del mediodía.

Todavía vestida de pollo, caminé hacia la trastienda para quitarme el disfraz.

Mis mejillas ardían de vergüenza, y aunque una parte de mí quería llorar, lo único que pude hacer fue reírme.

Salí del supermercado con la cabeza alta y el disfraz en una bolsa de basura, prometiéndome que nunca más me disfrazaría de comida frita.

4
Lara

Cuando llegué a casa, todavía apestando a refresco rancio y con la dignidad colgando de un hilo, el cuchitril que habíamos convertido en nuestro centro de operaciones eróticas parecía más bullicioso que nunca.

Cristina estaba sentada en el sofá, con los pies sobre la mesa del salón, jugando con su piercing del labio mientras hablaba con un cliente que, por su cara, debía estar pidiéndole algo raro.

—Sí, bandido… —decía con una voz grave y seductora—. Claro que puedo ponerme una correa al cuello… y ¡guau!, ¿en serio quieres que te muerda los huevos? Me encanta que los tengas taaaan, tan peluditos.

Yelena estaba encaramada en la silla giratoria de la cocina, con las piernas cruzadas elegantemente y el teléfono apretado contra la oreja, hablando con alguien que parecía encantado de escuchar su acento.

—Ay, mi vida… ¡Tú sabes que te haría un mojito con mi propio cuerpo! —soltó Yelena, meneando las caderas al ritmo de la conversación—. Pero primero tienes que decirme lo que llevas puesto, chico malo… ¿Un delantal? ¡Ay, Dios mío!

Justo al lado, Ni, que nunca dejaba de sorprenderme, estaba sentada en su clásica pose de meditación tipo Buda, con el teléfono en una mano y su mirada puesta en un punto lejano de la pared. Estaba claramente en plena actuación.

—*Gangangan*, *gangangan*… —murmuraba, repitiendo su característico sonido mientras su cliente, probablemente, caía rendido a sus pies—. Siii, así, más fuerte… *gangangan*…

Por su parte, Rocío estaba recostada en el sillón como si estuviera en una sesión de fotos para una revista, con las piernas estiradas sobre la mesita y el cabello desordenado en rizos pelirrojos cayéndole por los hombros.

Su voz suave llenaba el aire mientras hablaba con alguien que parecía haberle pedido que fuera su dominatrix personal.

—Mira, cariño… o haces lo que te digo o te bloqueo. —Hizo una pausa para escuchar—. Ah, ¿así que ahora sí te gusta? Bueno, bueno… sigue, bebé. ¡Eso es!

Todo parecía en orden, excepto por el nudo gigantesco que yo tenía en la garganta.

Estaba plantada en la puerta, tras girar la llave en el interior del picaporte, observando la escena como si fuera una especie de parodia, con las chicas lanzando gemidos, risitas y palabras sensuales sin parar.

Respiré hondo y di un paso adelante, pero ninguna pareció advertir mi presencia.

—¡Chicas! —dije, pero mi voz se perdió entre los jadeos de Ni y las órdenes de Rocío.

Tragué saliva. Debía ser más dramática si quería llamar su atención.

—Chicas… —sollocé.

Nada.

Cada una a lo suyo, entre gemidos, carcajadas seductoras y sonidos varios.

Para actriz no valía, eso estaba claro, aunque fingir que el señor que había al otro lado de la línea era el ser más perfecto de la tierra, no se me daba tan mal.

—¡CHICAS, ME HAN DESPEDIDO! —grité con la desesperación más absoluta.

De repente, todas las conversaciones quedaron en un incómodo silencio.

Ni dejó de hacer su *gangangan*, Yelena puso los ojos en blanco y suspiró profundamente, Cristina se quedó paralizada y Rocío se levantó del sillón con una ceja arqueada.

—Ay, mi vida… —murmuró Yelena, quitándose el teléfono de la oreja mientras su cliente al otro lado probablemente intentaba entender qué estaba pasando—. ¿Cómo es posible que te hayan despedido? ¿No te quedaba bien el disfraz de pollo?

Cristina, aún con su piercing entre los dedos, me miró con una sonrisa torcida.

—¿El pollo ha volado? —dijo con un tono sarcástico, y Rocío le lanzó una mirada asesina para que se callara.

—¿Qué ha pasado, Lara? —preguntó Rocío mientras dejaba su teléfono de lado.

Me dejé caer en una de las sillas de la cocina, sintiendo el peso de la vergüenza y el agotamiento acumulado.

Las lágrimas amenazaban con caer, pero preferí no llorar frente a ellas. Ya bastante humillada estaba.

—Vaya... —dijo Rocío mirándome de arriba abajo—. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha atacado un *hot dog* gigante o qué?

—Peor, ya os lo he dicho, me han despedido —solté, dejando caer mi bolso al suelo, que emitió un crujido preocupante.

Rocío me miró con una sonrisa que ya me advertía que se venía un festival de risas a mi costa.

—¿Cómo es posible que te despidan de un trabajo de pollo frito? ¿Y el primer día? —preguntó, conteniendo la risa.

—Te sorprendería... —le respondí, intentando mantener la compostura—. Todo empezó cuando un grupo de adolescentes me pidieron una foto, luego me hicieron bailar y antes de que pudiera darme cuenta, me estaba resbalando como un pez en una sartén.

—¿Qué? ¿Te caíste al suelo? —dijo, sin poder contenerse más.

—Como una patata.

Estalló en carcajadas y las demás la siguieron.

—¡Es que parece sacado de una comedia romántica malísima! —exclamó Cristina—. Las odio, por cierto.

—Ojalá. Es peor. Soy oficialmente el primer pollo que ha sido despedido por causar un desastre con condimentos.

Rocío seguía riendo, con lágrimas en los ojos, la muy guarra.

—Bueno, al menos tienes una buena historia que contar —dijo, secándose las lágrimas de las mejillas—. Ay… qué bueno, qué bueno. ¿No crees que se te está yendo de las manos lo de tener la peor suerte del mundo?

—Mira, no te rías tanto —le respondí, aunque al final me uní a sus risas—. Esto ha sido un desastre épico.

Me sentía fatal.

Me había lanzado a la aventura de ganarme la vida como monigote de feria y ahora, en vez de un futuro prometedor, solo tenía un mal recuerdo.

Suspiré, sintiendo el peso de la tristeza, y me dejé caer en el sofá.

—Chicas, ¿qué estoy haciendo con mi vida? —pregunté, tapándome los ojos con el antebrazo, como si eso fuera a hacer desaparecer la realidad.

Se hizo un silencio incómodo en la sala, pero Rocío no tardó en romperlo.

—Ey, Larita… que no cunda el pánico, ¿vale? —me dijo mientras me hacía espacio para que apoyara la cabeza en su regazo—. Esto es solo una fase. Es que la crisis de los treinta es la peor de todas… es como sientes la necesidad de cumplir las expectativas de una sociedad que vive demasiado rápido. Trabajo perfecto, produce, produce, produce. Cásate, ten hijos, pero a la vez haz deporte, come sano, no descuides a tus amigas, pero tampoco a tus suegros y a tus padres. ¡Ah! Y mucho menos a tu pareja, ¡que la magia nunca se vaya! Y todo eso al mismo tiempo que tienes que controlar las ganas de volver a ver todas las películas Disney de tu infancia porque, por qué sabe nadie, esa niña que fuiste todavía berrea en tu interior a pesar de que se supone que ya eres una adulta funcional. Es una edad muy, muy rara, tía. Porque algunos se compran una casa, vale, no es nuestro caso, otros quedan para jugar al pádel, otros llevan cinco años siendo padres… Y otros ni siquiera han podido independizarse. —Después de todo eso, Rocío respiró. La muy cabrona, con su oratoria, nos tenía a todas embelesadas. Lo cierto es que tenía toda la razón del mundo—. Si todas nos hubiéramos rendido al primer trabajo de pollo, la vida sería mucho más aburrida.

—Esto es demasiado complicado… —resoplé—. Era un curro de caca, pero al menos era un curro. Ahora me han despedido del supermercado por ser una patosa. Una polla patosa.

Todas fruncieron los labios para no reírse.

—Creo que no era eso lo que querías decir, mi amor… —susurró Yelena.

—Me habéis entendido perfectamente. Además, quise meterle una de las alas del disfraz por el culo a uno de esos adolescentes idiotas… bueno, lo amenacé con ello.

Cristina se echó al suelo, boca abajo, con una sonrisa divertida.

—Creo que un *finger* habría sido mejor idea —dijo.

Rodé los ojos hacia arriba y resoplé, no podía más.

—Ahora tengo que seguir hablando con señores de sus fantasías sexuales que, honestamente, no me importan —me quejé.

—Te entiendo, tía, pero no eres la única que ha pasado por algo así. Mira, yo empecé en esto para poder montar mi propio estudio de tatuajes y piercings. —Se llevó una mano a la barbilla y señaló el piercing que le colgaba del labio—. El mundo del tatuaje no paga las facturas al principio, ¿sabes? Así que aquí estoy, hablando de cuerdas y esposas con tipos que probablemente no tienen ni idea de cómo usarlas.

Rocío rio suavemente, pasándome la mano por el pelo como si fuera mi madre.

—Pues sí, es un trabajo como cualquier otro y no nos define a ninguna. Ni hablar con señores que piensan que sus pollas son lo más, ni tampoco que te vistas de pollo, Lara. Yo también tengo mis razones para hacer esto. —Hizo una pausa y soltó un suspiro antes de continuar—. Estoy ahorrando para hacerme una inseminación artificial. Quiero ser madre, pero sin el caos de una relación, ni padres que solamente están ahí para poner el apellido y luego no hacen ni el huevo. Así que, necesito dinero extra para costear el tratamiento, y… bueno, no hay muchas opciones mejores que esta.

La sorpresa me sacó del lamento en el que estaba inmersa.

Miré a Rocío con los ojos como platos.

—¿En serio? —pregunté, un poco aturdida por la revelación—. Nunca me lo habías dicho.

Rocío me sonrió con ternura.

—Porque no soy de esas que van contando sus dramas a todo el mundo. Pero oye, tener un crío sola no es barato, y ya me cansé de los príncipes azules que acaban convirtiéndose en sapos.

—¿Una clínica de reproducción asistida fue el sitio aquel que no me quisiste decir? —pregunté, sintiéndome un poquito traicionada.

—Así es.

Yelena, con su elegante estilo cubano, se sentó en la mesa con las piernas cruzadas, como si estuviera a punto de anunciar algo importante.

—Mi caso no es tan glamuroso —empezó, moviendo las manos en el aire—. Yo lo hago porque mi marido tiene fibromialgia y necesita fisioterapia constante. Él no puede trabajar mucho, así que me toca a mí tirar del carro. Lo que gano con mi trabajo regular no es suficiente, y aquí estamos, contándoles fantasías a señores aburridos que necesitan un poco de amor en su vida. Porque muchos de ellos se sienten solos, ¿saben? Y si con eso puedo pagar los masajes de Juan… pues que así sea.

Cristina le dio una palmada en la pierna, y Yelena sonrió con cariño, como si todo estuviera bajo control.

Qué mujer más fuerte, Yelena.

Entonces, todos los ojos se dirigieron hacia Ni, la vietnamita, que seguía sentada en su clásica postura de Buda, como si estuviera en otro planeta. Sin embargo, cuando sintió todas las miradas sobre ella, suspiró profundamente, desenrolló las piernas y se unió al grupo.

—¿Y tú, Ni? —preguntó Rocío con curiosidad—. ¿Por qué empezaste en esto?

Ni nos miró durante un momento, como si estuviera considerando si decirlo o no, y luego, con su expresión siempre calmada, se encogió de hombros.

—Necesito dinero para viajar a Japón y seguir el camino del haiku —dijo con total seriedad, mientras nosotras intentábamos no partirnos de risa—. Quiero convertirme en una gran maestra de la poesía japonesa.

El salón estalló en carcajadas, pero Ni no se inmutó. Ella seguía allí, con su mirada fija y su ambición clara. Y de alguna manera, esa imagen de ella en busca del haiku perfecto mientras fingía orgasmos en una línea erótica era justo lo que necesitábamos para romper la tensión del momento.

—Bueno, al menos cada una tiene sus motivaciones —dije, sin poder evitar sonreír entre lágrimas—. Yo solo me pregunto si algún día encontraré algo en lo que sea realmente buena, además de querer tirar *fingers* de pollo a la gente.

—Tía —dijo Cristina, levantándose del suelo—, en esta vida lo importante no es ser la mejor, sino saber reírse de uno mismo. Y tú tienes eso de sobra.

—¡Exacto! —corroboró Yelena, dándome una palmadita en la espalda—. Además, ¡mira el lado positivo! Siempre puedes aprender a hacer mojitos sensuales como yo. Eso tiene un toque especial.

Y con esas palabras, aunque mi vida parecía estar en ruinas y mi futuro era una incógnita, sentí algo cálido.

Tenía a este grupo de mujeres increíbles a mi alrededor, todas con sus propias historias y batallas, todas buscando la manera de salir adelante.

Aquel grupo que se había convertido en una divertida amistad y había evolucionado a una hermandad.

Quizá, al final, trabajar en la línea erótica no era tan malo. Al menos aquí, aunque fuera entre gemidos y risas, estaba rodeada de gente que me comprendía y que sabía, mejor que nadie, cómo

hacerle frente a la vida con una sonrisa y un toque de locura.

Y eso, al menos por ahora, era suficiente.

5
Lara

Después de aquel fatídico día, acabé con la misma energía que un helado derretido.

Cuando al fin me levanté del sofá con la intención de darme una larga y relajante ducha, Rocío comentó:

—Nena, pareces un zombie pero con menos ganas de vivir.

Lo peor era que tenía razón. Después de ese desastre en el trabajo, lo único que quería era tirarme en la cama y no salir hasta que las series de Netflix me preguntaran por décima vez si seguía viendo lo que fuera que había puesto.

Pero claro, ni siquiera me podía permitir ese lujo: tenía cero unidades de ganas de hacer cualquier cosa, el pelo enmarañado y ni una oferta de empleo en la bandeja de entrada.

Me metí en la ducha, más para ahogar mis penas que para limpiarme el sudor de pollo.

Mientras el agua caía, sentía el vacío, ese hueco incómodo que te deja perder un trabajo que ni siquiera querías.

Una cosa bastante ilógica, realmente.

Un rato más tarde, salí de la ducha, me puse una bata desgastada (y de paso, una mascarilla capilar que Rocío me había recomendado para darle vida a mi pelo muerto), y me tumbé en la cama.

Por primera vez en meses, sentí que no tenía ningún plan. No había currículums que mandar, ni citas por arruinar, ni trabajos que me hicieran sentir como un fraude vestido de pollo frito.

Menuda rachita llevaba.

Primero, la huída de mi vida del cucaracho, luego mi despido, luego sentirme pobre como una rata, el cambio de casa, contar el dinero, incluso racionar un poco la comida los últimos días… ¿Dónde me había metido, en Los Juegos del Hambre? Pues que viniera Josh Hutcherson a darme un revolcón, al menos.

Yo me refiero al que hacía de Peeta, el otro nunca me gustó por mucho que estuviera saliendo con la Miley Cyrus.

Ay, no, que mi chocheta estaba muertecita de momento.

Ni un buen polvo me apetecía.

Estaba cansada, muy cansada.

De todo.

¿Es que acaso había hecho algo malo y la vida me lo estaba devolviendo?

No tenía que haber amenazado a ese chiquito… No.

Suspiré.

Ya daba igual.

Solo estábamos yo y...

Mi portátil.

Fue entonces cuando se me encendió una lucecita en la cabeza, en plan bombilla gigante de dibujo animado, ya sabes.

¿Y si escribía todo lo que me estaba pasando? No es que mi vida fuera una novela de aventuras épica ni nada por el estilo, pero... tal vez alguien más se reiría conmigo.

O al menos, se sentiría menos solo en medio de este caos que puede ser la vida en ocasiones.

Cogí el portátil, lo apoyé en mis piernas y abrí un nuevo documento en blanco.

El cursor parpadeaba, burlándose de mí.

Moví los deditos en el aire, sin llegar a rozar las cuadradas teclas.

¿Qué coño voy a escribir? Si apenas sé cómo ordenar mi ropa interior, ¿cómo voy a escribir algo que tenga sentido?, pensé.

Pero al final y sin pensarlo demasiado, dejé que los dedos volaran sobre el teclado.

Escribo esto desde la comodidad de mi cama, con un montón de ropa sucia amontonada en una esquina y un vibrador olvidado en mi mesilla de noche, porque ni ganas de que tocarme el botoncito del placer tengo.

Sí, así es mi vida últimamente: un desastre controlado. Me llamo... bueno, no importa mi nombre real. En este espacio, me podéis llamar Melanie, que es como me conocen los señores que me llaman por teléfono esperando una conversación que les haga... sonreír.

¿Cómo terminé aquí?

Buena pregunta.

No era lo que imaginaba para mí cuando soñaba con ser astronauta de pequeña (gracias, Buzz Lightyear). Pero la vida tiene formas raras de llevarte por caminos que no esperabas, como cuando te quedas sin trabajo, sin pareja y compartiendo piso con una chica que trabaja en la misma línea erótica que tú, pero que tiene mucho más estilo y seguridad en sí misma que la mayoría de la gente que conozco.

Ella es como una coach de vida, pero en bata de seda y con una copa de vino en la mano.

Así que aquí estoy. Escribiendo para desahogarme, para contar mis experiencias de una forma en la que no me juzguen ni me etiqueten. Solo necesito un sitio para poder gritar (bueno, escribir en mayúsculas), para reírme de lo surrealista que es mi vida y para reflexionar sobre qué demonios estoy haciendo.

Por ejemplo, la otra noche, mientras le explicaba a un tipo lo mucho que me gustaba que me susurraran cosas sucias al oído, cosa que es mentira, por cierto, me di cuenta de que ni siquiera sé qué quiero susurrarme a mí misma. ¿Es normal que estés ayudando a los demás a encontrar placer mientras tú misma sigues en busca del tuyo?

Estaba tan concentrada escribiendo que ni siquiera me di cuenta cuando Rocío entró en la

habitación.

Sentí el colchón hundirse a mi lado y, tras llevarme las manos al pecho porque sentí que infartaba y convertirme en el protagonista del cuadro de *El grito,* giré la cabeza y ahí estaba: mi coach personal, con su habitual copa de vino tinto en la mano y la sonrisa de alguien que sabe más de la vida de lo que quiere admitir.

—¿Qué haces, Melancólica? ¿Escribiendo tu "50 sombras de verdad"? —pregunta con una sonrisa pícara mientras se asoma a la pantalla del portátil.

—He abierto un blog. Necesito desahogarme o voy a terminar loca. No todo puede ser jadeos y susurros sensuales, ¿sabes?

Rocío sonrió con ternura.

—Veo que estás evolucionando. La Melanie literaria está emergiendo... ¡Me encanta! Ya me encargaré yo de que esto tenga difusión, seguro que tus aventuras vuelven loco a más de uno.

—No creo que esto le interese a nadie, es solo para mí. Un espacio para dejar de sentir que estoy perdiendo la cabeza…

Rocío, alzando una ceja, dijo:

—Créeme, cariño, todos nos sentimos así de vez en cuando. Tú escribe, que yo me encargo del marketing. Solo imagina: *Crónicas de una Operadora del Amor*, bestseller en menos de un año.

Y así fue como, sin darme cuenta, el día en el que perdí mi ridículo trabajo de pollo se convirtió en el día en el que abrí mi blog.

Un espacio que me permitiría, al menos por un rato, ser yo misma. O, bueno, ser Melanie... pero más real que nunca.

6
Lara

El teléfono sonó, pero yo ya tenía los parpaditos cerrados.

Hice una mueca, me desperecé y, con más ganas de dormir que otra cosa, descolgué la llamada.

Me había quedado dormida escribiendo, pero apenas había pasado tiempo.

¿Qué hora era?

—Has llamado al Paraíso, donde tus deseos son órdenes. Soy Melanie, ¿cómo te apetece sentirte hoy? —dije de forma automática, sin nisiquiera pensar.

Ya me había acostumbrado a que el sonido del teléfono significara una cosa: ponerse en modo Melanie.

Suspiré, preparándome mentalmente para otra conversación cargada de susurros y fantasías.

Del otro lado, silencio. Luego, un carraspeo incómodo.

Eso me hizo ponerme alerta y espabilarme del todo.

—Eh... creo que me he equivocado de número —dijo una voz masculina, completamente fuera de contexto.

Genial.

Otro que se había equivocado.

Si fuera por mí, colgaría, pero tenía que conseguir que se quedara al menos unos minutos, facturar algo de tiempo para el día.

A ver cómo me las apañaba esta vez.

—Oh, ¿en serio? Qué lástima... Pero ya que estamos, podemos hablar un rato. Estoy abierta a charlas de todo tipo, estoy abierta a todo lo que tú me pidas.

El tipo soltó una risita nerviosa, claramente no esperaba aquella oferta.

—Bueno... no sé, solo quería llamar al servicio técnico de electrodomésticos. Se me ha roto la lavadora. Así que sí, me he equivocado, he debido marcar el número mal, creo —contestó, como si lo acabara de procesar—. Pero no sabía que daban tan buen servicio en Tefal.

Una lavadora rota.

¿En serio?

Bueno, tenía que ser creativa, aunque la lavadora no fuera el tema más sexi del mundo.

—Vaya, eso suena complicado... Una lavadora rota es algo serio. Si a mí me pasara, tendría que lavar mis braguitas a mano y… —resoplé— qué follón —fingí un tono más divertido de lo necesario—. ¿Hace mucho que te da problemas?

—Pues... empezó hace unos días, pero hoy ya ha decidido rendirse por completo. Ahora cada vez que la enciendo, hace un ruido como *clonc, clonc, clonc* y no centrifuga nada. —Se notaba que el chico estaba resignado, pero al menos no había colgado.

—Ufff, eso suena fatal. Pobre lavadora... y pobre de ti, claro —dije, fingiendo que aquello era la cosa más dramática del mundo—. ¿Has intentado darle ese golpe mágico que a veces resucita a los electrodomésticos?

El chico soltó una pequeña carcajada.

Vale, lo tenía.

—Sí, pero nada. Creo que ha muerto para siempre.

—Vaya… lo siento. Al final, todos necesitamos hablar con alguien de vez en cuando, ¿no crees? —contesté con una mezcla de coquetería y desesperación porque se quedara.

—La verdad es que sí, aunque siento no ser… un interlocutor excepcional.

—¿Un interlocutor excepcional? —pregunté yo.

—Sí. No creo que nadie te llame para contarte que su lavadora está obsoleta.

Me reí.

—Lo cierto es que no, me suelen decir otro tipo de cosas.

—¿Como qué? —preguntó el chico.

Perfecto, lo tenía completamente dentro de la conversación.

—Pues… siempre quieren saber qué llevo puesto, qué cosas me gustaría que me hicieran…

—Vaya… nada de charlas banales mientras se hacen una pizza casera después de un día de mierda —dijo el chico suspirando.

—¿Te estás haciendo una pizza casera? ¿Has tenido un día de mierda?

Demasiadas preguntas, Melanie. Relaja la raja.

—Respuesta afirmativa a ambas preguntas —contestó el chico.

—Bueno, una pizza es siempre un buen plan. Prometo que no te pediré nada picante si me

cuentas qué te ha pasado para tener un día de mierda. ¿Algo más a parte de la lavadora? —añadí, guiñándole el ojo al vacío, sabiendo que el chico no me veía, pero disfrutando de la ironía, aunque a los tres segundos llegué a la conclusión de que si alguien me viera, pensaría que tengo un problema.

Al otro lado de la línea hubo una pausa y una risa contenida.

—¿Nada picante? Entonces... ¿qué me puedes ofrecer?

Sonreí, satisfecha. El tipo estaba jugando.

—Soy multifacética. Podemos hablar de lo que quieras... ¿cine, viajes, tu pizza favorita? O dime qué ingredientes te gustan, y te haré una recomendación personalizada —respondí.

—Vaya, no esperaba algo así. Esto es... distinto —respondió el tipo, ahora con un tono más relajado—. Bueno, si tengo que ser honesto, estaba pensando en algo simple. Pepperoni y queso, clásico.

—Clásico, pero efectivo —respondí, jugando con la voz—. Aunque tengo que preguntarte, eh… ¿cómo puedo llamarte? Recuerda que no puedes decir tu nombre real.

—¿Melanie no es tu nombre real? —preguntó sorprendido.

Negué con la cabeza.

—Exacto.

—¿Qué tal Dr Oetker?

Solté una carcajada.

—¿Va en serio? —pregunté.

—Me gusta esa marca para las pizzas.

—¿Y por qué la estás creando tú mismo? —contraataqué.

—Desde hace un tiempo, descubrí que cocinar… me relaja.

—Vaya… nada común.

—¿Nada común?

—Por supuesto. No es común que un tipo que pide pizza clásica como pepperoni y queso y que además la haga él mismo, se cruce con una chica como yo. Así que, Dr Oetker, dime algo más. ¿Eres un chico clásico en todos los sentidos? ¿O solo cuando se trata de pizza? —Tenía que seguir estirando la conversación para mantener la llamada.

El tal Dr Oetker se quedó en silencio unos segundos.

—Digamos que... no soy muy clásico, pero a veces es más fácil tirar por lo seguro. Ya sabes, como cuando tienes un día de mierda y solo quieres algo que te haga sentir bien. Por eso estoy haciendo pizza, es como… zona de confort.

Asentí con la cabeza, aunque él no me viera.

Todos buscábamos en la vida nuestra pizza, de una forma u otra.

En eso Dr Oetker tenía toda la razón.

—Te entiendo. Hay días en los que todo parece ir mal y lo único que quieres es que algo, aunque sea una pizza, te salga bien —dije, poniéndome algo más seria sin darme cuenta—. ¿Tu día ha sido uno de esos?

—Vaya... —dijo él, algo sorprendido—. No esperaba que me preguntaras eso. Pero sí, podríamos decir que ha sido... bastante de mierda. Entre mi agobiante trabajo, mi lavadora haciendo ruidos raros, y ahora esta equivocación con el número, estoy empezando a pensar que soy un imán de problemas.

—Oh, te entiendo perfectamente.— Sonreí. ¿Desde cuándo estaba compartiendo mis dramas en una línea erótica?

—Al menos la terapia me está saliendo gratis. —Pausa. Y yo pensé que de gratis nada, amor —. Bueno, puede que esta llamada sea lo mejor que me ha pasado en todo el día. No pensé que me encontraría hablando de mis problemas con una chica que se llama... Melanie, ¿no?

—Sí, Melanie, para ti —contesté con una sonrisa en la voz. Aunque, en realidad, a esas alturas de la conversación, era lo de menos.

El chico suspiró, claramente más relajado que al inicio de la llamada.

—¿Y tú, Melanie? ¿Qué haces cuando no estás al teléfono?

Hice una pausa.

No iba a contarle que acababa de ser despedida de mi glorioso trabajo de pollo frito ni tampoco la traición del cucaracho.

Aunque... la tentación de seguir por la vía surrealista estaba ahí.

—Bueno, entre depilarme las piernas y sobrevivir a la jungla moderna, me gusta charlar con tipos como tú. Aunque normalmente no hablamos de lavadoras, claro.

—Bueno, me siento afortunado entonces —respondió él, riendo—. Aunque tengo que decir que ha sido la equivocación más extraña de mi vida. Me he quedado un rato solo para ver hasta dónde llegaba esto... y no me arrepiento.

Sonreí, satisfecha.

Le había sacado varios minutos de conversación y, lo mejor de todo, sin fingir ni un solo gemido.

—Me alegra haberte entretenido, Dr Oetker. A veces las mejores conversaciones son las que menos esperamos.

—Tienes toda la razón.

—¿Qué tal va esa pizza? —pregunté interesada. ¿A quién no le gustaba una buena pizza, por favor?

—Ya dentro del horno.

—Así que, tienes que esperar unos cuantos minutos hasta que esté lista. Sería divertido haberla preparado juntos —me atreví a decir.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué harías, por ejemplo, si estuvieras aquí conmigo ahora mismo? —respondió el chico con una voz más grave, entrando en el juego.

Sonreí.

Eso era lo que quería escuchar.

Me acomodé en la cama, mordiéndome ligeramente el labio mientras pensaba cómo seguir subiendo el nivel sin dejar de divertirme.

—Si estuviera allí contigo ahora mismo… me aseguraría de que olvidaras este día horrible que has tenido —dije, mi voz más baja y sensual—. Primero, te haría sentarte... tranquilo, relajado. Quizá hasta cerraría las cortinas para hacer el ambiente un poco más íntimo.

—Suena bien... —respondió él, claramente intrigado.

Sentí una pequeña victoria interna.

—Después, me acercaría lentamente a ti y con la punta de los dedos empezaría a deslizar mi mano por tu cuello. —Modulé cada palabra, asegurándome de que el silencio entre ellas le diera más intensidad—. Lentamente... recorriendo tu piel... hasta llegar a...

Dr Oetker respiraba más profundo ahora, y decidí que era el momento de subir un poco más la apuesta.

—¿Hasta llegar a...? —preguntó él, la anticipación evidente en su tono.

—Hasta llegar a desabrocharte la camisa, claro —respondí con una carcajada juguetona—.

¿Qué te pensabas? Primero hay que relajarse bien antes de pasar a lo más divertido, ¿no?

Él soltó una risa, pero esta vez su tono sonaba más cálido, menos nervioso.

—Sabes cómo mantener a alguien en vilo, ¿eh, Melanie?

—Soy una profesional, cariño. Pero si sigues comportándote tan bien, quizá te enseñe algo más interesante. —Volví a bajar la voz, mi tono más oscuro—. Aunque, dime... ¿qué te gustaría que hiciera?

El silencio del otro lado de la línea hizo que sonriera.

Aquel chico estaba cayendo cada vez más en mi juego, y eso era exactamente lo que quería.

Quizá la llamada había empezado por accidente, pero ahora todo estaba bajo control.

—Bueno... —dijo él, con una risa nerviosa—. Supongo que... me gustaría que siguieras. Así, despacio. Como lo estás haciendo ahora. —Su voz era más baja, y lo imaginé reclinado, relajado.

—Me encantaría, pero aquí me tengo que detener. Ya sabes... los mejores momentos hay que dejarlos para el final. —Con una sonrisa maliciosa, terminé la frase.

Del otro lado, Dr Oetker soltó una risa divertida.

—Tienes razón, Melanie. Me has dejado con ganas de más.

—Ese es mi trabajo. Espero volver a escuchar tu voz en otra ocasión —respondí con una última carcajada seductora antes de colgar.

Después de colgar, me quedé mirando el techo, sintiendo una alivio y adrenalina correrme por las venas al mismo tiempo.

No voy a mentir, había algo muy raro —y a la vez emocionante— en lo que acababa de pasar.

Dr Oetker...

El tipo ni siquiera quería llamarme, ¡pero había terminado quedándose conmigo durante casi media hora!

Había sido como una especie de duelo mental, un juego donde yo tenía que mantenerlo al borde sin asustarlo demasiado.

Por un momento, me olvidé de que estaba medio durmiendo y me metí de lleno en el papel de Melanie.

Era curioso cómo ese personaje que se había inventado Rocío, tenía más seguridad en sí misma que yo.

Era como si ella supiera exactamente qué decir, cómo decirlo y cuándo dejar de hablar.

Yo, Lara, nunca sería capaz de soltar esas frases en la vida real sin ponerme colorada o sin trabarme a mitad de una palabra.

Pero Melanie... ella se desenvolvía con elegancia, incluso cuando estaba a punto de hacer una broma tonta.

Me sentí poderosa, como si durante esa media hora, yo hubiera tenido el control absoluto de la situación, del tono de la conversación y, en cierto modo, hasta de él.

Y lo mejor de todo es que no hubo ni un susurro sucio, ni una sola palabra más subida de tono que hiciera sonar las alarmas del "esto no está bien".

Simplemente habíamos conectado en nuestro pequeño universo a través del teléfono.

Me di cuenta de que, a veces, no es solo lo que dices, sino cómo lo dices.

Y, aunque me costara admitirlo, ser Melanie me hacía sentir más segura de mí misma que nunca.

7
Lara

Al día siguiente, cuando me desperté por los gemidos de Rocío que me llegaban a la habitación desde el salón, maldije a mi compañera de piso.

Era sábado, pero en la línea erótica los fines de semana eran los días más fructíferos.

Solté un quejido, porque sabía que mi teléfono no tardaría en sonar también.

—Madre mía… —susurré mientras me levantaba de la cama con pesadez. Finalmente, anoche me dormí bastante tarde entre quedarme pensando en la sorprendente conversación con Dr Oetker y añadir más cosas a mis escritos del blog—. Esto no lo pone en ningún manual de convivencia de pisos compartidos.

Llegué a la cocina y, por lo menos, encontré una sorpresa agradable: ¡había desayuno!

Rocío había dejado la mesa como si esperara a un grupo de influencers dispuestas a hacer una sesión de fotos de *brunch*.

Croissants recién hechos, unas tostadas de aguacate, zumo de naranja recién exprimido, un bol gigante de fresas y yogur griego… ¡incluso había queso brie!

¿Cuándo había preparado todo aquello?

—¡Pero bueno! —me dije a mí misma mientras inspeccionaba la mesa. Me preparé un café y, mientras el aroma me despertaba del todo, traté de borrar de mi cabeza el fatídico día de ayer.

Fatídico, hasta que llamó el cliente especial, me recordó mi subconsciente.

Justo en ese instante, Rocío terminó la llamada.

—¡Buenos días, dormilona! —exclamó con una sonrisa.

—¿Qué es todo esto? —le pregunté—. Y dame lo que estés consumiendo, yo también quiero tener esa actitud asquerosamente positiva cada día.

—Como ayer estabas un poquito pocha, pensé que prepararte el desayuno podría alegrarte —me dijo acercándose a mí con una sonrisa.

Algo que no pude evitar imitar. Esa chica valía oro.

—Eres un trozo de pan —le dije y ella me apretó el brazo y se sentó a la mesa conmigo.

—¿Y las chicas? — pregunté cogiendo un cuchillo de punta redonda para untar mantequilla dentro de uno de los *croissants*.

—Creo que hoy solamente viene Ni. Cristina tenía cita para tatuar y hacer un piercing en el clítoris y Yelena se queda con Juan.

—¿Un piercing dónde? —pregunté casi pálida.

—En la pepitilla, o eso me dijo.

—¿Ella se lo va a hacer? —pregunté con los ojos muy abiertos.

—¡No! Una clienta suya.

—Ah, vale…

—Ella ya lo tiene.

Hice una mueca y fingí una sonrisa.

Santo Dios… qué manera más tonta de sufrir. No quería ni pensarlo o se me atragantaría el

desayuno.

Fue entonces cuando el timbre de la puerta resonó en el piso como una bomba a punto de estallar.

Inmediatamente sentí un escalofrío. Porque cuando el timbre sonaba así de fuerte, no era porque hubiera llegado un paquete o porque alguien trajera buenas noticias.

No.

Era la señal inconfundible de que la señora Ramírez, nuestra vecina del infierno, estaba de nuevo en pie de guerra.

Te doy un adelanto: no era la primera vez que se quejaba y a mí aquel asunto me resultaba agotador.

No puede ser nada bueno... no, no, no. Por favor, que no sea lo que pienso.

Rocío levantó una ceja y me lanzó una mirada de complicidad.

—¿Otra vez esta señora? La última vez me llamó pervertida. Pensaba que estábamos grabando una película porno... Y eso sin ni siquiera haber visto lo que pasa aquí de verdad —susurró sin despegar la vista de la puerta.

No pude evitar sonreír.

Rocío siempre encontraba el lado divertido a cualquier situación, incluso cuando una vecina con complejo de guardiana de la moral estaba a punto de echarnos de nuestro propio piso.

Respiré hondo y me levanté.

—Voy, voy... —murmuré, mientras me acercaba a la puerta, como quien va al matadero.

Abrí con cuidado, como si al otro lado hubiera una trampa explosiva, y allí estaba ella: la señora Ramírez, con su moño apretado como si fuera una obra de ingeniería y su bastón listo para repartir justicia.

Tenía los ojos tan pequeños y tan negros que parecían dos aceitunillas diminutas.

Parecía tener unos setenta años, pero con esa expresión de "he visto lo peor de la humanidad" que solo las abuelas más amargadas logran dominar.

Nos odiaba.

Bueno, odiaba el sonido de nuestro piso.

Los gemidos, los jadeos, los susurros.

Todo lo que, por supuesto, formaba parte de nuestro trabajo en la línea erótica.

—¡No puedo más con vosotras! —gritó, agitando el bastón como si fuera a exorcizarnos allí mismo y adentrándose en nuestra casa.

Nada de “Soy la señora Ramirez, entro” o algo así, tipo a lo Concha de *Aquí no hay quien viva*.

No.

¿Para qué?

Ella entraba en nuestra casa con todo su papo y aquel bastón que, estaba segura, quería insertarnos por el recto con tal de que no la molestáramos.

—¡Sinvergüenzas! —exclamó ella.

Oh, genial. No degeneradas esta vez. Vamos progresando.

Rocío, como si estuviera disfrutando de un espectáculo de circo, se levantó de la mesa donde estábamos intentando desayunar y se acercó lentamente, con una sonrisita traviesa pintada en los labios.

Se plantó ante la señora Ramírez y le lanzó su mejor sonrisa de “me importa un pepino lo que pienses”.

—Señora Ramírez, qué placer verla de nuevo. ¿Cómo se encuentra? ¿Tan enérgica como siempre? ¡Está usted hecha una fiera! —le dijo.

La señora Ramírez frunció el ceño todavía más, si es que eso era posible, y me miró con ese aire de superioridad de quien cree que está a punto de ponerte en tu lugar. Después miró de nuevo a Rocío.

—¿Energía? ¡Lo que tengo es dolor de cabeza por culpa de los sonidos que salen de este piso! Parecéis animales, ¡y eso siendo generosa!

Intenté mantener la compostura, pero Rocío seguía soltando pequeñas risitas detrás de mí, lo cual no ayudaba en absoluto.

Si la señora Ramírez ya pensaba que éramos una panda de desvergonzadas, con Rocío tomando esto como una broma, la cosa solo iba a empeorar.

—No, no, señora Ramírez, de verdad lo siento mucho. Verá, trabajamos desde casa, y es un trabajo que... requiere un poco de... bueno, expresión vocal —le expliqué tratando de tranquilizarla.

Fue inútil, por supuesto, creo que ni con un Valium hubiera bastado.

—¿Expresión vocal? ¿Ahora lo llamáis así? ¡Esto es una indecencia!

Antes de que pudiera responder, Rocío dio un paso al frente, sin perder su sonrisa descarada.

—Señora Ramírez, no es lo que usted cree. Trabajamos en una línea erótica, ¿sabe? Y créame, podría apuntarse. Con su voz... intimidante, seguro que algún caballero pagaría una buena pasta por algo así.

La pobre señora casi colapsa en ese momento. Se quedó quieta, con los ojos abiertos como platos, procesando lo que acababa de escuchar.

Estaba convencida de que la íbamos a matar de un disgusto.

Yo, por mi parte, quería desaparecer. A ser posible, en el rincón más oscuro del universo.

—Rocío, por favor… —supliqué tapándome la cara con las manos.

—¡¿Una línea erótica?! ¡Lo que faltaba! ¡Esto es el colmo! ¡Voy a denunciar! ¡A la policía, al presidente de la comunidad, a... a quien sea! ¡Esto no se puede tolerar! —dijo levantando el bastón en el aire completamente horrorizada.

Rocío, lejos de amedrentarse, seguía en su línea.

—Mire, señora Ramírez, es trabajo legal. Nos pagan por hablar por teléfono, eso es todo. Gemidos suaves, ¿qué daño hacen? Es como el ASMR, pero... más divertido.

La señora Ramírez dio un paso atrás, atónita, sin saber qué responder.

Agitó el bastón en el aire una última vez, apuntándonos con él como si fuera a lanzar un hechizo.

—¡Golfas! ¡Voy a asegurarme de que lo sepan en la junta de vecinos! —gritó furiosa.

Y con esa última amenaza, se dio media vuelta, marchando con su bastón resonando en cada paso, como una retirada militar.

—Uf, la próxima reunión de vecinos va a ser entretenida. Me cae bien esa señora, tiene chispa. ¡Le haría bien relajarse un poco, de verdad! —dijo Rocío como si nada.

En serio, que me diera de lo que consumía, porque no entendía nada.

Yo no sabía si reír o llorar.

—Rocío, ¿de verdad tenías que invitarla a unirse a la línea erótica? Nos va a denunciar... ¡Estamos perdidas!

Rocío se encogió de hombros y me lanzó una mirada despreocupada.

—¿Denunciarnos? ¡Si seguro que ahora tiene curiosidad! Además, cariño, nunca subestimes

el poder de una buena charla caliente. Quizá hasta se anime.

La miré boquiabierta.

Rocío siempre llevaba las cosas un paso más allá, pero esta vez... esta vez sentí que habíamos cruzado el límite.

¿Acaso mi amiga se había vuelto loca?

8
Lara

Aquello de que Rocío quisiera ser madre debía pensarlo bastante en serio, porque ese mismo lunes de principios de octubre, salimos de casa por la mañana dejando nuestro horario de trabajo de lado hasta que volviéramos.

El sol de la mañana se colaba entre los edificios mientras caminábamos hacia la clínica de inseminación artificial donde Rocío se había hecho unos análisis y unas revisiones y, además, había pedido cita para aquel día recoger los resultados.

¿Cuándo?

Ese día que desapareció y no me quiso decir dónde narices estaba.

No sé si te acuerdas de ello, pero lo he mencionado algún capítulo más arriba.

Había un aire ligero en la ciudad, ese tipo de brisa que te hace sentir que algo grande está a punto de pasar, pero que aún no ha sucedido.

Rocío llevaba unas gafas de sol enormes, de esas que cubren media cara, y un labial rojo

brillante que contrastaba con su ropa cómoda y su caminar despreocupado.

Yo iba a su lado, en leggings y una camiseta algo arrugada —la típica de "hoy no tengo energía para impresionar a nadie"—, pero con la cabeza llena de preguntas y, lo que más me preocupaba, con los nervios a flor de piel.

¿Yo? ¿Por qué? Ningún churumbel iba a crecer dentro de mi barriga, al menos, de momento.

Me parecía una decisión importante. Qué digo importante… ¡era una decisión trascendental!

Un niño no era ese pez que, si te olvidas de darle su comida de escamitas apestosas un par de días te lo encuentras flotando bocabajo en esa pecera redonda que te tocó en la feria de Navidad.

Así que insisto, era algo importante.

Jolín, el pez también, ya lo sé.

Pobre pez, realmente.

Yo una vez tuve uno al que le llamé Mariano, era negro y con ojos saltones; creí que estaba enfermo y lo deseché por el retrete.

Nunca volví a saber de él.

Nunca supe qué fue de mi Mariano.

Era pequeña, ¿vale?

En fin, que Rocío parecía relajada, como si fuera una mañana cualquiera.

Claro, esto era lo que la hacía ser Rocío: enfrentarse a los grandes momentos de la vida como si fueran un brindis con vino tinto. Pero para mí, verla así de tranquila me hacía querer preguntar mil cosas que no sabía si debía.

—Oye, Rocío, ¿estás nerviosa o solo soy yo? —solté, rompiendo el silencio.

Ella me dedicó una de esas sonrisas que parecen tranquilizarte y decirte que todo va a ir bien. Después se encogió de hombros.

—¿Nerviosa? ¿Por qué iba a estarlo? Mira, esto es algo que quiero hace mucho tiempo. Es como cuando tienes una lista de cosas que cumplir antes de los cuarenta y sabes que ya es hora de tachar una. Pues eso, solo que, en mi caso, tachar una significa intentar tener un hijo, y no correr un maratón. —Rocío me lanzó una mirada por encima de sus gafas, evaluando mi reacción—. Tú, ¿cómo lo ves? Porque estás muy calladita.

Yo suspiré.

El aire fresco y el paseo me relajaban, pero la conversación sobre la maternidad me resultaba tan... adulta.

¿Cómo podía pensar en eso si hasta hace nada tuve una crisis existencial por culpa del cucaracho y de mi ex jefe y estaba literalmente en bancarrota hasta que cogí un teléfono y me puse a gemir?

Es que a ver…

Que no.

Que a mí la edad adulta me estaba viniendo grande a momentos, que me sentía entre la espada y la pared muchas veces.

Tipo: ¿había un problema? Pues mi reacción era esconderme bajo las sábanas a ver si se solucionaba solo porque no podía más.

Nadie te enseña cómo enfrentar la vida con treinta años, cuando se supone que ya estás en una edad en la que la cabeza te funciona a la perfección, si hablamos de madurez.

¡Pues es que era mentira!

Es que eso no era real, porque todos, da igual la edad que tengamos, a veces, ante los problemas, queremos meternos bajo esa sábana y esperar a que todo lo que pasa ahí fuera sea

solucionado por otras personas.

El problema es que esas otras personas tenemos que ser nosotros también, porque se supone que somos adultos funcionales.

No sé si me entiendes.

Cuando eres adulto tienes la sensación de que ya nadie va a venir a salvarte ni a solucionarte la vida, que solo te tienes a ti.

Pero ¿cómo iba a ser capaz de eso, si todavía a veces, cuando tenía una pesadilla, necesitaba tener encendida la lamparita de noche aunque fueran cinco minutos?

—La verdad, me impresiona que estés tan segura. No sé, tener un hijo suena a algo tan grande. Y yo aún estoy intentando no cagarla trabajando en la línea erótica.

Rocío rio, y su risa fue como una brisa cálida. Me encantaba que siempre se tomara todo a la ligera.

—Lara, si te contara las veces que la he cagado yo en trabajos más respetables —entrecomilló en el aire la palabra respetables— estarías llamando a esa línea para pedirme consejos. Y hablando de eso... últimamente te veo más contenta. ¿Me he perdido algo?

Me mordí el labio al recordar a Dr Oetker y luego sonreí por lo absurdo del nombre.

Desde aquella conversación surrealista con el tipo que había llamado por error, había estado pensando en ello. Pero no sabía cómo explicarlo sin sonar como una adolescente después de su primera conversación profunda.

—Quizá —respondí.

—¿Quizá? —contraatacó ella—. Suelta por esa boca.

—El otro día tuve una llamada especial.

Rocío parpadeó un par de veces, mirándome, luego alzó sus cejitas prácticamente naranjas.

Era pelirroja natural, lo sé porque hasta sus pelitos de la figa eran rojitos.

¿Qué?

Yo he visto salir de la ducha a mis amigas, hacer pipí…

¿Tú a las tuyas no?

Pues ahí no es.

Bueno, continúo, que a nadie le importa el vello púbico de mi amiga y ya está.

—¿Qué significa eso? —preguntó ella con picardía.

—El tipo se equivocó, no quería llamar a la línea erótica.

Rocío puso los ojos en blanco.

—Ya… claro, eso dicen todos.

—¡Que no, en serio, que se equivocó de verdad! Quería llamar a… Cecotec, no sé, una tienda de estas de electrodomésticos.

—Haberle dicho que sí, que había llamado a *Cipotec* y que te encargarías de desatascar su desagüe. —Rocío soltó una risa estruendosa.

—Eres idiota… —me reí yo también.

—¿Y cómo se llama el equivocado?

—Dr Oetker —dije sintiendo cómo las mejillas se me ponían rojas.

¿Por qué?

¡Yo qué sé!

¿No ves que soy idiota?

—¿Cómo? —dijo Rocío conteniendo la risa.

—Es… bueno, da igual…

—¡No! —exclamó. —Cuéntame cómo fue—dijo enhebrando su brazo con el mío.

—Pues, no sé... Al principio pensé que la llamada iba a ser un desastre. No era como las otras, ¿sabes? Él no quería sexo. Pero, por alguna razón, me quedé al teléfono hablando de cosas que nunca hablo con nadie. Y fue como... liberador. Terminamos hablando de pizzas, de la vida adulta, y, claro, de lo patético que es todo a veces. —Hice una pausa, dudando de si debería confesar lo siguiente—. Creo que me gustó. Y no hablo de que me gustara él, sino la conversación. No sé cómo explicarlo. Sentí que por primera vez no estaba mintiendo o fingiendo para complacer a alguien. Solo... era yo.

Rocío me miró con una ceja levantada y una sonrisa pícara.

—Así que te estás volviendo adicta a las charlas profundas. Al final, lo que te pone es la mente. Vaya, vaya... ¡qué evolución, querida Melanie!

—¡No es eso! —le contesté entre risas, empujándola suavemente—. Solo digo que fue agradable. Un cambio, supongo. Como si, por un momento, dejara de ser una voz fingida en una llamada, y fuera solo Lara. Aunque él me llamara Melanie.

Rocío asintió, aunque seguía sonriendo como quien sabe algo que tú no.

—Te entiendo, tía. A mí me pasa también. Al principio, todo esto era un poco raro. Luego, te das cuenta de que detrás de esas llamadas hay gente como nosotras, solo que con diferentes necesidades. Algunos buscan amor y cariño, otros solo quieren desahogarse, algunos deshacerse de la soledad aunque solo sea un ratito y unos pocos buscan todo a la vez... Pero sea lo que sea, al final es cuestión de no juzgar. Ni a ellos ni a nosotras.

Caminamos en silencio unos minutos, sintiendo el ritmo tranquilo de la ciudad. Ya casi estábamos cerca de la clínica, y yo seguía dándole vueltas a las palabras de Rocío.

—¿Tú nunca te has sentido... no sé... juzgada por lo que hacemos? —le pregunté, con algo de duda en la voz.

Ella me miró de reojo, pensando en su respuesta.

—Claro, al principio sí. ¿Quién no se siente juzgado por algo? Pero con el tiempo aprendes a pasarte esos prejuicios por donde no da el sol. A ver, cariño, si trabajamos en esto es porque tenemos nuestras razones. Yo quiero ser madre soltera y necesito la pasta. Paso de trabajar para otros y que se hagan ricos a mi costa. El mercado laboral está fatal. ¿Qué más da lo que piensen los demás? No le debemos explicaciones a nadie. No nos estamos vendiendo, solo son conversaciones. Nadie nos ve, nadie nos toca. Nadie nos obliga a nada que no queramos hacer. No sé si me entiendes.

—Ya... pero hay días que siento que no sé quién soy. Entre fingir orgasmos en el teléfono y los disfraces de pollo, me pregunto si de verdad esto es lo que quiero.

Rocío se detuvo, me miró fijamente y yo tragué saliva. Se estaba poniendo seria.

—Lara, la vida adulta es así. A veces tienes que ponerte el disfraz de pollo y otras tienes que fingir un orgasmo. Ninguna de esas cosas te define. Lo que importa es cómo afrontas todo eso sin perder el sentido del humor... y sin dejar de ser tú misma. ¿Tú te reconoces? Pues entonces, ya está. Lo demás es relleno.

Me quedé mirándola, reflexionando sobre lo que acababa de decir. Y la verdad es que, de alguna forma, tenía razón.

Mi vida era un caos. Un desastre controlado, como había escrito en el blog. Pero dentro de todo ese caos, yo seguía siendo yo.

Llegamos a la clínica, y de repente sentí que el momento se volvía más real.

La maternidad, la inseminación artificial, todo lo que Rocío había soñado estaba a punto de

comenzar.

Rocío me miró una vez más, se bajó las gafas de sol y me guiñó el ojo.

—Vamos a hacerlo, ¿vale? Hoy comienza mi aventura de ser mamá. Y por lo que veo, tú estás empezando la tuya, aunque aún no lo sepas.

Y tenía más razón que un santo, lo que pasa es que yo todavía no lo sabía, tal y como había dicho ella.

Se le olvidó recordarme, que cuando menos te esperas, la vida vuelve a girar y a sorprenderte, porque cuando te resignas y dejas de necesitar algo, es cuando llega.

Entramos en la clínica, y el cambio de atmósfera fue inmediato. La brisa fresca de la calle quedó atrás, sustituida por un aire ligeramente frío y aséptico.

Todo era blanco, ordenado y con un olor a desinfectante que me hizo sentir que estaba en un sitio serio, muy lejos de nuestro caos habitual. Rocío, como siempre, parecía completamente imperturbable, aunque sus manos jugaban nerviosas con el borde de su camiseta.

Nos recibieron en recepción y no pasó mucho hasta que una enfermera nos llevó a una sala de espera.

Rocío y yo nos sentamos una al lado de la otra, mirando el cartel con el eslogan de la clínica: "Tu futuro en nuestras manos". Algo en esa frase me provocó una mezcla de esperanza y ansiedad.

Minutos después, el médico entró en la consulta.

Era un hombre de unos cincuenta años, con gafas redondas y una sonrisa tan profesional como tranquilizadora.

—Bueno, Rocío —empezó, mientras revisaba su historial—. Hemos repasado todo lo necesario para el tratamiento de inseminación artificial. Ya sabes que este es un proceso en el que vamos a trabajar juntos para maximizar tus probabilidades de embarazo. No es algo garantizado al cien por cien, pero tenemos una tasa de éxito bastante alta.

Rocío asintió, manteniéndose tranquila, aunque yo podía notar que estaba un poco tensa.

El médico siguió explicando, y yo intenté absorber toda la información lo mejor que pude.

—Primero, hemos hecho las pruebas hormonales y las ecografías para asegurarnos de que todo está en orden. El siguiente paso será la estimulación ovárica, donde te vamos a recetar hormonas para estimular los folículos. El objetivo es que maduren varios óvulos para aumentar las probabilidades de éxito. Este tratamiento suele durar entre diez y catorce días, durante los cuales vas a venir cada dos días para controlar el crecimiento de los folículos.

Yo miré a Rocío, que solo asentía como si estuviera totalmente de acuerdo con el plan, pero me preguntaba si estaría procesando toda esa información.

—Luego, cuando los óvulos estén listos —continuó el médico—, haremos la inseminación. Introduciremos una muestra de esperma en tu útero en el momento más óptimo de tu ciclo, justo cuando estés ovulando. Es un proceso bastante rápido y sencillo, y no requiere anestesia. A partir de ahí, es cuestión de esperar a ver si hay un embarazo.

El médico nos explicó que, después de la inseminación, Rocío tendría que esperar unos diez o quince días antes de hacerse una prueba de embarazo. Ese tiempo de espera sería la parte más difícil, porque no habría garantías hasta que se confirmara si el tratamiento había funcionado.

Rocío mantuvo su fachada de serenidad, pero al salir de la consulta, pude ver un destello de nerviosismo en sus ojos.

No era para menos.

El proceso era sencillo en teoría, pero la incertidumbre lo hacía todo mucho más complejo.

Cuando salimos del edificio, Rocío me miró y sonrió, pero no con esa sonrisa despreocupada de siempre, sino con emoción y… ¿miedo?

—Pues ya está. Esto es real —dijo, respirando hondo—. Ahora solo queda confiar en que todo salga bien.

La abracé fuerte, sin decir nada.

Habíamos hablado de muchas cosas durante el camino, pero en ese momento, las palabras sobraban.

Y mientras caminábamos de vuelta a casa, sentí que estábamos entrando en un nuevo capítulo de nuestras vidas.

Uno lleno de incertidumbre, pero también de posibilidades.

9
Lara

El cursor seguía parpadeando en la pantalla, y yo, con el ordenador portátil apoyado en las piernas, sentada en mi pequeño rincón del sofá.

A mi lado, una taza de té que había olvidado hacía más de una hora, ya fría, mientras mis pensamientos iban a mil por hora.

¿De verdad estoy haciendo esto?, me pregunté por enésima vez.

Nunca imaginé que *Crónicas de una Operadora del Amor* llegaría a ser algo más que un refugio para mí, una válvula de escape para no perder la cabeza en este caos de vida. Pero ahora, con los comentarios de la gente, con personas que de repente habían empezado a leer lo que escribía, me di cuenta de que este pequeño rincón en Internet había dejado de ser solo mío.

Había algo extraño en que otras personas completamente desconocidas, se sintieran identificadas con mis locuras. Como si compartiéramos algo más allá de las palabras.

Suspiré y me recliné en el sofá, estirando las piernas.

No podía evitar pensar en él.

Dr. Oetker.

El tipo que llamó por error buscando a un técnico para arreglar su lavadora. Desde esa llamada, algo en mí había cambiado.

Era ridículo, lo sabía.

Después de todo, no había sido una conversación trascendental, ni siquiera romántica. Pero, de alguna manera, me hizo sentir… viva. Como si fuera capaz de conectar con alguien a través de todo ese ruido, más allá de la fachada de la operadora sexi que fingía ser.

¿Y si vuelve a llamar?

Esa pregunta me rondaba la cabeza más de lo que estaba dispuesta a admitir.

No debería importarme, pero cada vez que el teléfono sonaba, sentía un pequeño salto en el pecho, una anticipación absurda.

Y lo peor es que no sabía ni siquiera de qué querría hablar si lo hiciera.

¿Volveríamos a bromear sobre electrodomésticos? ¿O nos adentraríamos en algo más?

Algo más real, quizá.

¿Eso podía ser posible?

Mis pensamientos fueron interrumpidos por un ruido en la cocina, seguido de un portazo que resonó en el apartamento.

—¡Esto es una mierda! —gritó Rocío desde la cocina.

Me levanté, consciente de que los cambios hormonales estaban golpeando a mi amiga más fuerte de lo que cualquiera de nosotras había previsto.

Claro, la estimulación hormonal para la inseminación artificial no era precisamente un paseo por el parque.

En la clínica nos habían advertido, pero una cosa era saberlo y otra muy distinta vivirlo.

Me acerqué con cautela y encontré a Rocío de pie frente al fregadero, mirando una cuchara

sucia como si fuera su peor enemiga.

—¿Todo bien? —pregunté con voz suave, tratando de medir la situación.

Rocío se giró lentamente, con los ojos entrecerrados y las manos en las caderas.

Parecía a punto de estallar.

—¡No! —exclamó, agitando la cuchara en el aire—. ¡¿Quién deja una maldita cuchara sucia en el fregadero cuando acabo de poner el lavavajillas?! ¡Es el colmo, Lara, el colmo!

Dios, chaval…

La niña del exorcista se quedaba corta a su lado en ese momento.

Trastornada, mi pobre.

Completamente trastornada.

Tuve que morderme la lengua para no soltar una carcajada. Sabía que no era el momento, pero ver a Rocío, normalmente tan elegante y controlada, perder la cabeza por una cuchara sucia era... bueno, un espectáculo.

—Lo siento, es mi culpa —admití rápidamente, levantando las manos en señal de rendición —. Ahora lo limpio, ¿vale?

Ella resopló, pero finalmente se dejó caer en una silla, agotada por su propia rabia.

—Perdón, es que... no sé qué me pasa. Un minuto estoy bien, y al siguiente, quiero destrozar todo a mi alrededor. Quiero helado de pistacho y odio el pistacho, y esta mañana lloré porque vi un anuncio de seguros. ¡Un anuncio de seguros, Lara!

Me senté a su lado, sonriendo con ternura.

—Hormonas, amiga. Son las hormonas.

Rocío se llevó una mano a la frente, como si de repente todo el peso del mundo cayera sobre ella.

—¡Esas malditas hormonas! —se quejó—. Si esto es solo el principio, ¿cómo voy a sobrevivir al resto del tratamiento? ¡Quiero un bebé, pero joder, Lara, esto es difícil!

La miré fijamente, tratando de imaginarme cómo debía sentirse. Rocío siempre había sido la fuerte de las dos, la que tenía todo bajo control, la que sabía lo que quería y cómo conseguirlo.

Y ahora, verla tan vulnerable, tan fuera de sí... Me recordó a mí misma cuando sentí que mi vida se había descarrilado, solo que Rocío tenía una meta clara: quería ser madre.

Y eso lo cambiaba todo.

—Tú puedes con esto —le dije, apretándole el brazo—. Lo estás haciendo genial, aunque ahora sientas que estás al borde del colapso. Y además, no estás sola. Estoy aquí, y las chicas también. Si hay que comer helado de pistacho a medianoche o destruir cucharas, lo haremos juntas.

Rocío me miró con lágrimas en los ojos y una pequeña sonrisa en los labios.

—Gracias, de verdad. Siento lo de la cuchara… y lo de ayer con la nevera. Creo que grité porque no quedaba espacio para mi yogur.

Solté una carcajada y ella me siguió.

Nos quedamos ahí sentadas, riéndonos de lo absurdo que podía ser todo, cuando de repente me vino a la cabeza la conversación en la clínica.

El médico había sido claro: primero, la estimulación hormonal para producir varios óvulos. Luego, la inseminación artificial. Pero la parte difícil, al menos para Rocío, sería soportar los efectos secundarios. La enfermera había hablado de pinchazos y cambios de humor, pero no había preparado a Rocío —ni a mí— para el tsunami emocional que estábamos viviendo.

A veces, todas aquellas emociones tan difíciles de controlar, la llevaban de un extremo a otro

en cuestión de minutos.

—Mira, vamos a sobrevivir a esto juntas. Y ahora mismo lo que necesitas es helado de pistacho. No me importa lo que digas —me levanté, decidida a sacarla de esa espiral de frustración—. Vamos a la heladería, lo solucionamos y luego miramos qué vamos a cenar.

—¿Helado de pistacho? —preguntó con una sonrisa temblorosa—. Eso sí que podría arreglarlo todo.

Y así, sin pensarlo dos veces, salimos a la calle. Mientras caminábamos, mi mente volvió a Dr. Oetker.

Rocío seguía hablando de la clínica, de las inyecciones y de cómo iba a sobrevivir al tratamiento, pero mi cabeza estaba dividida entre su problema hormonal y mi inesperado dilema con ese tipo que había irrumpido en mi vida por error.

En el camino a la heladería, Rocío volvió a ser la Rocío de siempre, aunque con un poco más de sensibilidad.

Mientras andábamos juntas, no podía evitar pensar en cómo nuestras vidas habían cambiado, cómo de alguna forma habíamos encontrado algo de estabilidad, aunque fuera a través de la línea erótica.

—Por cierto —dijo Rocío, interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Crees que ese tío de la lavadora volverá a llamar?

Pensé en ese instante que el baile hormonal le había dado el super poder de leerme la mente, porque la muy cabrona parecía haber adivinado mis pensamientos.

Me encogí de hombros, sintiendo un cosquilleo nervioso en el estómago.

—No lo sé. Pero si lo hace, esta vez intentaré hablar de algo más interesante que unas pizzas.

Es curioso cómo puedes empezar algo solo para ti misma, como un rincón privado para gritar al vacío, y, de repente, alguien te escucha.

Y no solo eso, sino que te responde.

Recuerdo cómo empezó todo esto.

Un día normal (o lo que sea que ahora signifique "normal" para mí), decidí escribir aquí sobre mi vida como operadora de una línea erótica.

¡Nada del otro mundo!

Solo pequeñas reflexiones sobre cómo terminé hablando con extraños al otro lado de un teléfono, con nombres falsos y voces susurradas.

Al principio, me sentía patética, después se tornó algo catártico, liberador. Era como gritar en una habitación vacía.

Pero, poco a poco, la gente empezó a aparecer en esa habitación.

Y, bueno, no sé si son el público que esperaba, pero ahora recibo comentarios de personas que se sienten identificadas, o simplemente curiosas por lo que hago

Una cosa os digo: no es solo sexo. Es mucho más que eso.

Cuando hablas con alguien en una línea erótica, llegas a conocer partes de ellos que no mostrarían a nadie más. Las inseguridades, los sueños, las cosas que no se atreven a decir ni a sí mismos.

Y me he dado cuenta de que, de alguna manera, yo también me escondo detrás de Melanie, ese alter ego seductor que vive para complacer.

Quizá por eso sigo pensando en Dr. Oetker, aquel cliente accidental que llamó pensando que

hablaba con el técnico de la lavadora.

No sé por qué me marcó tanto esa llamada.

No hablamos de sexo.

De hecho, hablamos de todo lo contrario: del caos de la vida cotidiana, de cómo los electrodomésticos parecen romperse siempre en el peor momento. Y aunque fue una charla mundana, algo en su voz —o en su risa, más bien— hizo que me quedara esperando su próxima llamada.

No debería, lo sé.

Pero… aquí estoy, revisando el teléfono cada vez que suena.

¿Qué le diría si volviera a llamar?

¿Nos quedaríamos hablando de lavadoras otra vez?

¿O algo más?

La verdad es que no lo sé, pero lo que sí sé es que quiero descubrirlo.

Esta noche, mientras me acurruco en la cama con el portátil sobre las piernas, me doy cuenta de que la vida adulta es una comedia trágica en la que todos estamos un poco perdidos.

Acompañé a mi mejor amiga a la clínica para que le pinchen hormonas con la esperanza de crear una vida. Y yo, mientras tanto, sigo esperando una llamada de un tipo que conocí por error.

El otro día discutimos con una señora mayor, que es nuestra vecina, porque nos acusa de ser las protagonistas de una película porno imaginaria.

Si esto no es vivir en el absurdo, entonces no sé qué lo es.

Lo curioso es que, por primera vez en mucho tiempo, no me siento derrotada por esta locura.

¿Quién me iba a decir que podría reírme de todo esto? Supongo que cuando tu vida se convierte en una sucesión de situaciones surrealistas, la única salida es abrazarla.

Y aquí estoy, escribiendo sobre gemidos fingidos y llamadas inesperadas, mientras espero descubrir cuál será mi próximo giro de guion.

Quizá Dr. Oetker vuelva a llamar, o quizá nunca lo haga, pero por primera vez, estoy bien con eso.

Estoy aprendiendo a dejarme llevar.

Y, ¿sabéis qué? No lo estoy haciendo nada mal.

Tras escribir aquella última frase que me dejó el corazón calentito, cerré el portátil y acto seguido también mis ojos.

Habíamos vuelto de comprar helado de pistacho para Rocío, suerte que en los supermercados siempre hay helados, y tras cenar algo ligero, se había ido a dormir.

Estaba muerta de sueño, mañana sería otro día.

10
Lara

Había pasado el tiempo estipulado según el especialista que dirigía el tratamiento de Rocío, y

estaba una tarde cualquiera sentada en mi cama, con la cabeza aún dándole vueltas a todo lo que había pasado durante aquellos días.

Rocío, las hormonas, su inminente inseminación, que sería al día siguiente, y el blog, que, para mi sorpresa, no paraba de crecer.

Era increíble cómo tanta gente se sentía identificada con las *Crónicas de una Operadora del Amor*.

Se ve que no era la única que se sentía perdida en medio del caos, pues no paraba de recibir comentarios.

El teléfono sonó y me sobresalté.

Lo miré de reojo, esperando que fuera alguna de esas llamadas de rutina, uno de los fieles clientes con su repertorio habitual de fantasías.

Absurdas, por cierto, pero ¿quién era yo para juzgar la manera de disfrutar del sexo de cada uno?

—Estás llamando al Paraíso, donde tus deseos son órdenes. Soy Melanie, ¿cómo te apetece sentirte hoy? —respondí con mi tono seductor de operadora sexi, casi por inercia.

—Eh… Hola.

Mi estómago dio un pequeño vuelco cuando escuché su voz.

Por un instante, me quedé paralizada.

¿Por qué estaba llamando otra vez?

¿Sería otro accidente?

Aunque, ¿quién comete el mismo error dos veces?

— Oh… ¡Hola! —me escuché decir un poco más emocionada de lo que debería, por lo que intenté suavizar el tono—. ¿Vuelves a tener problemas con la lavadora? —bromeé, quitándole hierro al asunto.

Hubo una pausa.

Luego, una risa suave, algo tímida, pero genuina.

Y eso me desarmó un poco más.

—No, esta vez no es la lavadora —dijo él, con un deje de humor en la voz—. La verdad es que… te estaba buscando a ti.

Mis manos comenzaron a sudar.

No es que las llamadas en la línea erótica me pusieran nerviosa; bueno, un poco sí, pero al final era algo que hacía todos los días.

No obstante, aquello era diferente.

Este tipo no me llamaba para "lo de siempre". Había algo más, algo que sentía desde aquella primera llamada accidental, y ahora parecía que también lo sentía él.

—¿A mí? —pregunté, haciéndome la despistada, pero sintiendo cómo un leve calor subía por mi cuello. La conversación seguía siendo torpe, casi como dos adolescentes hablando por primera vez—. Y… ¿cómo puedo ayudarte esta vez?

—Bueno… —dudó—. No sé si es raro, pero me quedé pensando en ti desde la última vez que hablamos. No suelo llamar a estos sitios, y mucho menos por accidente, pero contigo fue distinto. Te dije que hablar contigo era lo mejor que me había pasado durante el día. Y fue real.

Real.

Esa palabra resonó en mi cabeza.

En el fondo, era lo que más temía y lo que más ansiaba a la vez.

Que alguien me viera, que alguien me escuchara por lo que era, no por el papel de Melanie

que jugaba.

Me recosté un poco más en la cama, sintiendo cómo el tono de la conversación se volvía algo más cálido, más cercano, pero sin perder esa tensión inicial.

—¿Y eso es bueno o malo? —pregunté, intentando aligerar el ambiente.

—Definitivamente, bueno. —Esta vez su voz sonó más segura, como si él también hubiera decidido dejar de lado la torpeza inicial—. Me hiciste reír ese día, ¿sabes? No es algo que me pase mucho últimamente.

Me reí, quizá demasiado alto, pero era cierto que tenía un buen sentido del humor. Algo que no esperaba de un tipo que había marcado por error un número de línea erótica.

—Bueno, no soy una comediante, pero hago lo que puedo. Y tampoco es que me pase a mí todos los días que un cliente me cuente su vida sin querer hablar de nada subido de tono —le solté, a modo de guiño.

—¿Y te molesta? Que no quiera… ya sabes, hablar de ese tipo de cosas.

—No, no me molesta en absoluto. —Me sorprendí al decirlo y darme cuenta de que era verdad.

De hecho, lo estaba disfrutando.

Hubo un pequeño silencio en la línea, uno de esos silencios cómodos, de los que no te abruman, sino que permiten que ambas personas procesen lo que está pasando.

¿En serio estaba teniendo una conversación totalmente normal con un tipo que no conocía de nada a través de una línea erótica?

Vaya.

Mi vida era cada día más surrealista.

—¿Cómo llegaste a trabajar en esto? —preguntó él de repente, rompiendo el silencio.

—¿Quieres la versión corta o la larga? —bromeé, jugando con un mechón de mi pelo.

—La que tú prefieras. Tengo tiempo.

Me mordí el labio, sabiendo que esa pregunta requería una respuesta más personal.

Y por alguna razón, me apetecía contárselo. Sentía que él me escuchaba de verdad.

Quizá era la primera vez que alguien lo hacía en mucho tiempo, sin prejuicios ni ideas preconcebidas.

Sin contar a Rocío y a las chicas.

—Bueno, para ser sincera, no es como si me despertara un día y dijera: Quiero ser operadora de línea erótica. —Hice una pausa, pensativa—. Pero la vida, ya sabes, no siempre sale como lo planeas. Perdí mi trabajo, me separé de mi pareja, y de repente me vi viviendo en un piso compartido con una amiga y… bueno, surgió esta oportunidad. No es el mejor trabajo del mundo, pero no es tan malo como crees.

—No, no lo creo. Suenas más… feliz de lo que pensaba.

Sonreí.

Quizá no estaba feliz en el sentido estricto de la palabra, pero sí había algo distinto en mí desde esa primera llamada accidental. Algo que me estaba reconectando con la parte de mí misma que había olvidado.

—Es raro, pero sí… me estoy empezando a sentir bien con esto. No sé si es porque al final es un trabajo como cualquier otro, o porque, en el fondo, también me ha ayudado a conocerme un poco mejor.

O porque, tras mi experiencia con el cucaracho, volvía a sentirme yo otra vez.

—Ya veo… —dijo él, y por su tono sabía que no me estaba juzgando—. Y dime, ¿si yo no

hubiera marcado mal, crees que estarías hablando de estas cosas con alguien más?

Me reí de nuevo, pero esta vez fue una risa suave, cómplice.

—Sinceramente, no. A veces la vida te sorprende con las cosas más extrañas. Y ahora estoy aquí, hablando con un tipo al que no conozco de nada sobre mi trabajo en una línea erótica. ¿No te parece absurdo?

—Sí, pero también me parece real. Y raro en el buen sentido. —Su voz bajó un poco de volumen, como si él también sintiera esa conexión. No era explícito, ni vulgar. Era algo diferente, algo que no había sentido con nadie antes.

Y eso me asustaba y me emocionaba a partes iguales.

Antes de que pudiera contestar, él volvió a romper el silencio.

—Bueno, Melanie… —dijo, y su tono juguetón me arrancó una sonrisa—. Creo que la próxima vez que llame, deberíamos hablar de lo que realmente me pone…

—Ah, ¿sí? —respondí, intentando seguirle el juego—. ¿Y qué es lo que realmente te pone?

—Tu risa.

Me quedé muda.

Después, Dr Oetker cortó la llamada.

11
Lara

El sonido de unos sollozos ahogados me despertó de golpe, como un tirón que te arrastra fuera de un sueño pesado.

Me había quedado dormida pensando en aquella conversación con mi desconocido y amable… ¿cliente? ¿nuevo amigo?

No sabía exactamente qué era Dr Oetker, pero sí me había dado cuenta de que había supuesto un pequeño cambio en mi forma de ver las cosas.

Me quedé unos segundos en la cama, parpadeando en la oscuridad, intentando orientarme.

¿Qué hora era?

Miré el reloj del móvil: las tres y media de la madrugada.

¿Qué diablos está pasando?, pensé.

Estiré el cuello, tratando de identificar de dónde venía el ruido.

Era un llanto suave, pero constante, y… ¿ese sonido crujiente?

Digno de una ardilla royendo una bellota.

Me levanté con cuidado, intentando no hacer ruido mientras caminaba hacia la puerta de mi habitación.

Al abrirla, una pequeña luz parpadeaba desde el baño del pasillo.

Los sollozos eran más claros ahora, acompañados de un inquietante: *crunch, crunch*.

Por favor, que no haya un ratón en este piso de mierda, pensé.

Avancé despacio, y entonces lo vi: un rastro de cáscaras de pipas que empezaba justo en la puerta del baño y se extendía como migas de pan directo al retrete.

Me sentí como la maldita Gretel caminando directa a la trampa de la casita de chocolate, solo que en esa ocasión, no era la bruja quien me esperaba, sino mi inseparable Hansel con rizos rojos.

Abrí la puerta con suavidad, y ahí estaba.

Rocío, con las bragas bajadas, sentada en el váter, llorando a mares.

Tenía un paquete de pipas de girasol abierto en el regazo y las cáscaras se amontonaban entre sus muslos, cayendo en una pequeña montaña a sus pies.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté, cruzando los brazos mientras intentaba no reírme por la situación tan surrealista.

Rocío levantó la mirada, con los ojos hinchados y rojos, y sollozó más fuerte.

—No lo sé… —respondió con un lamento exagerado, y luego mordió otra pipa—. ¡No sé qué estoy haciendo! —Su voz se quebró al final, como si estuviera a punto de explotar.

Me acerqué y me senté en el borde de la bañera, sin saber muy bien cómo manejar aquello.

No todos los días encuentras a tu mejor amiga en bragas, llorando en el baño, comiendo pipas a las tres de la mañana.

—Rocío, cariño… ¿qué ha pasado? —le pregunté suavemente, inclinándome hacia ella.

Ella soltó un bufido entre sollozos y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—Estoy tan nerviosa, la inseminación es mañana —dijo sorbiéndose los mocos. Después mordió otra pipa.

—¿Por eso estás despierta? —le pregunté.

Ella asintió con la cabeza, aflorando su niña interior. Una niña interior que en ese momento estaba totalmente desconsolada.

—Y me hacía caca…

—Oh.

—Pero no he hecho, tranquila.

—Ya, si solo huele a pipas —dije riéndome.

—Es que... ¡no sé si estoy preparada para ser madre! —gimió, tirando el paquete de pipas al suelo en un acto dramático, como si eso de repente resolviera algo.

Ahí estaba.

El miedo que llevábamos días intuyendo, pero que ella aún no había dicho en voz alta.

Yo sabía que el tratamiento de fertilidad estaba siendo un camino complicado para ella emocionalmente, más de lo que jamás admitiría.

Pero Rocío, siendo Rocío, siempre había sido la fuerte, la que lo tenía todo bajo control, así que verla así, rota y vulnerable, me hacía sentir una mezcla extraña de tristeza y ternura.

—¿Por qué piensas eso? —le pregunté, queriendo que se soltara, que lo dijera todo.

Ella suspiró y se llevó las manos a la cara, cubriéndose como una niña pequeña que no quiere que la vean llorar.

—Porque... —empezó, titubeante—. ¿Qué pasa si no soy lo suficientemente buena? ¡Voy a ser madre soltera! ¡Eso ya de por sí es una locura! —Su voz se quebró de nuevo, y se dejó caer hacia adelante, hundiendo la cabeza entre las manos—. Y si me estoy equivocando… ¿Qué pasa si soy egoísta al querer traer a un niño a mi vida, cuando ni siquiera sé si puedo manejar mi propia independencia?

—Rocío… —comencé a decir, pero ella me interrumpió con un torrente de palabras.

—¿Y si no tengo suficiente dinero? —continuó—. ¿Y si me sobrepasa todo? ¡No sé ni freír un huevo bien la mitad de las veces, Lara! Menos mal que está Dori… ¡Y lo de la cuchara sucia el otro día me hizo gritar! —La vi desmoronarse en un mar de dudas que había estado guardando durante semanas.

Me levanté de la bañera y me arrodillé a su lado, cogiendo sus manos con suavidad.

Ella levantó la mirada, con los ojos llenos de lágrimas, y vi a la Rocío de siempre, pero esta vez, sin su armadura.

—¿Sabes? —empecé, intentando no sonar como una gurú de autoayuda, porque odiaba ese tipo de cosas—, ser madre, o lo que sea que quieras ser, siempre da miedo. Todos los comienzos dan miedo. No vas a tener todas las respuestas, y está bien no saberlo todo. Lo importante es que lo quieres. Lo que estás haciendo es increíblemente valiente.

Rocío negó con la cabeza, todavía llorando.

—No soy valiente, soy una egoísta. Solo estoy pensando en mí y en lo que quiero, sin tener en cuenta cómo será para el bebé. Y si después me doy cuenta de que no puedo hacerlo… —Su voz era un susurro al final.

Le apreté las manos un poco más fuerte.

—Te preocupas por ese bebé antes de que exista. Eso no es ser egoísta, eso es ser madre. —Le sonreí, y finalmente ella soltó una risa temblorosa—. Además, tú ya eres mil veces más responsable que muchas madres que conozco. Y lo de la cuchara fue culpa mía, la dejé sucia a

propósito para ver qué pasaba —bromeé, intentando arrancarle otra sonrisa.

No era cierto, pero quería hacer que se sintiera mejor.

Rocío me dio un empujón ligero y resopló, secándose las lágrimas.

—¡Eres una idiota! —se quejó, pero su expresión ya había cambiado. Estaba más calmada.

Nos quedamos en silencio un rato, hasta que finalmente ella dijo:

—¿Y tú, Lara? ¿Cómo haces para no sentirte tan perdida todo el tiempo?

Me quedé pensativa.

Aquella pregunta no era fácil de responder. La verdad es que sí me sentía perdida, quizá más de lo que Rocío imaginaba, pero estaba tan agobiada en ese instante que no debía acordarse de todas las veces que había sido ella la que me había hecho poner los pies en la tierra y me había proporcionado soluciones.

—No lo sé —admití, encogiéndome de hombros—. A veces siento que estoy dando tumbos por la vida, esperando a ver qué me golpea primero. Mi trabajo, este piso, el blog… Nada de esto estaba en mis planes. Pero, al mismo tiempo, empiezo a pensar que eso está bien. A veces, no tener el control absoluto es lo mejor que te puede pasar.

Rocío me miró con sorpresa y cariño.

—Tú, dando lecciones de vida… —dijo con una sonrisa—. ¿Quién te ha visto y quién te ve?

—Ni yo misma me lo creo. Pero mira, estamos aquí, en bragas, a las tres de la mañana, con una montaña de cáscaras de pipas a nuestros pies. Si esto no es un cuadro de cómo es la vida adulta, no sé qué lo será.

Ella soltó una carcajada, y yo la acompañé. Sabía que esa duda no iba a desaparecer del todo, que habría más noches como esta, pero al menos esa noche estábamos juntas.

—No sé si estoy lista para ser madre —dijo al final, con la voz más calmada—. Pero creo que lo intentaré.

—Y ahí está la valentía, Rocío. No en no tener miedo, sino en seguir adelante a pesar de él.

Ella asintió, y me sonrió. Después de todo, tal vez ninguna de las dos sabía con certeza a dónde íbamos, pero al menos sabíamos que no íbamos solas.

—Mañana será un día estupendo —le dije.

Ella se limitó a asentir con la cabeza, sonreír y limpiarse las lágrimas.

12
Lara

La clínica olía a desinfectante mezclado con el suave aroma de las flores naturales que decoraban la recepción.

Rocío estaba sentada a mi lado, con las manos apretadas sobre el regazo, y yo no podía dejar de mirarla.

Se notaba que estaba nerviosa, y no era para menos.

Había llegado el día. ¡El gran día!

Ese momento en el que todo su esfuerzo, su sueño de ser madre soltera, se condensaba en una jeringuilla.

A mí, sinceramente, me parecía alucinante.

—Lara, ¿estoy loca? —me preguntó de repente, sacándome de mi ensimismamiento.

Le sonreí, tratando de ser el pilar fuerte que ella necesitaba. Si algo había aprendido acompañándola durante todo este proceso, es que lo que más necesitaba no era alguien que le diera respuestas, sino alguien que simplemente estuviera ahí.

Así que eso estaba haciendo yo.

—No estás loca —le dije mientras le apretaba la mano—. Estás tomando el control de tu vida, Rocío, y eso da miedo. Pero, eh, estás haciéndolo con ovarios. Literalmente.

Nos reímos un poco, aunque en el fondo ambas estábamos hechas un manojo de nervios.

El procedimiento en sí fue rápido.

El médico le explicó todo con calma y empatía, mientras Rocío se recostaba en la camilla.

Me dejaron estar con ella, y durante los minutos en los que el médico preparaba la inseminación, no pude evitar pensar en lo surrealista que era.

La que se había convertido en mi mejor amiga en tiempo récord estaba a punto de ser inseminada mientras sostenía su mano al tiempo que miraba las luces del techo.

—Si este niño sale con tu sentido del humor, estoy jodida —bromeó Rocío, intentando aligerar el ambiente.

—No, no te equivoques, si sale con mi sentido del humor, el mundo está jodido —le respondí, y las dos soltamos una carcajada.

Cuando todo terminó, el médico nos sonrió.

—Ahora solo queda esperar, pero tranquila, hemos hecho todo lo necesario —dijo.

Rocío respiró profundamente, y en sus ojos vi un brillo que hacía tiempo no veía: la esperanza.

Dos días después, decidimos reunirnos para celebrar el gran paso que Rocío había dado.

Era imposible quedarnos quietas esperando el resultado de la inseminación, así que qué mejor manera de manejar los nervios que una comida con nuestras chicas en un restaurante cuco de Madrid.

El sitio elegido era encantador, con sus paredes cubiertas de ladrillo visto, luces cálidas colgando del techo y ese aire bohemio-chic que parecía sacado de Pinterest.

Una de esas pequeñas joyas escondidas en el centro de la ciudad que te hacen sentir como en casa desde el primer momento.

Las sillas de madera crujían ligeramente cuando te sentabas, y en cada mesa había un jarrón diminuto con una única flor blanca.

—Vale, vale... No he visto tantos aguacates juntos desde que me dio por hacerme fanática del poke bowl —dijo Cristina cuando nos sentamos, haciendo referencia al menú lleno de platos saludables y modernos.

—Tranquila, Cris, he pedido que pusieran una pizza en tu honor —le contesté, guiñándole un ojo.

Las chicas fueron llegando poco a poco.

Ni, con su calma de siempre, Yelena con su risa contagiosa, y Cristina que no podía evitar hacerse notar desde el minuto uno.

Pero el centro de atención, sin duda, era Rocío.

Se la veía diferente.

Había en ella algo más suave, más relajado, como si haber dado ese paso tan importante hubiera arrancado parte de la incertidumbre que la agobiaba.

—Bueno, bueno, chicas... ¡Esto merece un brindis! —exclamó Cristina levantando su llena de refresco de cola. Se había prometido no beber alcohol durante todo el mes, en un intento de llevar una vida más saludable, pero su entusiasmo no disminuía por eso—. ¡Por Rocío y por su aventura hacia la maternidad! Aunque espero que no te conviertas en una de esas mamis que hablan solo de pañales y papillas...

—Cariño, si me vuelvo así, tienes permiso para encerrarme en el baño y ponerme pipas para sobrevivir —respondió Rocío, riéndose.

Yo las observaba y me sentía agradecida. Éramos un grupo variopinto, cada una con sus rarezas y personalidades tan dispares, pero de alguna forma, habíamos creado nuestra pequeña familia.

Nos entendíamos, nos apoyábamos y sobre todo, nos reíamos.

Nos reíamos mucho.

La comida fue un desfile de platos compartidos: hummus con toques de remolacha, tostadas con aguacate, huevos rotos con jamón ibérico y, por supuesto, una pizza que Cristina devoró con placer.

—Tengo que confesar que me dio un ataque de nervios el otro día —dijo Rocío, mientras jugaba con un trozo de pan entre los dedos—. Me desperté y pensé: ¿de verdad estoy preparada para esto? ¿Y si no soy suficiente para este bebé? ¿Si no soy lo que necesita?

La mesa se quedó en silencio por un momento. Era una confesión valiente. Rocío siempre parecía tenerlo todo bajo control, pero ese día se permitía mostrarse vulnerable.

—Rocío —le dije, mirándola a los ojos—. Vas a ser la mejor madre del mundo. ¿Sabes por qué? Porque ya te estás preocupando por hacerlo bien, y eso significa que lo harás. No tienes que tener todas las respuestas ahora. Nadie las tiene.

—Totalmente —añadió Yelena, con su acento cubano lleno de calidez—. A veces siento que no soy suficiente para mi marido cuando no puedo pagar todas sus terapias. Pero, ¿sabes qué? Estamos en esto porque nos preocupamos. Y eso ya es amor.

Rocío sonrió, y vi cómo se le llenaban los ojos de agua.

Estábamos ahí para ella. Para recordarle que nunca estaría sola, que no importaba lo difícil que fuera el camino, siempre tendría su tribu.

—A veces siento que soy egoísta por querer ser madre sin un padre al lado. ¿Qué le diré al niño cuando me pregunte? —Rocío estaba siendo más sincera que nunca.

—Le dirás que lo querías tanto que hiciste todo lo posible por traerlo al mundo, y punto. No es egoísta querer amor en tu vida —le contestó Cristina, dándole un apretón en el brazo.

Los postres empezaron a llegar: tiramisú de té matcha, brownies veganos, y unas copas gigantes de helado.

Rocío pidió helado de pistacho, su favorito del momento, mientras todas levantábamos nuestras cucharas para atacar los dulces.

—Ya me veo comprando biberones y pañales, chicas... Aunque antes que nada, helado para la futura mamá. ¡Eso sí que no va a faltar! —dijo Rocío entre risas.

Cuando llegó el helado, todas nos lanzamos a probarlo. Ese momento era todo lo que habíamos necesitado.

Un pequeño oasis en medio del caos de la vida, un respiro de los miedos y las dudas.

Sabíamos que el camino sería largo, que Rocío tendría momentos difíciles, pero también sabíamos que no importaba lo que pasara, estaríamos juntas.

—Bueno, chicas, creo que ya es hora de admitir que me estoy volviendo adicta al aguacate —dijo Ni, con su serenidad habitual—. Pero este helado de pistacho... es otra religión.

Nos reímos, levantamos nuestras copas una vez más y brindamos por Rocío, por la vida, y por todos los caminos inesperados que estábamos recorriendo.

Esa tarde en el restaurante fue especial. No solo estábamos celebrando la inseminación de Rocío, sino todo lo que venía con ella: las dudas, los miedos, y la certeza de que, pasara lo que pasara, nos teníamos las unas a las otras.

13
Lara

Era otra noche tranquila en casa, pero la tensión del ambiente era palpable.

Rocío y yo seguíamos en esa especie de limbo, esperando los resultados de la inseminación.

Cada día parecía más largo que el anterior, y aunque intentaba mantenerme ocupada, el trabajo, el blog y la vida cotidiana no conseguían llenar el vacío que dejaba la incertidumbre.

Pensaba en Dr. Oetker más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Desde nuestra primera llamada, las cosas habían cambiado en mi cabeza. Él no era como los demás clientes, y eso me tenía intranquila de una forma casi divertida.

Después llamó otra vez y me dejó en jaque.

¿De qué iba ese tío?

A veces me preguntaba si volvería a llamar... o si era mejor que no lo hiciera.

Pero el destino —o más bien, la ironía— tenía otros planes.

Justo cuando me disponía a poner una película en mi portátil, el teléfono sonó.

Era él.

Mi corazón se aceleró.

Sabía qué contestar, pero también sabía que no iba a ser una conversación como las demás.

No con él.

—Vaya, vaya… al final voy a acabar comprando las pizzas de esa dichosa marca… ¿Seguro que no te llevas comisión? —dije con una sonrisa que ni siquiera intenté ocultar.

La familiaridad de la última llamada flotaba en el aire.

Él se rio al otro lado de la línea, esa risa que me hacía sentir cómoda de una manera completamente inesperada.

—Hola, Melanie —respondió. Ya no había ninguna duda en su voz, ningún titubeo—. ¿Te pillo en mal momento?

—Nunca es mal momento para ti —dije, haciendo que mi voz sonara juguetona, pero también sincera.

Porque lo era.

Había algo en él que hacía que estuviera dispuesta a responder a su llamada, incluso cuando la idea de hablar con un cliente me resultaba agotadora después de un largo día.

—Vaya... me siento halagado —dijo con un tono burlón, pero podía escuchar algo más detrás de esas palabras. Algo genuino.

—La última vez me dejaste pensando— dije sonriendo.

—Ah, ¿sí? —preguntó, dejando que su voz bajara un poco—. ¿Y en qué te dejé pensando, exactamente?

—En que dijiste que mi risa te pone.

Ahí estaba.

Esa pregunta que habíamos dejado en el aire la última vez.

Lo había retado, y ahora, parecía que estaba listo para aceptar el desafío.

Soltó una carcajada que me provocó suavemente.

Este era nuestro juego, y me estaba divirtiendo.

—No te mentí. Pero me ponen más cosas aparte de eso.

—Cuéntame más —le pedí casi con un ronroneo, enrollando en mi dedo un mechón de mi cabello.

—Digamos que lo he estado pensando... y creo que lo que también me pone es... la honestidad —dijo, dejando que sus palabras flotaran en el aire.

Me sorprendió.

No era la respuesta que esperaba, pero al mismo tiempo, tenía sentido.

Este hombre no era como los demás. No quería simplemente fantasías, quería algo más real, algo más auténtico.

—La honestidad... —repetí, disfrutando del juego, pero también sintiendo una extraña sensación de curiosidad—. ¿Qué tipo de honestidad? Porque, ya sabes, hay muchos tipos de verdades.

—El tipo de honestidad en la que no tienes que fingir ser alguien que no eres —contestó, y su tono se volvió más íntimo—. Esa es la verdad que me pone.

Mis nervios se encendieron de una manera diferente.

Esta conversación no iba en la dirección habitual.

No era una simple charla subida de tono; había algo más profundo en juego aquí.

Algo que me hacía sentir vulnerable, pero también... emocionada.

—¿Y quién crees que soy yo, Dr. Oetker? —le pregunté, mi voz un susurro que parecía flotar en la habitación oscura.

—Creo que eres alguien que es buena jugando a ser otra persona —dijo, sin perder ese tono suave y sugerente—. Pero también creo que hay algo real en ti que no puedes evitar mostrar, incluso cuando intentas ser Melanie, porque ya me dijiste que ese no es tu nombre real, igual que el mío, evidentemente, no es Dr. Oetker.

Tragué saliva.

Sabía que esta conversación estaba cruzando una línea, una que no estaba segura de querer cruzar, pero tampoco podía evitarlo.

Me sentía atraída por su forma de hablar, por la manera en que lograba desarmarme con solo unas pocas palabras.

Después de un carraspeo, comenté:

—Me hubiera gustado conocer a tus padres si fuera tu nombre real. ¿Y qué es lo que te gustaría escuchar ahora mismo? —le desafié, mi voz ahora más ronca, cargada de tensión.

Quería seguir jugando, pero también quería ver hasta dónde llegaría él.

Hubo un momento de silencio en la línea, y luego su respuesta me sorprendió.

—Me gustaría escuchar cómo suenas cuando no estás fingiendo.

Mi estómago dio un vuelco.

Era la primera vez que alguien me pedía eso en este trabajo. Siempre había sido sobre lo que querían imaginar, lo que querían oír.

Nadie había pedido escucharme a mí.

—Y si te dijera que no sé cómo sonar cuando no estoy fingiendo —le respondí, mi voz baja, casi como si estuviera confesando algo que ni siquiera me había dado cuenta hasta ahora.

Él rio suavemente, pero no de forma burlona.

—Entonces creo que podríamos averiguarlo juntos, ¿no? —dijo, su tono suave pero seguro.

Mis nervios estaban a flor de piel.

No sabía qué estaba haciendo.

No sabía en qué estaba metiéndome con esta llamada. Pero había algo en su voz, en su manera de hablarme, que me hacía querer seguir adelante.

—¿Qué te gustaría que te dijera ahora? —le susurré, mi tono volviéndose más íntimo, más personal.

Sabía que no estaba siendo la típica Melanie, pero no me importaba.

—Quiero que me digas qué te gusta, de verdad. No lo que crees que quiero oír... sino lo que te excita a ti.

Me quedé sin palabras por un segundo. No estaba acostumbrada a este tipo de preguntas.

Este tipo de conversaciones eran raras, especiales.

Y, joder, excitantemente complicadas.

—Creo que... lo que me excita es esto —dije, y mi voz era un susurro bajo, sincero—. Que alguien me hable así, sin prisas, sin expectativas. Solo... honestamente.

Su respiración se volvió un poco más pesada al otro lado de la línea.

Sabía que había tocado algo en él.

Y eso, en sí mismo, era excitante.

—Eso es lo que me pone —dije, dejándome llevar por la sinceridad de la conversación—. Que alguien me escuche... realmente me escuche.

Hubo un silencio pesado, cargado de tensión, antes de que él hablara de nuevo.

—Te estoy escuchando, Melanie.

Mi corazón se detuvo un segundo.

—¿Eso es lo que quieres oír? —le susurré, mi voz temblando ligeramente, pero no por miedo, sino por la intensidad del momento.

—Eso es exactamente lo que quería oír —respondió, y su voz era profunda, cargada de una emoción que no esperaba.

Nos quedamos en silencio durante un momento, ambos procesando lo que acababa de pasar.

Sabía que esta llamada había cruzado una línea, y no estaba segura de si era algo bueno o malo.

Pero había sido real.

Y en este trabajo, eso era algo que no pasaba muy a menudo.

—¿Alguna vez has imaginado cómo soy? —me atreví a preguntar.

—Desde que hablamos por primera vez… muchas.

—¿Crees que… te gustaría si me tuvieras delante? —le pregunté con el corazón bombeando dentro de mi pecho como un loco.

—Sí, creo que sí —dijo en un susurro.

Mi mano había volado a la cinturilla de mi pantalón de pijama, acariciando la tela, queriendo traspasarla para llegar hasta mi propia piel.

—Creo que tú a mí también.

—También he pensado… —lo escuché tragar saliva— en todo lo que haría si estuvieras delante de mí, por eso te he preguntado qué es lo que te excita, lo que te excita de verdad…

Su voz era como una chispa, se metía bajo mi piel, me quemaba las entrañas y hacía que mi vello se erizase.

¿Qué me estaba pasando?

—¿Me creerías si te dijera que… yo he pensado más en ti de lo que debería?

—¿Por qué habrías de mentirme?

Tragué duro.

Aquello se me estaba yendo de las manos.

—Dime qué te gusta que te hagan, Melanie —me ordenó con voz de terciopelo.

Cerré los ojos, hundí la mano bajo la tela de los pantalones.

—¿De verdad?

—Mataría por escucharlo —contestó con la respiración acelerada—. Olvídate de Melanie, háblame desde tu verdadera identidad.

—Me gusta…

—Cuéntame.

—Me gustan los besos en el cuello, el rastro de saliva que se queda en la piel tras un beso con los labios entreabiertos.

—Excitante —susurró él.

—Y…

—¿Qué más, Melanie?

—Que acaricien mis pechos, de forma suave, ya sabes, no cogiendo el pezón como si estuvieran subiendo el volumen de la radio del coche…

Mis dedos ya habían interceptado mi clítoris y lo masajeaban en suaves círculos.

—Estoy seguro de que me encantarían tus pezones… —dijo él con la voz entrecortada.

¡Joder! ¿Cómo podía estar pasándome aquello?

—¿Tú crees?

—Lo sé —afirmó—. Me pasaría un buen rato lamiéndolos. Lento, luego más rápido…

—Oh… —jadeé, a punto de explotar en un orgasmo.

—¿Te gusta, Melanie? ¿Te estás tocando ahora mismo? —preguntó en un susurro que me hizo volar.

—Sí… ¡Ah! —gemí mordiéndome los labios, justo cuando alcancé el clímax.

Después abrí los ojos, mi respiración tan agitada que tuve miedo de hiperventilar.

—¿Estás ahí? —pregunté ya sintiendo la vergüenza teñir mis mejillas, mis orejas y hasta mi aura, si creyera en esas cosas, de rojo.

—Sigo aquí, Melanie. ¿Cómo se siente que te proporcionen placer a ti y no al revés? —me preguntó.

Y si en la voz de alguien se pudiera imprimir una sonrisa, sería en la suya en ese momento.

—Pues…

—Buenas noches, Melanie. Ten por seguro que soñaré contigo hoy.

Cuando finalmente colgamos, me quedé tumbada en la cama, mirando el techo, mi mente dando vueltas.

No sabía qué hacer con estos sentimientos. ¿Era solo el trabajo?

¿O había algo más detrás de todo esto?

¿Me había vuelto loca?

¿Qué coño había pasado ahí?

Lo único que sabía era que quería que volviera a llamar.

Y eso, quizá, era lo más peligroso de todo.

Porque ese chico había despertado cosas dentro de mí, que creía que seguían dormidas.

Dios, ¿qué se suponía que tenía que hacer ahora?

14
Lara

Un rato más tarde de que la llamada hubiera finalizado, todavía sentía las piernas temblorosas, como si el mundo bajo mis pies se hubiera vuelto de gelatina.

El orgasmo me había llegado casi por sorpresa. No era la primera vez que fingía en una llamada, solo que esta vez no lo había hecho ni un poquito, había sido real, y eso me asustaba.

Dr. Oetker, con su voz grave y envolvente, había conseguido atravesar esa barrera invisible que siempre mantenía entre el personaje que vendía fantasías y la verdadera Lara.

Me quedé tumbada en la cama, mirando al techo, intentando procesar lo que acababa de pasar. ¿Cómo era posible que un desconocido, alguien que me llamaba desde Dios sabía dónde, hubiera conseguido que me corriera con solo hablarme al oído?

¿Qué sabía yo de él, más allá de que tenía una voz bonita, capaz de derretir Alaska, y un sentido del humor retorcido?

Ni siquiera podía visualizarlo. A lo mejor era un tipo de esos que se sacan cera de las orejas en sus ratos libres. O peor aún, se la comía.

Solté una carcajada amarga.

Los hombres que llamaban a la línea erótica podían ser cualquier cosa, desde padres de familia aburridos con matrimonios estancados hasta solteros crónicos que no sabían cómo conectar con una mujer fuera de este contexto.

Lo que más me descolocaba era la idea de que, quizá, Dr. Oetker era alguien completamente diferente de la imagen mental que yo me había creado.

¿Y si solo era otro más de los que buscan un desahogo temporal en esas llamadas, sin ningún tipo de implicación?

Me estremecí.

La idea de que me estuviera involucrando más de lo necesario me asustaba.

Me había prometido a mí misma no mezclar sentimientos en esto, pero ahora, después de esa última llamada... no podía dejar de pensar en él.

La conexión que habíamos creado no tenía que ver con los jadeos ni con las palabras sucias; era algo más profundo.

Pero, ¿qué clase de persona era capaz de tener ese efecto sobre mí, sin haberme tocado ni una sola vez?

Ni siquiera sabía su nombre real.

¿Y yo?

Tampoco era Lara para él, solo Melanie.

Y sin embargo, cuando colgó, me quedé con ganas de más.

No de otra charla caliente, sino de escucharle hablar sobre cualquier cosa.

Lo que fuera.

Porque por primera vez en mucho tiempo, había vuelto a sentirme escuchada por un hombre.

Me dormí a las tantas pensando en todo aquello, y la mañana siguiente empezó como

cualquier otra: café, mensajes de voz de mi madre preguntando por mi futuro laboral con ese tono pasivo-agresivo que ella manejaba tan bien y mi blog, que seguía ganando más visitas de las que me atrevía a contar.

Pero ese día cambió cuando, inesperadamente, recibí un email.

Lo abrí, distraída, esperando que fuera spam o alguna oferta absurda de préstamos rápidos, pero no.

Era una propuesta de trabajo.

—Ayudante de oficina, treinta horas semanales. No se necesita experiencia previa. ¿En serio? —murmuré en voz alta, leyendo incrédula.

El corazón me dio un pequeño vuelco.

¡Era una oportunidad real!

Y no cualquier oportunidad, sino un trabajo lo más parecido a mi antiguo empleo, fuera de la línea erótica, sin gemidos ni voces susurrantes.

Y, lo más importante, sin disfraces de pollo.

Eufórica, me levanté del sofá de un salto, casi tirando mi taza de café en el proceso.

Tenía que contárselo a Rocío.

¡Esto merecía una celebración!

—¡Rocío! —grité mientras me dirigía a su habitación—. ¡Vas a flipar con lo que me acaban de proponer!

Empujé la puerta sin pensarlo, olvidando por completo que, siendo las diez de la mañana, podría estar en plena llamada.

Has leído llamada, no mamada, guarra.

Y efectivamente, lo estaba.

En la llamada, insisto.

Lo primero que vi fue el barreño de plástico en el suelo.

Luego vi a Rocío, sentada en el borde de la cama, sosteniendo el teléfono con una mano, mientras con la otra... ¡metía los dedos en el agua del barreño!

Todo esto mientras susurraba algo incomprensible en voz baja.

Mis ojos se abrieron como platos.

Estaba a punto de dar un paso atrás, pero el espectáculo era demasiado extraño como para procesarlo con rapidez.

—Sssí, papi... —dijo Rocío con una voz entrecortada y sensual, moviendo el agua con un dedo—. Me estoy... ya sabes... dejando llevar...

Me quedé petrificada, la mano aún en el pomo de la puerta, observando cómo Rocío seguía chapoteando en el barreño como si aquello fuera lo más normal del mundo.

Después cogió la jarra del agua y comenzó a vaciarla en el barreño.

Entonces sin girar la cabeza, me vio de reojo.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—¡Cierra la puerta, coño! —me siseó sin perder su tono meloso, cubriendo el micrófono del teléfono—. ¡Es uno de esos clientes raros! Le excita escucharme orinar.

Me llevé la mano a la boca, conteniendo una carcajada.

Rocío, mi impecable Rocío, con su moño perfecto y su aire de reina del drama, chapoteando en un barreño para simular que estaba haciendo pis. Aquello era demasiado surrealista.

—¿Y por qué no vas al baño directamente? —susurré de vuelta, tratando de no reírme en su cara.

Ella bufó, moviendo el teléfono ligeramente.

—¿Tú sabes lo incómodo que es sostener una llamada erótica mientras estás en el baño? ¡La acústica es horrible! ¡Pierdes todo el glamour! —dijo, arrastrando las palabras con el mismo tono sensual mientras sus dedos seguían removiendo el agua—. Y además, no voy a hacer pis en serio, Lara. Solo estoy haciendo el sonido. Un poco de agua, creatividad y *voilá*: cliente satisfecho.

No pude más.

Solté una carcajada tan fuerte que Rocío me fulminó con la mirada, poniendo un dedo sobre sus labios en señal de silencio.

Su cara estaba roja, ya no sé si de esfuerzo, de vergüenza, o de intentar mantener la compostura mientras fingía mear para un cliente fetichista.

—Que sí, amor, que sí… ¡Cuánto pipí ha salido de mi vejiguita…! La tenía bieeeeen lleeeeeena.

Intenté recomponerme mientras ella continuaba, poniendo su mejor voz seductora.

—Oh, sí... papi... puedo sentir cómo se relaja todo... —dijo, echando la cabeza hacia atrás, chapoteando un poco más en el agua.

Era una mezcla perfecta entre la escena más absurda y el teatro improvisado.

Cuando finalmente terminó la llamada y colgó, la tensión en su cuerpo desapareció de inmediato, soltando el teléfono en la cama como si pesara una tonelada.

—Lo que una hace por ganarse la vida... —dijo, secándose las manos con una toalla.

No pude más y me derrumbé en el suelo de la risa.

—¡Rocío! Ha sido... ¡Épico! —dije entre carcajadas—. Pero, ¿qué clase de cliente fetichista tienes? ¿Quieres que te compre una fuente zen para la próxima vez? Esto es oro puro para el blog.

Ella resopló, pero no pudo evitar reírse también.

—Lo peor no es eso, lo peor es que creo que me ha quedado tan realista que hasta me han dado ganas de ir de verdad al baño... —dijo, y ambas estallamos en carcajadas.

Después de unos minutos recuperando el aliento, me acordé de por qué había entrado en su habitación en primer lugar.

—Ah, bueno... además de presenciar tu acto maestro, tengo una noticia.

—¡Dime ya! —dijo Rocío, interesada.

Me enderecé y me senté en su cama, emocionada de nuevo.

—Me han propuesto un trabajo. ¡Una entrevista, quiero decir! —le conté, deseando haber tenido el email en mi mano para agitarlo como si fuera un boleto ganador de la lotería.

Rocío levantó una ceja, curiosa.

—¿En serio? ¿Qué clase de trabajo?

—Ayudante de oficina. Treinta horas semanales. ¡Nada de teléfonos eróticos! —dije con una sonrisa triunfal—. ¡Ni disfraces de pollo!

Sus ojos se iluminaron.

—¡Lara, qué fuerte! —dijo, abrazándome de repente—. ¡Eso es genial! Pero... ¿estás segura de que quieres dejar este mundillo?

Me quedé en silencio un momento.

La verdad era que no estaba del todo segura.

Lo que más me ilusionaba era la idea de tener una rutina normal.

Pero por otro lado, en este trabajo, había encontrado una parte de mí que no conocía.

Y el blog seguía creciendo.

Y Dr. Oetker... no, no podía pensar en él ahora.

—No sé, Rocío —admití finalmente—. Solo quiero intentarlo. Tener una opción. Quiero saber qué más hay para mí fuera de Melanie. Pero no pienso dejaros. Aún no, al menos.

Ella me sonrió con una complicidad que me recordó lo fuerte que era nuestra amistad.

—Pues entonces, tía, ¡vamos a celebrarlo como toca! —anunció Rocío con una sonrisa traviesa—. Pero antes... si no te importa... tengo que ir al baño de verdad.

Y con eso, se levantó, alejándose al baño con un movimiento teatral que me hizo reír de nuevo.

Entre fetichistas raros, entrevistas sorpresa y charlas profundas, parecía que nunca habría un día aburrido en nuestras vidas.

15
Lara

—No puedo ir, no puedo —murmuré frente al espejo mientras me batía en una lucha con el eyeliner, que se empeñaba en hacerme un ojo de panda.— ¿Quién soy yo para trabajar en una oficina? Si apenas sé organizar mi ropa, ¿cómo demonios voy a organizarle la vida a otra persona?

El espejo no me devolvía respuestas.

Solo me recordaba que llevaba el sujetador mal puesto y que tenía una pequeña mancha de café en la camisa que había planchado la noche anterior.

El uniforme de adulta funcional y responsable consistía en: camisa blanca, vaqueros oscuros y zapatos que me apretaban solo con mirarlos.

Hacía meses que no usaba tacones, y parecía que mis pies estaban vengándose.

Me atusé el cabello rubio una vez más en el espejo, pasé las yemas de mis dedos por las pestañas para rizarlas más y observé el reflejo de mis ojos marrones.

—Lara, por tu madre, consigue este curro.

Un retortijón me apretó la barriga y me llevé una mano al abdomen.

No.

No era el momento de convertirme en la fábrica de chocolate de Willy Wonka versión escatológica.

Tras aquello, salí al salón y comencé a ordenar las cosas de mi bolso.

Rocío, desde el sofá, me observaba en silencio.

Sabía que estaba hecha un manojo de nervios, y no era para menos.

—Eh, Melancólica —dijo Rocío, arqueando una ceja con una media sonrisa. Me llamaba así desde que comencé a escribir el blog. ¿Por qué? No sé, cosas suyas—. ¿Te has planteado que quizá no necesitas lubricante para una entrevista de trabajo?

Miré el tubo en mi mano como si acabara de descubrir un alienígena.

—¡Mierda! —Lo dejé sobre la mesa del comedor, con el rostro encendido de vergüenza—. ¿Qué hace esto aquí? ¿Dónde está mi laca?

—Te cogí el bolso prestado el otro día, lo siento, amor. Laca, lubricante… ¿qué más da? —bromeó Rocío mientras se levantaba y me daba una botella de agua pequeña—. Respira, lo harás bien. Eres brillante. Caótica, pero brillante.

—Gracias, Roci. —Le dediqué una sonrisa nerviosa, pero agradecida—. Si vuelvo arrastrándome, cúbreme las espaldas.

—Por supuesto. Si fracasas, siempre puedes decir que eres espía internacional o algo.

Con la botella de agua y el ánimo de Rocío, salí disparada hacia la entrevista, rogando que no fuese el desastre que intuía.

Tenía la cabeza en mil lugares distintos.

Por un lado, estaba la oportunidad de tener un trabajo real, algo más allá de los jadeos y susurros al teléfono.

Pero ¿quería eso?

Cada vez más, sentía que el blog y las conversaciones con personas como Dr. Oetker me estaban ayudando a encontrar mi propia voz, una que no había escuchado en años.

Y luego, estaba él.

Esa extraña y atractiva conexión.

No sabía si volvería a llamar, pero lo cierto es que, si lo hacía, yo… yo respondería.

Como siempre, mi vida era un caos.

Llegué a la oficina para la entrevista, justo a tiempo, pero no sin antes haber dejado mal cerrada la botella de agua y que se me derramase por todo el bolso.

Al sacar el currículum y ver cómo chorreaba el líquido transparente, no pude evitar reírme; mejor eso que llorar.

Sí, definitivamente, era un desastre con patas.

Tiré el currículum a la primera papelera que me encontré por el camino y casi me caí subiendo las escaleras hasta llegar al despacho indicado.

Súper profesional, Lara, pensé, *mellada te cogen seguro.*

Estaba claro que el universo se estaba divirtiendo conmigo ese día.

Y entonces apareció él.

Diego Calatrava.

Lo primero que pensé fue: *Este tipo no puede ser real.*

Alto, con el pelo oscuro perfectamente peinado hacia atrás, una mandíbula que parecía haber sido cincelada por un escultor obsesionado con la simetría y unos ojos azules tan fríos que, por un momento, olvidé respirar.

Llevaba un traje de corte perfecto, como si hubiera nacido con él puesto.

Era tan… apuesto, que casi dolía mirarlo.

Ok, Lara, relájate. Solo es un arquitecto con más horas de gimnasio de las que tú tendrás en tu vida.

—Lara Ruiz, ¿verdad? —Su pregunta me sacó del ensueño que, un poco más y llega a ser tórrido.

Definitivamente, trabajar en una línea erótica debía estar afectando mi cabeza.

Y tu chirla, me recordó una vocecita.

Pero es que el tipo era… perfecto.

Su traje perfectamente planchado, sus zapatos brillantes y ese aire de hombre que no sabe lo que es derramar café en un currículum.

Ni café, ni agua, ni nada de nada.

Lo que no sabía era lo que se le venía encima.

—Sí, soy yo. Lara —dije, estirando la mano con más fuerza de la que pretendía.

Si él notó mi nerviosismo, no lo dejó ver. Solo me indicó que lo siguiera hacia una sala de reuniones sin inmutarse, con un gesto para que lo siguiera.

Hice lo que me pedía y comprobé que había más gente trabajando en la oficina, la cual se trataba de un espacio amplio, moderno, con paredes de cristal y un ambiente serio.

Todos parecían inmersos en sus tareas, con las miradas fijas en sus pantallas y sus caras de concentración absoluta.

Yo, por supuesto, me sentía el caos personificado entrando en aquel pequeño mundo de orden y precisión.

Genial.

Estaría trabajando como su ayudante personal.

Pues… ¡madre mía!

Honestamente, la idea de estar tan cerca de este monumento humano, me ponía todavía más nerviosa.

¿Cómo demonios iba a concentrarme con alguien como él a mi lado todo el día?

Nos sentamos frente a frente y el choque fue inmediato.

Él, tan normal, tan perfecto.

No te fíes tanto, monina. NADIE es perfecto. Ni siquiera este quesito, me dijo mi subconsciente.

Y yo… bueno, tan yo.

La silla chirriaba cada vez que me movía, haciendo sonidos extraños que parecían otro tipo de cosas.

Esperaba, en serio, que no pensara que me estaba *peando* en un su cara, porque para nada. Estaba tan nerviosa en ese momento que tenía mi ojetillo más cerrado que mi corazón.

Ya sabes.

Cucarachos, no. Gracias.

¿Y qué pasa con Dr. Oetker?, susurró mi cabeza.

Calla, somos amigos, no hay nada, contesté yo con la otra parte de mi cerebro, la normal, quiero decir.

Pues hizo que te corrieras como la perra que eres. Y eso que decías que de cintura para abajo eras una muerta, que si no querías más piedras con pene con las que tropezar…

Un sudor repentino me mojó la espalda, de hecho, sentí una gotita resbalar bajo mi camisa blanca, reptando por mi columna.

Esperaba que no se notara.

Sentía las mejillas y las orejas ardiendo y el cuello me picaba.

Dios mío de mi vida, que aquella entrevista acabara ya o moriría.

—¿Tienes el currículum? —me preguntó entonces.

—Sí. O sea… no. Quiero decir… —me llevé una mano a la frente, abochornada.

Habla bien, estúpida. De este trabajo puede depender nuestro futuro.

Diego arqueó una ceja, parecía divertirse a mi costa.

—¿Lo tienes o lo busco en la tablet? —me preguntó con media sonrisa.

—Busca, busca en la Tablet mejor.

—Vale —dijo moviendo sus dedos sobre la pantalla táctil del aparato.

¿Te crees que es un perro? Madre mía, la que estás liando, guapa.

Oye… qué bien mueve los dedos…

En serio, que alguien me hiciera una lobotomía o lo que fuera para hacer callar a mi cerebro.

—Te prometo que no soy así de desorganizada… bueno, no siempre —intenté bromear para esquivar los pensamientos que se me estaban viniendo a la cabeza, porque no sabía qué narices me estaba pasando, pero todo lo que conseguí fue que su expresión se mantuviera tan neutra como antes.

Increíblemente neutra.

Quizá sea de esas personas que no pueden expresar emociones o algo así. Una vez leí un libro de un niño que no tenía…

¡Calla, coño!, me espeté a mí misma.

Nos miramos durante un momento.

Yo no podía leerle en absoluto, y eso solo hacía que me pusiera más nerviosa.

Pero después de unos minutos hablando, me di cuenta de que, en el fondo, Diego no era tan inaccesible como parecía.

La entrevista continuó y, aunque al principio parecía el típico jefe serio y algo distante, pude notar un atisbo de algo más en él.

Un tipo que, quizá, no sabía cómo aflojar la corbata, cómo dejarse llevar.

Tal vez todo su control venía de una presión que no sabía cómo manejar.

Cada palabra que decía, cada gesto, era meticuloso, calculado.

Estaba claro que su vida era una especie de lucha constante por mantener el equilibrio, una carrera perpetua en la rueda del hámster del éxito.

Y, honestamente, eso me intrigaba.

Le hablé de mis trabajos anteriores, evitando cualquier mención a Melanie y a la línea erótica, pero me sentía como una completa amateur.

Cada vez que decía algo, su mirada era impenetrable.

No sabía si me estaba juzgando o si realmente le parecía interesante.

Mi vida era caos, y él... bueno, parecía vivir en un mundo de orden perfecto.

—Tienes una forma… interesante de ver las cosas —dijo finalmente, sin descomponer ese rostro serio.

—Eso espero que sea un cumplido —repliqué, sonriendo un poco.

Y entonces ocurrió lo inesperado.

—Creo que podrías encajar aquí. No estoy seguro de cómo, pero... hay algo que podrías aportar. —Su tono era neutro, pero detrás de esas palabras había una chispa de algo.

Quizá admiración.

O pura curiosidad.

Pero ¿había hablado en serio?

Después de toda la torpeza, ¿me estaba ofreciendo el trabajo?

Sentí una mezcla de alivio y confusión, pero sobre todo, esa pequeña voz dentro de mí, preguntándome si realmente era eso lo que quería.

Salí de allí con una oferta de trabajo en la mano, una fecha para firmar el contrato y las ilusiones renovadas.

Una parte de mí estaba emocionada por la idea de tener un trabajo de oficina, algo estable.

Pero otra parte, más profunda, más auténtica, no dejaba de preguntarse si renunciar a la línea erótica y al blog era lo correcto.

¿Y Dr. Oetker?

¿Volvería a llamar?

¿Realmente iba a renunciar a la línea erótica?

El día tenía muchas horas, ¿no?

Diego

Mi vida siempre había sido una línea recta.

Nada de desvíos, nada de curvas imprevistas.

Me levantaba a las seis en punto, café negro, ni azúcar ni crema.

Después, un entrenamiento rápido en el gimnasio del edificio, ducha, batido de proteína y al despacho a las ocho.

Era simple, efectivo, y lo que funcionaba para mí.

No había espacio para sorpresas en mi vida.

El éxito no se construye sobre el caos.

Ese día, como todos los demás, mi rutina no se alteraba.

Estaba revisando los últimos planos del proyecto de Ortega y Gasset. Todo parecía cuadrar, pero sabía que esos clientes vendrían con más cambios.

Siempre era así: ellos querían lo imposible y nosotros, los arquitectos, éramos magos que hacíamos que todo funcionara.

O al menos, eso creían ellos.

Para mí, la clave siempre había sido el control. En mi constructora, Calatrava y Asociados, lo controlaba todo.

Mi padre me dejó al mando, retirándose antes de que un infarto lo fulminara.

Y ahora era yo quien debía mantener el prestigio, ser mejor que él, mantener la línea, porque aquello era su legado.

Pero, últimamente, algo había cambiado. No es que lo admitiera abiertamente, pero sentía que el control se me escapaba poco a poco.

Los días eran más largos, los correos se acumulaban y las noches en la oficina eran la norma.

No había equilibrio en mi vida, pero tampoco lo quería.

¿Qué era el equilibrio, al final?

Una fantasía para los que no estaban dispuestos a dejarse la piel por su éxito.

—Diego, necesitas un ayudante. No puedes seguir así —me dijo Marta, mi socia, unas semanas atrás. Marta era la única que se atrevía a decirme las cosas tal cual, y aunque me molestaba que me lo dijera, sabía que tenía razón.

Resistí al principio, claro.

¿Cómo iba a dejar que alguien se metiera en mi trabajo, en mi rutina?

Entrenar a un ayudante significaba más trabajo para mí, y ya tenía suficiente.

Pero Marta insistió, y la presión de los proyectos inacabables me hizo ceder.

—He visto el currículum de una candidata —me comentó hace poco—. Se llama Lara, podrías entrevistarla. Tiene un perfil… diferente.

Diferente. Esa palabra me dejó pensando. Diferente no solía encajar conmigo, pero acepté sin hacer muchas preguntas.

Necesitaba ayuda, aunque me resistiera a admitirlo.

Y entonces llegó el día de la entrevista.

Cuando Lara entró en la oficina, supe al instante que "diferente" era una descripción generosa.

—Si, soy yo. Lara —dijo, con una sonrisa nerviosa y descarada al mismo tiempo cuando

pronuncié su nombre en voz alta.

Incapaz de evitarlo, la observé.

Era un desastre.

Todo en ella parecía fuera de lugar, pero no de esa manera calculada que veía en algunos clientes, sino más bien como si acabara de caer del cielo y todavía no supiera dónde estaba, porque la cara de ángel nadie se la quitaba.

Nos sentamos en la pequeña sala de reuniones. Yo, tratando de mantener la seriedad habitual, y ella, como si estuviera allí por casualidad.

Mientras hablaba de sus experiencias pasadas, noté que no tenía ni idea de lo que hacía allí.

Sus palabras salían atropelladas, mezclando detalles irrelevantes con bromas mal ubicadas.

Estaba muy nerviosa y aun así, había algo en ella que me intrigaba.

No podía decir que me impresionara por su experiencia, porque era obvio que no tenía mucha, pero lo que me impactó fue cómo parecía no importarle en absoluto lo que yo pensara.

No estaba allí para impresionarme, o al menos, no lo mostraba.

Era tan auténtica que resultaba desconcertante.

—Bueno, creo que podrías encajar aquí —le dije finalmente, más por curiosidad que por convicción.

Lara me miró, con esos ojos abiertos como platos, sorprendida. Y de alguna forma, en ese momento supe que la iba a contratar.

Era lo opuesto a lo que mi vida necesitaba, o, mejor dicho, lo opuesto a lo que yo creía necesitar. Y aun así, ahí estaba yo, a punto de decirle que empezara la próxima semana.

Una hora más tarde, mientras revisaba los planos del nuevo proyecto, no podía dejar de pensar en ella.

Tenía algo… algo que no sabía dónde ubicar ni qué era lo que me resultaba familiar.

Además, seguía dándole vueltas a la idea de cómo sería tenerla en la oficina.

¿Sería capaz de adaptarse a mi ritmo?

Estaba acostumbrado a la eficiencia, a la puntualidad, a los resultados inmediatos.

Y ella parecía una bomba de relojería a punto de estallar en cualquier momento.

Marta asomó la cabeza por la puerta.

—Diego, la reunión con el cliente de Ortega y Gasset es en diez minutos.

—Sí, ya voy —contesté sin apartar la vista del ordenador, aunque mi mente estaba en otro lugar.

La reunión fue como todas las demás: el cliente quería cambios imposibles, y yo estaba en piloto automático, diciéndole que se podía hacer, aunque sabía que nos llevaría semanas.

Pero, por alguna razón, no podía concentrarme del todo: mi mente seguía volviendo a Lara.

No sabía por qué.

No solía distraerme de esta manera, pero ella me había desconcertado.

Tal vez porque no había muchos como ella en mi mundo.

Mis arquitectos eran todos igual de eficientes, igual de enfocados.

Un equipo sólido, sin duda, pero predecible, como yo.

Lara, en cambio, era impredecible, aunque simplemente fuera a ayudarme con tema de papeleo y agenda, dado que ella no tenía nociones de arquitectura.

¿Y si su caos era justo lo que mi vida necesitaba?

¿Una chispa en medio de tanta rutina?

Nunca había pensado que algo así pudiera ser positivo, pero ahora... no estaba tan seguro.

Regresé a mi despacho después de la reunión junto a Marta y ella me miró de reojo.

—¿Qué? —le pregunté.

—No te hace gracia meter a esa chica en la oficina, ¿cierto?

Suspiré.

—No es eso… es…

—No eres un robot, Diego —me recordó.

—Lo sé.

—Pues eso, rey —dijo Marta antes de marcharse, no sin guiñar un ojo y sonreírme.

Marta era mi mejor amiga, nos conocimos estudiando la carrera de arquitectura.

Cuando mi padre me dejó la empresa, decidió comprar una cuarta parte y convertirse en mi socia.

Le vino bien a la empresa, porque Marta sabía lo que hacía, pero también le venía bien a mi vida, porque me conocía a la perfección.

Quizá tuviera razón y Lara era justo lo que necesitaba, aunque todavía no supiera cómo.

17
Lara

Solo diré una cosa: socorro.

A ver, soy consciente de que mi llegada a la oficina no iba a ser una entrada triunfal ni digna de alfombra roja, ya se me conoce un poco a estas alturas.

Pero… ¿podía haber sido un poquito menos caótica?

Pregunto.

Entre los nervios, las prisas, y la sensación constante de no saber si me iban a despedir antes de comer, creo que el día no podía haber empezado peor.

Cuando Diego me dijo que estaba contratada y a pesar de mis dudas, llegué a casa hecha un huracán y brindamos con zumo de piña las chicas y yo.

Por el tema de si Rocío tenía un bombo en la tripita o no, ya sabes cómo estaba la cosa.

Reímos, saltamos, nos emocionamos y hasta se nos saltó alguna lagrimilla, porque todo parecía coger ritmo de nuevo, porque quizá ya había amarrado con fuerza las riendas de mi vida entre las manos.

No obstante… mi primer día fue un desastre.

¿Más que el primer día con traje de pollo?

Pues no lo sé…

Todo comenzó a las siete y media de la mañana. Decidí llegar antes, porque soy consciente de que la puntualidad no es lo mío y pensé que me lo debía a mí misma: comenzar con el pie derecho.

¿El resultado?

Llegué, pero mi tarjeta de acceso, la cual me habían dado un par de días antes, cuando volví a ir a la oficina de Don Perfecto para firmar el contrato, no funcionaba y me quedé como una tonta esperando que alguien me abriera.

Después de quince minutos de mirar mi reflejo en la puerta de cristal, apareció Marta, la socia de mi nuevo jefe.

—Buenos días, ¿no funciona tu tarjeta? —me dijo, con esa sonrisa que parecía tan agradable como estudiada. Yo negué con la cabeza—. Ven, te abro.

Suspiré aliviada, pero el verdadero reto no había comenzado.

En cuanto subí a la oficina, el caos de mi cabeza chocó de lleno con la perfección controlada del despacho de Diego.

Todo estaba en su sitio, como si el mismísimo Dios del orden lo hubiera diseñado.

Al principio, pensé que había entrado en una especie de templo del minimalismo arquitectónico: las mesas eran de cristal, las paredes blancas impolutas, y el silencio… casi me hacía pensar que estaba en una iglesia.

—Lara, ven, te presento a tu mesa de trabajo —dijo Marta, guiándome hacia un escritorio cercano al despacho principal de Diego—. Tu jefe no está de muy buen humor hoy, pero no te lo tomes a pecho. Tiene días malos.

Vaya.

Ahí me debería haber detenido, girado sobre mis tacones, y vuelto a casa.

Pero no, porque soy Lara, y si algo me caracteriza es meterme en sitios que claramente no me convienen.

Como en el trabajo del disfraz de pollo, como en mi antigua relación con mi ex…

En fin.

Me acomodé en mi escritorio, intentando no pensar en los nervios que sentía revolotear en mi estómago.

—Diego te va a necesitar con los planos del proyecto de Ortega y Gasset —me dijo Marta mientras me dejaba sola—. Prepárate, porque hoy será movido.

Ah, pues mira qué bien, oye, pensé.

Minutos después, apareció él.

Diego Calatrava, el hombre que parecía haber sido creado en una fábrica de arquitectos perfectos. Alto, delgado, con el pelo oscuro y siempre bien peinado, ya sabes.

Llevaba un traje gris impecable, pero la mirada… esa mirada transmitía mil cosas a la vez: prisa, estrés, cansancio.

Era un completo maníaco del control, pero yo todavía no sabía hasta qué punto.

Y lo peor es que ni siquiera me vio.

Bueno, no es que no me viera, claro que lo hizo, pero para él yo era un ente más en su universo de responsabilidades y plazos de entrega imposibles.

—Lara —me llamó desde la puerta de su despacho sin siquiera levantar la vista del móvil—, necesito que ordenes estos planos. Hazlo ya, y no me interrumpas a menos que sea necesario.

Aquel "no me interrumpas" me golpeó como una ráfaga de aire frío.

Casi lo tomé como un reto personal, así que asentí rápidamente, como si fuera lo más natural del mundo ser ignorada de esa manera.

No dije nada, solo me levanté y fui a por los planos.

Y ahí estaba yo, el primer día, perdida entre papeles, intentando que mi torpeza no llamara mucho la atención.

Pero, ¿sabes? Todo fue cuesta abajo cuando Diego salió disparado de su despacho hacia mí.

—Lara, ¿no te pedí que organizaras esto hace quince minutos? —me soltó, su tono impaciente—. Si no sabes cómo hacerlo, al menos pregúntame, pero no me hagas perder más tiempo.

Y lo peor de todo… es que tenía razón. Había pasado los últimos diez minutos mirando los planos sin saber muy bien cómo organizar nada, porque no tenía ni la menor idea de cómo funcionaba su sistema.

Me quedé callada.

Mi cerebro en ese momento estaba procesando mil cosas a la vez: cómo organizar los papeles, qué decirle a Diego para no parecer inútil y cómo no romperme de los nervios.

Mi ojo izquierdo incluso bizqueaba.

—Lo siento —murmuré—. Estaba intentando encontrar el orden que…

—No necesito que lo intentes, necesito que lo hagas —me interrumpió, sin mirarme. Luego volvió a su despacho como si yo no fuera más que un ruido de fondo molesto.

El resto de la mañana fue más o menos igual. Diego entraba y salía de su despacho, hablando por teléfono, dando órdenes, exigiendo cosas que yo, en la vida, podría hacer bien a la primera.

Sentía que el sudor me resbalaba por la espalda mientras trataba de seguir su ritmo.

Y cada vez que se acercaba a mí, su presencia imponente y esa expresión siempre seria me hacían desear desaparecer.

Ni siquiera me miraba directamente, su mirada iba de los planos a su móvil, a los correos, a los clientes, pero nunca a mí.

—Lara, necesito que me traigas los documentos del contrato de este cliente —dijo sin levantar la vista de su ordenador—. Está en la carpeta que te dejé en el escritorio. Y date prisa.

Lo encontré, lo llevé a su mesa, y él simplemente lo cogió sin mirarme.

Ni un gracias, ni un reconocimiento.

Nada.

Me sentí como si fuera invisible.

A la hora de comer, me senté sola en una pequeña sala de descanso con mi sándwich y mi botella de agua.

Lo único que me alegró un poco ese rato fue la notita que Rocío había pegado al tupper de plástico donde estaba guardado mi sándwich.

Larita, eres una campeona. ¡Vas a hacerlo genial!

Luché por no llorar cuando la leí, ya ves tú. Pero para mí contaban mucho ese tipo de detalles. Estaba agotada e hipersensible. Ni siquiera había pasado medio día, y ya sentía que llevaba una semana trabajando allí.

¿Por qué, entonces, seguía con esa absurda sensación de querer seguir impresionándolo, de querer demostrarle que podía hacerlo?

Quizá porque, a pesar de todo, algo en él me atraía.

Era todo lo que yo no era: controlado, serio, organizado… y también misterioso.

¿Cómo sería conocerlo fuera de estas cuatro paredes? ¿Relajado, humano, incluso amable?

Además, su voz…

—¿Cómo va todo? —preguntó Marta, entrando con una taza de café en la mano y haciendo que olvidara los pensamientos que llenaban mi cabeza en ese momento.

La miré y sonreí débilmente.

—Diego parece que no me soporta —confesé, riendo un poco, aunque por dentro me dolía más de lo que quería admitir.

Tener un buen ambiente de trabajo creía que era algo esencial, y yo tenía la sensación de que mi nuevo jefe me estaba haciendo *mobbing*.

Eso y la ley del hielo cada vez que le daba por ahí.

Marta se sentó a mi lado.

—Diego no odia a la gente. Solo está… estresado. Así es siempre. Pero, tranquila, se irá relajando. Solo necesita ver que puedes seguirle el ritmo.

¿Y si no puedo?

—Eso espero —dije, suspirando. Aunque, sinceramente, no estaba tan segura de poder hacerlo.

El resto de la tarde no mejoró mucho.

Me equivoqué en dos correos, casi derramé mi botella de agua sobre unos planos (gracias a Dios no pasó) y Diego me volvió a regañar cuando intenté ayudarle con unos archivos que no necesitaba.

Todo mal.

Y mientras él seguía en su rueda de hámster, inmerso en su mundo de trabajo, yo sentía que me hundía cada vez más.

Cuando finalmente llegó la hora de irme, recogí mis cosas, intentando no hacer ruido. Pero justo cuando estaba a punto de salir por la puerta, escuché su voz.

—Lara.

Me giré y lo vi apoyado en la puerta de su despacho, mirándome por primera vez en todo el día.

Venga, mujer, que parece que va a pedirte perdón. Solo ha sido un mal día, me intenté animar.

—¿Sí? —respondí.

—Mañana te quiero más despierta.

Y sin más, se giró y desapareció en su despacho, dejándome ahí, en medio del pasillo, con una extraña sensación en el estómago.

Dios.

Cucaracho, cucaracho, cucaracho.

18
Lara

Cuando llegué a casa, abrí la puerta como si hubiera vuelto de una guerra, pero en realidad, me sentía como si hubiera librado una batalla épica contra mi paciencia, mi dignidad y... un arquitecto cuyo nombre prefería no mencionar en ese momento porque solo pensarlo ya me subía la presión y, hostia, era demasiado joven para tomar medicación de hipertensos.

No había pisado el piso dos segundos cuando escuché a Rocío desde el sofá:

—¿Y bien? ¿Qué tal el primer día con el señor Rígido?

Apodo que le había puesto ella después de los mil mensajes que le había enviado mientras iba en el metro de camino a casa, despotricando de mi nuevo jefe.

Me desplomé en la silla de la cocina y dejé caer el bolso como si pesara una tonelada.

De repente, la idea de unirme al ejército de ayudantes explotadas de Madrid parecía la peor decisión que había tomado desde que me teñí el pelo de azul en la universidad, porque "experimentar está bien".

—Fatal, Ro. ¡Fatal! —contesté, dejándome caer hacia atrás con los ojos cerrados—. ¿Sabes lo que más me molesta? Que ni siquiera me miraba cuando hablaba. Como si no existiera. Estaba demasiado ocupado revisando planos y hablando de líneas rectas y curvas, y no, no eran las curvas que yo pensaba, te lo aseguro.

Rocío se levantó del sofá y cruzó la sala para sentarse en la barra de la cocina, con las cejas arqueadas.

—¿Líneas rectas? Uy, Lara, eso suena fatal. Tú y las líneas rectas no os lleváis bien —dijo, intentando no reírse, pero la vi; estaba disfrutando de la catástrofe que era mi vida laboral en ese momento.

Como siempre últimamente, si obviamos mis conversaciones con Dr. Oetker, sobre todo la última, en la que me hizo llegar a lo más alto, y de la que Rocío, por supuesto, estaba al tanto.

—¡Exacto! No encajo, Ro. Es como meterme en una fábrica de robots donde soy el único tornillo suelto. Y Diego, porque así se llama señor Rígido, ni siquiera se daba cuenta de que existo. Me ha dado tareas como si fuera su secretaria personal, pero con una lista interminable de cosas que podrían estar escritas en arameo antiguo, porque no entendí ni la mitad. ¡Y ni siquiera me explicó cómo hacerlo ni me dijo gracias!

Rocío me miró con una sonrisa de lo más burlona.

—Vale, pero cuéntame, ¿por lo menos está bueno? —preguntó, haciéndome reír.

—¿Que si está bueno? —me crucé de brazos—. ¿De qué sirve que sea guapo si tiene el alma de una roca? Pero sí, para que te hagas una idea, parece salido de una revista de arquitectos exitosos. Alto, pelo castaño oscuro, bien peinado, barba recortada como si pasara por el barbero cada mañana. Y esos ojos… —hice una pausa, recordando—. Tienen un color tan azul que hasta me hicieron dudar por un segundo. Pero claro, luego abrió la boca y se fue todo al carajo.

—Ah, sí… los ojos —dijo Rocío, imitándome de manera exagerada, mientras me señalaba con el dedo—. Creo que te ha impresionado más de lo que quieres admitir. ¿Seguro que no te cae

un poquito bien?

—¿Bien? ¡Por favor! —repliqué, con tono ácido—. Es como un androide. Un hombre que parece haber sido fabricado para ser funcional. Probablemente sin café, se le acabe la batería. Y en cuanto a caerme bien, Ro, me va a costar no lanzarle uno de esos planos a la cabeza si sigue ignorándome como hoy.

—Bueno, bueno —dijo ella, haciéndose la interesante—, ya me contarás cuando esos ojitos azules te miren con más cariño y menos frialdad. ¿Quién sabe? Quizá entre tanto control, esconda un alma apasionada.

—Ya, seguro. Y quizá yo soy la heredera secreta de una fortuna en Suiza. —Rodé los ojos—. Si él tiene un alma apasionada, la esconde debajo de cinco toneladas de trabajo y estrés.

Rocío se rio con ganas, lo que me hizo relajarme un poco. Tener a alguien que se tomaba la vida tan a la ligera como ella era justo lo que necesitaba en ese momento. Aunque solo fuera para recordarme que no todo era tan terrible como me parecía en ese instante.

En ese momento, mi teléfono sonó, el de la línea erótica, digo. En el personal no me llamaba ni el Tato.

Genial, justo lo que necesitaba, irónicamente hablando, claro.

Contesté sin demasiado ánimo.

—Has llamado al Paraíso, donde tus deseos NO son órdenes. No me importa cómo te apetezca sentirte hoy. Tenemos la regla. Adiós. —Dije todo en un tono seco y completamente desganado, mientras veía cómo Rocío me observaba desde la barra, tratando de contener una risa monumental.

—Habla por ti —dijo Rocío, levantando las cejas y riéndose a carcajadas.

No pude evitar reírme también. A veces, lo absurdo de nuestras vidas era lo único que me salvaba de hundirme en la desesperación.

Dejé el teléfono sobre la mesa, soltando un suspiro pesado.

—Sabes que solo un masoquista me llamaría ahora mismo, ¿verdad? —dije—. Estoy de tan mal humor, que hasta los tipos raros de la línea podrían salir corriendo.

Rocío me lanzó una mirada entre divertida y tierna.

—Venga, Lara, seguro que no ha sido tan terrible. Es solo el primer día. Las primeras impresiones son como los calcetines viejos: siempre puedes cambiarlos después. Y oye, si está tan bueno como dices, quizá el café no sea lo único que se derrame en esa oficina —soltó con una risita pícara.

—No he derramado café, gracias al Señor.

—A lo mejor le quieres derramar la leche y dejar el café para después —me dijo poniendo morritos.

La miré horrorizada, aunque sabía que estaba exagerando.

—¡Ro! ¡Por favor! —grité, llevándome las manos a la cara—. No puedo ni imaginarlo. Lo único que quiero es que me mire a los ojos al menos una vez antes de jubilarme. Si de alguna manera ese hombre se vuelve humano, es más probable que me contraten en la NASA antes de que me fije en él.

—Sí, claro —dijo Rocío con tono burlón—. Y la NASA está ahora mismo actualizando tu currículum. ¡Vamos, si no te lo comes tú, me lo como yo cuando nazca el bebé!

—Bueno, tú sabrás —dije entre risas—, pero te advierto que, aunque el envase sea bonito, el interior parece estar hecho de cables y silicona.

Nos reímos juntas un buen rato, y aunque el día había sido un caos absoluto, me sentí algo

mejor.

A veces, todo lo que necesitaba era alguien como Rocío para recordarme que, aunque el trabajo fuera un desastre, siempre podía sobrevivir.

19
Diego

La primera semana con Lara en la oficina fue… ¿cómo decirlo?

Un terremoto.

Un terremoto disfrazado de ayudante, con ojos grandes y curiosos que parecían no detenerse nunca.

Y si bien estoy acostumbrado a controlar todas las variables de mi vida, trabajar con ella fue como tratar de encajar una pieza de rompecabezas que viene de otro juego completamente diferente.

El primer día, pensé que lo más difícil sería enseñarle lo básico de la rutina.

Me equivoqué: lo más complicado fue sobrevivir a su caos.

Desde el momento en que llegó, su presencia llenó la oficina de una energía que, francamente, no sabía si era revitalizante o si me estaba arrebatando la poca cordura que me quedaba.

Llegó tarde, por supuesto. Y no lo dijo con el habitual "perdón por la demora" al que me he acostumbrado con otros empleados, sino con un:

—¡Dios mío, esa maldita tarjeta! ¿A quién se le ocurre poner ese tipo de cosas para poder entrar?

Esa fue su entrada.

¿Cómo se suponía que debía responder a eso? Así que hice lo que hago siempre cuando alguien llega tarde: fruncí el ceño y la ignoré.

—Bien, Lara —le dije, sin alzar demasiado la vista de los planos—. Vamos a empezar con las tareas. Necesito que organices estos documentos y me los devuelvas en el orden en que los recibas. Son de varios proyectos, así que no quiero confusiones.

Le entregué una pila de papeles y me preparé para lo peor.

Ella los cogió con una sonrisa, como si le hubiera dado un juego de mesa en lugar de una tarea delicada.

—Fácil. No te preocupes, Diego, soy una genia del orden —dijo mientras se dirigía a su mesa improvisada.

Una genia del orden.

Claro.

De alguna manera, eso sonaba a una contradicción viniendo de alguien que traía el bolso medio abierto y un bolígrafo pegado a su cabello con un mechón rebelde un rato más tarde.

La observé de reojo mientras trataba de concentrarme en los planos del proyecto de Ortega y Gasset.

Al principio, pensé que todo iría bien, pero después de unos minutos, escuché un crujido extraño.

Algo metálico.

Cuando me giré, vi que estaba forcejeando con la grapadora, tratando de abrirla, como si

fuera un tesoro escondido.

—Lara, ¿qué haces? —pregunté con el tono más neutral que pude conseguir.

—Eh... bueno, creo que esto se ha atascado —respondió, mostrando la grapadora como si me estuviera presentando pruebas en un juicio—. ¿No tendrás otra por ahí?

Tomé aire.

Mantuve la calma.

Respira, Diego, me dije.

Eso era lo que Marta quería, ¿no?

Necesitas un ayudante, me había dicho.

Claro, aquello me estaba ayudando a ir directamente hacia un ataque de nervios.

Pasaron un par de días y, a decir verdad, Lara no mejoraba mucho en cuanto a eficiencia, pero había algo en su actitud despreocupada que empezaba a resultarme... ¿soportable?

No, no era eso.

Era más bien intrigante.

Mientras yo estaba al borde del colapso con fechas de entrega, llamadas de clientes y revisiones interminables, ella parecía encontrarle el lado divertido a todo.

—¿Este café lo has hecho tú? —me preguntó una mañana mientras sostenía la taza con una mano y miraba fijamente el líquido oscuro como si fuera a leerle el futuro.

—Sí —contesté, sin entender a qué venía la pregunta.

—Es el peor café que he probado en mi vida.

Me quedé mirándola, incrédulo.

—¡Pero no te preocupes! —añadió de inmediato, agitando las manos—. Haré algo al respecto. Voy a convertirme en la mejor barista que has conocido. Tiempo al tiempo.

Antes de que pudiera decir algo, desapareció de mi vista.

¿Acababa de insultarme y luego prometerme que mejoraría mi café?

¿Qué clase de persona hacía eso?

¿Y por qué demonios sonreía mientras lo hacía?

En resumen, trabajar con ella era… uff insufrible.

Un minuto la encontraba rebuscando entre las carpetas, buscando algún documento que ella misma había perdido, y al siguiente, estaba haciendo bromas sobre cómo nuestros clientes probablemente querían transformar sus casas en museos de la obsesión por la perfección.

Era impredecible, y eso era exactamente lo que me ponía nervioso.

El jueves, mientras revisaba los planos de una reforma importante, escuché un pequeño grito proveniente de su mesa.

Me giré rápidamente, esperando lo peor.

¿Incendio?

¿Se cayó de la silla?

No, nada tan dramático.

Solo había derramado su café sobre... mi agenda.

—¡Oh, Dios, Dios, Dios! —exclamó, con las manos en la cabeza como si acabara de arruinar un Monet—. ¡Espera! ¡Lo arreglo!

Corrió a la cocina de la oficina para traer servilletas, pero cuando volvió, tropezó con una silla y casi derrama el vaso de agua que había traído para compensar el daño.

—Tranquila, ya está, no pasa nada —dije, más por desesperación que por ser amable.

—¡Lo siento, lo siento! —repitió, mientras secaba el desastre con tanto entusiasmo que me

sorprendió que no terminara agujereando las páginas—. Esto es típico de mí, pero prometo que mejoraré. Dicen que la gente torpe es súper creativa, ¿sabes?

Levanté una ceja.

—¿Quién dice eso?

—Bueno, no sé... lo leí en internet. Pero tiene sentido, ¿no? —respondió con una sonrisa que, a pesar de todo, me hizo reír por dentro.

Era guapa, joder.

Guapa y torpe.

Cuando llegó el viernes, sentí un alivio inexplicable. No porque Lara fuera un desastre completo, sino porque el nivel de caos que había traído a mi vida esa semana me había mantenido en un estado de constante alerta.

Era como si estuviera esperando el siguiente movimiento impredecible, la siguiente sorpresa, o el próximo comentario fuera de lugar.

Sin embargo, cuando la vi salir de la oficina esa tarde, despidiéndose con su típica alegría desbordante, me di cuenta de algo que no me gustaba admitir: había sobrevivido.

Y no solo eso, sino que en medio de ese caos había habido... algo.

¿Diversión?

No, no llegaba a tanto.

Pero definitivamente algo más interesante que mi rutina habitual.

Y entonces, antes de salir de la oficina, Marta apareció por mi puerta con una sonrisa maliciosa.

—¿Cómo va todo con Lara?

—Caótico. —Suspiré, dejando caer el bolígrafo sobre la mesa—. Pero sorprendentemente... soportable.

Marta soltó una carcajada y se encogió de hombros.

—Eso es lo más parecido a un cumplido que he escuchado salir de tu boca, Diego.

Me quedé callado un momento, pensando en lo que había dicho.

—Supongo que sí —admití, levantando la mirada hacia la puerta por donde Lara se había ido —. Supongo que sí.

20
Lara

Una semana trabajando con Diego.

Una semana que se me había hecho completamente eterna, Santo Dios…

A la mañana siguiente, sábado, yo estaba en mi cocina, con una taza de café humeante entre las manos y una playlist de indie suave de fondo, cuando Rocío llamó.

Algo en su voz, incluso antes de que pronunciara cualquier palabra, me hizo ponerme en alerta.

Había una tensión, una mezcla de emoción y algo que no pude identificar al principio.

—Lara —dijo, su tono apenas un susurro—, tienes que venir al baño. Ahora mismo.

Dejé el café a medio beber y salí disparada hacia el Wc con esa punzada en el pecho que te dice que algo importante está a punto de pasar.

Cuando llegué, Rocío me abrió la puerta, descalza y con la cara desencajada.

Me agarró del brazo y me arrastró al interior sin decir nada.

En el lavabo había una pequeña caja de cartón, y sobre ella, lo que claramente era una prueba de embarazo con dos líneas rosas que gritaban: positivo.

—¡Estoy embarazada! —gritó Rocío de repente, rompiendo el silencio.

Di un salto sobre mí misma por su grito, llevándome una mano al pecho, notando los frenéticos latidos de mi corazón por el susto.

Luego me quedé parada, con la boca abierta y sin saber qué decir.

¿Positivo?

La última vez que habíamos hablado del tema, Rocío estaba llena de dudas sobre si estaba preparada para ser madre soltera, si era justo para el bebé o si podría con todo.

Y ahora, ahí estaba, mirando ese pequeño objeto que, de alguna manera, acababa de cambiar todo su mundo.

—¿Cómo te sientes? —pregunté, apenas encontrando las palabras.

Rocío sonrió, una sonrisa enorme, casi desbordante.

—Estoy emocionada, tía. O sea, sé que estaba cagada antes, y sí, me aterra un poco, pero ahora que sé que es real… ¡Voy a ser mamá, Lara! —su voz se quebró por la emoción—. Todo empieza a encajar, ¿sabes? Sé que va a ser difícil, pero de repente me siento capaz.

Aquel brillo en sus ojos que no había visto en ella en mucho tiempo había conseguido que el miedo dejara espacio para la ilusión.

—Voy a ser tía —susurré, más para mí que para ella. Rocío se lanzó a mis brazos y nos quedamos así, abrazadas, compartiendo aquel momento tan bonito.

Unas horas después, estábamos todas las chicas reunidas en el salón.

Cristina, Yelena y Ni estaban sentadas en el sofá, las tres con expresiones que iban desde la sorpresa hasta la emoción.

Rocío, con su cara de felicidad radiante, sostenía la prueba de embarazo como si fuera una joya preciosa.

Yo, sentada en el suelo, las observaba mientras el torrente de emociones me golpeaba en silencio.

Cristina fue la primera en romper el hielo.

—Tía, ¡qué fuerte! —exclamó, con los ojos brillando de emoción—. Siempre supe que ibas a ser una madre increíble, Ro. Me alegro tanto por ti.

—¿Tú te ves teniendo hijos? —preguntó Rocío de pronto, mirándola con curiosidad.

Cristina se encogió de hombros, jugando con una de las hebras sueltas de su suéter.

—La verdad es que no lo sé. Ahora mismo no me lo planteo, estoy bien como estoy. Pero… más adelante, quién sabe. La idea de formar una familia me ronda la cabeza de vez en cuando.

Eso me sorprendió.

Cristina, siempre tan enfocada en su carrera de tatuadora y en disfrutar su juventud, no había dado señales de estar pensando en maternidad. Pero ahí estaba, con una sonrisa suave en los labios, como si la idea no fuera tan lejana después de todo.

—Nosotros hemos pensado en adoptar —dijo Yelena, lanzando una bomba que nadie esperaba.

Todas nos giramos hacia ella, perplejas.

—¿En serio? —preguntó Ni, que hasta entonces había estado escuchando en silencio, sus ojos oscuros y serenos clavados en Yelena.

—Sí —dijo Yelena, sonriendo tímidamente—. No he podido quedarme embarazada. Lo intentamos, pero no ha sido posible. Así que mi marido y yo llevamos meses pensando en la adopción. No lo he dicho antes porque aún estamos en las primeras etapas, pero verlo en ti, Rocío… me ha dado fuerzas. Es como si de alguna manera, ya lo estuviera visualizando.

La sala quedó en silencio por un momento, procesando la confesión.

Yelena, siempre tan segura de sí misma, revelaba ahora un lado vulnerable que rara vez dejaba ver.

La idea de la adopción flotaba en el aire, llenándolo de una esperanza contenida.

—Eso es increíble, Yelena —dijo Rocío, con lágrimas en los ojos—. Sabía que tú ibas a ser una gran madre también, de una forma u otra.

Ni, por su parte, permaneció callada durante unos segundos más, su mirada perdida en algún punto lejano.

Cuando finalmente habló, lo hizo con ese tono reflexivo y pausado que siempre la caracteriza.

—En mi cultura, la maternidad es vista como algo sagrado. Pero lo curioso es que, con el tiempo, he llegado a ver la vida de manera más… cíclica. —Hizo una pausa, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras—. El hecho de traer una vida al mundo es tan hermoso como doloroso. Y me pregunto, ¿qué significa realmente ser madre? Porque, al final, no es solo la sangre lo que te convierte en madre, ¿no? Yo no lo he experimentado, pero creo que ser madre es, en última instancia, un acto de amor. Sea tuyo o no.

La profundidad de sus palabras resonó en todas nosotras. Ni siempre tenía esa habilidad para traer una perspectiva más allá de lo inmediato, más allá de lo que simplemente estaba frente a nuestros ojos.

Mientras la conversación avanzaba, con risas, confesiones y algún que otro brindis improvisado con la botella de agua de Rocío (ya que, evidentemente, el alcohol estaba descartado), yo no podía dejar de pensar en algo.

Estaba feliz por Rocío, claro que sí. Verla tan emocionada, llena de planes y expectativas, me

llenaba de orgullo.

Pero… algo en mi interior empezó a despertar.

Rocío sería madre.

Y yo sería tía, lo cual estaba bien.

Pero, ¿era suficiente para mí?

Las palabras de Ni me resonaban en la cabeza: ¿qué significa realmente ser madre?

No lo sabía, pero empecé a preguntarme si lo que realmente quería en la vida era seguir siendo la que observa desde fuera.

La que celebra los logros de los demás, la que vive las emociones a través de las historias de sus amigas.

No sabía si quería ser madre, pero, de repente, tampoco estaba tan segura de que esto —mi vida en ese momento— fuera suficiente.

¿Qué quería?

¿Solo el blog y la línea erótica?

¿El trabajo de ayudante?

No tenía respuestas, solo preguntas que parecían arremolinarse en mi mente, girando y girando, como un torbellino que apenas podía controlar.

Rocío, entre risas y anécdotas sobre la futura decoración de la habitación del bebé, me miró y sonrió.

—Lara, vas a ser la mejor tía del mundo. Y quién sabe… tal vez pronto tú también encuentres lo que realmente quieres.

Sonreí de vuelta, pero por dentro, esa última frase me dejó inquieta.

Porque, por primera vez en mucho tiempo, me di cuenta de que no tenía ni idea de lo que quería realmente en la vida.

Y eso, por alguna razón, me aterraba.

Bienvenido, noviembre.

21
Lara

Había algo tranquilizador en la rutina de abrir el portátil y enfrentarme a la página en blanco del blog.

Mis dedos se movían automáticamente sobre el teclado, como si las palabras fluyeran sin esfuerzo cuando sabía que estaba compartiendo mis desvaríos con extraños anónimos.

Aquello se había convertido en mi refugio personal, un lugar donde el caos de mi vida podía tener sentido, aunque fuera durante ese ratito.

Mi entrada de hoy no iba a ser distinta.

Había sobrevivido una semana con Diego, el ogro, y honestamente, eso merecía un premio.

Mientras escribía sobre la constante tensión entre nosotros, no pude evitar soltar alguna broma sarcástica para hacer reír a mis lectores:

Si alguna vez tienes que trabajar para un hombre que parece pensar que el café es una extensión de su alma, y los planos arquitectónicos su único amor verdadero, ten paciencia. O simplemente, lleva un spray de defensa personal.

Suspiré y me estiré en la silla. La verdad era que Diego me sacaba de quicio, pero había algo que me mantenía intrigada.

Ese hombre parecía más una máquina que una persona, y a veces me preguntaba si realmente veía algo más allá de los números y los ladrillos.

O si alguna vez se había permitido ser alguien más que el arquitecto perfecto.

Mientras me reía de mi propia reflexión sobre los ojos azules y serios de Diego y cómo deberían venir con una advertencia de alto voltaje, mi teléfono sonó.

—Hola, Melanie… —susurró cuando descolgué la llamada, sin apenas darme tiempo a responder.

Mi corazón dio un pequeño vuelco: Dr. Oetker.

Llevábamos días sin hablar.

La última vez había sido… intensa, y parte de mí había estado evitando deliberadamente esa llamada.

—Has llamado al paraíso, donde tus deseos NO son órdenes —contesté automáticamente, con una sonrisa que no pude evitar—. No me importa cómo te apetezca sentirte hoy. Tenemos la regla. Adiós.

Aquella respuesta que repetí en otra ocasión anterior, se me había antojado como una provocación para mi misterioso cliente.

Al otro lado, escuché una risa baja, esa que siempre me hacía cosquillas en la nuca.

—Habla por ti, querida. No vengo con peticiones extrañas esta noche —respondió con voz calmada y esa mezcla de seriedad juguetona que empezaba a conocer demasiado bien—. Hace días que no hablamos. ¿Me estabas evitando?

Me acomodé, con el portátil todavía abierto frente a mí.

La charla con él, de alguna manera, siempre terminaba siendo relajante.

Casi terapéutica.

—Quizá. O quizá he estado ocupada sobreviviendo a mi nueva vida como empleada de un ogro —respondí, y lo imaginé sonriendo al otro lado de la línea.

—¿Has encontrado trabajo fuera del teléfono?

—Así es.

—¿El trabajo está siendo tan malo? ¿O es el ogro el que te está sacando de quicio?

Suspiré, pensando en los primeros días con Diego, esos momentos tensos en los que parecía que todo lo que hacía lo irritaba.

Como cuando accidentalmente derramé café sobre su agenda, o cuando dejé la fotocopiadora atascada y él me miró como si acabara de quemar la oficina.

—Digamos que estoy en una montaña rusa emocional —le expliqué, sin entrar en detalles explícitos—. El trabajo no es difícil en sí, pero él… bueno, él es un caso aparte.

Hubo un silencio breve, como si estuviera pensando en lo que iba a decir.

—Siempre me ha intrigado lo que puede pasar entre dos personas cuando el caos y el control chocan. Es como si el universo quisiera crear fricción para que algo… cambie.

—Oh, créeme, la fricción está ahí, pero no estoy segura de que lo que se esté creando sea algo positivo. Más bien me siento como una ficha de dominó a punto de ser derribada —bromeé, aunque algo de verdad había en mis palabras.

—O tal vez… eres tú quien va a derribar su fila de dominós. Ya sabes, romperle el control y la rigidez. Nunca se sabe.

Esa idea me hizo sonreír.

No me imaginaba a Diego perdiendo el control de nada.

Pero, si alguien podía hacerlo, probablemente sería yo, no tenía ninguna duda.

Cambié de tema porque no quería seguir dándole vueltas a Diego.

—¿Y tú qué tal? ¿Cómo va tu vida fuera de estas llamadas misteriosas?

Dr. Oetker exhaló, casi como si estuviera estirando los hombros y preparándose para soltarse. Me di cuenta de que, aunque hablábamos con frecuencia, nunca lo habíamos hecho sobre cosas normales.

Parecía que, esta vez, estábamos cruzando una línea más personal.

—Caos controlado, como siempre. Trabajo, reuniones interminables, clientes difíciles. Mis días son largos. Y mis noches… bueno, las paso hablando contigo, por ejemplo —añadió en ese tono juguetón que me hacía sentir una calidez extraña en el pecho.

—Entonces, ¿quién te hace enfadar más? ¿Tus clientes o yo?

—Oh, no me malinterpretes. No eres molesta. Digamos que… —vaciló un momento, lo suficiente para que mi mente empezara a divagar—, eres intrigante. Cada llamada es como un descanso de todo lo demás.

—¡Vaya! No sé si eso es un cumplido o un recordatorio de que soy tu hobby nocturno —respondí, con un toque de sarcasmo, aunque en el fondo me gustaba que lo viera de esa forma.

—Definitivamente un cumplido. Tú no eres como las demás.

Me quedé en silencio, dejándome llevar por la suavidad de sus palabras.

No sabía quién era realmente este hombre, ni qué hacía cuando no hablaba conmigo.

¿Tendría una vida tan controlada como la de Diego?

¿O sería igual de caótico que yo?

La verdad, me daba igual.

En esas conversaciones, Dr. Oetker me ofrecía algo que solo mis amigas podían: un espacio libre de juicios, donde podía ser yo misma y, al mismo tiempo, dejarme llevar por algo que no controlaba.

—Bueno, supongo que ahora sabes un poco más de mí. ¿Vas a contarme alguna novedad interesante para compensarlo? —le pregunté finalmente.

—Solo que he estado pensando mucho en nuestra última conversación —contestó, con esa voz un poco más baja que indicaba que recordaba perfectamente cómo terminó.

Sonreí, aunque él no podía verlo.

—Yo también.

22
Diego

Mi vida había sido siempre una sucesión de metas y objetivos.

Desde que era niño, nunca había tenido espacio para las dudas, es lo que tiene haber tenido unos padres exigentes.

Mi padre me enseñó desde pequeño que la vida no te regala nada, y yo adopté esa lección como un mantra.

Ser arquitecto no era solo una profesión para mí, era mi forma de demostrar que estaba a la altura, que podía ser mejor que él.

El despacho, Calatrava y Asociados, se había convertido en mi universo personal.

El ruido de las teclas de los ordenadores, los clics de los ratones, el suave sonido del papel al ser desplegado. Todo tenía su lugar, su ritmo, y yo era el director de esa orquesta.

Controlar cada aspecto de mi trabajo me daba una sensación de seguridad que no encontraba en ningún otro lado, cosa que había terminado aplicando también en mi vida personal.

Craso error, la eficiencia era mi religión.

Y entonces llegó Lara.

Una semana después de su llegada, todavía no entendía qué demonios hacía aquí.

Marta había tenido la mejor de las intenciones al recomendarme contratarla, seguramente, pero no sabía en qué me estaba metiendo, porque Lara era un caos.

Literalmente.

Siempre llegaba con alguna anécdota ridícula, algo que había derramado en su ropa o en la mesa, y su capacidad para mezclar órdenes básicas con cosas irrelevantes era frustrante.

No entendía cómo alguien podía hablar tanto y decir tan poco.

Y lo peor de todo es que, en su caos, parecía… relajada.

Yo, en cambio, sentía que el estrés estaba enterrándose cada vez más profundamente en mi pecho.

Mi vida había dejado de tener equilibrio hacía tiempo, y el trabajo lo absorbía todo.

Tenía reuniones interminables, clientes exigentes, y un equipo que, aunque eficiente, dependía de mí para tomar decisiones.

Lara no entendía nada de eso.

Su presencia era como una pieza fuera de lugar en un puzle perfectamente organizado.

Y luego estaba su sonrisa.

Esa maldita sonrisa que usaba en los momentos más inesperados, como cuando había arruinado algo.

Y era desconcertante cómo, a pesar de todo, no podía evitar quedarme mirándola como un idiota.

El lunes fue un completo desastre desde que abrí los ojos. Sabía que iba a ser un día infernal en cuanto vi las notificaciones acumuladas en mi móvil: correos, recordatorios de reuniones y mensajes de Marta recordándome lo importante que era la presentación de esa tarde para un

cliente importante.

Me levanté más temprano de lo habitual, que ya es decir, con el estómago revuelto por los nervios.

La reunión era clave para cerrar un proyecto de varios millones de euros, así que sabía que tenía que estar al cien por cien y no había espacio para errores.

Mientras me ponía la camisa, ya iba repasando en mi cabeza todo lo que iba a decir, las posibles preguntas que podrían hacerme y las respuestas que debía tener preparadas.

No podía fallar, se trataba de mi empresa, de mi sustento, del legado de mi padre.

Así, todo en uno, mezclado, revuelto.

Asfixiante.

Llegué a la oficina con la sensación de que el día me estaba aplastando, y eso que no había hecho más que comenzar.

El teléfono sonaba sin parar, los planos del proyecto Ortega y Gasset seguían sin estar completamente listos y, encima, Marta me dijo que el cliente había adelantado la reunión.

Todo se comprimía, y sentía que me faltaba el aire.

Justo cuando estaba concentrado en revisar una serie de documentos importantes, Lara entró en mi despacho sin tocar la puerta, con su habitual energía desbordante.

Llevaba un montón de carpetas en una mano y un café en la otra, que parecía estar peligrosamente cerca de caer.

—Diego, tengo estos papeles que me pidieron que te trajera. No sé qué son, pero asumo que son importantes porque la recepcionista me los lanzó como si fueran una granada —dijo con su tono despreocupado.

Respiré hondo, tratando de mantener la calma.

—¿Te importaría golpear la puerta antes de entrar? —solté entre dientes, mi voz más tensa de lo que pretendía.

Ella frunció el ceño, pero no pareció ofenderse.

—Oh, claro. Lo haré la próxima vez —dijo, colocando las carpetas sobre mi escritorio—. Tranquilo, no es el fin del mundo.

Esa frase, en otro contexto, podría haber sido una broma inocente. Pero en ese momento, con la presión de todo lo que tenía encima, fue la chispa que encendió la mecha.

Sentí cómo la rabia subía a mi pecho como si fuera a explotar.

—No es el fin del mundo, Lara, pero esto no es ninguna tontería. Este trabajo es serio, y necesito que tú también lo seas. No puedo permitirme errores ni distracciones hoy. ¡No tienes idea de lo que está en juego!

Mi voz salió más alta de lo que esperaba, y vi cómo ella se tensaba, su expresión cambiando de la habitual ligereza a algo más sombrío.

Se quedó en silencio un segundo, y por un instante pensé que iba a responder con alguna de sus típicas ocurrencias.

Pero no lo hizo.

—Está bien, lo siento —dijo, su tono más suave de lo que había esperado.

De repente, sentí que el aire se me escapaba.

Un dolor agudo me atravesó el pecho, y me di cuenta de que estaba respirando rápido, demasiado rápido.

La habitación comenzó a girar a mi alrededor.

Sabía perfectamente lo que estaba pasando, no era la primera vez: un ataque de pánico.

Me apoyé en el borde del escritorio, tratando de concentrarme en mi respiración, pero los latidos de mi corazón resonaban en mis oídos como un tambor desbocado.

No podía dejar que esto me pasara ahora, no con todo lo que tenía que hacer ese día, esa misma mañana, en cuestión de minutos.

—Diego, ¿estás bien? —preguntó Lara, acercándose lentamente.

Yo intenté decir algo, pero las palabras no salieron.

Simplemente asentí, intentando controlar aquel despacho, el cual tenía la sensación de que no paraba de girar.

Tenía la boca seca, me zumbaban los oídos y por dentro un maldito terremoto parecía hacerse espacio entre mis órganos, aplastándolos, quitándoles el aire, haciéndolos pequeños.

Muy pequeños, como yo en aquel momento.

Sentí una mano en mi hombro, ligera pero firme.

—Respira conmigo —dijo, con un tono más calmado de lo que había imaginado que sería capaz de tener.

Ella respiraba profundamente, exagerando los movimientos, como si intentara enseñarme a seguir su ritmo.

Inhalé y exhalé con dificultad, siguiendo su ejemplo.

A medida que trataba de calmarme, empecé a fijarme en detalles que antes me habían pasado por alto, lo que fuera con tal de deshacerme de aquella horrorosa sensación.

Su perfume era suave, algo cítrico, fresco, como una brisa de verano después de una tormenta.

Su cabello estaba sujeto con unos pasadores plateados, brillando a la luz.

Sus ojos eran marrón avellana, profundos y atentos. No había percibido el color exacto hasta ese momento.

Y su aliento olía a chicle de menta.

Un detalle insignificante, pero que de alguna forma me anclaba al presente.

Poco a poco, mi respiración comenzó a estabilizarse, y el dolor en mi pecho se disipó.

Me dejé caer en la silla, agotado, pero aliviado.

Lara se quedó a mi lado, observándome con preocupación.

Era la primera vez que la veía así, sin una broma o una sonrisa.

—Diego, si necesitas descansar, tómate un minuto. Yo me encargo de lo que haga falta —me dijo con una suavidad que no esperaba de ella.

—Te lo agradezco, te lo agradezco mucho —dije a trompicones.

Por primera vez desde que empezó a trabajar conmigo, Lara no me pareció simplemente un caos ambulante.

Había algo más en ella, algo que no había visto hasta ahora.

Y me sentí la peor persona del mundo por no haber tenido la paciencia que debería con ella en sus primeros días.

Yo también tuve que aprender muchas cosas cuando empecé.

Había sido un imbécil, un imbécil de órdago.

23
Lara

El metro traqueteaba suavemente mientras avanzaba por las vías, y yo me balanceaba en mi asiento, mirando al vacío, perdida en mis pensamientos.

Era una de esas tardes en las que, a pesar del cansancio, mi mente no dejaba de repasar todo lo que había ocurrido en el día.

Y vaya día.

No podía dejar de pensar en Diego.

Su reacción, el ataque de pánico, y la forma en que todo se había desmoronado en cuestión de segundos.

Nunca lo había visto tan frágil.

De hecho, nunca había visto a nadie tan vulnerable como él aquel día.

¿Y yo?

Bueno, yo lo había manejado mejor de lo que esperaba. No sé de dónde me salió esa calma que nunca suelo tener, pero ahí estaba, respirando con él, ayudándole a tranquilizarse como si fuera una experta en ataques de pánico.

¿Desde cuándo yo, la reina del desastre, era capaz de ayudar a alguien en un momento tan delicado?

Apoyé la cabeza en el cristal frío del vagón y dejé escapar un suspiro. La verdad es que no había sido nada fácil trabajar con él la semana anterior.

Diego tenía esta forma de ser que me sacaba de quicio, como si siempre estuviera al borde del colapso y, sin embargo, no quisiera pedir ayuda.

Su perfeccionismo me volvía loca, y su actitud… era tan distante.

Ni un solo atisbo de humor, ni una sonrisa.

Yo intentaba ser amable, incluso divertida, pero él solo respondía con órdenes secas y miradas impacientes.

¿Qué demonios le pasaba?

Era como si el estrés le estuviera comiendo vivo.

Pero aquel día... aquel día había visto una parte de él que no encajaba con esa imagen de jefe frío y controlador que tenía grabada en la cabeza.

Lo había visto humano.

Y eso, de alguna manera, me había tocado más de lo que esperaba.

Algo se había removido dentro de mí al ver a este hombre, que hasta ese momento había sido una especie de robot implacable, desmoronarse frente a mis ojos.

Y lo más raro de todo es que no me había asustado. No me había sentido incómoda ni fuera de lugar. Al contrario, había sentido una especie de... ¿necesidad de estar ahí para él?

¿Desde cuándo te importa tanto lo que le pasa a tu jefe borde?, me regañé mentalmente, tratando de espantar el sentimiento.

No era propio de mí preocuparme tanto por alguien que apenas me dirigía una palabra

amable.

Pero ahí estaba, mordiéndome el labio, repasando el momento en el que su respiración comenzó a calmarse junto a la mía.

Había algo en su forma de mirar, en cómo sus ojos, habitualmente fríos y distantes, se habían suavizado al final.

Esa mirada me había desarmado.

Durante un breve segundo, se había permitido bajar la guardia.

No sabía por qué, pero me había sentido extrañamente conectada con él en ese momento.

Sacudí la cabeza, tratando de quitarme esas ideas de encima.

Diego no era más que un jefe estresado, un hombre que vivía para su trabajo y que probablemente nunca sería capaz de ver más allá de su agenda repleta de reuniones.

Y yo... yo solo era su ayudante, la que se encargaba de que los papeles no se le cayeran de las manos y de que su café llegara a tiempo.

No había más.

Pero entonces, volví a recordar la forma en la que me miró después de que lo ayudara a calmarse.

¿Acaso él había sentido algo también?

¿Había notado ese momento de conexión o solo había sido cosa mía?

¿Y por qué demonios me importaba tanto lo que él pensara?

Apreté los labios y me acomodé en el asiento, mirando a la gente a mi alrededor.

El vagón estaba lleno de personas que, como yo, venían de una larga jornada de trabajo, absortas en sus propios pensamientos, en sus vidas, en sus problemas.

Y yo no podía parar de preguntarme qué pasaba con un hombre que, unas horas atrás, me sacaba de quicio.

Debo estar volviéndome loca, pensé.

Rocío se iba a reír en cuanto le contara aquello.

Probablemente haría algún comentario del tipo: *¿Ves? Te lo dije. Siempre te enganchas de los complicados.*

Y yo tendría que inventarme alguna broma mordaz para disimular el hecho de que, quizá, había cambiado la dinámica entre el ogro y yo.

Pero no.

No iba a permitirme caer en ese juego.

Diego era inalcanzable, incluso para una amistad.

Estaba claro que lo único que le interesaba era su trabajo.

Y yo… bueno, yo no era la típica chica que un tipo como él miraría dos veces.

Y estaba bien así.

Además, ¿quién querría estar con alguien tan estresado todo el tiempo?

El tren se detuvo en mi estación, y me levanté rápidamente, metiéndome entre la multitud que salía disparada hacia la salida.

Mientras caminaba hacia casa, noté que aún me latía fuerte el corazón, como si el día no hubiera terminado realmente, como si esa escena con Diego, por más pequeña que fuera, hubiera dejado algo más en el aire.

Tal vez era solo el cansancio.

O tal vez... algo había empezado a cambiar.

Mientras subía los escalones de mi edificio, me di cuenta de que estaba impaciente por

contarle a Rocío lo que había pasado.

No solo porque sabía que iba a disfrutar cada uno de mis comentarios sarcásticos sobre Diego, sino porque, en el fondo, necesitaba soltarlo.

Necesitaba que alguien me dijera que todo lo que había sentido era simplemente una tontería.

Porque eso tenía que ser, ¿verdad?

24
Diego

El día después del ataque de pánico, algo cambió en la oficina.

Y también en mí.

Era extraño. Como si de repente, Lara estuviera en todas partes.

No lo entendía del todo, pero ahí estaba ella, molestándome y haciéndome notar detalles que antes hubieran pasado desapercibidos para mí.

Mi oficina seguía siendo el santuario de orden y precisión de siempre.

Las paredes de cristal mostraban la misma vista de la ciudad, los planos estaban perfectamente organizados sobre mi escritorio y el murmullo constante del equipo trabajando continuaba siendo el mismo.

Sin embargo, la energía en el lugar había cambiado, y no por culpa del trabajo, sino por ella.

Desde que Lara me ayudó a calmarme durante el ataque de pánico, me resultaba imposible ignorarla.

No era solo su forma caótica de moverse por la oficina, era como si mi cerebro hubiera decidido notarla en cada pequeño detalle, aunque intentara no hacerlo.

Por ejemplo, su manera de caminar. No era precisamente elegante, pero había algo en su andar que transmitía una energía única, imparable. Y sus comentarios sarcásticos, esos que lanzaba sin filtro, me provocaban sonrisas internas, aunque me esforzara en mantener la compostura.

Era irritante, pero de alguna manera, también… encantadora.

Era martes, el segundo día del inicio de aquella semana que había empezado de manera infernal.

Tenía una reunión crucial con uno de nuestros mayores clientes, y el estrés me estaba matando.

Intentaba concentrarme, pero mis ojos seguían volviendo a ella.

Lara estaba peleando con la impresora, como siempre.

Llevaba el cabello recogido de cualquier manera, con pasadores de colores, y no sé por qué, pero ese detalle me atrapó.

Incluso el perfume cítrico que usaba parecía haberse instalado en el aire de la oficina desde que había llegado.

Me di cuenta de que estaba perdiendo el control de algo que no comprendía del todo. Intenté ignorarla, pero cada vez que giraba la cabeza, ahí estaba, haciendo algo ridículamente adorable.

¿Qué cojones me pasaba?

—Lara, ¿puedes venir un momento? —la llamé, intentando que mi tono fuera firme, aunque la tensión en mi voz era más que evidente.

Ella se giró hacia mí con una sonrisa que no tenía nada de arrepentida.

Me resultaba exasperante, pero también me daba ternura.

No entendía cómo esas dos cosas podían coexistir en una persona, pero en ella lo hacían.

—Voy —contestó, recogiendo los papeles sin prisa.

Caminó hacia mí con esa despreocupación que parecía seguirla a todas partes.

Me dejó el informe del cliente sobre la mesa, uno de los que necesitaba para la reunión.

—Gracias —dije, con un tono que sonó más seco de lo que pretendía.

Lara levantó una ceja, claramente notando mi mal humor. En cualquier otra situación, cualquier otra persona habría ofrecido una disculpa o, al menos, intentado ser seria.

Pero no Lara.

—¿Mal día, jefe? Porque pareces a punto de lanzar ese bolígrafo por la ventana —dijo, con esa sonrisa suya que mezclaba descaro y picardía.

Respiré hondo, sintiendo la tensión acumularse en mis hombros. No podía permitirme perder el control otra vez, y menos delante de ella.

Pero, maldita sea, tenía razón.

Estaba al borde del colapso.

Otra vez.

La presión era insoportable, y ella no hacía más que recordarme lo descontrolada que se había vuelto mi vida últimamente.

—No es el mejor día, no —admití, intentando no sonar más agobiado de lo que ya me sentía —. Preferiría que mantuviéramos las cosas profesionales.

Lara, tras mi contestación, me miró fijamente.

En cualquier otra circunstancia, su respuesta me habría exasperado, pero ahora… simplemente estaba cansado.

Estaba cansado de pretender hacer creer a todo mi alrededor que era un Madelman que ni sentía ni padecía, como si tuviera un petardo metido por el culo.

—Si quieres que las cosas sean solo profesionales, deberías tomarte un respiro de vez en cuando. Estás tenso como un gato en una fábrica de cohetes —dijo, sin perder la sonrisa.

Algo en su tono me desarmó.

De repente, me encontré compartiendo más de lo que había planeado.

—Respecto a eso… gracias por… bueno, ayer perdí completamente el norte. Es este proyecto... Si no lo cerramos esta semana, podríamos perder al cliente. Todo depende de que salga perfecto.

Solté esa confesión sin pensar, y de alguna manera, no me arrepentí.

Lara me observó, olvidando por un momento su papel de ayudante desastrosa.

Su expresión cambió y, en lugar de su habitual despreocupación, vi algo más genuino en su rostro.

—Mira, no soy ninguna experta, pero no creo que te sirva de mucho explotar antes de la reunión. Respira, Diego. Solo respira —dijo, con tanta seguridad que, sin querer, obedecí—. Y lo de ayer no es nada, solo ayudé a una persona que lo necesitaba. Cualquiera lo haría.

Se inclinó ligeramente, como si estuviera hablándole a un niño pequeño a punto de hacer un berrinche.

Y, sorprendentemente, me calmó de nuevo.

Me sentí estúpido, pero también agradecido.

Lara me había hecho parar y respirar, algo que nadie había conseguido en mucho tiempo.

Mientras respiraba, me fijé en ella. Por primera vez, realmente me fijé. El aroma cítrico de su perfume me resultó más nítido, sus ojos me parecieron más brillantes bajo la luz de la oficina.

—¿Mejor? —preguntó, esta vez con una sonrisa sincera.

—Sí… gracias —contesté, sorprendido de que esas palabras salieran de mi boca.

Ella me observó unos segundos más, como si estuviera evaluando si realmente estaba bien, y luego volvió a su escritorio, sin más, dejando tras de sí el mismo caos que la seguía a todas partes.

El resto del día pasó en una especie de neblina. La reunión salió bien, o al menos lo suficientemente bien como para no perder al cliente.

Pero lo que más me sorprendió no fue eso.

Lo que más me desconcertó fue cómo Lara había conseguido calmarme en uno de mis peores momentos.

Y ahí estaba el problema.

Porque desde aquel día, no había podido dejar de fijarme en ella.

Algo estaba cambiando, y aunque intentara ignorarlo, sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarme a ello.

25
Lara

La semana avanzaba a trompicones, y a pesar de que Diego había aflojado la bordería, había algo que no podía ignorar: una tensión diferente, casi imperceptible, que empezaba a surgir entre nosotros.

Algo que, si no fuera porque nos tocaba compartir el mismo espacio más horas de las que yo misma toleraba, habría sido fácil de esquivar.

Pero no.

Ahí estaba, creciendo día a día, como una chispa silenciosa a punto de encenderse.

El jueves, estábamos sentados en la sala de juntas, revisando unos planos para una reunión con un cliente importante.

Yo, en mi caos habitual, tenía papeles y bolígrafos desperdigados por todas partes.

Diego, por otro lado, tenía todo perfectamente colocado, su compás y su regla alineados como si fueran instrumentos quirúrgicos.

Nada que ver conmigo, pero eso no es ninguna novedad.

—Aquí está el cálculo del presupuesto —dije, pasando la hoja con números al detalle, mientras intentaba encontrar dónde había dejado mi rotulador rojo.

Al inclinarme hacia él para alcanzarlo, nuestras manos se rozaron brevemente.

Fue apenas un segundo, pero el calor que recorrió mi piel fue tan intenso que me quedé paralizada.

Diego también se detuvo, aunque fue rápido en disimularlo.

Se apartó ligeramente y carraspeó, como si nada hubiera pasado, pero vi cómo su mandíbula se tensaba y sus ojos evitaban los míos.

¿Qué demonios ha sido eso?, me pregunté con el pulso acelerado.

No sé, pero tu chirivía se ha inflamado, me dijo mi subconsciente.

Me senté derecha rápidamente, forzando una calma que no sentía en absoluto, frotando mis muslos entre sí.

Me puse a trastear con los papeles como si fuera lo más importante del mundo, intentando ignorar el hecho de que el contacto había sido mucho más de lo que debería haber sido.

Intentar ignorar la llama de fuego que crecía entre mis piernas. Pero claro, fue imposible no pensar en ello durante el resto del día.

Después de eso, todo empezó a volverse... raro. Un raro bueno, si es que eso tiene sentido.

Choques accidentales contra su pecho de acero, sonrisas furtivas, miradas intensas…

¿Acaso nuestras manos se estaban buscando de forma continua una con la otra y no tenía constancia de ello?

Esto ya no tiene gracia, pensé.

La segunda vez fue más largo, más evidente.

Su piel cálida contra la mía me hizo olvidar lo que estaba haciendo por un segundo.

Y cuando levanté la vista, sus ojos azules estaban fijos en los míos.

Llámame loca, pero por un instante, sentí que no estábamos en la oficina, que el mundo alrededor se había detenido.

Aparta la mirada YA, recuerda que es el ogro, escuché que me avisaba mi cabeza.

Pero yo…

Yo solo pude sentir que estábamos nosotros dos. Y algo, una especie de corriente silenciosa, pasaba entre nosotros.

Diego fue el primero en apartarse.

Claro, cómo no, no fuera a ser que se le caiga la piel por rozar la mía.

Desvió la mirada rápidamente y se puso a hablar del informe como si fuera de piedra, como si mi corazón no hubiera acelerado por culpa de ese simple roce.

Para cuando llegó el viernes, esa pequeña chispa estaba ardiendo en silencio, en cada momento que compartíamos.

Incluso cuando no nos tocábamos, sentía su presencia de una manera más intensa que antes.

Lo peor, o mejor dicho, lo más confuso, era que no sabía si él sentía lo mismo o si yo me estaba volviendo loca.

Ese mismo día, casi a última hora, cuando el sol ya se había puesto y la luz del escritorio era lo único que iluminaba el espacio, nos quedamos los dos solos en la oficina, preparando una presentación de última hora.

Mientras me inclinaba para ajustar el proyector, sentí su mirada sobre mí.

Lo notaba observando cada uno de mis movimientos, como si intentara comprenderme o, tal vez, descubrir por qué la atmósfera entre nosotros había cambiado tanto en tan poco tiempo.

Cuando finalmente me senté de nuevo a su lado, ajustando los últimos detalles, trastabillé y mi cuerpo cayó débilmente contra el suyo.

Ninguno de los dos se apartó de inmediato.

El contacto fue breve, pero lo suficientemente largo como para que ambos lo notáramos.

Una descarga eléctrica recorrió mi cuerpo, y cuando me atreví a levantar la vista, Diego me miraba con una intensidad que nunca antes había visto en él.

Me costó tragar saliva.

—¿Lo tienes listo? —dijo él de repente, rompiendo el momento, señalando la pantalla del proyector.

Boba, boba, boba. ¡Reacciona!

—Sí, perdona… —Asentí, todavía sintiendo el eco de su contacto en mi piel, como si hubiera dejado una marca invisible.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó mirándome.

Con esos ojos.

Con esa cara…

Maldito gruñón, sí que estaba bueno, sí.

¿Que si me encontraba bien?

Un poquito ardiendo, gracias, quise decirle.

—Sí, es solo… estoy cansada —respondí mintiendo como una cabrona.

Cuando salí de la oficina ese viernes, el peso de la semana caía sobre mí, pero de una manera distinta.

Ya no estaba irritada por cómo me trataba Diego, ahora era algo más.

Había algo en esos pequeños roces, en esas miradas furtivas que empezaban a cambiar las reglas del juego.

Y aunque yo misma no quería darle muchas vueltas, algo dentro de mí sabía que esa chispa no iba a desaparecer fácilmente.

Mientras me dirigía al metro, empecé a darle vueltas a la idea de cómo sería el siguiente lunes.

¿Seríamos capaces de ignorar la creciente tensión?

Porque, perdona que te diga, pero ahí estaban pasando cosas.

Que no estaba loca, maldita sea.

¿Volveríamos a fingir que nada había pasado, que esos pequeños roces no significaban nada?

O tal vez... tal vez algo más estaba a punto de suceder.

Lo que estaba claro era que Diego ya no era simplemente mi jefe gruñón.

Don Rígido.

El ogro.

Don perfecto.

Ahora, cada vez que le veía, algo más se encendía dentro de mí.

Y eso, aunque no quisiera admitirlo, me preocupaba tanto como me emocionaba.

26
Lara

Era sábado por la tarde, y el apartamento estaba en un silencio cómodo.

Las chicas no habían venido a trabajar ese día y Rocío había salido a hacer recados, así que me quedé sola con mi portátil y una taza de café que ya estaba medio fría.

Escribía algo en el blog, nada demasiado profundo, solo una reflexión ligera sobre cómo las pequeñas cosas de la vida pueden hacernos sentir mejor cuando todo parece torcido.

El típico contenido *feel good* que a mis lectores les gustaba para pasar el rato.

En medio de un párrafo especialmente inspirado sobre los beneficios de las siestas en la tarde, el móvil de la línea erótica vibró.

—Has llamado al Paraíso, donde tus deseos son órdenes. Soy Melanie. ¿Cómo te apetece sentirte hoy?

—Soy yo.

Me mordí el labio. No hablábamos desde hacía unos días, tal vez porque había estado inmersa en el caos de mi nuevo trabajo con Diego y no había tenido tiempo para las llamadas.

Apoyé la espalda en el sofá, sonriendo.

—Has llamado al paraíso —dije en tono de broma—, aquí te atiende tu diosa del placer, con un chándal de lo más sexi y probablemente una mancha de ketchup en la camiseta.

Escuché su risa profunda al otro lado.

Siempre me encantaba ese sonido. Era como una caricia en la piel, reconfortante.

—Hola, Melanie —me contestó con su tono suave, que últimamente parecía más... humano. Como si nuestras llamadas fueran menos de cliente y más de... amigos, tal vez.

Sí, sí… un amigo que te hizo arder el higo, dijo el lado macabro de mi cabecita caótica.

Era una línea borrosa que habíamos cruzado sin darnos cuenta.

—¡Hola, Dr. Oetker! —sonreí, dejando el portátil a un lado—. Hace días que no te escucho. ¿Qué tal todo?

Hubo un pequeño silencio antes de que hablara.

—He estado pensando en algo y necesitaba tu opinión —dijo, casi como si estuviera tanteando el terreno.

—Soy toda oídos —respondí intrigada.

—¿Qué es el amor para ti?

Eso me pilló desprevenida.

¿El amor?

Esa era la última pregunta que esperaba de él, considerando que nuestras conversaciones solían estar más enfocadas en otro tipo de cosas.

Me acomodé mejor en el sofá y suspiré, intentando ganar tiempo para procesar la pregunta.

—Vaya... No es una pregunta fácil, ¿eh? —dije finalmente—. Supongo que el amor es... no sé, como cuando te sientes en paz con otra persona. Como si todo tuviera sentido, incluso cuando nada lo tiene. ¿Es eso lógico? —me reí nerviosa, porque realmente no estaba segura de lo que

estaba diciendo—. O tal vez es cuando te das cuenta de que esa persona, por más que te saque de quicio, es la única con la que quieres estar. Aunque también puede ser una pesadilla —añadí, recordando lo que sentía cuando veía a Diego paseándose con su ceño fruncido por la oficina.

¡Que dejes de pensar en él!, me recriminé mentalmente.

Escuché su risa, pero esta vez fue más tenue, más reflexiva.

—¿Sabes? —continuó él—. Creo que tienes razón. El amor no siempre tiene que ser perfecto. Puede ser complicado, caótico incluso, pero a veces, en medio de todo eso, encuentras una paz que no puedes encontrar en otro lado.

Fruncí el ceño, intrigada.

Algo en su tono era diferente, como si estuviera hablando desde su experiencia personal y no desde el papel que solía interpretar al teléfono.

—¿Por qué me preguntas esto? —le solté, aunque intenté sonar relajada.

—Porque... —dudó un segundo antes de continuar—. Ha aparecido alguien en mi vida.

Mi corazón dio un vuelco.

¿Qué?

¿Dr. Oetker, el misterioso y seductor hombre al que solo conocía por su voz, hablando de alguien más?

No es que esperara algo romántico entre nosotros, pero la noticia me pilló totalmente desprevenida.

Traté de mantener mi tono de voz neutral.

—Vaya, no me esperaba eso... —dije, intentando sonar interesada y no sorprendida—. ¿Quién es ella? Cuéntame más.

—Es alguien que... no esperaba. Es impredecible. Desordenada, un caos total... —empezó a decir, con una leve sonrisa en su voz que no pasó desapercibida—. No encaja para nada con el tipo de persona que suelo buscar, pero... hay algo en ella que me intriga. No es perfecta, ni mucho menos, pero su autenticidad es... refrescante.

Caos total.

Desordenada.

No encaja en su vida.

Mis cejas se alzaron de inmediato.

Sonaba como... yo, parecía que me estaba describiendo a mí a la perfección o, al menos, al concepto que yo tenía de mí misma.

Pero no, eso era ridículo.

¿Cómo iba a estar hablando de mí si ni siquiera nos conocíamos en persona?

Además, había muchas chicas como yo por ahí, desastres andantes con tendencia a tropezarse con sus propios pies.

Me acomodé en el sofá, tratando de disimular el nerviosismo que de repente sentía.

—Parece interesante —respondí, intentando sonar relajada—. ¿Y cómo te hace sentir todo esto?

—Confundido —admitió él—. No estoy acostumbrado a no tener el control, y con ella siento que lo pierdo cada vez que estamos cerca. Pero al mismo tiempo, hay algo emocionante en eso. Me saca de mi zona de confort, y, por extraño que parezca, no lo odio.

De nuevo, la descripción me dejó inquieta.

Control.

Diego vivía hablando del control en la oficina.

¿Y no era yo la que siempre lo sacaba de sus casillas con mi manera desordenada de trabajar?

Sacudí la cabeza.

No podía ser.

Estaba paranoica.

Este hombre ni siquiera sabía cómo era yo.

Y Diego, aunque estaba más majo últimamente, seguía siendo el último hombre en el que pensaría cuando imaginaba a alguien capaz de confundirme.

¿Verdad?

¿Verdad?

Ay, mira, ya no sé…

—Bueno, creo que estás en una encrucijada, amigo —le dije en tono ligero, tratando de restar importancia a lo que sentía dentro de mí—. Pero, ¿sabes? A veces perder el control es lo mejor que nos puede pasar. Nos hace sentir más vivos. Y si ella te intriga tanto, quizá valga la pena ver hasta dónde llega.

Hubo otro silencio en la línea, lo escuché suspirar suavemente.

—Tal vez tienes razón... —dijo, y por primera vez, lo sentí vulnerable, casi como si estuviera soltando un peso sobre sus hombros.

Yo no sabía cómo sentirme.

Parte de mí quería saber más sobre esa chica de la que hablaba, pero otra parte quería no darle más vueltas.

Tal vez solo era otra chica con la que se había topado, alguien que lo había sorprendido tanto como parecía hacerlo conmigo.

—Te dejo pensarlo —le dije en tono de broma, para aliviar la tensión que sentía en el ambiente—. Y cuando estés listo para hablarme de algo menos profundo, puedes llamarme para alguna fantasía sexi.

Rio al otro lado, y por un momento, la extraña incomodidad desapareció.

—Lo haré, Melanie. Gracias.

Colgué y me quedé mirando el teléfono en silencio, mi mente dando vueltas.

Había algo en esa conversación que no me encajaba.

Pero como siempre, decidí no darle muchas vueltas.

Total, tenía suficientes problemas con mi propio caos para preocuparme por los problemas románticos de un cliente.

¿O no?

Ojalá fuera tan fácil.

Justo cuando me levantaba del sofá para estirarme un poco, Rocío irrumpió en el salón con su habitual energía desbordante, con bolsas de la compra que parecían contener el apocalipsis alimenticio.

—¡Ey, guapa! —dijo dejándose caer junto a mí en el sofá—. ¿A quién tenías tan entretenido por teléfono?

Le dediqué una sonrisa juguetona mientras recogía las bolsas del suelo para apartarlas de mi espacio.

—A mi queridísimo Dr. Oetker —dije, como si nada.

Rocío me miró con los ojos bien abiertos y una sonrisa cómplice en la boca.

—¡Madre mía! ¿El famoso Dr. Oetker? —se rio, dándome un codazo—. ¡Te lo estás camelando!

—¿Camelando? ¡Ja! Por favor, es mi cliente. Es como un amigo... un amigo sexi con la voz más deliciosa del planeta. Pero es todo muy profesional, ya sabes, fantasías de clientes solitarios.

Rocío me miró con una ceja alzada, con esa expresión de "no me lo creo ni un poco".

—¿Profesional? Vamos, que seguro que ya te ha pedido matrimonio entre jadeos. No me digas que no sientes ni un poquito de... ¿curiosidad?

—Cero curiosidad —respondí rápidamente, pero cuando la frase salió de mi boca, no sonó tan convincente como esperaba.

Rocío se rio.

—Vale, vale, lo que tú digas. Pero, hablando en serio, ¿qué te pasa? Desde que empezaste en esa oficina nueva, te noto... no sé, rara. ¿Va todo bien?

Suspiré, pensando en Diego y su ataque de pánico, en cómo nuestros roces involuntarios estaban empezando a encenderme una chispa por dentro que preferiría ignorar.

—Pues, digamos que mi nuevo jefe no es precisamente un encanto, ¿qué te voy a contar a ti que no sepas? Pero últimamente algo ha cambiado. Sigue siendo un borde, pero creo que tiene un lado vulnerable que no se atreve a mostrar. Lo vi en un momento... bueno, complicado.

—Vulnerable, ¿eh? —Rocío se inclinó hacia mí con una sonrisa de medio lado—. Cuidado, Lara. Ese es el tipo de hombre que te atrapa. Primero te hacen odiarlos y luego... ¡zas! Entras de lleno en su trampa de masculinidad tóxica camuflada con sus problemas emocionales.

—Tú y tus teorías de telenovela —me reí—. Tranquila, Rocío, no soy tan fácil de atrapar.

—Eso mismo pensaban todas las heroínas de las comedias románticas... hasta que les rozaron la mano sin querer y ¡bum! Chispa interior encendida.

Me eché a reír y la empujé de forma juguetona.

Había dicho lo de la mano porque la noche anterior se lo había contado, intentando restarle toda la importancia del mundo, que Rocío no notara que me estaba volviendo un poquito cucú todo aquello.

En ese momento me di cuenta de que no sirvió de nada.

—Estás fatal. Y además, Diego no es mi tipo. O sea, ¿mi jefe? Ni hablar.

—Claro, claro... Dime eso de nuevo cuando se te caigan las bragas la próxima vez que te roce accidentalmente. —Rocío me guiñó un ojo y se levantó del sofá, dejándome allí, riéndome sola.

Pero en el fondo, no pude evitar pensar que tal vez tenía algo de razón.

27
Lara

Las siguientes semanas que acontecieron en mi vida habían estado llenas de cambios, y no solo en la oficina, pues mi vida personal también seguía su curso con giros inesperados.

Rocío ya estaba de siete semanas y, aunque el embarazo aún no era tan visible, la emoción de mi amiga se había disparado por completo. Estaba con la cabeza puesta en nombres de bebés, ropita diminuta y no paraba de hablar sobre cómo decoraría la habitación, mientras yo intentaba seguirle el ritmo en esas conversaciones.

Aunque estaba feliz por Rocío, no podía evitar que su embarazo me hiciera reflexionar. A menudo, me preguntaba si ese deseo de ser solo la tía guay empezaba a saberme a poco. Todo aquello estaba haciendo que me replantease qué quería para mi propio futuro, porque lo cierto es que sentía que no terminaba de encontrar mi sitio.

Y sé que está mal compararse con nadie, eso siempre lo dice todo el mundo, pero, jolín, vivimos en una sociedad en la que en las veinticuatro horas que tiene el día, hay que sacar tiempo para dormir ocho, entrenar una, trabajar menos y cobrar más, socializar, beber no sé cuántos vasos de agua, tomar unas cinco frutas, meditar, hacer *journaling*, tener una dieta equilibrada y no sé cuántas cosas más que hace la gente.

Pero ¿cuándo?

Yo no lo sabía, porque a mí no me daba el día para todo.

Así que, ya lo siento. Siento que me terminara comparando con las personas de mi alrededor.

Sentía que era imposible llegar a todo y las chicas del grupo también estaban inmersas en sus propias historias.

Yelena y su marido habían desistido en su proceso de adopción, pues el hombre no se encontraba bien por su fibromialgia y Yelena quería dedicarle todo el tiempo del mundo. Aunque en un principio aquella decisión les hizo sentir tristeza, nuestra amiga nos había confesado que era la mejor decisión que podían tomar. Mimar su relación, dedicarse tiempo mutuamente y ser felices a su manera.

Ni, con su forma zen de ver el mundo, ya casi tenía todo el dinero necesario para mudarse a Japón y comenzar allí su nueva vida.

Y Cristina seguía enfocada en su carrera y en conseguir todo lo necesario para montar su propio estudio de tatuajes.

Todas parecían tener claro lo que querían, mientras yo seguía flotando en ese especie de limbo espeso.

La línea erótica seguía siendo una fuente de anécdotas. Cada llamada era una nueva historia surrealista que contar a las chicas. Desde un tipo que quería que le hablaran en clave náutica hasta otro que insistía en que lo llamaran Capitán Desiderio y le ordenaran cosas absurdas fingiendo ser una sirena calentorra. Eso, y la regularidad de las conversaciones con Dr. Oetker, mi cliente más enigmático, quien se había convertido en una especie de confidente inesperado, llenaban las noches de risas y momentos extraños.

Y luego estaba Diego.

Mi relación con él seguía siendo impredecible. A pesar de las peleas, las tensiones y sus repentinos ataques de bordería, no podía negar que poco a poco algo estaba cambiando dentro de mí respecto a él.

Cada vez que pasaba por mi lado en la oficina, mi estómago se contraía de una forma familiar y cada vez menos molesta.

Lo había intentado racionalizar, pero la verdad era que Diego empezaba a gustarme de una forma que me asustaba.

Claro, seguía siendo un borde la mitad del tiempo, pero había momentos en los que lo veía humano, frágil incluso, y eso lo hacía mucho más intrigante.

La chispa que hacía que prendiera en mi interior y en mi entrepierna era innegable, y aunque a veces me hacía enfadar, no podía evitar que, con cada día que pasaba, esos sentimientos fueran creciendo más.

Recuerda, nunca se puede decir de esta agua no beberé, porque eso era exactamente lo que me había pasado a mí.

La cosa es que con él todo parecía fluir bien, por fin, estaba más calmado.

Claro, seguía siendo él, con su rigidez profesional y sus manías controladoras, pero ya no era el ogro de siempre.

O eso pensaba yo, hasta que una de esas tardes todo cambió.

Había estado hablando con Isaac, uno de los arquitectos del estudio, que era simpático y guapo a rabiar.

Hablábamos de algo bastante mundano, en realidad sobre los cambios en los planos de un proyecto, pero Isaac, siempre tan bromista, soltó un chascarrillo que me hizo reír.

Fue justo en ese momento cuando sentí los ojos de Diego clavados en nosotros desde el otro extremo de la oficina.

Fríos.

Intensos.

Noté cómo todo su cuerpo se tensó cuando pasó por mi lado sin siquiera decirme ni mu.

Un minuto después, me llamó a su despacho.

Perfecto, pensé.

Algo iba mal, y lo peor es que no tenía ni idea de qué.

¿Había metido la pata en algo? ¿Algún maldito mail sin enviar? ¿Qué había hecho ahora que a Su Majestad le había molestado?

Respiré hondo antes de entrar, pero antes de poder decir siquiera esta boca es mía, Diego me lanzó un dardo en forma de palabras cortantes.

—¿Piensas hacer algo de lo que te he pedido o vas a seguir paseándote por la oficina como si estuvieras en la máquina de café? —dijo sin mirarme, repasando unos papeles.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Perdón? —pregunté, ya notando el calor subir a mi rostro.

¿De qué iba ahora?

Diego se levantó de su silla con un movimiento brusco, tirando un bolígrafo sobre el escritorio.

Atrás, Satanás, pensé, intentando evitar colocar mis deditos en forma de cruz ante su cara.

Estaba que echaba humo, pero a mí que se pusiera como un toro desbocado, sinceramente, me la traía al pairo, estaba cansada de sus malos modos.

—Lo que oyes, Lara. Si tienes tanto tiempo para reírte con los demás, quizá es que no estás tan ocupada como deberías. O tal vez debería pedirle a alguien que se encargue de las cosas que no haces —dijo, con ese tono frío que creía haber dejado atrás.

¿Era en serio? ¿Habíamos vuelto a eso?

Sentí un nudo de frustración en el estómago. Había sido él quien me había contratado porque supuestamente necesitaba mi ayuda y había sido yo quien lo había calmado cuando se vino abajo.

¡¿Y ahora esto?!

—Ah, claro, ya lo pillo —respondí sarcástica, cruzando los brazos frente a él—. Así que estamos en plan "el ogro ha vuelto", ¿no? Porque durante los últimos días parecía que te habías tomado una pastilla de humanidad, pero ahora resulta que si me río cinco segundos con un compañero, ya no sirvo para nada. Si es que en algún momento has pensado de verdad que yo sirvo para algo.

Diego se acercó un paso, su mandíbula apretada.

Celos, pensé de repente.

¿Estaba celoso? Pero ¿de qué?

A mí eso no me gustaba nada de nada.

Estamos muy equivocados respecto a los celos.

Que alguien sienta celos solamente es por pura inseguridad, no porque te quiera más.

He dicho.

Además, ¿qué había hecho yo de malo?

¿Y quién se creía que era mío para sentirse así?

Te estás montando una peli de las guapas, pensé entonces.

—No se trata de eso —gruñó, claramente irritado—. Se trata de que eres parte de este equipo, y tu trabajo es importante. Esto no es un patio de recreo, Lara. No estás en el colegio o con tus amigas. Si no puedes tomarte esto en serio...

—¡¿En serio?! —le interrumpí, alzando la voz, notando cómo la ira empezaba a burbujear en mi interior—. ¡He estado rompiéndome el culo por ti desde que empecé! He hecho todo lo que me has pedido y más. Hasta te he salvado de un ataque de pánico, ¿recuerdas? Pero claro, cuando ya no necesitas tu Lexatin particular, vuelvo a ser la inútil de siempre, ¿verdad?

Lo vi quedarse en silencio un segundo.

Sus ojos, antes fríos, parpadearon un par de veces.

¿Qué había en esa expresión, arrepentimiento por ser un imbécil?

Pero ese instante terminó y volvió a clavarme la mirada.

—No es eso, Lara —dijo, aunque su tono seguía siendo tenso—. No puedes simplemente...

—¿No puedo qué, Diego? —le corté, dando un paso hacia él—. No puedo ser amable con un compañero sin que te pongas en modo ogro porque, ¿qué? ¿Te molesta que alguien más sea simpático conmigo? ¿Te fastidia que alguien me haga reír porque tú no puedes hacerlo? Pues te diré algo, Señor Rígido: ¡no soy tu maldito calmante personal!

Me había acercado tanto a él que, si no me sacara una cabeza, mi nariz hubiera estado pegada a la suya.

Solo Dios sabía las tremendas ganas que tenía de meterle el compás por el culo.

A lo mejor le gustaba y dejaba de ser tan sieso.

¡Dios! ¡¿Cómo alguien podía ser tan insufrible?!

La tensión era palpable, tanto que se podía cortar con cualquier cuchillo.

Mis palabras lo habían tocado, lo sabía. Pero en lugar de responder con más dureza, Diego me miró como si intentara decir algo que no se atrevía a verbalizar.

Podía oler su colonia, una mezcla amaderada que siempre me había parecido masculina y distante, pero ahora me resultaba más... cercana.

Y su aliento a café, que me pareció ardientemente delicioso, a pesar de todo.

Mis respiraciones eran rápidas, mi corazón martilleaba en mis oídos.

Iba a explotar, me faltaba el pelo de un calvo para hacerlo.

Y él también.

Ambos parecíamos estar al borde de la combustión.

—Lara, yo... —empezó, pero no terminó la frase

—¿Qué, Diego? —susurré, ya no con ira, sino con algo más profundo que no lograba identificar.

Y entonces, sucedió.

No sé cómo ni por qué, pero de repente nuestras respiraciones chocaron la una contra la otra como si fuera irremediable.

Y sin previo aviso, Diego se inclinó hacia mí y me besó.

Fue un movimiento rápido, como si ni siquiera él lo hubiera planeado.

Sus labios encontraron los míos en una colisión de deseo y rechazo al mismo tiempo.

Y, aunque mi cabeza me gritaba que lo apartara o que me alejara, mi cuerpo decidió otra cosa.

Le devolví el beso y toda la ira, la frustración y las palabras sin decir desaparecieron.

Sus manos se deslizaron hacia mi rostro, sujetándome con una firmeza suave, como si no quisiera soltarme.

No había nada delicado en aquel acercamiento de nuestros labios.

Todo era saliva, dientes, fuego.

Una mezcla de todo lo que habíamos estado reprimiendo: la tensión, la rabia, y... ¿qué más?

Pero entonces, como si un interruptor se activara, ambos nos separamos de golpe, respirando agitadamente.

Nos quedamos mirándonos avergonzados, sorprendidos, sin saber qué decir.

Mis labios todavía hormigueaban por el contacto de los suyos y podía ver en sus ojos que estaba tan desconcertado como yo.

—Yo... —comenzó a decir, pero no pudo terminar la frase.

Yo tampoco sabía qué decir.

Nos habíamos besado.

¡Nos habíamos besado!

¿Qué cojones?

—Tú... —respondí, sin ninguna idea clara de cómo acabar la frase.

Nos quedamos en ese silencio incómodo unos segundos más, ambos sin movernos, procesando lo que acababa de pasar.

—No vuelvas a gritarme así —dijo al fin.

—Y tú no vuelvas a besarme.

—Pues… —intentó decir y sentí mi cuerpo temblar de pies a cabeza—. ¡Pues vale!

—Bien —dije, conteniendo el aliento.

—Bien.

Salí de su despacho con el corazón latiendo tan fuerte dentro de mi pecho, que me temblaron

hasta las bragas.

Dios, ¿en qué lío me había metido ahora?

28
Diego

No estaba planeado, ni mucho menos, por raro que eso parezca viniendo de alguien como yo.

No soy de los que actúan sin pensar, pero cuando se trataba de Lara, todo cambiaba.

Fue como un cortocircuito en mi cerebro, como si el control que tanto me define se hubiera ido a la mierda en un segundo.

El problema empezó mucho antes de ese momento.

Su llegada a mi oficina y a mi vida había sido como un tsunami que estaba consiguiendo arrasar todos y cada uno de mis cimientos.

Y ya me conoces un poco.

Rigidez.

Cero flexibilidad.

Nada de improvisación.

Control, control, y más control.

Siempre contenido, siempre controlado, nunca dejándome fluir.

Ni en el trabajo, ni en mi vida, ni siquiera en mi tiempo libre, porque sí, era de los que planeaba también mi ocio.

Y si algo no salía como había pensado o me cambiaban el plan a última hora, me molestaba.

Es lo que tiene una persona que vive en plena ansiedad, que siente que está en peligro todo el rato, huyendo de un león eternamente.

Así que, no importaba que me gustara su perfume, el color de sus ojos, esos graciosos pasadores que se ponía en el pelo.

Su forma de morder los lápices, los bolis… cómo desordenaba todo para encontrar cualquier cosa.

De resultar realmente insoportable, había terminado captando mi atención y atrayéndome como si fuera un poseso observador de todos y cada uno de sus movimientos.

Sus vaqueros ceñidos, sus zapatillas siempre limpias, sus uñas pintadas con colores claritos, porque no le hacía falta ser extravagante en su vestimenta, ya lo era por dentro.

Porque era la persona más natural que había conocido.

Si yo hubiera tenido otra forma de ser, sentir todo eso que ella me hacía experimentar hubiera sido mágico, tierno, especial.

Pero como era como era, no me permitía pensar en ello demasiado, no fuera a ser que mi ordenada vida se descolocara, aunque fuera un poquito.

Estaba convencido de que podía ser capaz de coger todas esas sensaciones, todas esas burbujas que me hacía sentir en el centro del pecho, anudarlas entre ellas y dejarlas apartadas en algún resquicio de mi interior, a oscuras, sin que las pudiera ver demasiado, consiguiendo que me hicieran sentir como mucho, un cuarto de todo lo que podrían conseguir si llegaran a explotar en mi interior.

De verdad, lo prometo, estaba convencido de poder controlar lo que Lara despertaba en mí y,

por qué no decirlo, en mi jodida y traidora entrepierna, que se inflamaba cuando me pillaba con la guardia baja y pensaba en ella más de lo necesario.

Creía, de nuevo, que yo tenía el control, hasta que llegó el momento en que lo perdí.

Verla hablando y riendo con ese otro arquitecto, Isaac, fue el detonante.

Celos.

No lo voy a negar.

Sentí algo en el estómago que no me gustó nada. Algo que me recordó que tal vez Lara no solo me estaba desestabilizando en el trabajo, sino también en otro nivel que no me había permitido considerar, algo que me hizo sentir insuficiente para ella, tal vez invisible.

Yo nunca la había hecho reír como Isaac a pesar de lo que me hacía sentir, por mucho que me empeñara en reprimirlo.

Y eso me jodió.

Y no me enfadé con ella, me enfadé conmigo mismo, con mis problemas, con mi cabeza.

Y lo peor era que no tenía derecho a sentirme así.

¿Celoso? ¿De qué?

Si yo ni siquiera...

No, no tenía sentido.

Y sin embargo, estaba comportándome como un imbécil y tratando de hacerle la vida imposible, volviendo a ser el borde que había sido al principio.

La discusión fue inevitable.

Yo había soltado un comentario ácido, ella había explotado, y lo siguiente que recuerdo fue verla gritándome, echándome en cara que no servía para nada y que había vuelto a ser el ogro de siempre.

Y tenía razón, joder.

Por supuesto que tenía toda la puta razón del mundo, porque no tenía ningún derecho, ninguno, para comportarme de ese modo con ella.

Ni antes ni después.

Nunca debí haberme comportado con ella como un neanderthal.

El problema era yo, lo que llevaba dentro, el jodido estrés.

Era la falta de horas de sueño, las palpitaciones rápidas y angustiosas.

Era el no sentirme satisfecho nunca con nada, ni siquiera con mis logros profesionales, a pesar de que no eran pocos.

Tenía treinta años y había sostenido el imperio de mi padre.

¿Qué más quería?

Y no me estoy justificando, sé que yo tuve la culpa.

Quizá no era lo que quería, era lo que me venía bien, lo cual, visto lo visto, era tener a mi alrededor personas como ella, que me hicieran olvidarme de la rigidez, del reloj, de los horarios, de que las normas no siempre están para cumplirlas, de que era una persona adulta que tomaba sus propias decisiones y no tenía que seguir una rutina estricta como un niño de colegio al que, de lo contrario, empezaba a temblarle el ojo.

Me puso de los nervios, me irritó, pero lo que me desarmó fue cuando dijo que ya no la necesitaba como mi Lexatin particular.

Hubo algo en su tono, en esa frustración, que me golpeó de una manera que no esperaba.

Aquello no era cierto, yo no la veía así.

No.

Porque no sería justo ni para ella ni para mí.

Y entonces... sucedió.

No lo pensé.

Solo lo hice.

Fue una reacción, una necesidad de callarla, de hacer que dejara de gritarme y, al mismo tiempo, una necesidad de acercarme más.

De sentirla más cerca de lo que cualquier discusión podría permitir.

De probar de una maldita vez esa boca mentolada en la que llevaba pensando más tiempo del que me gustaría admitir.

Lo sorprendente fue la sensación de alivio.

No de satisfacción, ni de victoria.

Alivio.

Como si ese beso hubiera estado flotando en el aire entre nosotros desde hacía semanas, esperando a que uno de los dos fuera lo suficientemente estúpido para hacerlo realidad.

Y, por supuesto, fui yo el que perdió la cabeza primero.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué lo hice? ¿Por qué ella?

La verdad es que no lo sé.

O quizá sí, pero no quería admitirlo.

Lara no era como las mujeres con las que solía relacionarme, aunque hacía bastante tiempo en ese momento que no tenía una pareja estable.

No era controlada, no era perfecta, no encajaba en mi mundo de horarios estrictos y expectativas profesionales.

Era caos puro.

Y sin embargo, había algo en su caos que me atraía de una forma que me aterraba.

Era auténtica.

Y lo peor de todo era que yo, en mi fuero interno, sí la veía perfecta.

Perfecta para mí.

Qué contradictorio todo, joder.

No me entendía ni yo, ¿cómo podía pretender que ella lo hiciera?

Después del beso, apenas nos miramos, y el silencio fue ensordecedor.

Ni siquiera sabía qué decir.

Ella tampoco.

Solo nos quedamos ahí, como dos idiotas que acababan de romper una barrera invisible.

Y después, mirando los planos que ya no lograba concentrarme en revisar, no dejé de preguntarme qué demonios significaba todo aquello.

Porque lo sabía, lo sabía muy bien: no fue solo un beso. Fue un punto de inflexión.

¿Qué pasaría entonces?

¿Cómo se suponía que debía seguir trabajando con ella sin pensar en lo que acababa de pasar?

¿Y cómo se suponía que debía ignorar el hecho de que, por primera vez en mucho tiempo, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo?

Joder.

Aquello era un desastre.

Pero también me hacía sentir... vivo.

29
Lara

Entré en casa como un vendaval, todavía con la cabeza en el beso.

El maldito beso.

Cerré la puerta de golpe, más fuerte de lo normal, y ahí estaban ellas.

Menos mal.

Las chicas se habían acomodado en el sofá y Rocío estaba comiendo pipas Tijuana como si no hubiera mañana.

Tenía antojo, aquí mi amiga.

—¡Por fin llegas! —dijo Rocío, con la boca medio llena, dejando caer unas cuantas cáscaras en la mesa de café—. Llevamos esperándote como cuarenta minutos. No hay drama que valga tanto la pena.

Eso lo dijo por un mensaje que había mandado al grupo que teníamos todas juntas. Muchas veces y en mayúsculas, que se notara que era importante.

Me detuve un segundo en la entrada del salón, el corazón todavía acelerado, las manos temblando un poco.

Mi chirla en plena combustión, para qué voy a mentir a estas alturas.

Me pasé una mano por el pelo, intenté recomponerme, pero... joder, ¿cómo se recompone una de un beso robado por tu jefe borde pero increíblemente bueno?

—Chicas, tengo que contaros algo —murmuré, y en cuanto lo dije, sentí como si me hubieran tirado un cubo de agua fría en la cabeza.

¿Realmente estaba lista para esto?

Yelena, que estaba pintándose las uñas con una precisión casi quirúrgica, levantó la vista.

—Que sea jugoso, por favor. Estoy aburrida. —Volvió a concentrarse en la uña del dedo meñique, increíblemente pequeña, casi inexistente, como si su vida dependiera de ese brillo perfecto.

Cristina, a su lado, que hojeaba una revista de decoración, levantó las cejas.

Ni, como siempre, estaba sentada en el suelo en una pose de yoga imposible, con los ojos cerrados y respirando profundamente. Se la veía tan zen que me dieron ganas de gritarle algo así como: ¡Tía, despierta, que mi vida no para, no para, no para!, pero me contuve.

Rocío me miró desde el sofá, con una mano en la bolsa de pipas, el gesto ya de pura gula. Llevaba semanas comiendo así, desde que descubrió que estaba embarazada, y no había manera de frenarla.

—Venga, suéltalo ya, necesito dejar esto —meneó la bolsa de pipas en el aire. —Tengo la lengua como si le hubiera comido la polla a un leproso —insistió Rocío.

—Dios, eres una cerda —le dijo Cristina riéndose.

—¡No digas esas cosas delante del niño! —exclamó la futura madre.

—Pero ¿qué niño? Eso todavía es un renacuajo.

—¿Qué te apuestas a que ya tiene manos? —contraatacó ella—. Además, he leído estudios

que dicen que…

—¡Hoooolaaaaa! ¡Estoy aquí, sigo en crisis! Tengo las bragas hechas trizas y el corazón palpitando cual caballo desbocado —dije aleteando los brazos.

— ¡Vaya! ¿Es de trabajo? ¿O te han propuesto algo indecente en la línea erótica otra vez? —dijo Yelena levantando las cejas.

Me tiré en el sillón, agotada, y suspiré.

—Es... de trabajo. Bueno, y de un poco de indecencia. Más bien mucho, de hecho.

En cuanto lo dije, todas se callaron.

Yelena dejó el pincelito de uñas flotando en el aire, como si lo que fuera a decir fuera más importante que el brillo secándose, y Cristina cerró de golpe la revista.

—¿Indecencia? —preguntó la última, que siempre parecía más interesada en el chisme jugoso que en las plantas que adornaban su casa, todas muertas por cierto.

—Oh, sí. Diego me ha besado. —Lo solté de una vez, sin anestesia. Y el silencio que se formó a continuación fue... brutal.

Rocío escupió una pipa al suelo.

—¿Qué? —gritó, con una expresión de sorpresa y casi angustia, como si hubiera tirado su chicle preferido masticado y sin sabor en la alfombra—. ¿Cómo que te ha besado? Pero si hasta la semana pasada lo odiabas. ¿Qué te ha hecho ahora? Dime que no ha usado burundanga. ¡No! ¿Ha sido ayahuasca?

Me revolví en el sillón, cruzando las piernas, no sabía ni por dónde empezar.

—La ayahuasca es una planta medicinal que te permite ver tu interior —dijo entonces Ni, pero todas estaban expectantes por mi respuesta.

—Pues... nada. Nada de lo que haya hecho conscientemente. O sea, estábamos discutiendo porque se puso todo malhumorado por un comentario simpático que tuve con Isaac, otro arquitecto. Entonces, claro, volvió a ponerse en plan borde... y, bueno, yo exploté. Le dije que había vuelto a ser el ogro de siempre, y que ni para Lexatin le servía ya.

Yelena soltó una carcajada.

—¡Dios, eres demasiado dramática, tía! Me encanta.

—Es que estaba furiosa, ¿vale? —me defendí, aunque ni yo misma me creía del todo—. Y entonces, en pleno cabreo, va y me besa. Así, sin previo aviso, como si el hecho de que estuviéramos gritándonos no fuera suficiente. Zas, beso. Y os juro que no sé ni qué pensar.

Rocío dio una palmada, emocionada.

—¡Ay, madre! Pero qué morbo. Y cómo fue, ¿en plan beso robado de película, o de esos que te quedas tiesa porque te pilla por sorpresa?

—Más bien lo segundo. Fue tan rápido que ni tuve tiempo de reaccionar para pegarle una patada en los huevos, pero luego... —Bajé la voz, un poco avergonzada—. Luego me gustó, ¿vale? Y mucho. Maldito Diego.

—O sea que tu jefe, el que odias tanto, en realidad te pone —dijo Yelena, mordisqueándose el labio con una sonrisita de suficiencia.

—Tú no querías patearle los huevos, querida, tú querías lamérselos —dijo Rocío.

—¿Que quiero qué? —le pregunté súper rápido—. Yo no hago esas cosas. Los huevos están rasposos.

—¡JAAAAA! ¿Y cómo sabes que están rasposos si nunca lo has hecho? —preguntó Cristina.

—Los de mi Juan no están rasposos, están suaves, porque yo le hago la cerita.

Todas nos quedamos mirando a Yelena como si acabara de decir que había visto un OVNI en

pleno cielo de Madrid.

—Eh… no quiero detalles —dijo Rocío—. Por favor y gracias.

—¡A ver! —exclamé—. No es que me ponga... es que... No sé cómo explicarlo. Es como si... —Hice una pausa, buscando las palabras—. Como si todo ese estrés, esa energía contenida, lo hubiera canalizado todo en ese beso. Y, joder, chicas, fue... una locura.

Cristina chasqueó la lengua, divertida.

—Siempre es con los que odias, ¿verdad? Te sacan de quicio, y luego resulta que son los que mejor besan. Está comprobado científicamente.

Ni abrió los ojos lentamente, como si acabara de volver del más allá.

—El odio y el amor son dos caras de la misma moneda —dijo con ese tono filosófico que me volvía loca, porque tenía razón en todo lo que decía—. Quizá lo que sientes por él no es tan simple como pensabas.

—Claro, claro —respondí, sarcástica—. Y ahora, además de tener un jefe borde, tengo un jefe borde que me ha besado. Genial, ¿no? Mi vida es un poema.

—Sí, de Machado, no te jode… —soltó Cristina.

Rocío, que seguía masticando pipas como una posesa, se echó hacia adelante.

—Pues chica, ¿qué te digo? Si la cosa está así... ¿No será que Diego está empezando a gustarte un poquito? Digo.

La miré con una mezcla de incredulidad y terror.

—¿Qué? No, no, no. Eso no está pasando.

Rocío me lanzó una mirada escéptica mientras se metía más pipas en la boca.

Dios mío, era la simulación humana de un jodido roedor.

—Ya, ya. ¿Y ese brillo en los ojos cuando dices su nombre? Porque lo veo desde aquí. Yo tengo el radar sensible desde que me quedé embarazada, ¿sabes? —Bajó la voz, dramática—. Siete semanas ya, para tu información. Siete. No soy tonta.

—Exacto, tú estás hormonada, no confundas las cosas —contesté, poniéndome las manos en la cara y suspirando—. No, no me gusta Diego. Lo odio. Es un borde, un control freak, y... y... y ya está.

—Ajá —murmuró Cristina, rodando los ojos—. Sigue diciéndotelo a ti misma, a ver si cuela.

Yelena me miró fijamente, yo intenté seguir interpretando aquel papel que no me creía ni yo.

—Pues a mí me parece que lo odias mucho menos de lo que te gustaría admitir. Y si no me crees, piensa en ese beso. ¿Cuánto rato llevas hablándonos de él?

Sentí un escalofrío recorriéndome la espalda.

Vale, tal vez hablaba demasiado de él.

Y tal vez algo había cambiado de un tiempo a esta parte, tal y como ya he contado.

Pero eso no significaba que me estuviera enamorando, ¿verdad?

¿Verdad?

Bufé, hundiéndome más en el sofá.

—Estoy jodida, ¿no?

Todas asintieron a la vez.

Rocío, con su sonrisa triunfal, se tumbó en el sofá, con las manos sobre la barriga aún plana.

—Bienvenida al infierno, nena.

30
Lara

Aquel día había sido… raro.

Después del beso con Diego, las cosas se habían enfriado durante la siguiente jornada laboral, pero no de esa forma cómoda en la que sabes que ambas personas están bien y que, eventualmente, hablarán de ello como adultos.

No, era ese tipo de frío tenso, incómodo, como si ambos estuviéramos andando sobre un hilo fino que en cualquier momento podía romperse.

Y yo, bueno… no tenía ni idea de qué hacer, pensar, sentir ni nada de nada.

Así que, cuando al día siguiente él me pidió que me quedara un poco más después del trabajo, para revisar algunos documentos de un proyecto, supe que no solo se trataba de planos y especificaciones.

Algo estaba rondando en su cabeza, y aunque no lo decía, lo sentía en la forma en la que me miraba.

Entré en su despacho cuando ya casi todos se habían ido.

Diego estaba allí, inclinado sobre su escritorio, revisando un plano con una intensidad que me hizo sentir que lo había irrumpido en medio de algo importante.

Él no me miró enseguida, solo asintió hacia la silla frente a su escritorio, dándome la señal de que me sentara.

Yo lo hice, pero el silencio entre nosotros se extendió unos segundos más y empezó a hacerse espeso.

Finalmente, Diego suspiró profundamente, como si lo que estuviera a punto de decir pesara más que todo el estrés que había cargado sobre sus hombros todos esos días, o quizá toda su vida.

Se dejó caer en su silla, y solo entonces me miró.

—Lara… —empezó a decir, pero luego se quedó callado, como si estuviera reconsiderando todo lo que iba a expresar. Lo observé atentamente. Tenía esa expresión tensa que siempre llevaba, pero había algo diferente esa vez.

Como si estuviera… agotado. No físicamente, sino de manera emocional.

—¿Esto es sobre el beso? —pregunté, directa. No iba a seguir con rodeos. Yo ya tenía suficiente caos en mi cabeza como para añadir más incertidumbre a la mezcla.

Que los psicólogos eran muy caros.

Diego cerró los ojos un momento y asintió.

No era propio de él estar tan callado, tan… vulnerable.

Siempre tenía una queja que soltar por su boca, como si fuera una cacatúa insatisfecha de forma permanente.

Así que me impactó verlo así.

—Sí, es sobre eso —admitió, finalmente. Su voz tenía un tono bajo, casi derrotado.

Levanté una ceja, sin saber a dónde iba todo esto.

—Mira, si lo que me vas a decir es que fue un error o algo así, está bien. Somos adultos, supongo que estas cosas pueden pasar cuando… —hice un gesto con la mano, sin saber cómo acabar la frase— cuando hay tensión o lo que sea.

Él negó con la cabeza, y antes de que pudiera seguir con mi torpe explicación, dijo:

—No fue un error, Lara. Al menos, no para mí.

Eso me dejó descolocada. No esperaba esa respuesta, pero tampoco tenía claro qué significaba.

—Entonces, ¿qué fue?

Diego se pasó una mano por el pelo, visiblemente incómodo, como si el simple hecho de hablar de esto lo sacara de su zona de confort.

—Fue… —hizo una pausa y me miró, sus ojos serios, intensos— fue algo que no debería haber pasado, pero no por las razones que tú crees. —Su tono era críptico, lo que me irritaba un poco—. Y sé que suena contradictorio, pero para mí no fue ningún error.

¿Por qué no podía hablar como una persona normal?

—Diego, no me marees. ¿Qué es lo que pasa? —le pregunté, un poco más seria de lo que pretendía, que no tenía yo el chocho para faroles y punto.

Él suspiró de nuevo, y su mirada se desvió hacia la ventana, como si estuviera buscando las palabras en algún lugar fuera de este mundo.

—Diego, mírame…

Y lo hizo.

Y sin quejas.

Flipas, ¿eh?

—Soy… complicado —empezó, y cuando me di cuenta, me estaba fijando en las líneas tensas de su mandíbula, en la forma en que sus dedos se enredaban entre sí, como si luchara contra algo. —Siempre lo he sido. Crecí en una familia donde no había margen de error, ¿sabes? Todo tenía que ser perfecto, y si no lo era, entonces estabas fallando. Mi padre dirigía esta empresa con mano de hierro, y yo… bueno, creo que nunca fui suficiente para él. No importaba lo que hiciera.

Ese comentario me sorprendió.

No conocía mucho sobre la familia de Diego. Bueno, no conocía nada sobre la familia de Diego y ni siquiera sobre el propio Diego, pero nunca lo imaginé lidiando con algo así.

¿Diego, el tipo perfecto, el que siempre controlaba todo no era suficiente?

Me costaba creerlo, se esforzaba al máximo.

Él continuó, pero esta vez mirando hacia la ventana:

—Cuando mi padre murió y asumí el control de la empresa, me prometí a mí mismo que nunca fallaría. Nunca. Porque si lo hacía, significaba que todo lo que mi padre decía de mí era verdad. Así que me convertí en… esto. En alguien que lo controla todo, que no deja espacio para el error ni para el caos. Ni siquiera para la improvisación. Todo eso me… estresa, no sé cómo explicarlo.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con el beso? —le pregunté, genuinamente confundida, aunque había algo en su voz que me tocaba una fibra que no esperaba.

Diego finalmente volvió a mirarme, y en sus ojos contemplé una honestidad que no había visto antes.

—Tiene que ver con el hecho de que tú… —hizo una pausa, y luego habló en voz baja— tú traes caos a mi vida, Lara. Y eso me asusta. Me asustas.

Me quedé en silencio.

Era la primera vez que alguien me decía algo así, y no sabía si sentirme ofendida o halagada.

—¿Te asusto? —pregunté, todavía incrédula.

Él asintió, con una pequeña sonrisa amarga.

—Sí. Porque cuando estoy contigo, siento que no puedo controlar todo. Bueno, que no puedo controlar nada… —Sonrió de verdad, sin amargura, y a mí se me inflamó algo por dentro. Algo que no era la chocheta, mal pensada. Algo más allá de eso—. Las cosas se desordenan, me desconcentro. Y me haces sentir cosas que no quiero sentir, que no sé manejar. Y eso… eso es algo que no había planeado.

Había algo tan vulnerable en el tono de su voz que me desarmó por completo.

Aquel era el Diego que nadie veía, el hombre que llevaba una armadura invisible, y por primera vez, me dejaba ver las grietas.

—Diego… —quise decir algo, pero no sabía qué.

No me esperaba aquello, no esperaba sentir esa mezcla extraña de compasión y ternura, algo que me hizo mirarlo con otros ojos.

Él se levantó de su silla, caminando hacia la ventana, como si necesitara moverse para lidiar con lo que acababa de decir.

Y entonces, me di cuenta.

Aquel hombre que parecía tenerlo todo bajo control estaba roto por dentro por una presión que ni siquiera yo podía imaginar.

Me levanté también, acercándome a él, sin saber exactamente qué estaba haciendo.

Cuando llegué a su lado, mis dedos rozaron ligeramente su brazo, como si esa pequeña conexión pudiera calmar algo dentro de él.

Diego me miró, sorprendido, y por un segundo, pareció que todo el peso que cargaba se aligeraba un poco.

No dije nada, no hacía falta.

Solo estábamos ahí, los dos, compartiendo un momento que iba más allá de los planes, los besos y las palabras.

Y entonces, casi sin pensarlo, Diego extendió la mano y rozó suavemente la mía, entrelazando nuestros dedos.

Un roce tan breve como íntimo.

Lo miré, sorprendida, pero no dije nada, porque en ese momento entendí que las cosas entre nosotros habían cambiado, y que, por muy complicado que fuera todo, ya no había vuelta atrás.

Sentí que podía llegar a comprender su actitud y entendí que se había abierto a mí sin yo pedírselo.

Tomé aquello como algo importante, un gesto que me impulsaba a querer saber más.

De él y de lo que me hacía sentir.

31
Lara

Diciembre fue un mes en el que pasaron muchas cosas, quizá demasiadas.

La falsa calma que había llegado a nuestras vidas era solo eso: una ilusión.

Como cuando te dicen que una ola gigante está a punto de arrasarlo todo y tú, ingenua, piensas: *Bueno, igual no es para tanto.*

Pero sí que lo es.

Lo fue, de hecho.

Porque diciembre, con su brillo festivo y promesas de nuevos comienzos, también trajo despedidas.

Ni, se iba, y no de cualquier manera.

Había decidido que su futuro estaba en Japón, algo que ya sabíamos, pero que no nos esperábamos que llegase tan rápido.

Nos lo anunció una tarde cualquiera, entre té con leche y risas en el salón de nuestro piso centralita, como quien comenta que se ha comprado una chaqueta nueva en rebajas.

—Me voy a Japón. —Nos lo dijo con una tranquilidad pasmosa mientras nosotras la mirábamos con la boca abierta y el cerebro procesando a trompicones lo que acababa de soltar.

—Perdona, ¿QUÉ? —Rocío casi escupió los cacahuetes bañados en chocolate que llevaba masticando como si no hubiera un mañana.

Estaba con los antojos a flor de piel, y las hormonas a punto de convertirla en el *Monstruo de las Galletas.*

Ni se encogió de hombros con su habitual aire zen.

—Sí, chicas, me voy a Japón. Es una oportunidad que no podía rechazar.

—¿Cómo? —pregunté yo, todavía aturdida. La idea de Ni en Japón, aunque no me extrañaba tanto como podría haberlo hecho en otra persona, me sacudió de todas formas.

Ella, tan creativa, tan... Ni. Tenía sentido que acabara en un lugar que parecía sacado de un anime.

Pero que nos dejara… era otra historia.

—Tía, ¿y cuándo pensabas contárnoslo? —preguntó Cris, con el ceño fruncido—. ¿Cuando ya estuvieras con los palillos en la mano comiéndote un ramen?

—¡Ramen! —añadió Rocío con los ojos en blanco.— ¿Por qué me habláis de comida si tengo que comer ensalada para no empezar a reventar la ropa? Ya no me viene ningún trapito apretado… —se quejó haciendo un mohín.

Nos reímos, porque Rocío había estado dramatizando su cambio de dieta desde hacía semanas, pero la verdad era que la noticia de Ni había caído como una bomba.

Y no, no se iba para unas vacaciones exóticas ni para hacer turismo gastronómico, que es lo que Rocío había sospechado al principio, intoxicada por esa gula del demonio que tenía encima.

Ni se iba a empezar algo llamado el camino del haru.

Nunca me quedó del todo claro qué significaba eso, y la verdad, tampoco había tenido las

agallas de preguntarle.

Algo místico, seguramente. Con Ni, todo lo era.

—Es que Japón es otro rollo, chicas. Necesito ese cambio, quiero encontrarme de nuevo —explicó.

Rocío casi se atragantó al oírla.

—¿Encontrarte? Tía, si te encuentras más a ti misma, igual te desvaneces. ¡Eres la persona más zen que conozco!

Ni se rio con esa paz interior que parecía tener desde siempre.

—No, en serio, Rocío. He estado leyendo sobre el camino del haru. Es un viaje personal, un camino de transformación. Como un renacimiento.

Cris, que había estado escuchando la conversación con una ceja levantada, no pudo contenerse.

—Perdona que me meta, pero... ¿renacimiento? ¿Tipo Pokémon evolucionando o más tipo renacer del Fénix como en Harry Potter? Porque si es la segunda opción, te juro que lloro.

Ni, con su habitual calma, dejó la taza de té en la mesa y sonrió.

—Es más como volver a conectar conmigo misma. Para darme cuenta de lo que realmente quiero y necesito. Ya sabes, reavivar el espíritu. Japón es el lugar perfecto para eso.

Yo solo pude asentir, aunque en mi cabeza pensé: *¿Cómo alguien que ya parece tenerlo todo claro puede necesitar un renacimiento*?

Pero Ni era así. Siempre en búsqueda de algo más profundo, más grande.

Quizá debería aprender un poquito de ella.

—Pues yo renazco cada vez que me como un donut —había comentado Rocío, en su línea cómica—. Pero si tú prefieres Japón, oye, cada una tiene su manera.

Ese fue el tono de la despedida desde que Ni nos lo dijo: risas, comentarios sarcásticos y mucho cariño.

Así que aquella tarde aprovechamos para pasarla todas juntas y despedirnos como Dios manda.

Al día siguiente, nos encontramos todas en el aeropuerto.

La terminal estaba abarrotada, llena de gente yendo y viniendo, con la Navidad en el aire, entre luces y colas interminables para facturar.

Mariah Carey ya se había descongelado y nosotras cuatro acompañamos a Ni a la puerta de embarque, cada una en un estado emocional diferente.

Cris estaba estoica, Rocío tenía los ojos llenos de lágrimas (pero, claro, a estas alturas, lloraba viendo anuncios de detergente), Yelena parecía tener el corazón encogido y yo... bueno, yo estaba en shock.

Ni, la inmutable, siempre tan serena y fuerte, estaba a punto de irse.

Llevaba una mochila simple, pero en ella parecía portar su vida entera. Y allí, en medio de la multitud, el tiempo se encogió.

Ni se giró hacia nosotras, a pesar de la despedida estaba decidida.

—Bueno, chicas —dijo con su tono calmado, ese que siempre parecía saber más de lo que contaba—. Esto no es un adiós, ¿vale? Pero antes de que me ponga melancólica y todas empecemos a hacer un drama, os voy a dar un consejo a cada una. Porque si me voy, al menos que quede algo de mí para que os acordéis.

—Espera... ¿me estás diciendo que me vas a dar un consejo de vida? —bromeó Cris—. ¿Tipo Yoda o más rollo Paulo Coelho?

Ni le lanzó una mirada traviesa y luego sonrió.

—Cris, a ti te voy a decir esto: no dejes que tu miedo a salir de tu zona de confort te haga quedarte donde no quieres estar. Eres más fuerte y más valiente de lo que crees. Atrévete a pedir más. Y cuando te digan que no, sigue intentándolo.

Cris parpadeó, como si esas palabras hubieran atravesado su coraza de sarcasmo. Era su manera de enfrentarse al mundo, pero Ni siempre había sido capaz de ver más allá.

Cris asintió, mordiéndose el labio. Todas sabíamos perfectamente qué significaban esas palabras: Cris estaba teniendo problemas para encontrar un local en el que montar su propio estudio de tatuajes.

Después, se giró hacia Rocío, que ya estaba en modo lagrimón.

Rocío, sin más preámbulos, se lanzó a sus brazos.

—No puedes dejarnos —sollozó, y ya era la segunda vez que lloraba en menos de una hora —. Japón está muy lejos y, además, yo no tengo ni idea de lo que es ese camino del haru ni cómo demonios lo vas a hacer sin comer sushi todos los días.

Ni rio con suavidad y le acarició el pelo.

—No me estoy despidiendo para siempre, Rocío. —Le sonrió—. Y ya te lo dije, no se trata de comer sushi.

—Pues ya me contarás qué haces si no es comer —interrumpió Cris, cruzando los brazos con su habitual actitud desenfadada—. Pero no te olvides de nosotras cuando seas una gurú del haru o lo que sea.

Ni le dio un abrazo fuerte a Cris también, sin responderle al sarcasmo, como siempre.

—Te dejo a cargo de las chicas, Cris. Que no se

desmadren.

—Pues a buena has elegido… —murmuró Rocío.

Cris le dio un codazo a la embarazada y asintió, intentando mantener su habitual actitud de “nada me afecta”.

Pero todas sabíamos que iba a echar de menos a Ni tanto como nosotras.

—Rocío, cariño —Ni la miró con ternura—, Deja de intentar tener todo bajo control. Y eso va por el bebé. No puedes planear cada minuto de tu vida ni de su vida. A veces las cosas se tuercen y eso está bien. Disfruta del caos, porque en el fondo... ya eres una madre increíble.

Rocío sollozó y le dio otro abrazo tan fuerte que Ni casi se queda sin aire.

—Yelena, eres la mujer más buena que he conocido nunca, sin contar a mi madre, claro. Sigue teniendo ese corazón tan grande que tanto te caracteriza.

—Ay —Yelena se enjugó una lágrimas traicionera con su dedo índice—, mi linda mamita, ten mucho cuidado.

Finalmente, Ni se volvió hacia mí, con una sonrisa suave en los labios.

—Lara, tú ya sabes lo que te voy a decir.

Me quedé mirándola, un poco aturdida, esperando que soltara la bomba.

—Que me lance, ¿verdad? —dije, sabiendo ya la respuesta.

Ni asintió, divertida.

—Exacto. Tienes un pie dentro y el otro fuera, y no hablo solo del trabajo. Ya te has dado cuenta de lo que quieres, pero no tienes que esperar a que las cosas se alineen perfectamente. A veces, simplemente, tienes que dar el paso y confiar en que todo caerá en su sitio.

Dar el paso…

Pensé en Diego, en todo lo que estaba pasando entre nosotros, en los secretos que aún

flotaban en el aire.

¿Debía arriesgarme?

Antes de que pudiera responderme a mí misma, Ni se acercó y me dio un abrazo rápido, pero cargado de fuerza.

—Y no te olvides de decirme qué llevas puesto en tus relatos nuevos —susurró en mi oído, haciéndome soltar una risa inesperada.

—Cuando te pierdas por el camino del haru o lo que sea, mándame un mensaje, ¿vale? —le dije, con un nudo en la garganta.

—Siempre —respondió, con esa sonrisa que sabía que iba a echar de menos.

—¡Ahí está nuestra Lara! —exclamó Rocío, sonándose la nariz con la manga—. ¡Te lo dije, Ni! No puedes irte sin dejar que suelte al menos una carcajada!

Me reí entre lágrimas, porque esa frase definía nuestra amistad: yo rompiendo reglas, ella siempre tratando de ser el equilibrio zen en mi caos.

Nos separamos, y me di cuenta de que sus ojos también estaban un poco húmedos.

Nos quedamos un rato más bromeando, haciendo tiempo antes de que Ni se fuera.

Las despedidas nunca eran fáciles, pero con ella, hasta eso tenía un toque de luz y buen rollo.

Cuando anunciaron su vuelo, todas nos quedamos en silencio, viendo cómo recogía su mochila y se ponía de pie.

Y aunque tratábamos de mantener la compostura, sabíamos que ese momento marcaba el final de una era.

—Os quiero, chicas —dijo Ni, mirándonos una por una—. No seáis demasiado malas sin mí, ¿vale?

Y, con un último abrazo grupal, se fue caminando hacia la puerta de embarque, dejando tras de sí una mezcla de tristeza y gratitud. Porque, aunque sabíamos que la íbamos a echar de menos, también sabíamos que Ni, allá donde fuera, seguiría siendo Ni: la inmutable, la serena, la amiga que siempre tenía un consejo para cada una de nosotras.

Nos quedamos mirando cómo desaparecía entre la multitud, hasta que ya no pudimos verla más.

Rocío fue la primera en romper el silencio.

—Bueno... ahora vamos a comer. Si no, me desmayo.

Cris soltó una risa y Yelena y yo la seguimos, pensando que Ni, desde el otro lado del mundo, seguramente estaría riéndose también.

Pero en el fondo, sabía que nada volvería a ser igual sin ella.

Y en ese momento, comprendí que la vida estaba a punto de cambiar para todas nosotras.

Todavía no podía creérmelo, pero ahí estábamos, las tres plantadas en la terminal del aeropuerto de Barajas, viendo cómo nuestra amiga emprendía el principio del camino para iniciar su nueva vida en Japón.

—Vale, ¿dónde se come en este aeropuerto? Necesito algo sólido antes de que me dé una lipotimia emocional.

—Eso ya lo has dicho —le espetó suavemente Cris.

Nos reímos, aunque ninguna tenía muchas ganas de hacerlo.

Cris se pasó una mano por el pelo, suspirando.

—Bueno, ahora que Ni se va a iluminar en Japón, ¿creéis que deberíamos empezar a hacer yoga o algo? —bromeó.

—Nah —contesté—, con sobrevivir al día a día ya tenemos bastante.

32
Diego

Marta siempre había sido mi cable a tierra, esa amiga que te conoce tanto que, por mucho que trates de esconder lo que te pasa, te lo saca a la fuerza.

Y ese día, sentado junto a ella en una de esas mesas pequeñas, medio cojas, de un garito en Malasaña, con un par de cañas frente a nosotros, no pude más.

Llevaba días dándole vueltas a todo lo que había pasado con Lara, y aunque hablar con Marta no era mi opción favorita —porque, sinceramente, abrirme a los demás nunca había sido lo mío —, en ese momento, sabía que si no lo hacía, iba a explotar.

El sitio olía a cerveza, a tapas de dudosa calidad y a risas. La música de fondo apenas se distinguía con el bullicio de la gente, pero el ambiente me resultaba extrañamente acogedor.

—Venga, Diego, ya me conoces —dijo Marta, tras darle un buen trago a su cerveza—. No te he sacado a tomar cañas para hablar de trabajo. Suelta de una vez qué te pasa. Te veo raro, y ya sabes que lo mío es sacar la verdad a cañonazos si hace falta.

Suspiré, mirando la espuma de mi cerveza. Marta tenía ese don para ir directa al grano, y lo peor es que sabía que no iba a soltarme hasta que le contara todo.

—No es tan fácil, Marta —dije, dándole vueltas al vaso—. Es Lara, es... complicado.

Ella me miró con una ceja enarcada, como si lo que acababa de decir fuera una tontería.

—Diego, todo contigo es complicado. Eres tú el que lo hace difícil. A ver, ¿qué ha pasado? Porque por la cara que tienes, parece que te has metido en un buen lío.

Solté el aire de golpe. Ya no podía seguir evitándolo.

—La besé —confesé, sin rodeos. Si iba a contárselo, mejor ir al grano.

—¿Cómo? —Marta casi escupe la cerveza de la sorpresa—. ¿Tú? ¿Besaste a Lara? Vale, necesito detalles. Ya.

Suspiré, resignado. Sabía que no iba a librarme.

—Fue... raro. Estábamos discutiendo. Estaba cabreada, me gritaba, me plantó cara. Y de repente... no sé qué pasó, pero la besé. No lo pensé, simplemente lo hice.

Marta se quedó mirándome un segundo, antes de soltar una carcajada.

—No me lo puedo creer. El señor "nada se deja al azar" besando a alguien sin planearlo. Esto es histórico. ¿Y qué pasó después?

—Pues... que me correspondió —dije, sintiendo vergüenza al recordarlo—. No fue solo un beso. Fue... diferente. Joder, Marta, no puedo ni explicarlo. Me siento un idiota.

—¿Un idiota? —Marta me miraba como si me hubiera vuelto loco—. Diego, que no has visto un ovni o algo. Es un beso. Bueno, un beso con Lara, que no es cualquier persona, pero... ¿por qué te rayas tanto?

—Porque no sé qué hacer con todo esto —admití, alzando las manos, frustrado—. No sé cómo manejarlo. Lara me saca de quicio, pero también me... no sé, me gusta. Y me da miedo lo que eso significa.

Marta dio otro trago a su cerveza y me miró fijamente.

—¿Y qué tiene de malo que te guste alguien? Es normal, Diego. Lo que no es normal es que sigas intentando tenerlo todo bajo control, incluso esto. Y si te gusta... pues lo aceptas y ya.

—No es tan fácil —murmuré, más para mí mismo que para ella—. Yo no soy como tú, Marta. Yo no sé... dejarme llevar. No sé soltar el control.

Ella rio suavemente y negó con la cabeza.

—Diego, ya lo has hecho. Al besarla, al sentir lo que sientes por ella, ya has perdido el control. ¿No lo entiendes? Lo único que te queda es decidir si quieres seguir luchando contra eso o dejar que las cosas fluyan. —Se inclinó hacia adelante—. A ver, seamos sinceros. ¿Te gusta Lara de verdad?

Asentí sin pensarlo mucho. No podía negarlo más.

—Sí. Mucho más de lo que debería, probablemente.

—Entonces ya está. —Marta sonrió, como si todo fuera así de simple—. Ya has dado el paso más difícil. Ahora solo tienes que dejar que las cosas sigan su curso. Y si te apetece besarla otra vez, pues la besas.

Solté una risa amarga, sin poder evitarlo.

—Claro, porque es así de fácil.

—Es que lo es, Diego —dijo ella, dándome un leve empujón en el brazo—. El problema es que tú te montas mil películas en la cabeza y piensas demasiado. Estás tan obsesionado con el futuro que ni siquiera disfrutas de lo que está pasando. Del ahora. Y eso es lo que tienes que cambiar.

Me quedé en silencio un momento, dándole vueltas a lo que había dicho. Sabía que tenía razón, pero admitirlo en voz alta era otra historia.

—Lo que más me jode es que ella no tiene ni idea de lo que estoy sintiendo —confesé finalmente—. Sigo comportándome como el imbécil de siempre en la oficina, pero por dentro... es como si todo se hubiera vuelto del revés.

—Entonces, ¿por qué no se lo dices? —Marta me miraba con esa expresión que me hacía sentir como un niño pequeño—. Si sigues escondiéndolo, vas a terminar volviéndote loco. Además, ella no es tonta, seguro que ya ha notado que te pasa algo.

—Es que no lo sé. —Me pasé la mano por la cara, frustrado—. No sé cómo se supone que debo hacer esto. Nunca he sido bueno en estas cosas. No quiero cagarla.

Marta rio de nuevo, con esa risa suya tan despreocupada.

—Pareces un adolescente virgen, de verdad… Y no es el caso, sé que meterla y sacarla se te da de locos.

Marta pestañeó repetidas veces, totalmente de guasa. Eso lo dijo porque hace años, en una fiesta, terminamos follando borrachos perdidos.

—No sé cómo puedes acordarte, íbamos demasiado ciegos.

—Porque de lo bueno una siempre se acuerda. —Me guiñó un ojo.

Bromas aparte, Marta y yo nunca hemos sentido nada sentimental el uno por el otro, solo fue una noche y nos reímos al día siguiente.

—Según tú, ya la cagaste en el momento en que te enamoraste de ella.

—Yo no he dicho que…

—Pero eso es bueno —siguió ella interrumpiéndome—. Significa que te importa. Ahora lo único que te queda es dejar de huir de eso y lanzarte de cabeza.

Me quedé mirándola, intentando procesar todo lo que acababa de decirme. Estaba tan acostumbrado a manejar cada situación como si fuera un proyecto, que la idea de dejarme llevar

me parecía una locura.

Pero Marta tenía razón.

Había algo en Lara que me hacía querer saltarme mis propias reglas.

—Entonces, ¿qué? —dije, después de un rato—. ¿Le digo lo que siento? ¿Así, sin más?

—Exactamente. —Marta levantó su cerveza y me hizo un gesto para que brindáramos—. Porque, Diego, si no lo haces, te vas a arrepentir. Y créeme, te lo digo por experiencia.

Chocamos las cañas y me quedé en silencio, pensativo.

Puede que Marta tuviera razón.

Puede que ya no hubiera vuelta atrás.

33
Lara

Estaba tirada en el sofá, haciendo *scroll* en el móvil sin prestar mucha atención a lo que veía.

Instagram, TikTok, alguna que otra noticia estúpida que no me interesaba… nada lograba quitarme el dolor de cabeza que llevaba desde hacía días.

Todo era Diego.

Diego en la oficina.

Diego en mi mente.

Diego en las canciones que escuchaba. Intentaba pensar en otra cosa, pero era como intentar dejar de escuchar una alarma: imposible.

—Lara, ¡despierta! —La voz de Rocío irrumpió como un relámpago, sacándome de mi trance mientras se acomodaba en el sofá con un bote de helado gigante—. ¿Otra vez dándole vueltas al tema?

—No le doy vueltas… —dije, aunque era una mentira descarada. Rocío me miró con una ceja enarcada—. Bueno, tal vez un poquito. Pero es que no sé qué hacer, Ro. Es como si estuviéramos jugando a un tira y afloja sin sentido.

Suspiré y dejé el móvil en la mesa, como si de repente fuera el culpable de todos mis problemas.

Desde que Diego y yo nos habíamos besado, desde aquella extraña conexión después del beso, algo había cambiado entre nosotros.

Cuando no hablábamos del trabajo, lejos de los planos y las entregas urgentes, era como si fuéramos personas completamente distintas.

Más libres, más relajados.

Incluso Diego parecía otra persona.

Era más cercano, más divertido… menos controlador.

—Yo no quiero a ningún cucaracho, Ro —dije, refunfuñando mientras me estiraba en el sofá —. Ya he tenido bastantes. Y si volvemos al trabajo después de estar bien, ¡puf! Todo desaparece. De repente es el mismo capullo borde de siempre, el ogro de los planos. No sé si estoy para esas idas y venidas. Yo quiero estabilidad, algo normal.

Rocío me miró con comprensión y un deje de burla, mientras seguía comiendo su helado con total tranquilidad.

—¿Normal? —repitió, haciendo énfasis en la palabra—. Pero vamos a ver, ¿quién en este mundo tiene una vida amorosa normal? Nadie. Ni siquiera tú, que llevas una temporada medio loca. Además, a ver, bonita, tú siempre has sido de las que quieren más y buscan algo especial. No me digas ahora que te conformas con lo básico.

—Es que ya no sé ni lo que quiero. Me paso el día escuchando canciones de Adele y de Alex Ubago desde que me pasó lo de Germán y me deprimo sola. No quiero seguir así.

Rocío dejó el helado en la mesa y se giró hacia mí, poniéndose seria, lo cual era raro en ella.

—Lara, escucha. No puedes seguir esperando a que todo sea perfecto. Eso no existe. —Puso

una mano en mi hombro, dramática como siempre—. Mira, te lo voy a decir con una canción que sé que te encanta: *Yo no quiero algo extraordinario, solo un hombre de verdad*. —Me reí porque cantó ese trozo de la canción de Shakira—. Ya está, con eso lo tienes todo. No necesitas superhéroes ni príncipes azules. Solo un tío que sea normal y que te quiera bien.

—Pero es que Diego no es un tío normal, Rocío. —Me cubrí los ojos con las manos, desesperada—. Es todo lo contrario a lo que siempre he querido. Es complicado, distante, borde. Y cuando estamos juntos es como si me olvidara de todo eso. Pero luego volvemos a las tareas de oficina y *puff*, otra vez ese muro.

—Por eso te digo que probéis fuera del trabajo. —Rocío me dio una pequeña palmada en la pierna, como si acabara de resolver el enigma más complicado del mundo—. Pasa más tiempo con él fuera de esos malditos planos y clientes. No puedes seguir juzgando todo basándote en cómo se comporta en la oficina. ¿O es que tú eres la misma cuando estás con nosotras que cuando te pones a hablar con algún cliente?

Me quedé callada. Sabía que tenía razón. Cuando había tratado con Diego cosas que no eran planos, era como si estuviéramos construyendo un lenguaje propio. Pero en cuanto volvíamos a ese entorno de estrés y responsabilidades, todo se apagaba. Él volvía a ser Señor Rígido y yo... simplemente no sabía cómo manejarlo.

—Es que no sé, Ro. Yo no quiero perderme otra vez en alguien que no lo tenga claro conmigo. Ya sabes cómo terminé con el último. Ya me he topado con demasiados cucarachos en mi vida. —Suspiré, cruzando los brazos—. Y no estoy para otro que me vuelva a romper en mil pedazos.

—Diego no es un cucaracho. —Rocío me miró fijamente, con esa sabiduría suya de embarazada que de repente parecía saberlo todo de la vida—. Mira, si el tío ya te está mostrando una parte de él que nadie más ve, eso ya es mucho. Quizá no lo hace todo el tiempo porque le cuesta, pero cuando lo hace, te está dejando entrar. Y si no te lanzas, te vas a quedar con la duda de si había algo más, o si simplemente te has perdido a alguien que realmente te gustaba. ¿Ya no recuerdas lo que te dijo Ni?

La miré, aún con dudas.

Ella no lo sabía, pero había algo en lo que decía que resonaba profundamente en mí.

Diego y yo teníamos una conexión innegable. Era evidente que fuera de la oficina podía haber algo que valía la pena explorar.

—No sé... ¿Y si me lanzo y me la pego otra vez?

—¿Y si te lanzas y todo sale bien? —respondió Rocío, encogiéndose de hombros con una sonrisa tranquilizadora—. Si te quedas sentada esperando a que él haga todo el trabajo, igual nunca llegáis a nada. Y después, dentro de unos meses, te vas a arrepentir de no haber hecho nada cuando podías haberlo intentado.

Suspiré, cogiendo de nuevo mi móvil y volviendo a hacer *scroll* sin mucho sentido.

—O sea, que según tú, ¿tengo que quedar con él fuera del trabajo más a menudo? ¿Sacar el lado más humano de Diego?

—Exactamente. —Rocío se cruzó de brazos, satisfecha—. Haced algo divertido, algo donde no haya estrés. Vete, cómetelo a besos y déjate de complicaciones.

—¿Y si luego en la oficina volvemos a ser dos desconocidos?

—Pues ahí será cuando decidas si merece la pena intentarlo de verdad o no. Pero no puedes seguir atrapada en ese ciclo de sí pero no. Haz lo que te pida el cuerpo.

Miré a Rocío, que seguía con esa expresión de triunfo y superioridad moral.

No era mala idea, después de todo.

Podía lanzarme y ver qué pasaba.

Podía disfrutar de Diego y olvidarme, al menos por un rato, de la versión controladora y exigente de él.

Quizá había algo más entre nosotros que merecía la pena descubrir.

Y si no lo hacía, tal vez me arrepentiría el resto de mi vida.

—Vale, lo intentaré —dije finalmente, mirando a mi amiga—. Pero si esto sale mal, te debo todas mis penas con gin-tonic. ¿Estamos?

Rocío sonrió de oreja a oreja y alzó el bote de helado en señal de brindis.

—Hecho. Y si sale bien... invitas tú a las cañas.

—Las tuyas sin alcohol —recalqué.

—Eso he dicho.

Me reí, un poco más relajada, aunque aún con mil dudas en la cabeza. Pero había algo en lo que Rocío había dicho que tenía razón: había que arriesgarse para ver qué pasaba.

Y quizá, solo quizá, aquel fuera el comienzo de algo que nunca había esperado.

Porque, en el fondo, no quería seguir escuchando canciones de Adele para siempre.

34
Diego

Estaba sentado en mi oficina, mirando la pantalla del ordenador como si me hablara en un idioma desconocido.

¿Qué era lo que estaba haciendo?

Ah, sí, terminar de revisar los informes de los últimos proyectos.

Pero en realidad no podía concentrarme.

Cada vez que trataba de enfocarme, la reciente conversación que había tenido con Marta sobre Lara, aparecía en mi mente.

Lara.

Maldita sea.

No era solo atracción física, era ella, su risa, su forma de ver la vida, la manera en que me miraba con esos ojos que parecían atravesarme cuando pensaba que no la estaba observando.

Y yo… estaba perdiendo la cabeza por ella.

Lo peor es que lo sabía.

Llevaba toda la mañana intentando reunir el valor para hablar con ella, para decirle lo que sentía. Pero cada vez que me acercaba, terminaba diciendo cualquier tontería.

Ya no podía seguir así.

Hoy voy a decírselo, hoy voy a decirle todo, pensé.

Que me gustaba, que ya no podía sacármela de la cabeza, que la necesitaba en mi vida, no solo como la persona que hacía malabares con mil cosas en la oficina, sino como algo más.

Mucho más.

Pero claro, en teoría, decirlo era fácil.

Lo difícil era encontrar las palabras.

Y por si eso fuera poco, tenía que hacerlo sin parecer un completo idiota.

Cuando finalmente reuní el valor para buscarla, me di cuenta de que ya estaba frente a la puerta de su despacho.

Lo de hacer esto de forma casual ya estaba fuera de cualquier opción, porque mi corazón iba a mil por hora y mi mano estaba sudando mientras tocaba la puerta.

—¿Sí? —escuché su voz desde dentro.

Abrí y ahí estaba ella, sentada en su escritorio, con una mano apoyada en la barbilla, distraída con algo en su móvil.

Parecía relajada, pero cuando levantó la vista y me vio, sus ojos se abrieron un poco más de lo normal.

¿Sorpresa? ¿Nervios? No podía saberlo con certeza.

—¿Tienes un momento? —pregunté, sintiendo un nudo en la garganta.

Lara sonrió de esa forma que hacía que mi estómago diera un vuelco extraño. A veces me preguntaba cómo demonios conseguía hacer eso con solo una sonrisa.

—Sí, claro. —Se levantó, quitándose un mechón de pelo de la cara—. De hecho, justo iba a

buscarte. Tengo que hablar contigo.

Vaya.

¿También quería hablar conmigo?

¿Lo sabía?

¿Había sentido lo mismo?

De repente, me vi atrapado en una tormenta de pensamientos caóticos y, para empeorar las cosas, mi boca habló antes de que mi cerebro pudiera detenerla.

—Yo también tengo algo que decirte —conseguí verbalizar.

Nos miramos durante un par de segundos en ese incómodo silencio que solo aparece cuando ambos quieren hablar al mismo tiempo.

Apreté los dientes, tratando de organizar mis pensamientos.

No podía echarme atrás ahora. Tenía que decirlo.

—Bueno, tú primero —dije, cediendo el turno como el caballero que claramente no era, porque en realidad estaba asustado.

Lara se aclaró la garganta y dio un paso hacia mí, moviéndose con una confianza que me dejaba impresionado cada vez que la veía.

Pero había algo diferente en su mirada: estaba nerviosa.

Eso me hizo sonreír, aunque rápidamente la sonrisa se desvaneció cuando comenzó a hablar.

—Diego, verás... —dudó un segundo, algo raro en ella—. Lo que quería decirte es que... me he dado cuenta de que, cuando no estamos metidos en el estrés de la oficina, nos llevamos bastante bien. —Levantó una mano, en ese gesto que hacía cuando trataba de explicarse—. No sé, es como si cuando no estamos rodeados de clientes y planos, fuéramos otras personas. Más nosotros. Y estaba pensando... que podríamos quedar fuera del trabajo. ¿Probar qué tal nos va sin el ambiente tóxico de por medio?

Al principio no respondí.

Me quedé en blanco, completamente paralizado, procesando lo que acababa de decir.

¿Acababa de proponerme una cita?

¿Lara quería quedar conmigo fuera del trabajo, sin ese caos que nos rodeaba?

Una parte de mí saltaba de alegría, pero la otra estaba muy ocupada intentando no parecer un adolescente emocionado.

—Lara, yo... —Dios, esto iba a salir fatal—. Te entiendo perfectamente. Y de hecho... —Me pasé una mano por el pelo, como si eso me ayudara a aclarar las ideas—. Lo que quiero decirte es que siento lo mismo. Que... desde hace un tiempo, no puedo dejar de pensar en ti.

Tragué saliva. Ya estaba ahí. A lo mejor aquello no era tan difícil.

—Cuando me ayudaste con ese ataque de pánico, cuando te besé y… en fin, después, cuando te conté porqué soy como soy… —Di un paso hacia ella, y ella me miró con esos ojos enormes, expectante—. Eres un desastre, pero yo… en fin, lo que quería decirte es que... bueno, me gustas. No puedo quitármelo de la cabeza y me está matando intentar ignorarlo.

Lara parpadeó, como si hubiera dicho algo demasiado rápido para procesarlo.

Yo también estaba sorprendido por la rapidez con la que todo salió de mi boca.

—¿En serio? —preguntó ella, casi en un susurro.

—En serio. No estoy aquí solo para ser tu jefe borde, te lo juro. Me gustas de verdad, Lara. Y no sé qué más decirte para que entiendas que quiero intentar algo contigo fuera de la oficina. —Me quedé callado, buscando alguna señal en su cara que me dijera que no acababa de meter la pata hasta el fondo—. Lo que quiero es probar, ver qué pasa. Contigo.

Ella se quedó callada, y por un momento pensé que iba a reírse en mi cara, que me iba a decir que era una idea estúpida, que estaba loco.

Pero no lo hizo.

En vez de eso, sonrió de esa forma que me volvía loco, como si acabara de escuchar la mejor broma del mundo.

—Pues estamos en las mismas —dijo, con una sonrisa enorme—. Porque te juro que yo tampoco puedo dejar de pensar en ti. Solo que, claro, tenía miedo de que esto fuera demasiado raro, ¿sabes? Por el tema de que no te soporto y tal.

Me reí, y el alivio que sentí en ese momento fue tan grande que casi me tambaleé.

—Raro ya es todo esto. Pero creo que podemos con lo raro, ¿no?

—Claro que podemos. —Lara dio un paso más hacia mí, hasta que estábamos tan cerca que podía oler su perfume—. Entonces, ¿una cita fuera del trabajo? Solo nosotros, sin presión, sin planos, sin estrés. ¿Qué dices?

—Digo que me parece perfecto. —La miré, incapaz de apartar los ojos de ella—. Y esta vez, prometo que no intentaré controlarlo todo. Me dejaré llevar.

—Esa es la actitud, Calatrava. —Sonrió, esta vez con ese toque juguetón que hacía que todo en mí se relajara.

—Pero espera —dije, de repente—, ¿yo no iba a ser el que te invitara a una cita?

—¿Quién dice que no puedes invitarme después? —respondió ella, encogiéndose de hombros —. La cuestión es que lo hagamos.

Y ahí estábamos, los dos lanzándonos a ciegas a algo que podía salir desastrosamente mal o ser el comienzo de lo mejor que nos había pasado en la vida.

Pero lo que tenía claro en ese momento es que, por primera vez en mucho tiempo, no tenía miedo de intentarlo.

35
Lara

Tías, no os lo vais a creer…

Ese fue el mensaje que había enviado a las chicas en el grupo de WhatsApp hacía ya una hora, justo cuando salí del trabajo, y no podía dejar de mirar la pantalla de mi móvil, esperando una respuesta mientras iba en el metro.

Aunque, para ser sinceras, el “no os lo vais a creer” estaba más destinado a Rocío, porque si alguien iba a flipar en colores, era ella.

Que le hubiera hecho caso la haría sentirse henchida de orgullo.

Cuando llegué, estaban en el sofá de casa, con una manta y la televisión de fondo.

Algo de Netflix, una serie que habían puesto para hacer bulto, porque realmente estaban cacareando como gallinas en un corral.

Y mi cabeza… mi cabeza estaba en otra parte. Bueno, en realidad, en una persona.

Diego Calatrava.

Dios.

Lo había dicho, ¿no?

¿Cuándo había dejado de ser dueña de mis pensamientos?

Abrí la puerta y entonces la escuché.

—¡Laraaaaaaa! —Gritó antes de siquiera verme—. ¿Qué demonios pasa que no puedo ni contestar un mensaje sin que me dé taquicardia?

La miré con una sonrisa divertida.

—Eso no se hace, nos has dejado en ascuas —apuntó Cris.

—Yo pienso lo mismo —dijo Yelena.

—Preparos…

—No me hagas esto, Lara. No me pongas ese tono de suspense, ¡habla ya!

—Voy a quedar con Diego.

Las chicas se quedaron mirándome un segundo, parpadeando como si no hubieran entendido lo que acababa de decir.

Y entonces, como si a Cris se le acabara de fundir una neurona, apagó la tele.

—¿Qué Diego? —preguntó, aunque ya sabía perfectamente la respuesta.

—Diego Calatrava —repetí, como si hubiera muchos Diegos en mi vida—. ¿Quién va a ser?

—Ah, yo siempre lo conocí como El Ogro.

—O como Señor Rígido —apuntó Rocío.

—Pero… ¿y esto? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¡Me he perdido todos los capítulos de esta serie! —Yelena se echó una mano a la cabeza, como si no pudiera procesar lo que acababa de escuchar.

Me senté a su lado, disfrutando un poquito de su confusión, para qué negarlo. Yo también estaba procesando todo, pero me divertía verla en ese estado de *shock*.

—¿Así que el beso fue en serio? —dijo, escandalizada, dando una palmada en su muslo—. ¡Madre mía, si es que yo lo sabía! Te vi la cara.

—¡De ahí ese brillo en los ojos, colega! —exclamó Cris—. Te veía distinta, pero no quise presionar. ¡Ay, madre mía!

—A ver… —me encogí de hombros, sintiendo cómo una sonrisa tonta se me escapaba—, al principio pensaba que todo había sido un lío mental mío. Ya sabes, él es mi jefe, la tensión en la oficina, lo típico. Pero cuando no hablamos de trabajo, es que parece otra persona. Todo es tan distinto...

Rocío me miraba como si estuviera viendo un capítulo nuevo de su serie favorita.

Los ojos bien abiertos, la boca en una "O" perfecta, aunque ya sabía de qué iba el tema porque había sido ella quien me había dado el consejo de proponerle a Diego vernos fuera de la oficina.

—¿Entonces vais a quedar fuera? —preguntó finalmente—. ¿Cómo? ¿Cena, copas, Netflix y helado?

—Cena, creo. —Me reí—. No hemos hecho muchos planes, pero sí, vamos a quedar fuera del trabajo, sin toda esa presión. Sin clientes, sin reuniones… y sin que tenga que fingir que soy una persona seria.

—¡Menudo bombazo! —Yelena se llevó las manos a la cabeza, dramatizando—. ¡Que vais a quedar en plan cita, Larita! ¡Tú y Don Rígido! ¡Esto es digno de portada del *Hola*!

Me eché a reír.

La verdad, la situación sí que parecía un poco surrealista.

—¡No lo llames Don Rígido, que entonces no puedo tomármelo en serio! —dije entre risas,

golpeándole suavemente en el brazo.

—¡Pero si es verdad! —exclamó ella, recuperando la compostura—. Aunque, claro, cuando uno de esos Don Rígido se convierte en un hombre de verdad... —empezó a cantar— *Yo no quiero algo extraordinario, solo un hombre de verdad* —entonó el estribillo de la canción de Shakira mientras me miraba con cara de complicidad.

¿Por qué a todas les había dado por la misma canción?

—¿Me estás cantando a Shakira?

Rocío cantó también, desentonando a propósito.

—Deja las canciones de Adele y Alex Ubago, amiga —me dijo imitando una voz dramática —, que parece que los estás invocando.

—¡Ay, por favor! —Me llevé una mano a la cara, riéndome de lo ridícula que estaba siendo —. A ver, que tampoco es para tanto... ¿O sí?

—Pues claro que sí. —Rocío dejó de cantar y me miró con esa seriedad que aparecía cuando se ponía en modo amiga sensata—. Escúchame, Larita, llevas meses quejándote de los cucarachos y de que no quieres a nadie así en tu vida. Y, por lo que me cuentas, Diego no lo es.

Suspiré, mirándola con una mezcla de resignación y diversión.

—No, no lo es —dije finalmente—. Y eso me gusta. Me gusta mucho, Roci.

Rocío me miró, asintiendo lentamente.

—Pues ahí lo tienes. —Me sonrió—. No parece un cucaracho y te hace reír. Es guapo, tiene un trabajo decente y no se ha comportado como un gilipollas… aún.

Me reí.

—No, aún no.

—Entonces, ¿a qué estás esperando? —Yelena se echó hacia adelante, mirándome con intensidad—. Vamos, Lara. Dale una oportunidad. Quedad fuera del trabajo, disfrutad, ved qué pasa. Igual sale algo bueno de todo esto. O igual no, pero al menos lo habrás intentado.

—Ya… —dije, pensativa—. Pero ¿y si todo esto es solo una fase? ¿Y si fuera del trabajo nos llevamos genial y, luego, dentro, todo vuelve a ser un caos?

—Aaaaay —rezongó Rocío—, esto ya lo hemos hablado.

—Mira, Larita, una cosa te voy a decir. —Cris me miró directamente a los ojos, como si fuera a darme un consejo súper importante—. En el trabajo, uno se pone sus armaduras, se protege. Pero fuera de él, somos más nosotros mismos. Si con Diego te sientes bien fuera, es por algo. Y además, ya te dije que los cucarachos se van a extinguir. O al menos, vamos a hacer todo lo posible por evitar su procreación.

Nos echamos a reír al mismo tiempo, como si de repente todo fuera más sencillo de lo que parecía.

—Tienes razón —admití—. Quizá estoy dándole demasiadas vueltas.

—Obviamente. —Rocío cogió su móvil y empezó a buscar algo en Instagram—. Mira, lo que tienes que hacer es dejar de pensar tanto y lanzarte. Queda con él, ve qué pasa, y si todo sale mal… pues me lo cuentas con un buen vino y comemos pizza. Pero si sale bien… pues me lo cuentas igual, ¡y celebramos a lo grande!

—Vale, trato hecho —dije, riéndome mientras me sentía más ligera—. Pero, ¿y si en el fondo yo sí quiero algo extraordinario?

Rocío levantó la mirada del móvil, sonriendo con picardía.

—Entonces solo queda una cosa: asegúrate de que él también lo sea.

Me quedé pensativa, con esa frase retumbando en mi cabeza.

Quizá lo que Diego y yo necesitábamos era salir del molde de lo habitual y ver qué pasaba fuera de la oficina.

Era el momento de lanzarse. Sin pensar tanto.

Y por una vez, me sentía preparada para saltar sin red.

36
Diego

Salí de la oficina antes de la hora por primera vez en meses.

No sabía ni por qué lo había hecho.

Bueno, claro que lo sabía: era por ella, por Lara.

Había accedido a quedar fuera de las cuatro paredes que habían sido nuestro campo de batalla durante semanas.

Y me sentía como un crío de quince años con una cita.

Ridículo, ¿no?

Diego Calatrava, el hombre controlado, planificado y siempre con una respuesta preparada, estaba... ¿nervioso?

Sí, nervioso.

Me ajusté la chaqueta mientras esperaba frente a la Puerta de Alcalá, ese clásico punto de referencia de Madrid.

Ella me había dicho antes de salir de la oficina para ir a su casa a cambiarse de ropa: *Hoy no somos jefe y ayudante. Hoy solo somos dos personas en la ciudad*.

Y por alguna razón, esa frase me había resonado en el fondo del pecho.

Me hacía falta recordar que fuera de la oficina había vida.

Y ahora esa vida tenía los ojos de Lara.

Al cabo de unos minutos, la vi acercarse.

Y no, no había nada de “ayudante" en ella. Nada.

Era solo... Lara.

Su pelo suelto, con esos mechones rubios que el viento de diciembre agitaba como si fuera parte de algún anuncio de champú.

Llevaba un abrigo camel que le quedaba espectacular, y unos botines negros que sonaban con cada paso sobre el adoquinado.

Cuando llegó a mi lado, me sonrió.

—¿Llegas puntual? —preguntó, mirándome de arriba abajo con una ceja levantada—. Pensé que el mundo corporativo no sabía qué era eso de salir a la hora.

Sonreí, relajando los hombros. Estaba claro que aquel día las formalidades se quedaban en la oficina.

—Bueno, cuando la ocasión lo merece... —respondí, inclinándome un poco hacia ella, acercándome lo justo para verla ruborizarse levemente.

Vale, puede que no fuera un adolescente, pero ese ligero cambio en su piel me hizo sentir algo cerca de eso.

—¿Y cuál es el plan, señor jefe? —dijo, con las manos en los bolsillos del abrigo.

Siempre directa.

Siempre... ¿atrevida?

Me gustaba eso de ella.

Demasiado, quizá.

—Pues había pensado que podíamos hacer una ruta diferente. Nada de cenas elegantes. Hoy nos toca algo más... madrileño.

Lara soltó una risa ligera, el sonido perfecto para una tarde de diciembre.

¿Desde cuándo pensaba en sonidos perfectos?

Maldita sea, me estaba ablandando.

—¿Qué tal si empezamos con algo de arte? —pregunté, esperando su reacción—. Siempre hay alguna exposición en el Círculo de Bellas Artes.

—¿Arte? —me miró con sorpresa—. No te tenía por un hombre de museos.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —le respondí, algo críptico.

Ella me miró unos segundos más, evaluándome, como siempre.

Y luego asintió.

—Vale, suena interesante. Vamos, sorpréndeme.

El Círculo de Bellas Artes no estaba lejos. Caminamos por la Gran Vía, hablando de cosas banales, el tráfico, la gente, la última obra en el Teatro Lope de Vega.

Pero cada paso que dábamos me hacía sentir que estábamos alejándonos más y más de lo que solíamos ser en la oficina.

Nos sentíamos más... naturales.

YO me sentía más natural, y eso en mí era un paso muy grande, sin sonrisas impostadas para clientes exigentes.

Al llegar, la exposición trataba sobre arte urbano en Madrid.

Graffiti, carteles, instalaciones interactivas.

Vi a Lara moverse entre las obras con curiosidad. Sus ojos brillaban de una forma que no había notado en el despacho, como si algo la encendiera.

Y mientras la observaba, caminando despreocupada entre las salas, me di cuenta de lo que realmente me atraía de ella: esa capacidad para hacer que lo cotidiano pareciera especial.

Nos quedamos en silencio frente a una de las instalaciones, una que proyectaba imágenes de la ciudad en distintos momentos del día, pero con un filtro de neón.

Lara se giró hacia mí, sus labios apenas curvados en una sonrisa.

—Así es como veo Madrid, ¿sabes? —dijo de repente—. Siempre vibrante, siempre cambiando. Como si tuviera mil caras, y tú nunca pudieras conocerlas todas.

—Como tú, ¿no? —murmuré, sin pensarlo demasiado. Era verdad. Lara tenía esa forma de ser que siempre parecía revelarte algo nuevo.

Y mientras lo decía, ella solo me miró, esa mirada que dejaba claro que no me iba a soltar tan fácilmente.

—Te estás volviendo cursi, Diego. —Su tono era burlón, pero había algo en sus ojos que desmentía las palabras.

Caminamos un rato más, hasta que salimos del Círculo, y la noche ya había caído sobre Madrid.

La ciudad estaba viva, con luces parpadeantes y la gente moviéndose de un lado a otro.

—¿Te apetece cenar? —me preguntó.

—¿Tienes hambre?

—Mucha, además conozco un sitio al que me llevó mi amiga Rocío que es una pasada.

Sonreí.

—De acuerdo, eres mi guía a partir de ahora.

—Perfecto. —Aplaudió con sus pequeñas manitas y emprendimos el camino hasta el lugar.

No tenía demasiada hambre, sentía más bien el estómago cerrado, pero algo en su expresión me decía que si decía que no, lo lamentaría.

No tenía escapatoria.

Y la verdad, tampoco quería escapar.

Un rato más tarde, nos encontramos frente a un típico bar de tapas en La Latina.

La fachada de madera y hierro era de lo más común, con luces cálidas que invitaban a entrar y una decoración castiza de mesas altas y suelos de mosaico desgastado.

Miré a Lara cuando sujeté la puerta para que entrara, envuelta en aquel abrigo que apenas la protegía del frío madrileño; tenía algo en la sonrisa, en cómo inclinaba un poco la cabeza mientras caminaba hacia mí, que hacía que el corazón me latiera un poco más rápido de lo habitual.

—¿Te da buenas sensaciones el sitio? Un poco improvisado, pero prometo que las croquetas aquí son famosas por algo —bromeó, colándose en el interior del local.

Dentro, el aire era denso.

Olía a pimientos asados, jamón ibérico, y algo más que identifiqué como ajo sofrito.

Era un lugar de mesas compartidas, taburetes y servilletas arrugadas sobre las mesas.

Nos acomodamos en una esquina, y Lara se quitó el abrigo, mirándome.

—Lara Ruiz, una chica de gustos sencillos. No sé si estoy sorprendido o encantado —dije con una sonrisa divertida.

—Bueno, a veces el encanto está en lo sencillo, ¿no crees? —respondió ella mientras hojeábamos la carta.

Pedimos una selección clásica: croquetas de jamón, pimientos de padrón, tortilla de patata con cebolla (aunque no estaba seguro si ella era del equipo “con cebolla” o no), calamares y una ración de jamón ibérico que vino acompañado de pan con tomate.

Añadimos una copa de vino tinto, una elección que hizo ella con el entusiasmo de alguien que sabe exactamente lo que le apetece.

—Si pudieras elegir un plato para cenar toda la vida, uno solo, ¿cuál sería? —pregunté cuando empezaron a servirnos los platos.

Lara se rio, mordiendo una croqueta con una sonrisa traviesa.

—No puedes lanzarme preguntas así, sin avisar. Pero vale, diría que una tortilla de patatas bien hecha. ¿Y tú?

—Difícil. Pero creo que un buen *risotto*. Mi abuela lo hacía como nadie. Siempre me acuerdo de ella cada vez que como risotto en algún sitio, aunque ninguno le hace justicia.

—Suena… acogedor. —Parecía pensativa, como si estuviera imaginando la escena—. Yo me crié en un pueblo pequeño, y allí los sabores eran distintos. A veces echo de menos eso, aunque Madrid también tiene su encanto.

—¿Y qué te trae a Madrid? —pregunté, intentando conocer más de esa Lara que no era solo la compañera de trabajo.

—Libertad. Creo que, en mi caso, más que elegir a Madrid, Madrid me eligió a mí. Aquí todo es posible, y cuando llegué, fue como entrar en un sueño —se encogió de hombros, con un brillo en los ojos—. Mis primeros años fueron duros, pero algo en mí necesitaba este lugar.

—Es curioso. Yo también vine buscando algo, aunque no lo supe hasta después de varios años. Mi padre extendió la constructora aquí, en la ciudad. Así que llegué para trabajar, para hacer carrera, pero con el tiempo me di cuenta de que este lugar te reta a encontrarte. O te

adaptas o te vas.

La miré mientras hablaba y noté que Lara escuchaba con una atención especial, como si cada palabra que decía la ayudara a entender algo que estaba en el aire.

Parecía estar disfrutando de la noche, como si todos los temas y conversaciones fueran, de algún modo, necesarios.

—Cuando era pequeño, siempre soñaba con algo grande —continué—. No sabía qué quería, solo sabía que me gustaba construir cosas. En casa siempre me decían que había nacido para grandes cosas, pero, a veces, eso pesa.

Lara dejó el tenedor sobre la mesa y me miró con esa intensidad que me ponía nervioso, pero también me hacía sentirme en casa.

—A veces también siento ese peso —dijo suavemente—. Como si en algún momento, todas las decisiones que he tomado fueran a derrumbarse. Pero no pasa, y seguimos adelante, ¿no?

—Exacto. Es como si el miedo a fracasar fuera una carga que llevamos en silencio. —Le sonreí, intentando no mostrar cuánto me conmovía su vulnerabilidad.

—Y aun así, aquí estamos. Entre croquetas y tortilla, salvándonos del abismo.

Su comentario me hizo reír. Había algo reconfortante en la sencillez de la noche, como si la distancia que existía en la oficina se desvaneciera en el aire del bar.

De repente, todos los límites que habíamos mantenido entre nosotros parecían haberse desdibujado.

—Nunca pensé que diría esto, pero me alegra que esta cena no sea sobre planos o reuniones —murmuré, mientras levantaba la copa hacia ella.

—Por una noche libre de la oficina y de Diego, el jefe —dijo con una sonrisa burlona, chocando su copa con la mía.

Brindamos y nos quedamos en silencio un momento, disfrutando de la conexión que, aunque nueva, sentía como si hubiera estado ahí siempre. Había en ella algo cálido, algo que me hacía desear conocer cada rincón de su vida y al mismo tiempo me aterraba perderme en sus historias.

En ese instante, me di cuenta de que esta no era una cena cualquiera; era una puerta abierta a algo que no quería cerrar.

Mientras nos servían un postre compartido —tarta de queso con arándanos, su elección—, pensé en lo extraño que era sentirme tan cómodo con alguien, tan en paz.

Había algo en la forma en la que Lara estaba compartiendo sus recuerdos y risas conmigo que hacía que, por primera vez, me sintiera exactamente donde debía estar.

Después dimos un paseo hasta su casa, tras ofrecerme a acompañarla.

—No ha estado mal para un tipo de oficina, ¿eh? —le dije, aún sintiendo la adrenalina correr por mis venas.

Acabábamos de llegar a su portería y nos quedamos cara a cara. Cerca.

Lara se acercó un poco más, mirándome directamente a los ojos. Y ahí estaba ese brillo otra vez, ese que me hacía preguntarme si alguna vez había entendido algo de ella.

—Te dije que no volvieras a besarme, ¿recuerdas? —murmuró, con una media sonrisa.

Me acerqué aún más, hasta que sentí su respiración cerca de la mía.

—Fuera del trabajo no hay reglas —le respondí, mi voz apenas un susurro.

Ella soltó una risa baja, y antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada más, nuestros labios se encontraron.

Esta vez no había prisas, ni rabia, ni confusión. Solo éramos nosotros dos, en una ciudad que de repente se sentía nuestra.

Nos separamos un poco, lo justo para respirar, y me quedé mirándola.

—Tú —dije, tocándole suavemente la mejilla— eres una de esas caras de Madrid que nunca terminas de conocer. Y quiero seguir descubriéndote.

Ella me sonrió, pero esta vez no dijo nada.

No hacía falta.

La noche continuaba, y nosotros también lo haríamos.

37
Lara

—¡Venga, dormilona! ¡Arriba! ¡Esto no es un hotel! —gritó Rocío, acompañando sus palabras con una ronda de palmas que resonaron como un maldito despertador gigante en mi cerebro.

No llegué muy tarde anoche, pero sí terminé durmiendo a las tantas pensando en todo lo que había pasado entre Diego y yo aquella noche.

Y escribiendo en el blog.

Suerte que era sábado por la mañana y no tenía que madrugar para ir a la oficina.

Gruñí, girándome en la cama para enterrar la cabeza bajo la almohada. Pero claro, cuando Rocío decidía que el mundo debía despertar, nadie estaba a salvo.

Ni siquiera yo.

—¡Rocío, por el amor de Dios, déjame en paz! —murmuré con la voz amortiguada por las sábanas.

—Ni de coña. —Y sin previo aviso, sentí un tirón fuerte en las sábanas. Me las arrancó de un solo movimiento, dejándome expuesta al frío—. ¡Tengo chocolate blanco y ganas de cotillear! Ayer no me dijiste NADA y yo, querida mía, NECESITO saberlo todo o me va a explotar el útero de pura ansiedad. Ten piedad de mí, estoy embarazada.

Me incorporé en la cama, parpadeando como un topo recién salido de su madriguera, haciéndome la víctima por su tan abrupto despertar.

Me froté los ojitos, a medio camino entre el desconcierto y la somnolencia.

Rocío rodó los ojos, siempre dramática. Después se dejó caer a mi lado en la cama, sacando de su bolsillo una chocolatina.

¿A las…? ¿Qué hora era?

¡Las ocho de la mañana!

¿No se suponía que las embarazadas dormían mucho?

Las ocho…

¿Quién se zampa media tableta de chocolate a esas horas?

Solo ella.

—Vale —dije al fin—, ¿qué quieres saber exactamente?

Rocío me miró como si acabara de preguntarle si el agua mojaba.

—¡Todo! ¿Cómo que qué quiero saber? ¿Y Diego? ¿Y tú? ¿Qué narices pasó? ¡Me has dejado colgada como si yo no tuviera los niveles hormonales por las nubes!

Solté un suspiro largo, de esos que salen desde el fondo de los pulmones, porque sabía que esta conversación no iba a ser fácil ni rápida.

—Pues… —me quedé pensando, intentando armar la historia en mi cabeza, pero Rocío ya estaba comiendo como una condenada, haciendo que la historia no pudiera fluir—. ¡Por favor, Rocío! Deja de masticar tan fuerte, que pareces un castor.

Ella soltó una risita y dejó el chocolate a un lado. Por ahora.

—Venga, habla ya o juro que me comeré esta cama de lo desesperada que estoy. —Me miraba expectante, con una sonrisa pícara en el rostro. Claro, para ella todo esto era una novela romántica de esas que terminas con maripositas.

Para mí… era un lío monumental.

—Vale, te cuento. —Tomé aire, lista para soltarlo todo—. El caso es que... ayer me lo pasé bien con Diego. O sea, después de la tensión y todo eso en la oficina, fue raro verle en ese modo más relajado. Nos reímos, cenamos y…

Rocío me interrumpió.

—¡Diego calmado! ¡Dios, dime que hay vídeo de eso, por favor! —gritó, llevándose una mano al corazón como si la idea de ver a Diego zen fuera un milagro.

—No, no hay vídeo, pero deberías haberlo visto. Y yo… no sé. Hubo un momento, Rocío, en que fue fácil. Como si no fuera el jefe borde que me ordena como un robot. Cenamos, hablamos de todo, y luego… bueno, luego el beso.

Rocío dejó de jugar entre los dedos con el papelito que protegía la chocolatina, señal de que estaba prestando atención de verdad.

—¿Y cómo fue? Cuéntame todo.

—No fue como el primero, que nos pilló a los dos en medio de una discusión. Este fue... —me quedé pensativa—. Fue como si… ¿te acuerdas lo que siempre te digo sobre las reglas?

—Claro —dijo Rocío, levantando una ceja—. Que están para romperse, ¿no?

—Exacto. Pues eso hice. Rompí mis propias reglas. Y el beso fue… bueno, joder, fue increíble. Me dejó descolocada. Pero al mismo tiempo, me da miedo que todo se complique aún más.

Rocío me miró, esta vez con una expresión más seria. No se le escapaba nada.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

Me encogí de hombros, completamente perdida.

—No tengo ni idea, Ro. Porque esto no es solo lo que siento, ¿sabes? También está la línea erótica, el trabajo, la presión… Y no sé si todo esto tiene sentido. O sea, Diego es mi jefe, y al mismo tiempo, es alguien que me hace sentir cosas que no había sentido en mucho tiempo. Pero no puedo olvidarme de todo lo demás.

Rocío me miró de reojo, mientras volvía a meterse una oncita de chocolate en la boca, pero esta vez lo hizo lentamente, como si masticar fuera su manera de reflexionar.

—¿Y la línea? ¿Qué piensas hacer con eso?

Suspiré.

Ahí estaba la pregunta del millón.

Desde que las cosas con Diego habían empezado a cambiar, también había empezado a cuestionarme muchas otras, incluyendo mi vida secreta como operadora de la línea erótica.

A veces, sentía que esa versión de mí era incompatible con lo que estaba empezando a pasar con Diego.

—No lo sé. —Era lo único que podía decir en ese momento, porque, de verdad, no tenía ni idea—. La línea me ha dado libertad, me ha permitido conocerme mejor, pero... no sé si Diego podría entenderlo. No sé si yo misma lo entiendo ya.

Rocío se quedó en silencio un momento, y luego soltó una pequeña carcajada.

—Tía, qué drama. Pareces la protagonista de una telenovela. Pero, ahora en serio. ¿Tú crees que él merece que dejes algo que es importante para ti?

La pregunta me golpeó de lleno.

Era cierto, ¿por qué tenía que ser yo la que cambiara?

Y, sin embargo, algo dentro de mí me decía que si esto con Diego iba en serio, algo tenía que cambiar.

Tal vez no la línea, pero sí la forma en que estaba manejando mi vida.

—No lo sé, Ro. —Me pasé una mano por el pelo, sintiendo el caos mental crecer de nuevo —. Supongo que tendré que hablar con él, ser honesta sobre todo esto.

—Y sobre lo que sientes —añadió ella, con una mirada significativa.

—Eso también.

Rocío se levantó, poniéndose las manos en las caderas como una superheroína embarazada y lista para darme la charla definitiva.

—Lara, hagas lo que hagas, solo asegúrate de que lo haces por ti. Porque si no, al final te vas a arrepentir. Diego puede ser el hombre de tu vida, o solo un capítulo interesante, pero tú eres la protagonista, y nadie te va a quitar eso.

La miré, conmovida por sus palabras y su intuición tan certera.

Incluso con su bombo creciendo y sus antojos, Rocío siempre sabía decir lo correcto.

—Te quiero, tía. —Le sonreí.

—Yo también te quiero, dramática. Ahora, ¿me ayudas a hacer el desayuno? Esto de la sabiduría emocional me ha dado hambre otra vez.

38
Lara

Dos semanas.

Catorce días.

No parece mucho, ¿no?

Pero, lo cierto, es que cuando pienso en todo lo que estaba pasando en mi vida con Diego, me doy cuenta de que era como si hubiéramos vivido meses condensados en estos días.

Desde aquella noche en la que me prometí dejarme llevar por la complicidad que sentía con él… Bueno, parecía que el universo, o lo que sea que esté ahí arriba, me ofreció aquellos planes que tanto había deseado.

Planes que involucraban más sonrisas, más roces de manos, y más besos que me dejaban con la cabeza girando como una peonza.

Después de aquella primera cita fuera de la oficina, las cosas con Diego cambiaron, y no solo en el trabajo.

Lo más sorprendente de todo es que, fuera de su papel de jefe exigente, controlador y, en ocasiones, estresante, Diego era... un encanto.

Vale, seguía siendo algo metódico y tenía una necesidad absurda de organizar todo, pero había algo en su vulnerabilidad que me enganchaba.

De pronto, empezamos a hacer planes juntos que no tenían nada que ver con planos, clientes y pisos.

Planes que me hacían descubrir una faceta de Diego que jamás había imaginado.

Un martes después del trabajo, me llevó a uno de sus lugares favoritos de Madrid: el Parque del Retiro, justo a la hora del atardecer.

Fuimos en bici.

Yo, por supuesto, me quejé como si fuera a morir a los cinco minutos de pedalear.

Él, siempre pragmático, con esa sonrisa de superioridad que me daba rabia y me gustaba a partes iguales, me esperó cada vez que me quedaba atrás.

Llegamos al lago, compramos *snacks* y nos sentamos en el césped.

Me habló de su infancia, de su pasión por el diseño, de cómo su madre siempre le repetía que tenía un don para la arquitectura. Era la primera vez que veía a Diego con los ojos brillando de una manera que no tenía nada que ver con los planos ni las reuniones.

Otra tarde, me sorprendió llevándome al Mercado de San Miguel. Me encantaba ese lugar: la mezcla de olores, la gente, los puestos con comida.

Lo que no sabía era que Diego cocinaba de maravilla.

Nos llevamos un par de tapas de cada sitio y me habló de cómo había aprendido a cocinar solo para evitar las cenas frías del microondas durante la universidad.

De verdad, ese hombre tenía más capas que una cebolla. Y yo, poco a poco, estaba disfrutando de descubrir cada una de ellas.

Tuvimos pequeños momentos compartidos, cafés entre risas, mensajes sarcásticos durante las reuniones, paseos al salir de la oficina, y citas que yo no estaba segura de que contaran como

tales. Pero con cada uno de esos momentos, sentía que algo cambiaba entre nosotros.

Un día me dejó un croissant en mi mesa con una notita que decía: *por si se te olvida desayunar.*

De verdad… ¿Cómo no se me iba a derretir la figa? Sería de hielo si no. ¿No?

Era mono, la verdad.

Otro día me dijo que le gustaba mi perfume, ese que llevaba usando desde hacía años.

Y luego, sin quererlo, acabamos en la terraza de un bar, soltando vaho de nuestras bocas, hablando hasta que se hizo de noche, sin mirar el reloj ni preocuparnos por nada más.

Me sorprendió lo mucho que estaba empezando a conocer a Diego.

Y me sorprendió lo que estaba descubriendo de él.

Para alguien que parecía tan cerrado en un principio, en realidad tenía un sentido del humor casi… tierno.

Al igual que una capacidad para soltar comentarios secos que, si no lo conociera, me dejarían helada. Pero ahora, cuando lo hacía, solo me reía.

Y sabía que él también lo disfrutaba. Se le notaba en cómo levantaba una ceja y esperaba mi respuesta sarcástica.

Lo que no me esperé, entre todos esos momentos, era empezar a sentir algo tan fuerte por él.

Porque sí, he de admitirlo: creía que me estaba enamorando de Diego Calatrava.

Y, justo cuando pensaba que las sorpresas en mi vida se estaban limitando a conocer cada rincón de la personalidad de mi *jefenovio* o lo que fuera, llegó la llamada.

Esa llamada que me dejó congelada en medio del salón de casa.

Estaba tirada en el sofá, pensando si debería escribir en el blog sobre cómo todo esto de Diego me tenía más confundida que una peli de David Lynch, cuando el teléfono sonó.

Mi teléfono personal, quiero decir.

Número desconocido. Siempre son spam o encuestas, ¿verdad? Así que rodé los ojos hacia arriba, descolgando la llamada, porque sarna con gusto no pica.

—¿Lara...? ¿Lara Ruiz? —dijo una voz masculina y muy profesional al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo —contesté, segura de que era un vendedor de seguros.

—Te llamo de la editorial Estrella de Papel. Hemos estado siguiendo tu blog y queremos proponerte algo.

Mi corazón dio un vuelco.

¿Qué?

—¿Perdón? —dije, como si me hubieran hablado en otro idioma o alguien imbécil me estuviera gastando una broma.

—Nos encantaría que publicaras un libro con nosotros, basado en tus relatos. Creemos que tienes una voz única, y nos gustaría llevar tu trabajo al siguiente nivel. Hemos pensado en una primera edición de dos mil copias, y te adelantaremos una suma para que empieces a trabajar en ello de inmediato. ¿Qué te parece?

¿Que qué me parecía?

Me parecía que iba a desmayarme.

¿Un libro? ¿Mi blog convertido en un libro?

Empecé a caminar por el salón, intentando asimilarlo.

—¿Estás... estás diciendo que queréis publicar un libro mío? —pregunté, sintiendo que mi cerebro aún no procesaba.

—Exactamente. Y creemos que puede tener mucho tirón. Te enviaremos el contrato en

cuanto nos des luz verde. El adelanto es de quince mil euros.

En ese momento sí pensé que me caería al suelo redonda.

Quince mil euros.

Dios, ya ni oía lo que me estaba diciendo.

Solo sabía que estaba pasando.

Me iban a pagar.

Iba a tener mi propio libro.

—Claro, sí, por supuesto —respondí, intentando no parecer una histérica. O peor, una desesperada.

En cuanto colgué, me dejé caer sobre el sofá, mirando el móvil como si fuera un talismán mágico.

¿Qué?

¿Acababa de pasar aquello?

¡Acababa de pasar aquello!

Me encontraba aún en *shock* cuando Rocío llegó. Había ido a una ecografía, la había acompañado Yelena, yo me había quedado al cargo de la línea erótica, aunque en ese momento no podía pensar en pollas de señores, y Cris estaba…

¡Firmando el contrato para su local de tatuajes!

¡Madre mía!

Ahora te cuento todo, déjame seguir con esto.

—¿Qué haces ahí tirada? —preguntó, entrando con una bolsa gigante de nueces y empezando a abrirla sin más, como si eso fuera lo más normal del mundo.

—Rocío, ¿quieres saber algo que te va a explotar la cabeza? —le dije, aún procesando lo que había pasado.

—¿Más que la revelación de que mi hijo probablemente nazca amando los frutos secos? O peor, alérgico a ellos —dijo, con la boca llena y tirándose al sofá a mi lado.

—Mucho más.

Le conté.

Le conté todo.

El libro, el adelanto, la editorial.

Rocío soltó un gritito y casi se le cae la bolsa de nueces de la emoción.

—¡Dios mío, Lara! ¡Eres una estrella de las letras! —me dijo, agitando las manos—. Bueno, más estrella de lo que ya eras.

Me reí, pero estaba nerviosa.

Por un lado, estaba flipando por la noticia.

Y por otro… estaba Diego y mi vida laboral.

¿Qué iba a pasar ahora con la línea erótica?

Y, más importante, con nosotros.

Rocío lo notó, claro, me conocía mejor que nadie.

—Vale, ¿qué te preocupa? —preguntó, dejando la bolsa de nueces a un lado.

—Es Diego —confesé, sin rodeos—. Todo lo que está pasando con él, el blog, el libro... No sé si seguir con la línea erótica es lo mejor, pero tampoco quiero dejarla, porque aún no sé qué somos. No sé qué va a pasar.

Rocío me miró como solo ella sabía hacer: con esa mezcla de apoyo incondicional y sabiduría de amiga de toda la vida.

—Mira, te voy a decir algo —empezó, poniendo una mano en mi pierna—. Sea lo que sea que tengas con Diego, sea lo que sea lo que decidas, hazlo porque te hace feliz. No porque creas que deberías hacer algo. La felicidad nunca sale de los debería. Y sobre lo de la línea erótica... cariño, tienes un libro en camino. ¡Eso ya es increíble! Lo demás ya lo decidirás con calma.

Y ahí estaba mi amiga Rocío, la futura madre más sabia del universo.

Suspiré y le sonreí, sabiendo que tenía razón. Tal vez, todo lo que necesitaba era tomarlo un paso a la vez.

Y, por primera vez en mucho tiempo, el futuro no me asustaba tanto como me emocionaba.

—Supongo que tienes razón. Primero una cosa, y después la siguiente —dije.

—Eso es. Paso número uno: decir que sí a la editorial.

—Hecho.

—Genial. Paso número dos: dejar la línea erótica —dictó ella.

—Eh… sí.

—¿Cómo que eh… sí? Se supone que esto es un trabajo de transición. Un vagón de tren, no el tren entero.

—¿Y qué pasa con Dr. Oetker? —pregunté yo.

—¿Me estás vacilando? ¡Hace semanas que no me cuentas nada de él! ¡No ha vuelto a llamar!

Hice un mohín, luego puse morritos.

Era cierto, era totalmente cierto.

No había vuelto a saber nada de él… ¿qué estaría haciendo?

—No entiendo por qué te preocupas ahora por esa persona, que ni siquiera sabes quién demonios es.

—Cierto.

—Además, si no dejas la línea, creo que deberías decirle a Diego que trabajas en ella.

—También es cierto.

—¿Y quieres eso?

¿Quería eso? ¿Qué pasaría si Diego se enteraba? ¿Me dejaría?

Bueno… si es que había algo que dejar… porque la verdad es que ni siquiera sabía qué era lo que había entre nosotros.

Complicidad, besos, nada de sexo por el momento, porque habíamos considerado ir despacio…

Y amor.

De eso yo tenía bastante para darle.

Para bien o para mal.

—Mmm no lo sé.

—Mira, creo que deberías centrarte en el libro. No puedes trabajar en tres cosas diferentes. Tu etapa en la línea erótica está casi finiquitada.

—Es posible.

—Pero entonces, si le cuento a Diego lo del libro y lo lee, va a descubrir que trabajé en la línea.

—Cariño, ¿no sabes lo que es la escritura de ficción? —dijo Rocío moviendo las pestañas.

—*Touché* —murmuré.

Y lo dije de verdad.

Si dejaba la línea a tiempo, antes de que lo mío con Diego se convirtiera en una relación en

ciernes, no tenía porqué enterarse.

Y ese disgusto que me ahorraba, ¿no?

—Pues eso. Ahora vístete, nos vamos a la inauguración del local de Cris. A ver si me hace un tatuaje en el chichi.

Me reí ante aquella ocurrencia, aunque de Rocío me lo esperaba todo.

Con la cabeza más libre de dudas, nos dispusimos a ponernos guapas para el gran día de Cris.

39
Lara

Entre unas cosas y otras, parecía como si alguien hubiera acelerado los días hasta llegar a ese momento: la inauguración del local de tatuajes de Cris.

Desde el cartel retroiluminado hasta el mural de líneas abstractas que decoraba la pared principal, cada detalle del local reflejaba a Cris: atrevido, auténtico, y lleno de esa vibra punk que tanto la definía.

El Paraíso en Tinta era el nombre, en letras gruesas y oscuras, que nos sonreía desde el letrero colgante.

Perfecto. Era verdaderamente perfecto.

Llegamos temprano para ayudar con los últimos detalles, aunque, como era de esperar, Cris ya tenía todo bajo control.

Rocío, con su barriga ya más redonda, Yelena y yo fuimos de las primeras en llegar, cargadas de entusiasmo y alguna que otra botella de prosecco para el brindis.

Yelena se había hecho cargo de traer unas luces colgantes y una pancarta que, para sorpresa de todos, ponía: *La tinta se lleva en la piel, y el corazón siempre listo para arriesgar.*

Cris la miró, haciendo un puchero para disimular la emoción que le brotaba en los ojos.

—¿Y esto qué es?

—Hay que empezar a lo grande, Cris. Esta pancarta quedará aquí hasta que el sol se apague, ¿me oyes? —respondió Yelena.

En el local, la música rock alternativo ya estaba sonando y dándole vida al lugar cuando empezaron a llegar los primeros invitados: amigos de Cris, conocidos del mundillo y algunos clientes que no podían perderse la inauguración.

Las paredes estaban llenas de sus diseños; cada uno tenía un cartelito explicando la historia detrás de los tatuajes que había hecho a lo largo de los años, desde símbolos discretos hasta complejas piezas de cuerpos enteros.

Verdaderamente, se había convertido en un rincón lleno de historia y pasión.

Cris, que siempre tenía ese aire de rebeldía tranquila, parecía una versión más radiante de sí misma: iba de aquí para allá, con su eterno lápiz delineador de ojos perfectamente intacto y una camiseta negra con la frase “Todo lo que duele vale la pena” estampada en letras gruesas.

Sonreía cada vez que alguien nuevo entraba, aunque disimulaba su emoción con bromas y abrazos a sus amigos.

Rocío no se separaba de ella; tenía la mirada llena de orgullo, como si estuviera viendo cómo una hermana pequeña cumplía su sueño más grande.

Cuando ya estábamos todos, Cris subió a un pequeño taburete junto a la máquina de tatuajes y pidió silencio.

—¡Quiero un brindis! —gritó, con un vaso de prosecco en alto, y todos respondimos con vítores. Nos giramos hacia ella, expectantes, con las copas levantadas.

Para ella, este lugar era mucho más que un estudio de tatuajes; era su primer gran sueño hecho realidad.

Nos había invitado a todas, advirtiéndonos que no aceptaba excusas para no estar en primera fila.

Entre todas, brindamos en el centro del local, rodeadas de sus bocetos y de las primeras historias que empezarían a contarse en aquel lugar.

—Bueno, por favor, a ver si alguien suelta alguna lagrimita —dijo Cris, y el vino ya empezaba a relajar las sonrisas.

—¿Llorar? ¡Si yo he venido para tatuarme! —exclamó Rocío, que ya estaba sentada en una de las sillas de tatuaje.

Cris alzó las cejas, incrédula.

—¿Y tú desde cuándo eres tan atrevida? —le preguntó, divertida.

Rocío sonrió con una pizca de vergüenza, mientras miraba a Yelena y a mí como buscando apoyo.

—Venga, Rocío, no te rajes ahora. Es un pequeño símbolo para recordarte esta noche… y este caos en el que estamos todas juntas —dije, animándola.

En ese momento, Cris se giró hacia mí, sonriendo de lado.

—¿Y tú, Lara? ¿Qué tatuaje quieres que te haga?

—Algo pequeño, algo que me recuerde que la vida es cambio. Algo que no se borre y me recuerde que estoy viva —le dije, con una sonrisa.

Cris asintió y nos miró a todas.

De repente, levantó una ceja con una idea clara en la cabeza.

—¿Y si nos hacemos algo juntas? Algo que todas podamos mirar y saber que no importa dónde estemos, porque este día y esta amistad estarán con nosotras.

El silencio se hizo unos segundos y luego Rocío y Yelena asintieron con una emoción contenida.

Cris sacó un cuaderno de bocetos y empezó a hacer algunos trazos en silencio.

Al cabo de unos minutos, levantó el cuaderno y nos enseñó un pequeño dibujo: era una estrellita de cinco puntas, simple pero con un toque que la hacía única, como si fuera un guiño en la piel.

—Es perfecta —dijo Yelena, mientras todas asentíamos, entusiasmadas.

Una a una, Cris nos fue tatuando la pequeña estrella.

Yo fui la primera, y sentí nervios y emoción mientras la aguja hacía su trabajo.

Rocío estaba al lado, mirándome con ojos muy abiertos.

—¡Ay, madre! ¿Eso duele mucho? —preguntó Rocío, apretando la mano de Yelena.

—Tranquila, es solo un cosquilleo. Bueno, un cosquilleo intenso —respondí, intentando hacerla reír.

Cuando Cris terminó, miré la estrellita en mi muñeca. Era pequeña y sencilla, pero sentí que tenía un significado enorme. Era una especie de promesa de que, aunque cada una siguiera su propio camino, siempre estaríamos conectadas.

Después de mí, fue el turno de Yelena y luego de Rocío, que intentó hacerse la valiente pero no paraba de preguntar si faltaba mucho.

—Rocío, eres más resistente de lo que piensas. ¿Quién lo diría? —bromeó Cris mientras acababa de tatuarla.

—Sí, bueno, si lo llego a saber, me tatúo una mariposa enorme en la espalda —respondió

Rocío, soltando una carcajada nerviosa cuando por fin se vio la estrellita.

Al final, nos miramos las muñecas, cada una con su pequeña estrella, y brindamos en un círculo improvisado en medio del local.

—Por nosotras —dijo Cris, y todas levantamos las copas.

—Por las que nunca se rajan, ni siquiera cuando el mundo les da razones de sobra para hacerlo —añadió Yelena.

La noche avanzó con risas y confesiones, como siempre pasaba cuando estábamos juntas.

Cuando la fiesta se calmó, Cris nos abrazó, una a una.

—Gracias por estar aquí. De verdad, este sitio no sería nada sin vosotras —nos dijo, con los ojos brillantes.

—Cris, esto es solo el comienzo. Vas a ver cómo El Paraíso en Tinta se convierte en el mejor lugar de Malasaña —le respondí, mientras Rocío asentía emocionada.

Cuando por fin nos despedimos, con nuestras pequeñas estrellas brillando en la muñeca y un brindis final, supe que aquella noche iba a quedarse grabada en mi memoria.

Observé a mis amigas, cada una en su lugar, cumpliendo sus sueños y ocupando su sitio en el mundo.

Ni había emprendido su camino hacia Japón, explorando su propia historia en el otro lado del planeta.

Yelena estaba fortalecida en su relación y se la veía radiante.

Rocío, después de tanta espera, estaba a punto de cumplir su mayor sueño y convertirse en madre.

Cris, con el local abierto y el brillo en los ojos de quien se sabe en el camino correcto.

Por mi parte, a veces tenía que pellizcarme para comprobar que también era real lo que me estaba sucediendo.

Iba a publicar un libro, algo que jamás imaginé posible.

Con Diego, empezaba a conocer el significado de estar en pareja de un modo que desafiaba todo lo que había entendido sobre el amor.

Entre la línea erótica, el libro, los encuentros con él, y un trabajo en el que, aunque fuera increíble, por fin me sentía cómoda, el caos se había vuelto mi estado natural.

Pasé de pensar que la vida se me escurría en silencio, sin emociones fuertes que me sacudieran o ubicaran en el mundo, a sentir que los días no me alcanzaban para abarcarlo todo.

Pero en medio de aquella tormenta de logros y sueños cumplidos, había algo claro: si quería sostener aquello que realmente me importaba, debía tomar decisiones.

Dejaría el trabajo en la línea y todo lo demás que ya no me llenara, pero, ¿cómo encontraba el valor para hacerlo?

¿Cómo me convencía de que, en vez de menos, aquello significaría más?

40
Diego

Tras unas semanas más de trabajo intensivo, la lucha contra mis instintos en cuanto a Lara, a los que ya me había rendido después de unas cuantas citas, y un intento poco fructífero de tratar de cambiar mi cabeza, la fiesta se celebraba en un local exclusivo en la zona de Chamberí.

Uno de esos sitios modernos donde las paredes están decoradas con luces de neón y los cócteles llevan nombres tan extravagantes como sus precios.

Era un lugar donde yo normalmente me sentiría incómodo, porque detestaba las multitudes, el bullicio y las risas estruendosas que parecen devorarte cuando lo único que quieres es un respiro.

Pero esa noche... no, porque Lara estaba cerca.

El trato con el cliente de Ortega y Gasset había salido a la perfección.

Meses de estrés, de reuniones interminables y noches sin dormir habían culminado en un éxito rotundo.

Y estábamos ahí para celebrarlo.

Todos lo sabían.

Yo lo sabía.

La música sonaba fuerte, envolvente, y la pista de baile estaba repleta.

De vez en cuando, se escuchaba el inicio de alguna canción conocida, y el ambiente estallaba en euforia.

Lara, por supuesto, ya se había hecho dueña de la pista, y yo, que había empezado la noche en mi zona de confort habitual —una esquina tranquila, con un whisky en la mano—, terminé observándola, fascinado.

Sonaba *Viva la vida* de Coldplay, suficiente para que todo el mundo gritara. Era el tipo de canción que animaba a cualquiera a dejarse llevar.

Yo no era de esos, por supuesto, pero Lara... Lara era un torbellino.

Se movía con una soltura y una confianza que hacían que cualquiera quisiera seguirla.

Y yo, por alguna razón, no podía dejar de mirarla.

No pasaron ni cinco minutos antes de que me arrastrara al centro de la pista, riéndose.

—Diego, ¡esto es una fiesta! —me dijo, tirando de mi brazo.

—Ya lo veo —respondí, aunque mi tono no pudo sonar más rígido.

Necesitaba soltarme, mover los brazos, gritar.

Necesitaba respirar sin esa presión en el pecho.

Necesitaba hacerle caso.

Ella me lanzó una mirada desafiante, sus ojos brillando con esa chispa juguetona que tan bien conocía a esas alturas.

—Vamos, suéltate un poco. ¿Qué es lo peor que podría pasar? —me retó.

—¿Que me arrepienta mañana? —bromeé, pero ella solo se rio.

Y, para mi sorpresa, bailé. O al menos lo intenté.

Las canciones iban cambiando, una tras otra, desde éxitos españoles hasta canciones internacionales que la gente coreaba como si estuvieran en un estadio.

Sonó *Tiroteo* de Marc Seguí, y el ambiente se transformó de inmediato.

La letra pegajosa, los ritmos pegados al corazón.

Todos alrededor nos seguían el ritmo, pero yo no veía a nadie más que a ella.

Lara movía las caderas con una precisión que me desconcertaba, como si hubiera nacido para estar en esa pista. Y, de alguna manera, lograba hacerme olvidar que yo no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Nos reímos.

Mucho.

Yo, de mí mismo, principalmente, porque cada vez que intentaba seguir sus pasos, terminaba chocando con alguien o, directamente, haciéndola reír aún más, algo que, siendo sincero, me satisfizo, porque descubrí que también me gustaba hacerla reír, que podía ser capaz.

Algo en todo aquello era liberador, sobre todo el hecho de aceptar que en lo que se refería a bailar, no era perfecto.

Y darme cuenta de eso, fue algo que me hizo feliz.

En ese momento, era Lara quien parecía la experta y yo el aprendiz, y el hecho de que los papeles se intercambiaran, me hizo sentir más humano, menos robot.

No estaba pensando en el trabajo, en las responsabilidades o en las expectativas.

Solo estaba allí, con ella.

Y eso era suficiente, como siempre que compartíamos momentos juntos.

Era su efecto, el efecto Lara, que me calmaba y me hacía sentir mejor que cualquier tila, ansiolítico o todas las mierdas que había tomado desde que me diagnosticaron ansiedad en terapia.

Lara, sin parar de bailar, se acercó a mí en un momento y me gritó por encima de la música:

—¡Tienes que aprender a moverte, Diego! ¡Tienes cuerpo, pero no coordinación!

Solté una carcajada, y antes de que pudiera responderle, otra canción comenzó a sonar.

Esta vez era *A Un Paso de la Luna* de Ana Mena. El ritmo nos envolvía a todos y, sin pensarlo, me acerqué más a ella, sintiendo la electricidad en el aire.

Bailaba de espaldas a mí, rozando su cadera contra la mía.

Restregando aquel culo perfecto sobre la tela de mi pantalón de traje.

Tragué saliva, aquello se me podía ir de las manos de un momento a otro.

Ni se te ocurra empalmarte, pensé.

No obstante, cuando se dio la vuelta, nuestros cuerpos quedaron peligrosamente cerca.

Podía sentir su respiración, su piel rozando la mía de forma tan casual y, al mismo tiempo, tan cargada de intenciones.

Me miró a los ojos, sonriendo, completamente ajena —o quizá no— al efecto que estaba teniendo en mí.

—Deja de ser tan serio, anda, hazlo por mí. Las reglas están para romperlas —me dijo, sin perder la sonrisa.

—Estoy intentándolo... —murmuré, notando que cada vez era más difícil concentrarme en cualquier cosa que no fuera ella.

Todo lo demás se desvaneció.

La música, las luces, la gente.

Solo estaba ella, con sus labios a escasos centímetros de los míos, tanto, que podía oler su

perfume.

Solté el control en tres, dos, uno…

—Ven conmigo —le pedí con premura, cogiéndola suavemente del brazo y llevándola al servicio de minusválidos.

—¿Qué ocurre? —me preguntó entre carcajadas y trastabillando con sus propios pies.

—Me estoy volviendo loco… —susurré sobre su boca, lanzándome al vacío.

Me importaba una mierda no haber preparado el paracaídas antes.

—¿Cómo que loco? —preguntó ella con los ojos como platos—. Loco de: tía, voy muy ciego. Loco de: no puedo soportar tanta algarabía o…

—Shhh —Coloqué mi dedo índice sobre sus labios.

Sus malditos labios, joder.

Que me tentaban, que me llamaban a gritos, que casi me obligaban a sucumbir a todo lo que ella me quisiera ofrecer.

—Loco por ti, Lara…

—Te dije que no volvieras a besarme nunca más, y hace tiempo que desobedeciste —murmuró de repente, con una sonrisa traviesa en los labios.

La miré, arqueando una ceja.

—¿Y si me salto la siguiente y te pido más? —repliqué, con una media sonrisa.

Bien, Diego, bien. ¡Muy bien!, me di una palmadita imaginaria en la espalda.

El silencio entre nosotros fue corto, pero cargado de tensión.

Ella sostenía mi mirada, sin apartarla ni un segundo, desafiándome.

Entonces, como si fuera lo más natural del mundo, la besé.

Esta vez, no hubo impulsos descontrolados ni dudas.

Solo el deseo, palpable, de estar más cerca de ella.

Lara correspondió de inmediato, acercándose más, envolviendo sus brazos alrededor de mi cuello, enredando un segundo más tarde sus dedos en mi pelo.

Un beso intenso, pero no apresurado.

Sentía la calidez de su piel, la suavidad de sus labios, nada más importaba.

Solo estábamos nosotros dos en medio de una fiesta que, en ese momento, podría haber desaparecido del mapa, y no me habría importado.

Nos separamos lentamente, con las respiraciones entrecortadas, pero no nos alejamos demasiado.

Aún podía sentir su aliento dulce, probablemente por el vaso de vodka con zumo de piña que estaba bebiendo.

Nuestras frentes se quedaron pegadas, y ella sonrió de esa forma que parecía iluminar todo a su alrededor.

—Las reglas están para romperse, siempre te lo digo —murmuró, y yo no pude evitar devolverle la sonrisa.

Tenía razón.

—Definitivamente —respondí, antes de besarla de nuevo, esta vez con más calma, saboreando cada segundo.

—Mi casa está cerca —dije de repente, sin pensarlo demasiado.

Iba mejorando por momentos, lo admito.

Lara me miró con una sonrisa enigmática en los labios.

—¿Es una invitación? —preguntó, alzando una ceja.

—Puede ser —respondí, sintiendo esa chispa que había estado entre nosotros desde que la conocí.

De fondo, algo amortiguada por estar encerrados en el baño, sonaba *Todo de ti* de Rauw Alejandro.

Fuera debía estar helando, pero yo me sentía cálido, muuuuy caliente…

Tal vez era el alcohol, tal vez era Lara.

No lo sabía, pero no quería que esa noche terminara.

Salimos por patas de la fiesta y nos dirigimos a mi apartamento, que estaba a solo unas calles del local.

El ascensor fue un espacio pequeño e íntimo, lleno de silencios cómodos y miradas que decían más de lo que las palabras podían expresar.

Al llegar, abrí la puerta, y ella entró, observando el lugar como si fuera una parte de mí que nunca había visto antes.

—Bonito apartamento —comentó, mientras se quitaba los tacones y el abrigo y se acomodaba en el sofá.

—Gracias —respondí, aún sin saber cómo procesar todo lo que estaba pasando esa noche.

Nos quedamos allí, en mi salón, sentados juntos.

Decidí saborear aquel instante.

Solo en el momento.

Solo en ella.

El vestido que llevaba puesto y que se le había quedado subido a medio camino entre la rodilla y las caderas, me puso cardíaco.

Las medias transparentes dejaban a la vista sus bonitas piernas y noté que la boca se me secó, y no precisamente por un ataque de pánico.

Apoyé suavemente mi mano sobre una de sus piernas y acto seguido ella se acercó para besarme.

—Te recuerdo que eres mi jefe —murmuró sobre mis labios.

—Y yo te recuerdo que dentro de estas cuatro paredes, no hay jerarquías laborales —respondí yo.

—Me vale —dijo ella colocándose a horcajadas sobre mí.

—Estupendo —susurré antes de lanzar por los aires la americana negra que llevaba puesta y sacar sus pechos por el escote del vestido.

Pequeños, redondos, con pezones rosados.

—Bésame aquí —me pidió acercándome uno de ellos a la boca.

Y lo hice.

Pero también me lo metí en la boca, lo succioné suavemente, lo lamí y escuché a Lara gemir.

El sonido más placentero que había oído en mi vida.

Entonces, ¿por qué mi corazón latía de esa manera?

¿Qué había aparecido dentro de mi pecho que me gritaba cosas que no entendía?

41
Lara

No me podía creer lo que estaba pasando en aquel momento.

Cuando llegué a esa oficina y conocí al que sería mi futuro jefe, tan terriblemente insoportable, nunca pensé que podría verme en una situación como aquella: con mis pezones metidos en su boca.

Soplaba, lamía, chupaba con tanta precisión y tanto mimo que solo podía dejarme llevar.

Nos besamos después de aquello, aunque bien es cierto que hubo momentos en los que creí notar que dudaba de sus movimientos.

No obstante, fueron apenas unos segundos, porque instantes más tarde me estaba quitando las braguitas y hundiendo su boca en el centro de mi sexo, moviendo su lengua suavemente entre mis pliegues, arrancándome gritos de placer que jamás pensé que pudieran salir de mi garganta.

Luego se colocó sobre mí, rozando su dureza contra mi hendidura.

Era grande, estaba duro y listo para mí.

No recuerdo el momento en el que ambos nos quitamos la ropa y me llevó en volandas hasta su cama, perfumada con el mismo aroma que su cuello.

El vodka y tener a tremendo maromo entre mis piernas, hacía que mi cordura se fuera al traste en algunos instantes.

Solo podía pensar en él, en lo que me estaba haciendo sentir, en cómo mi piel respondía ante sus caricias, en cómo mis caderas se alzaban, buscando su sexo de manera desesperada.

Tras ponerse un condón que sacó de la mesita de noche, por fin pude sentirlo dentro de mí.

Y… joder.

Diego podría ser un maníaco del control, un estúpido cuando quería y todo lo que quieras…

Pero qué bien se le daba el sexo.

Qué bien.

Lo juro por *Snoopy*.

Sus estocadas eran certeras, sus manos volaban por todo mi cuerpo como si fuera un pulpo, estimulando cada parte de mi ser.

Nuestras respiraciones aceleradas chocaban entre sí al mismo ritmo que él entraba y salía de mí.

Era diciembre y sentía que estaba dentro de una gran hoguera que nunca quería que se apagara.

Cuando llegamos al clímax, experimenté algo muy extraño.

Supe que nadie, nunca, me haría el amor como había hecho él.

Porque eso fue exactamente lo que sentí.

No había sido un polvo sin más, al menos, no para mí.

Yo estaba enamorada de Diego, y no podía hacer nada por evitarlo.

Después de deshacerse del condón y tirarlo a la papelera, volvió a la cama.

—Gracias —susurró hundiéndose bajo aquel nórdico calentito.

—¿Por qué? —pregunté con más curiosidad de la que estaría dispuesta a admitir.

—Por aparecer en mi vida.

Después de darme un beso, primero en el hombro y después en los labios, se quedó dormido como un niño pequeño.

Supe entonces que estaba tranquilo, había tranquilidad dentro de él.

Y eso me hizo sonreír.

Así que aproveché para buscar la cocina y servirme un vaso de agua.

Fue entonces cuando las vi dentro de la nevera, porque ya que estaba, husmeaba un poquito qué dieta llevaba esta chico para estar tan bueno.

Las pizzas.

De la marca Dr. Oetker.

Sonreí, tenía a mi misterioso cliente en todos lados.

Y me prometí despedirme de él, porque si ya de por sí comenzaba a no sentirme bien con aquella doble vida, mucho menos compartiendo más que palabras con alguien que no era Diego.

A pesar de que no había vuelto a llamar, y no sabía a ciencia cierta si volvería a hacerlo, me prometí que pondría fin a aquello si se daba la situación.

Debía elegir, y ya lo había hecho.

Me vestí de nuevo, me despedí de Diego dándole un beso en los labios y, aunque él se removió tras mi contacto, decidí marcharme a casa.

Me encontraba un poco revuelta y no sabía a ciencia cierta por qué.

Pedí un taxi y no tardó en llegar.

Realmente, no sabía qué estaba haciendo.

No podía dejar de pensar en él… en Diego.

En la forma en que sus manos se habían quedado unos segundos de más en mi cintura en esa fiesta, en cómo había sido capaz de soltar un poco su lado controlador para dejarse llevar, por una vez.

En cómo me había besado en el baño del local, en cómo me había follado sobre su cama.

¿Realmente podía funcionar?

¿Podíamos funcionar?

Cuando llegué a casa, escuché de milagro cómo mi teléfono de la línea erótica sonaba débilmente desde mi habitación.

¿Casualidad?

No, cariño, el destino, que siempre es certero.

Todo el piso estaba en silencio, Rocío estaba durmiendo.

Suspiré, pero después corrí casi de puntillas para responder, presa de la costumbre.

—Has llamado al Paraíso, donde tus deseos son órdenes. Soy Melanie, ¿cómo te apetece sentirte hoy?

—Soy… Dr. Oetker.

Mi corazón se paró por un momento.

¿Será que tenía telepatía con ese chico?

Tragué saliva.

Quería despedirme, DEBÍA despedirme, aunque no supiera a ciencia cierta de qué, exactamente.

Me acordé entonces de las pizzas en la nevera de Diego.

Sí, debía cortar aquello, porque era como una especie de tradición para mí y mi amigo

virtual.

Las pizzas habían sido testigos de nuestras mejores charlas, de esos momentos en los que me había desahogado acerca de todo lo que me pasaba, y él… siempre había estado ahí.

Había sido mi confidente, mi refugio.

—¿Sabes qué, Oetker? Hoy te tengo hasta en la sopa… o mejor dicho, hasta en la pizza. En la nevera de… bueno, no importa, el caso es que he visto una pizza de la marca y, por supuesto, me he acordado de ti.

—Bueno, supongo que eso quiere decir que, al menos, nuestras charlas te dejan un buen sabor de boca. Eso ya es algo.

Su respuesta me hizo sonreír, pero también sentí un nudo en el estómago.

Había algo que necesitaba soltar. Algo que, en el fondo, sabía que lo cambiaría todo entre nosotros.

—Tengo que contarte algo. Algo importante.

Hubo una pausa más larga de lo habitual. Tal vez él ya se imaginaba por dónde iban los tiros.

—Te escucho.

Cogí una gran bocanada de aire.

Dios, ¿cómo se supone que le dices a una persona que te has enamorado de otra, cuando esa persona ha sido tu apoyo durante tanto tiempo?

Cuando, de alguna manera, habéis compartido algo especial, aunque nunca os hayáis visto cara a cara.

—Creo que me he enamorado de alguien.

Lo solté, ya estaba, como si quitarme esa confesión de encima me fuera a liberar de todas las dudas que sentía.

—Vaya. Eso es… genial. ¿Quieres hablar de ello?

Me mordí el labio.

Sabía que él había mencionado, no hacía mucho, que también había aparecido alguien en su vida.

Y aunque nunca lo dije en voz alta, esa confesión suya me había afectado más de lo que quería admitir.

Pero esto no era sobre él, era sobre mí.

Sobre todo lo que sentía por Diego, sobre cómo poco a poco se había colado en mi vida, en mi cabeza y, maldita sea, también en mi corazón.

—Es complicado. Quiero decir, esta persona me vuelve loca. Y no en el buen sentido todo el tiempo. Es... exigente, un poco insoportable. Pero hay algo en él que… no sé, me atrae. No puedo evitar pensar en él. Y lo peor es que lo veo todos los días, literalmente.

—¿Es alguien del trabajo?

Suspiré.

Sabía que él era lo suficientemente listo como para adivinarlo, pero aún así, lo confirmé.

—Sí, es mi jefe.

Esta vez, tardó en llegar la respuesta, como si estuviera buscando las palabras correctas.

—Vaya, un cliché en toda regla, por lo que veo.

Me reí, aunque sin demasiadas ganas. Sabía que era peligroso, sabía que todo esto estaba destinado a ser un desastre, pero no podía negarlo.

—Eso parece.

—Y peligroso —añadió él.

—Lo es. Pero creo que me gusta el peligro. ¿Te acuerdas de lo que siempre digo? Las reglas están para romperse. Y siento que, con él, las estoy rompiendo todas.

Escuché un carraspeo al otro lado de la línea.

—¿Y él lo sabe?

Cerré los ojos un momento, recordando la sensación de sus labios, su respiración contra la mía.

Lo sabía.

Sabía que, de alguna manera, había algo especial entre nosotros. Pero también sabía que ambos éramos igual de tercos como para ignorarlo la mayor parte del tiempo.

—No lo sé. Creo que sí, pero… no estoy segura de qué significa para él.

Hubo otra pausa.

El silencio del otro lado era pesado, cargado de algo que no estaba segura de querer descubrir.

Y entonces, apareció su respuesta.

—Hace poco te dije que también había conocido a alguien.

Recordaba esa conversación. Recordaba la pequeña punzada de celos, de pérdida, que había sentido en ese momento.

Por muy absurdo que pueda parecer.

—Y creo que esa persona es alguien importante para mí. No sé a dónde va esto, pero quiero intentarlo con ella.

Hice sonar aquellas palabras en mi cabeza una y otra vez.

Sabía que esto iba a pasar, que en algún momento nuestras conversaciones dejarían de ser lo que eran.

Pero no esperaba que doliera tanto, y me sorprendí a mí misma al notar ese sabor agridulce en el paladar.

—Supongo que eso significa que esto es una especie de despedida, ¿no?

No quería sonar dramática, pero lo sentía así. Como si algo entre nosotros estuviera llegando a su fin. Y aunque no hubiera una relación real de por medio, había una conexión.

Una conexión que, en el fondo, me había dado fuerzas en momentos difíciles.

—No tiene por qué serlo, pero sí creo que ambos estamos en un punto donde necesitamos enfocarnos en lo que está frente a nosotros, ¿no crees?

Respiré hondo.

Tenía razón.

Lo que había habido entre nosotros había sido importante, pero era hora de que ambos miráramos hacia adelante.

—Tienes razón. Ha sido un buen viaje, Oetker. Me alegra haberte tenido en mi vida, aunque sea de esta manera tan… extraña.

—Lo mismo digo, Melanie. Cuídate. Y… buena suerte con ese jefe tuyo.

Solté una carcajada.

Siempre sabía cómo aligerar el ambiente, incluso en una conversación que parecía una especie de despedida.

—Gracias. Cuídate tú también, Oetker.

Y así, con esa última respuesta, se cerró un capítulo en mi vida que había sido importante, pero que ya no tenía lugar en mi presente.

O eso creía yo.

La llamada se cortó, pero un instante más tarde volvió a sonar.

No me preguntes la razón, pero supe que era él otra vez.

—Dime —respondí con el corazón acelerado.

—Pienso que…

—¿Sí?

—Ya que es una despedida…

—Ajá.

—¿Cuál es tu nombre real? —preguntó para mi sorpresa.

—Una de las normas es que…

—No me importan las normas, no a estas alturas.

Tragué saliva.

—Tienes razón.

—¿Y bien?

—Lara, me llamo Lara —respondí mordiéndome el labio—. ¿Tú cómo…?

Pero Dr. Oetker colgó la llamada.

Me quedé como una idiota mirando la pantalla de aquel teléfono.

¿Qué narices…?

Pero tenía tantas cosas en la cabeza, que pensé que él no quería quedarse con esa pequeña espina clavada.

Acababa de hacer el amor con el hombre del que me había enamorado, no podía dejar sitio para más.

Apagué el móvil y me dejé caer en la cama, mirando al techo.

Me había sincerado con mi invisible interlocutor, pero ¿podría hacerlo con Diego?

Antes de que pudiera hundirme en mis pensamientos, escuché la puerta abrirse.

—¡Lara, ya estás aquí! —gritó Rocío desde el pasillo, como si fuera la mejor noticia del día.

Me reí sola, sintiendo los efectos del cansancio, el vodka y todas esas emociones tan intensas.

—Sí… ya estoy aquí —murmuré desde la cama.

Entonces entró dentro de mi dormitorio, con un pijama de felpa del burrito de Winnie the Pooh y un moño deshecho de rizos rojos que parecía un nido para pájaros.

—¿Estás…? —intentó preguntar, pero entonces se abalanzó sobre mí, saltando sobre mi cama.

—¿Qué? —pregunté.

—Tú has follado —afirmó señalándome con el dedo como si fuera E. T el Extraterrestre.

—Y tú estás embarazada y no paras de saltar sobre mi cama —le dije para desviar el tema por todos los medios, levantándome y emprendiendo el camino hasta la puerta.

—¡No me vengas con eso! ¿Te has follado a Diego? —dijo, intentando retenerme allí. Después, se llevó las manos a la boca.

—Buenas noches, Rocío. Me voy a tu cama —dije saliendo de mi habitación para cumplir mis palabras.

Era un buen cierre para la conversación que acababa de tener.

Sabía que las cosas estaban a punto de cambiar, y aunque me asustaba un poco, estaba lista para enfrentarlo.

42
Diego

Abrí los ojos con esa punzada matutina que se instala en algún rincón del cráneo y se expande sin control.

La resaca era una bestia, pero no era la única cosa que me mordía desde dentro.

Lara se había ido, casi sin hacer ruido.

Recordé su perfume, la piel dorada contra mis sábanas y el sabor de su boca.

Joder, Calatrava, me dije, *estás en un lío*.

Pero, claro, el verdadero lío era mucho más complejo que un beso, una cama compartida o su risa resonando en mi salón.

No, aquello era peor.

Aquello implicaba todos los códigos secretos que Lara escondía en esa sonrisa suya, esos enigmas que la hacían ser, ni más ni menos, Melanie.

Porque sí, lo había descubierto, ya que había vuelto a llamar a la línea cuando sentí su ausencia en mi cama.

Y el impacto me tenía desarmado.

Era tarde ya, cerca del mediodía.

Llamé a Marta en piloto automático, con el temblor aún en las manos.

Era urgente, ella tenía que saberlo.

Sabía que Marta llegaría al apartamento con prisa y sospecha, como cuando éramos más jóvenes y le pedía ayuda con cualquier problema.

Y así fue.

Al rato escuché el inconfundible golpe de sus nudillos en la puerta.

Entró, sin siquiera esperar a que la invitara. Marta siempre con ese andar rápido y decidido, enérgico, como si la vida fuera algo que había que conquistar a cada paso.

—¿Qué demonios te pasa, Diego? No contestaste ni un mensaje después de la fiesta y, sinceramente, me tienes con el alma en un hilo —dijo mientras se dejaba caer en el sofá.

Cogí aire, me quedé en silencio, un par de segundos demasiado largos.

—No sabes… por dónde empezar, ¿verdad? —preguntó Marta, frunciendo el ceño con una pequeña sonrisa.

Sabía leerme como a un libro abierto.

Me dejé caer en el sillón de al lado, intentando procesar qué decir primero.

—Es Lara, Marta.

Ella me miró con los ojos entornados, curiosa pero escéptica.

—Que se trata de ella, lo tengo claro, querido. ¿A qué te refieres exactamente?

—Es… es Melanie, Marta. Lara es Melanie. La línea erótica, la voz que he estado escuchando, las charlas, las confidencias, todo ese juego de doble identidad… era ella. Siempre fue ella.

La mandíbula de Marta cayó en un gesto de pura sorpresa, un reflejo sin filtros.

—¿Qué? —articuló al fin, buscando cualquier palabra que le devolviera el equilibrio al momento—. Espera, espera, espera. ¿Cómo que… la línea erótica?

—A ver… —suspiré.

Claro, es que ni Marta ni nadie sabía que había estado llamando a una línea erótica.

Fue por equivocación, lo juro.

Se me rompió la lavadora, quería llamar al servicio técnico, pero siempre he tenido la cabeza embotada de nombres, de números, de clientes…

Ya lo sabes, sabes perfectamente a qué me refiero cuando te digo que quería abarcar tantas cosas que no hacía ni una a derechas la mayoría del tiempo.

La rueda del hámster, ¿recuerdas?

Spoiler uno: arreglé la lavadora.

Spoiler dos: me enamoré de Lara.

Spoiler tres: no sabía cómo iba a acabar todo aquello.

—No es tan complicado como parece —le expliqué—. Bueno, sí que lo es. Muy complicado. La he estado escuchando todo este tiempo sin saberlo. Cada susurro, cada frase… Lara es la voz que me ha hecho pensar mil cosas estas últimos meses.

—Pero ¿qué coño hacías tú llamando a una línea erótica? Estoy flipando…

—Se me rompió la lavadora, quería llamar al servicio técnico. Me equivoqué de número, ¡yo qué sé! Eso da igual.

—Esto… esto es surrealista, Diego. Es increíble. —Marta dejó escapar una risa breve, como si el asunto la divirtiera, pero al mismo tiempo le resultara desconcertante—. Entonces, a ver que yo me aclare. Llamaste por equivocación la primera vez.

—Eso es —dije asintiendo con la cabeza.

—Pero hubo más veces —afirmó.

Suspiré.

—Sí, hubo más veces.

—Más veces que no fueron sin querer.

—Eh… sí. Así es.

—Vaya…

—No te pienses nada raro. No hacía… guarradas ni nada de eso.

—No, no. Yo no estoy aquí para juzgarte si te pajeas en una línea erótica. Te viene muy bien para el estrés.

—Joder, Marta…

—¡¿Qué?! —exclamó ella.

—Pues que te equivocas —espeté, molesto. No me consideraba un tío de esos.

—Bueno, vale, vale. Sigue con la historia.

—Me sentí cómodo hablando con Melanie —entrecomillé aquel nombre con los dedos en el aire—, y seguí llamando solo para hablar con ella.

—¿En serio? Pero ¿de qué?

—Pues… no lo sé. De todo. De todo y de nada al mismo tiempo.

—Oh —formó un círculo perfecto con sus labios.

—Bueno, una vez hice que se corriera, pero… que sentía conexión, que no era sexo, era… algo más allá.

—¡Vale! —puso la palma de una de sus manos frente a mi cara—. No necesito detalles, mandril.

—Vale, vale. Perdona. El caso es que… anoche…

—¿Sí?

—Anoche me acosté con Lara.

Marta rodó los ojos hacia arriba.

—Era obvio, ya lo sabía.

—La escuché gemir y…

Marta abrió mucho los ojos.

—No sé, algo al escucharla sentir placer me hizo click por dentro. No sabía por qué. Había algo… raro.

—Y tan raro, ya la habías escuchado correrse, Diego —dijo Marta como si fuera lo más obvio del mundo.

—Entonces volví a llamar a la línea erótica, quería contarle a Melanie que… que… me… Dios, me he enamorado de Lara. Quería contárselo a esa persona que lleva semanas siendo mi confidente, pero entonces, nos despedimos. Ella me contó que se había enamorado de su jefe, que quería ir en serio con él y…

—¿Y? O sea, ese jefe que eres tú, en realidad.

—Eso lo descubrí después.

—¿Cómo?

Marta estaba flipando, ni que aquello fuera una novela de Megan Maxwell.

—Acordamos que sería una despedida, yo le hablé de esa persona especial con la que quería intentarlo también.

—¿Y bien?

—Le pregunté su nombre. Su verdadero nombre. Y me dijo que se llamaba Lara. Ahí no tuve duda, y ahí entendí por qué sentía la conexión que sentía, por qué me resultaba familiar su risa, su voz, sus… gemidos. Melanie ha sido Lara todo este tiempo.

—¡Madre mía, madre mía, madre mía! ¿Y ella lo sabe?

Negué con la cabeza.

—No, Marta, no lo sabe. Y no sé cómo reaccionará cuando se entere de que yo soy Dr. Oetker… —Las palabras salieron de mis labios con una fuerza que me sorprendió. Y es que, de repente, parecía todo tan… vulnerable. Como si yo, en aquella situación, no fuera el que controlaba, sino el que tenía la guardia bajada, sin defensas.

—Dr. Oetker… vaya tela, Diego, hijo de mi vida… —Marta se carcajeó.

—Déjame en paz —dije llevándome las palmas de las manos hacia mi cara, tapando mis ojos.

—¡Tienes que decírselo! —soltó Marta, girándose en el sillón con una sonrisa traviesa y emocionada—. Es la historia más alucinante que he escuchado. Además, ¡estás enamorado! Se nota a kilómetros, Diego. Casi duele verte.

Hice una pausa y bajé la cabeza, como si ese reconocimiento, puesto en palabras, pesara demasiado.

—Sí. Me he enamorado de ella. Más de lo que he podido con cualquiera antes. Me remueve cosas, Marta. Pone mi mundo patas arriba, en serio. Con ella soy yo, soy más real que en todos mis proyectos y mis logros. Me hace sentir más vivo.

Marta me miró, y en sus ojos reconocí ternura y admiración.

Conocía mis secretos y todas mis ruinas, pero nunca me había visto así.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a esperar a que todo salga de golpe? ¿A que ella lo

descubra sin que se lo cuentes tú? Porque no veo que eso vaya a salir bien, Diego.

Suspiré, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá, en un gesto derrotado.

—Quiero decírselo, pero… ¿y si no quiere escucharme? ¿Y si piensa que todo esto ha sido… una gran mentira? Que mis sentimientos son una especie de estrategia absurda.

—Diego, llevas mucho tiempo construyendo paredes alrededor de ti, y ella ha conseguido que las derribes —dijo Marta, apoyando una mano en mi hombro. La seriedad en sus ojos contrastaba con la suavidad de su tono—. Y cuando encuentras a alguien que te devuelve las ganas de sentir, tienes que arriesgarlo todo, hasta lo que más temes. ¿No es eso lo que me enseñaste tú cuando yo no quería arriesgar con Alberto?

Me quedé en silencio, sabiendo que tenía razón, cada palabra clavándose en la razón de todo aquello.

—Dime una cosa, Marta. ¿Qué le digo cuando se entere? ¿Cómo le hago entender que nada de esto fue planeado?

—Tal vez no tengas que decírselo con palabras —respondió ella, con una pequeña sonrisa—. Hazlo con hechos, Diego. Hazla sentir lo que tú sientes. Ella lo sabrá.

La verdad era que no me sentía traicionado.

Al contrario, en un momento tan inusualmente vulnerable, me daba cuenta de que yo era quien había mantenido la mayor mentira, la identidad de Dr. Oetker.

Pero, aún así, no podía evitar sentir sorpresa, claro, y también algo de inquietud, porque la imagen de Lara, de quien había pensado conocer bastante, tenía una dimensión completamente nueva.

Que ella trabajara en una línea erótica me hacía pensar, no por prejuicios ni celos, sino porque me daba cuenta de que había mucho de ella que no había imaginado.

¿Por qué no me lo contó nunca?

Eso sí que me dolía, pensaba que confiaba en mí.

¿Qué había detrás de esa reserva, de esa distancia que había sentido entre nosotros?

Y aunque sabía que esta verdad, ahora descubierta, no restaba un ápice de lo que ella era —al contrario, hacía que la encontrara aún más valiente y misteriosa—, no podía evitar sentir esa sensación de ligera extrañeza, como si la barrera entre nosotros nunca se hubiese roto del todo.

Sentí que tenía una pieza del rompecabezas que completaba por fin quién era realmente Lara: compleja, decidida, sin miedo a explorar un mundo diferente para ganarse la vida.

Sabía que necesitaba ser honesto con ella sobre cómo me había afectado enterarme, pero también reconocía que no era algo que iba a separarnos.

Más bien, si lograba comprender todo esto y abrirme, quizá sería lo que terminara uniéndonos.

Suspiré, aún procesando todo aquello, mientras Marta me observaba con paciencia.

—¿No te molesta? —preguntó mi amiga al ver que no mencionaba reproches ni dudas sobre su trabajo.

—No. No, para nada —dije, seguro, sorprendido de que mi voz sonara tan serena—. De hecho… solo me duele que no me haya sentido lo suficientemente seguro como para confiarme eso. Me ha ocultado algo que es una parte tan real de su vida…

Marta asintió, con esa expresión de comprensión silenciosa que solo ella podía poner.

—Y por otro lado, entiendo lo que debe haber sentido. Todo el miedo de que la juzgara o, peor, de que no la tomara en serio —continué, mis pensamientos girando como una rueda que no encontraba freno—. Además, ella tampoco sabía que era yo quien la escuchaba en cada llamada,

cada confesión. Esto… esto lo hace más complejo. No tendría ningún derecho a enfadarme cuando yo he estado llamando a ese teléfono.

—Quizá tienes que ser honesto con ella y con cómo te hace sentir realmente. —Marta sonrió, alcanzando mi mano—. Puede que esta conversación sea el punto de inflexión para que confiéis el uno en el otro de verdad.

Me quedé mirando un punto indefinido en el suelo, cada palabra de Marta asentándose en mí.

Era cierto.

Lara había estado luchando con secretos y versiones de ella misma, y yo no había sido capaz de ver que todo eso era más que simple reserva; era, tal vez, una forma de protegerse.

La verdad, en ese momento, me importaba más que nunca porque tenía claro que, si deseaba que aquello que había nacido entre nosotros creciera, la primera decisión debía ser entender y aceptar todo de ella.

Y sí, había llegado el momento de abrirme también.

43
Lara

Aquella mañana en la oficina fue como cualquier otra, al menos hasta que Diego asomó la cabeza por la puerta de mi despacho.

Y lo hizo con una sonrisa ladeada que ya empezaba a sospechar, después de todo este tiempo, que significaba algo.

Algo raro, y que no estaba del todo segura de querer saber.

Pero, claro, ¿quién en sus cabales iba a imaginar que ese día iba a ser tan diferente?

—Lara, ¿podemos hablar un momento? —dijo, con un tono demasiado informal para el siempre correcto y profesional Diego Calatrava.

Con su chaqueta desabrochada y ese brillo en los ojos, había algo que me escamaba.

¿En qué lío me había metido ahora?

No tenía ni idea…

Dejé el bolígrafo sobre la mesa y me giré para mirarlo, entrecerrando los ojos.

—Claro, ¿qué pasa? —traté de sonar casual. Y, según creo, lo conseguí.

Diego cerró la puerta, le dio un par de vueltas al pomo, se acercó y se apoyó en mi escritorio.

Yo sabía que cuando él decidía apoyar los codos y clavarme la mirada en silencio, algo fuerte venía. Así que me puse en guardia, pero ni por asomo me preparé para lo que salió de su boca:

—¿Qué llevas puesto, Lara?

Un calor absurdo me subió hasta las mejillas, no entendía.

Lo miré, completamente estupefacta, porque mi cabeza se empeñaba en que había oído mal.

—¿Perdón? —pregunté, parpadeando.

—¿Que qué llevas puesto? —repitió, con una media sonrisa tan ambigua que parecía desafiar todas las leyes del decoro.

—Pues... ropa, Diego, como todos los días —repliqué, incómoda.

Mi chaqueta y falda de oficina y la blusa que me hacía sentir un poco más seria de lo que era.

Nada del otro mundo.

Él se inclinó un poco más y, con un susurro apenas audible, repitió la pregunta.

—Dime, Lara… ¿qué llevas puesto?

Mi cerebro se desconfiguró al instante.

Sentí un nudo en el estómago, como si hubiese perdido el suelo bajo los pies.

Cientos de preguntas comenzaron a atropellarse en mi cabeza, pero la única que salió de mis labios fue:

—¿Qué demonios… estás haciendo? ¿De qué estás hablando?

Su sonrisa se ensanchó, y entonces me di cuenta de que había llegado el momento.

Había un brillo en sus ojos, ese tipo de brillo que tenían en nuestras reuniones improvisadas.

Y luego lo soltó:

—Quizá debería llamarte Melanie.

La estupefacción fue un golpe tan fuerte que ni siquiera supe cómo reaccionar.

—¿Qué? ¿Cómo que…?

Diego se cruzó de brazos, y el descaro con el que me miraba era tan inesperado, tan absolutamente fuera de su personaje serio y profesional, que tuve la absurda necesidad de pellizcarme.

¿Era mi jefe o una versión alternativa suya en una realidad paralela?

Entonces él se inclinó de nuevo, y con un susurro bajo y ácido como el tequila en el estómago, dijo:

—Has llamado al Paraíso, donde todos tus deseos son órdenes…

¡Dios mío!

La frase. La frase de bienvenida. Mi frase.

Solté un gemido ahogado, y mi cabeza estalló en una maraña de sentimientos que iban desde la vergüenza a la ira y, en medio de todo eso, la increíble certeza de que estaba perdida.

Perdida como jamás lo había estado.

—¡No puede ser! Tú… Tú eres… —Mi voz temblaba.

—Dr. Oetker, a tu servicio. —Alzó una ceja, claramente divirtiéndose con mi reacción—. No sabes la sorpresa que me llevé cuando lo descubrí. Aunque confieso que… también fue la pieza final del rompecabezas. Ya decía yo que había algo en tus respuestas que me resultaba extrañamente familiar.

Me quedé allí, sin saber si gritar, reír, llorar o salir corriendo.

Me sentía desnuda, expuesta, con cada rincón de mi vida visible para él de una forma que jamás me habría imaginado.

Y por otro lado, una punzada de orgullo y enfado burbujeaba en mi interior.

—¿Y todo esto te resulta divertido? —logré decir, tratando de mantener mi dignidad a flote —. Que yo me ganara la vida de esa forma no era algo que pensaba compartir contigo, Diego.

Él negó con la cabeza y me miró, ahora más serio.

Era él…

Él era Dr. Oetker.

¡Tierra, trágame!

Sentí como si el aire en la habitación se volviera pesado, casi irrespirable.

Mis pensamientos se nublaron, y el suelo pareció desmoronarse bajo mis pies.

¿Diego, mi jefe, había sido siempre el misterioso Dr. Oetker?

El hombre con el que había compartido confesiones, risas y... y mucho más en esas llamadas de madrugada.

Era él, siempre había sido él.

Intenté recomponerme, pero el corazón me latía a mil por hora.

¿Cómo no me había dado cuenta?

Me vinieron flashes de cada conversación y en ese instante comprendí que había estado compartiendo con él más de lo que me había permitido compartir con nadie.

Y él lo sabía todo.

Sabía todo de mí, incluso esa versión de mí que nunca creí que nadie fuera a conocer.

Era como si las piezas de un rompecabezas caótico se ordenaran de repente, pero aún así dolía.

Porque… ¿y si él me veía diferente ahora?

¿Y si lo que habíamos construido hasta ahora ya no era lo mismo para él?

Mis pensamientos me abrumaban.

Sentía que tenía que decir algo, cualquier cosa, pero estaba atónita, con el corazón expuesto, sintiéndome desnuda frente a él de una forma en la que no sabía si iba a poder recomponerme.

—¿Eras tú todo este tiempo? —pregunté, y mi voz sonó apenas como un murmullo, quebrada.

Él asintió en silencio, con una expresión seria en ese momento, pero llena de algo que no llegaba a descifrar.

En sus ojos había algo más que comprensión, algo más que cariño. Había la misma vulnerabilidad que yo sentía, como si estuviera tan expuesto como yo en ese momento.

—Sí —afirmó.

—Quiero presentar mi dimisión —dije de pronto, porque era incapaz de pensar en nada más.

—Denegado.

—¡Dios! —exclamé, frustrada—. Esto es…

—Siempre fui yo. Y créeme, Lara, lo que he sentido… no ha cambiado en nada. Al contrario. —Su voz tembló ligeramente.

Las palabras me impactaron.

Claro que no se trataba de algo que yo había compartido alegremente, pero escuchar de su boca que él lo sabía, que me había descubierto, me dolió en un rincón que no sabía que existía.

No sabía ni cómo me sentía, ni lo que quería.

—Diego, no era fácil contártelo. Ni a ti, ni a nadie, ¿vale? Fue algo que tuve que hacer porque no me quedaba otra opción. Tenía que salir adelante de alguna forma y esta era la opción más rápida que encontré.

Hubo un silencio.

Él respiró hondo, mirándome de una forma que me hacía querer abrazarlo y mandarlo al diablo al mismo tiempo.

—Entiendo que haya sido así —dijo en voz baja—. Pero me duele pensar que no confiaste en mí para decírmelo.

¿Perdón?

¡Encima!

¡Pero si él tampoco me lo había contado!

¡Si él había estado llamando a la maldita línea!

Haciéndose pasar por otra persona, haciéndome creer que…

—Es que no soy… perfecta —repliqué—. Y tampoco pensaba que fuera a ser algo que… que te involucrara. —Tomé aire, intentando hacer que mis palabras llegaran a él. Sabía que esta conversación era un punto de inflexión—. Te conocí como Dr. Oetker y pensé que eras solo eso: un cliente especial para mí. Alguien que tenía una fantasía, como todos los demás. Jamás pensé que fueras tú, ¡ni de lejos!

Él dejó escapar una risa suave, casi triste.

—Nunca hemos sido simplemente tú y yo, ¿verdad? Siempre algo que mantener en secreto, algo que proteger. Pero… —su voz se suavizó—, no quiero que haya más secretos entre nosotros. Eso es lo único que te pido.

Sus palabras me desarmaron, porque se notaba que lo estaba intentando, yo lo estaba viendo.

Sabía que tenía razón, que lo que estábamos construyendo necesitaba honestidad para sostenerse.

Así que, con la voz temblando, finalmente logré decir:

—Tienes razón. No debería haberlo ocultado, y lo siento. Pero tú tampoco te quedas atrás,

Diego. Ambos nos lo hemos ocultado.

Por un segundo, el tiempo se detuvo.

Intenté decir algo más, dejar de sonar tan fría, pero las palabras se atascaban en mi garganta.

No podía procesarlo: Diego era él, el hombre detrás de esa voz anónima que tanto significaba para mí, el mismo al que le había confiado mis fantasías y que me había hecho sentir libre en un lugar donde nadie más existía.

No, no, no.

Aquello escapaba de mi control, no podía…

No.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza; me crucé de brazos, como si necesitara protegerme de aquella verdad que lo cambiaba todo.

Intenté sostener su mirada, pero algo me invadía por dentro como una ola, confundiéndome, dejándome expuesta.

Él dio un paso hacia mí, con cautela, casi con miedo.

Pero yo no podía pensar en eso ahora.

Había creído que Dr. Oetker era mi espacio seguro, que nuestras conversaciones eran un rincón íntimo y secreto en el que podía ser yo, sin más… sin juicios, sin control.

Ahora, el hecho de que Diego y él fueran la misma persona me hacía sentir como si hubiera compartido algo valioso sin saber con quién lo hacía.

Y encima, había sido él todo el tiempo.

Mi jefe, el hombre que a veces me hacía sentir atrapada en una jaula invisible, y que a la vez era la persona de la que me había enamorado.

Respiré hondo, intentando mantener la compostura, mientras Diego me miraba con ansiedad y resignación.

—Diego… —dije, y mi voz sonó casi como un susurro. Sentía los ojos ardiendo, la garganta seca—. No sé cómo manejar todo esto. —Mi respiración se volvía entrecortada—. Me enamoré de alguien que me hacía sentir libre. Alguien con quien podía ser yo. Y ahora siento que hay cosas de ti que no conozco, y te quiero, pero no sé si puedo con todo esto. Ni siquiera sé quién soy cuando estoy contigo. Eras… parecías… una persona distinta al otro lado de la línea. ¿Cuál de los dos eres?

—¿Cuál de las dos eres tú, Lara? Porque me temo que estamos en la misma tesitura.

—No lo sé —sollocé—. Y ese es el problema.

El silencio se hizo denso en el aire.

Diego siguió manteniendo su mirada sobre la mía, sus ojos se volvieron más oscuros, y su mandíbula se tensó.

Pude ver el dolor en su mirada, el mismo dolor que yo sentía, y algo dentro de mí se rompió al ver que le hacía daño.

No quería eso, pero tampoco sabía cómo manejarlo.

—¿Quieres que te deje en paz, Lara? —preguntó, con una voz tan baja que me hizo estremecer—. ¿Que deje de intentar esto contigo? Porque yo, sinceramente… no sé si puedo.

Su voz sonó suave, llena de una ternura que rompía cualquier barrera que intentara construir entre nosotros.

Lo miré, y la intensidad de su mirada me dejó sin aliento, como si él también estuviera al borde de romperse.

Pero aunque doliera, sabía que lo que necesitaba ahora era espacio para entender lo que

sentía, para saber si realmente podía amar a alguien que, sin querer, había estado en todos los rincones de mi vida.

Como una fantasía.

—Solo necesito tiempo —dije, tragando con dificultad, sintiendo cómo se me escapaba el aire—. Tiempo para entender si tú y yo… si realmente quiero seguir por este camino. Tiempo para saber quién quiero ser.

Diego se quedó mirándome, en silencio, y asintió.

Pude ver la aceptación en sus ojos, aunque también la lucha interna, el dolor que parecía intentar ahogar.

Quería abrazarlo, decirle que todo estaría bien, pero sabía que mentiría si lo hacía, porque en ese momento, no tenía idea de qué significaba ese nosotros para mí.

—Por favor, acepta mi dimisión. Melanie ya no existe, pero tampoco quiero que exista la Lara que conociste aquí, en tu oficina.

Diego asintió a regañadientes, ni siquiera me molesté en explicarle todo lo del libro.

Finalmente, salí de su oficina, y cada paso que di me dolió como si estuviera dejando atrás una parte de mí.

O quizá, era a Diego a quien estaba dejando, aunque doliera, aunque no quisiera.

Pero sabía que esa distancia era la única manera de no perderme a mí misma, de comprender qué lugar tenía él en mi vida y qué haría con todo lo que sentía por él.

44
Diego

Me dejé caer en el sofá de Marta, sintiendo el peso de todo lo que había pasado en la oficina aplastándome contra los cojines.

Marta se sentó frente a mí con una mirada que decía de forma muy clara: *no pienso dejar que te escapes de esta conversación*.

Y eso era exactamente lo que había sucedido, pues básicamente me había obligado a ir a su casa para contarle todo acerca de mi última conversación con Lara.

Me pasé las manos por el pelo, intentando aclarar mis pensamientos y no tener que decir en voz alta que todo aquello era un desastre, aunque la realidad era esa.

—Venga, cuéntame.

—Se ha acabado todo, Marta. La línea erótica, Lara… todo. —Levanté la vista, y Marta me estaba observando, seria, como si supiera que eso era solo la punta del iceberg—. Ha dimitido, ¿sabes? La línea erótica ya es historia, según me ha dicho. Me ha pedido… distancia. —Las palabras salieron más cortadas de lo que hubiera querido. No entendía nada, lo juro.

Marta suspiró suavemente, sin apartar la mirada. Por su expresión, sabía que ya tenía algo preparado. Marta siempre lo tenía.

—¿Y qué vas a hacer tú? —preguntó con esa mezcla de empatía y provocación que siempre me descolocaba, pero que era un rasgo potente de su personalidad.

Me eché hacia atrás y miré al techo como si ahí pudiera encontrar una respuesta.

Claro que sabía lo que quería hacer, aunque en realidad, si era honesto, no tenía ni idea de cómo hacerlo sin perderme en el camino.

—No lo sé… Lo que me ha pedido, supongo. —Sentí la voz cargada de frustración—. Ella quiere tiempo, y eso debo darle, ¿no? Pero ¿cómo se hace eso, Marta? —Mi voz se rompió un poco, y fue como si por fin toda la tensión contenida saliera de golpe—. ¿Cómo dejo de pensar en alguien que me ha cambiado tanto, alguien que me ha hecho ver el mundo de otra forma mucho más bonita?

Marta se quedó en silencio, asintiendo despacio. Sus ojos, llenos de ternura y comprensión, me miraban con esa perspicacia suya, esa capacidad para desmontar mis palabras con una sonrisa.

Movió la cabeza para apartar sus rizos castaños de la cara.

—Diego, ¿no te das cuenta? —preguntó suavemente—. Aunque te esté pidiendo distancia, Lara sigue enseñándote cosas. Todavía estás aprendiendo de ella. Te está guiando, sigue dándote pautas, incluso ahora, con esto.

—¿Qué cojones te has fumado? —le pregunté con una ceja arqueada, escéptico.

—Lo digo en serio. Piénsalo.

Traté de procesar lo que me decía, aunque me parecía una locura. Porque sí, Lara había sido como un tornado en mi vida, lo había desordenado todo, pero también lo había llenado de cosas que jamás había imaginado.

Solté una carcajada, una que sonó tan vacía como me sentía.

—¿Te parece normal que alguien te enseñe cosas mientras se aleja? Porque yo sigo hecho un lío.

Me enredé en la mirada de Marta, tratando de entender por qué tenía razón cuando me decía eso.

—Diego, Lara te ha pedido espacio para que aprendas a dejar ir. —Marta sonrió, y sentí el consuelo en su expresión.

—¿Estás diciendo que lo ha hecho adrede?

—No, solo te enseño el aprendizaje que puedes sacar de esta situación. Las personas aparecen en nuestro camino con una misión.

Me quedé sin saber qué responder.

Marta tenía razón. Lara había hecho que, por primera vez en mi vida, sintiera algo tan fuerte que me asustaba.

Me había enseñado que no podía controlarlo todo, que había cosas que sucedían sin que pudiera planearlas o anticiparlas.

Y ahora, hasta su silencio era una lección.

—¿Y si le doy el espacio que me ha pedido y al final eso significa perderla? —La pregunta salió sin que yo lo quisiera.

No me gustaba sentirme así de vulnerable, pero era algo que ella ya conocía.

Lo que no esperaba fue la respuesta.

—Y si no lo haces, ¿qué clase de relación tendrías? —respondió Marta con suavidad—. Diego, si realmente quieres a Lara, si te has enamorado del huracán que es, tienes que dejarla volar. Ella no va a estar ahí porque tú se lo pidas; estará porque elija estar. Y si no vuelve… —La voz de Marta se volvió casi un susurro—. Significa que tenía una misión en tu vida, y tal vez ya la ha cumplido.

Me quedé en silencio, y supe que Marta tenía razón. Todo mi cuerpo me pedía acercarme a Lara, convencerla, decirle que no se fuera.

Pero otra parte, la que había aprendido a soltar, a intentar no tener el control, me decía que la dejara encontrar su propio camino, incluso si eso significaba estar sin mí.

Marta me miró como si supiera lo que estaba pensando, como si pudiera leerme la mente. Y quizá sí, quizá mi amiga me entendía mejor que yo mismo en ese momento.

—Diego, ¿no te das cuenta de que aún pidiéndote distancia, Lara sigue enseñándote a actuar, a gestionar tu estrés, tus manías? —Sacudió la cabeza, como si le resultara increíble que yo no viera algo tan evidente—. Es increíble cómo el destino nos pone personas en la vida que vienen a enseñarnos cosas, ¿no? Al principio no lo entendemos, pero llega un momento en el que todo encaja.

Era difícil de explicar, pero Lara no había llegado a mi vida por casualidad.

Era imposible que todo aquello fuera una simple coincidencia. Y aunque en ese momento no pudiera verla, ni sentir su risa o su voz, su ausencia era en sí misma una enseñanza.

Aunque me doliera, me di cuenta de que, para poder estar con Lara, iba a tener que aprender a soltar, a fluir.

A dejar que las cosas sucedieran sin querer controlarlas.

A entender que, si tenía que estar en mi vida, lo estaría de la forma en la que ella quisiera.

Y entonces, una chispa de paz empezó a encenderse dentro de mí.

45
Lara

Rocío me miró con los ojos muy abiertos, como si lo que le acabara de contar no tuviera ni pies ni cabeza.

Y a lo mejor estaba en lo cierto, yo qué sé.

—No estoy entendiendo el drama —objetó.

Se cruzó de brazos y sonrió, con esa chispa de curiosidad que siempre me daba tanto por saco y que, al mismo tiempo, me hacía sentir en casa.

—¿Me vacilas? —espeté molesta.

¿De qué iba mi amiga? Había vuelto a casa llorando como una descosida en el metro, haciendo creer a la gente que podría estar muy malita de la cabeza para desmoronarme en público de esa manera, y con los churretes de rímel en mi cara por bandera, le había contado todo a Rocío con pelos y señales y me decía que no veía el drama por ninguna parte.

¿En serio?

—A ver, espera. —Soltó una risa breve, con la incredulidad pintada en la cara—. Entonces… ¿se acabó la línea erótica? ¿Has dimitido? ¿Y le has pedido a Diego que te dé espacio? —Se apoyó en el respaldo de la silla y sacudió la cabeza—. Madre mía, Lara, te has hecho un combo fin de temporada como quien no quiere la cosa.

—No lo entiendes… Rocío, es que… ya no sé ni quién soy en todo este lío. Necesito tomarme un respiro. Quiero saber quién soy sin estar con el teléfono y sin preguntarme qué estará pensando Diego de mí. Y, sí, he dimitido. —Suspiré, sintiéndome aliviada pero a la vez asustada al decirlo en voz alta—. Tengo que parar, tomarme mi tiempo, ¿entiendes? Quiero centrarme en el libro.

Rocío me miró en silencio, asimilando todo.

Por un segundo pensé que iba a echarme la bronca, pero en lugar de eso, empezó a sonreír.

Me entregó esa sonrisa suya de cuando iba a soltarte algo gordo.

—Pues yo creo que esto es una señal maravillosa —dijo, con ese brillo en los ojos que me daba tanto miedo como curiosidad.

—¿Qué señal? —Fruncí el ceño, escéptica.

—Una señal, tía. Que Dr. Oetker y Diego sean la misma persona… eso no pasa todos los días, Lara. —Sonrió, divertida—. Piensa en la casualidad: te enamoras de alguien sin saber que es el mismo que te da los consejos y las charlas. ¡Es que es perfecto! Os habéis enamorado en dos ámbitos diferentes. ¿No lo entiendes? ¡Es amor verdadero!

Sentí un nudo en el estómago.

Claro que era algo increíble, pero también era algo que me hacía sentir expuesta. Como si Diego hubiera visto más de mí de lo que yo misma conocía.

—No es tan fácil, Rocío. Lo que me pasa con él es… es intenso, ¿sabes? Como si no pudiera respirar sin que él esté en mi mente. Y necesito espacio para saber qué quiero hacer con todo esto. —Me llevé una mano al pecho, tratando de calmar ese peso que sentía dentro—. No puedo

seguir en la línea, ni tampoco en la oficina… no puedo estar con él y sentir que no me reconozco.

Rocío apoyó el codo en la mesa y me observó con ternura y una sonrisa.

—A ver, que sí, que lo entiendo, pero… tía, Diego ha sido como una guía para ti en todo esto, ¿no? —Alzó una ceja, esperando que le siguiera el juego—. No sé, a veces pienso que la gente aparece en nuestra vida para enseñarnos algo, y Diego parece que ha venido a ayudarte a romper con todo lo que creías que tenías que ser.

—¿A romper qué? —repliqué con un resoplido, aunque en el fondo sabía que tenía razón.

—Las reglas, Lara. A romper con todas tus ideas de perfección en el amor. No vivimos en Disney, nena. ¡Y no solo eso! —Se inclinó hacia mí, como si fuera a decirme el secreto mejor guardado del mundo—. Te ha ayudado a conocerte más. A lanzarte a escribir, a lanzarte en la vida. Vamos, que es el paquete completo. —Se encogió de hombros, sonriente—. Igual no lo ves ahora, pero esto tiene pinta de historia épica.

Apreté los labios, tratando de no dejarme llevar por sus palabras.

Claro que Diego había cambiado mi vida, pero también era alguien que podía desbaratarlo todo si no tomaba distancia.

El amor que sentía por él era tan fuerte que apenas sabía cómo manejarlo.

—Rocío, no sé si estoy preparada para algo así. Me da miedo acabar perdiéndome por él. —Lo dije en un susurro, como si no quisiera que se escuchara demasiado fuerte—. Quiero centrarme en mi libro, encontrar mi sitio. Quiero saber quién soy sin estar a la espera de que Diego me diga si le parece bien o mal lo que hago.

Rocío me miró con compasión, aunque en su cara seguía esa sonrisa de incredulidad.

—Tú haz lo que tengas que hacer, coge tu espacio y disfruta. Pero Diego no es cualquier historia. ¿No crees que, si es para ti, él estará ahí cuando estés lista?

Me quedé en silencio, con esa pregunta resonando dentro.

Claro que quería que él estuviera ahí.

Quería que me esperara, que entendiera que ahora tenía que hacer esto, pero que en el fondo, estaba tan enamorada de él que dolía.

—No lo sé, Rocío. Solo sé que tengo que hacer esto sola.

Ella se acercó y me dio un abrazo, y en su voz noté una ternura que hacía tiempo no sentía.

—Entonces hazlo. Pero no olvides que a veces hay amores que, aunque no los busquemos, siguen estando ahí. A mí me parece estupendo.

46
Diego

Semanas más tarde

Mientras caminaba entre las luces y los escaparates del centro comercial, el móvil en la oreja y Marta al otro lado, sentía que el aire se movía distinto.

Quería buscar un par de cosas para el coche, y ningún sitio mejor que ese para comprarlo. Había un par de pasillos provistos de ese tipo de productos.

Tenían hasta ruedas nuevas, una locura.

Suspiré, la vida había cambiado, y aunque me había costado aceptarlo, me sentía más ligero, después de semanas de practicar el acto simple —o imposible, según el día— de soltar.

—Bueno, ¿y entonces? ¿Aún tienes ese pánico a delegar? —Marta bromeaba, pero en el fondo sabía que para mí había sido todo un reto.

Me reí, aunque todavía me costaba no ponerme a la defensiva con esos comentarios, porque en el fondo sabía que ella tenía razón.

—Mira, Marta, no voy a mentir: sigue siendo raro, pero, sorprendentemente, no es el fin del mundo. David y el equipo se están encargando bien. Puede que no sepa cómo dejar de revisar cada detalle o quitarme de la cabeza que nada será como yo lo haría, pero… —Suspiré, buscando las palabras—. He aprendido a confiar. Bueno, o estoy en ello.

—Así me gusta, ese es mi chico. La sesión de ayer con la psico, ¿bien? —preguntó Marta con una dulzura que me recordó cuánto tiempo llevaba sin hacer caso a ese tipo de cuidados para mí.

La terapia.

Otro reto, y no por la terapia en sí, sino por las palabras que ella, mi psicóloga, me había hecho escupir, cada una como si tuviera espinas.

Empecé porque no veía otra opción después de la tormenta en la que me había quedado tras lo de Lara, pero acabó siendo mucho más.

Me abrió los ojos a lo que había estado haciendo todos estos años, a las veces que me había perdido sin siquiera intentar luchar.

Me mostró que no era una debilidad admitir que, a veces, yo también me derrumbaba, y no por ello era más débil que los demás.

—La terapia va bien —admití—. Es raro, porque no sé si alguna vez he hablado tanto de mí mismo y de lo que siento. He empezado a entender algunas cosas, a poner en perspectiva lo de Lara, por ejemplo. No sé… me hace darme cuenta de que, aunque sigo sintiendo lo mismo, la necesito desde un lugar menos obsesivo y, bueno, más… —busqué la palabra— libre, supongo.

Marta rio por lo bajo, y pude imaginar su expresión: una mezcla de sorpresa y ternura.

—Bueno, quién te ha visto y quién te ve. Libre y tú en la misma frase.

Solté una risa que hizo eco en el pasillo de la tienda, pero era cierto: había cambiado.

La distancia me había hecho enfrentar mi vida de un modo que antes habría evitado por

cualquier medio.

Con el tiempo, los días sin ella se habían hecho menos dolorosos y más como un espacio en el que podía entenderme a mí mismo. Pero eso no quitaba lo que aún sentía.

Lara seguía siendo una chispa de vida que no podía ignorar, y lo cierto es que una parte de mí no quería hacerlo.

—¿Qué hay de ella? —preguntó entonces mi amiga, abriendo mi herida.

—Marta, no he dejado de pensar en ella. Sé que todo este tiempo me ha ayudado a dejar de lado mis miedos y esa necesidad de control, pero sigue ahí… —Las palabras me salieron entrecortadas—. Ella sigue ahí. Supongo que todavía la quiero, incluso más que antes, pero ahora ya no me siento atrapado por esa necesidad de planificarlo todo. Me siento… me siento dispuesto a dejar que pase lo que tenga que pasar.

Al otro lado, el silencio de Marta era comprensivo, como si entendiera el peso de cada palabra.

Sonreí sin darme cuenta, porque en el fondo sabía que había algo de esperanza escondida en esa espera.

Justo en ese momento, mi mirada se topó con una imagen que me dejó clavado en el suelo.

Ahí estaba el libro de Lara, en un panel de publicidad, con su rostro iluminando la pantalla como si fuera la estrella de todo aquel centro comercial.

Me había enterado de aquello por los compañeros de la oficina, que la habían seguido en redes sociales.

El título, *Crónicas de una operadora del amor*, me hizo soltar un suspiro que Marta captó al instante.

—Diego, ¿estás ahí?

—Sí, sí, Marta… Es que… estoy viendo su libro. Aquí, en un panel enorme. Su cara, su nombre. Es ella, joder. Es como si fuera un recordatorio de todo lo que estoy esperando.

Marta soltó una pequeña risa.

—Vaya, si es que esto es cosa del destino, ¿no crees?

Ella hablaba, pero ya no la escuchaba.

Mi mente estaba en otra parte, en esa sonrisa de Lara que ahora sonreía desde el panel publicitario y que parecía llamarme a dar un paso más.

Sin pensarlo, me dirigí hacia la zona de librería, atraído por una fuerza que ya ni me molestaba en cuestionar.

—Marta, te llamo luego, ¿vale?

Colgué antes de que respondiera, porque ya no podía esperar.

Caminé con pasos largos hacia la sección de novedades, donde sabía que debía estar su libro, y, en cuanto la vi, sentí cómo todo se apagaba a mi alrededor, quedando ella como la única luz.

Allí estaba, con uno de sus ejemplares en las manos, pasando las páginas con una sonrisa leve, absorta.

Me quedé observándola en silencio, y durante unos segundos, fui incapaz de moverme, como si ese momento fuera un sueño y temiera despertarme.

Casi sin darme cuenta, di un paso hacia ella.

En ese instante, Lara levantó la mirada y nuestros ojos se encontraron.

Vi la sorpresa, la duda, y luego, poco a poco, la expresión de alegría y nerviosismo que tanto adoraba.

Al verme, cerró el libro, pero no se movió. Por el contrario, se quedó ahí, esperando.

Yo no lo pensé dos veces.

—¿Me lo recomiendas? He oído decir que es muy bueno —pregunté en tono juguetón, tratando de aliviar la tensión que me carcomía por dentro.

47
Lara

Las últimas semanas fueron una maldita locura que, en lugar de dejarme mareada, me hizo sentir viva.

Tras la despedida con Diego, decidí enfocarme en mi libro.

Publicar *Crónicas de una operadora del amor* se había convertido en un sueño que no sabía que quería cumplir, el cual había comenzado a acariciar en silencio desde que la editorial se puso en contacto conmigo.

En esos momentos de soledad, mientras escribía cada palabra y cada capítulo, sentí que estaba construyendo algo que iba más allá de las páginas.

Era mi historia, mis miedos, mis anhelos y, sobre todo, mi viaje hacia el descubrimiento personal.

Al principio, me costó mucho ponerme a trabajar. La ausencia de Diego pesaba en mi pecho como una losa.

Cada vez que me sentaba a escribir, su imagen aparecía en mi mente, trayendo consigo el eco de nuestras risas, nuestras conversaciones llenas de complicidad y esa conexión que me hacía sentir tan completa. Pero, con el tiempo, la tristeza se fue convirtiendo en inspiración.

Las palabras fluyeron con más facilidad, y empecé a darme cuenta de que, aunque Diego seguía ocupando un lugar importante en mi corazón, aquel proceso de creación me estaba ayudando a encontrarme a mí misma.

Decidí dedicarme a escribir sin distracciones. Le dije adiós a la línea erótica y a las llamadas provocativas, sintiéndome lista para sumergirme en la profundidad de mi historia.

A medida que las páginas tomaron forma, sentí que estaba reconstruyendo mi identidad pieza a pieza.

Fue un proceso liberador, aunque a veces me encontrara extrañando a Diego tanto que el recuerdo conseguía quemarme la piel.

En ocasiones, incluso me despertaba en medio de la noche pensando en él, en su risa, en cómo se iluminaban sus ojos cuando hablábamos de nuestros sueños.

Sin embargo, sabía que no podía dejar que esos pensamientos me atraparan de nuevo, necesitaba tiempo y espacio para encontrarme.

Mis amigas fueron un pilar fundamental en el proceso, la familia que se elige, mi tribu.

Rocío, Cris y Yelena estuvieron a mi lado, animándome, dándome fuerza y recordándome que, aunque Diego había sido una parte importante de mi vida, el camino aún estaba lleno de oportunidades y sorpresas.

Los mensajes de aliento y las tardes de risas me recordaron que no estaba sola en aquel viaje.

A menudo hablamos sobre cómo, aunque Diego y yo estuviéramos distanciados, su influencia seguía presente en mí. Y aunque me daba miedo que pudiera ser algo temporal, también sabía que, si estábamos destinados a encontrarnos de nuevo, sería en el momento en el que ambos estuviéramos listos.

Hubo días en los que la nostalgia me golpeó con fuerza, y me descubrí deseando estar con él, charlando como si nunca nos hubiéramos separado, tentada a llamarlo por teléfono.

Otras veces, cuando estaba escribiendo, imaginé cómo sería nuestra relación si pudiera fluir sin las tensiones del pasado.

Pero entonces entregué el libro, se publicó y comenzó a venderse tras la estrategia de marketing que la editorial había preparado para él.

Mi cara comenzó a verse por las calles de Madrid.

En las marquesinas, en la plaza de Callao, en escaparates…

Y entonces me animé a ir a un centro comercial cualquiera de la ciudad, para comprobar que los ejemplares estaban allí, al alcance de todo el mundo.

Lo cogí entre mis manos, sintiendo aquella energía que me transmitía en la punta de los dedos.

Dios… ¡Era mío! ¡Yo lo había escrito!

Qué portada tan preciosa… qué cosa más bonita.

Sentí en ese momento que, aunque aquel camino pudiera ser incierto, era el mío.

Había sido un viaje lleno de aprendizajes, de autodescubrimiento y de amor.

Y ahora sabía qué tipo de amor quería: quizá un amor diferente, uno que no me limitara ni me hiciera dudar de mí misma.

Yo no pido algo extraordinario, solo un hombre de verdad.
Que se tire por mi al barro, que cambie las bombillas o hasta que me lave el carro.
Quiero un tipo atento y cariñoso, pero que no sea muy celoso.
Que en la calle sea un príncipe, pero que en la cama sea salvaje y peligroso.

Sonreí para mí misma al recordar la letra de aquella canción de la cantante Shakira que mis amigas me habían cantado semanas atrás.

Casi escuché la voz de Diego en mi cabeza seguir la canción: *Puedes pedir lo que quieras de mí.*

Zarandeé la cabeza, aquello era absurdo.

Estaba lista para enfrentar lo que viniera, porque al final del día, era Lara, y estaba decidida a encontrar mi voz y mi lugar.

Fue entonces cuando lo vi y todo a mi alrededor pareció congelarse, como si Elsa, la de *Frozen*, hubiera pasado con su vestido azul y su pelo rubio platino por allí.

No sonaba Shakira, sonaba *Desde cuándo* de Alejandro Sanz.

¿Diego?

Dios mío… ¿Era posible? ¿Qué hacía allí? ¿Por qué se acercaba?

Ya no duele, porque al fin yo te encontré.
Hoy te miro y siento mil cosas a la vez.

No pude evitar el golpeteo de mi corazón contra mis costillas, gritando todos y cada uno de mis latidos su nombre.

Me di cuenta entonces de que no lo había olvidado, de que todavía estaba bajo mi piel, adherido a mi cuerpo, a mi mente…

A todo mi ser.

Mira si busqué, mira si busqué.
Tengo tanto que aprender.
Todo lo que tengo es tu mirar.

Sonreí, porque no me salió hacer otra cosa, todavía sosteniendo mi libro entre las manos.

—¿Me lo recomiendas? He oído decir que es muy bueno —preguntó en tono juguetón, una vez estuvo cerca de mí.

—Pues sí —respondí—, la verdad es que no está mal.

—Me enteré por los de la oficina… Enhorabuena.

—Gracias —murmuré azorada, sintiendo cómo mis mejillas se teñían de rojo—. No esperaba verte aquí, Diego.

De mis recuerdos, salen brisas a volar.
Las locuras que tú me quieras regalar.

No sabía bien qué decir, porque, en el fondo, tampoco había esperado aquel encuentro.

Sin embargo, ahora que lo tenía delante, sentía que había algo que decir, algo que todavía necesitábamos cerrar.

—Tenía curiosidad. Y quería verlo con mis propios ojos. Tú… todo lo que has hecho —murmuró.

Bajé la mirada y jugué con la esquina del libro.

—¿Y… cómo estás? —pregunté con voz suave, me costaba encontrar las palabras.

Diego suspiró.

—He aprendido a soltar —respondió—. A delegar, incluso. A vivir sin tenerlo todo controlado. Y he aprendido, Lara, que lo que más deseo no es controlar, sino tener la libertad de elegir y que tú también tengas esa libertad. Quizá sigo sin saber si las cosas entre nosotros van a funcionar, pero… estoy dispuesto a descubrirlo sin prisas, sin planes.

Sus palabras me sorprendieron muchísimo, me tocaron el corazón.

Y mira si busqué, mira si busqué,
tengo tanto para dar.
Reconozco puertas que yo sé.
Se abren solamente alguna vez, así de poco.

—Te he echado mucho de menos —confesé entonces, porque ya no podía más.

Observé cómo tragó saliva de forma costosa y se acercó a mí.

Desde cuándo te estaré esperando, desde cuándo estoy buscando tu mirada en el

firmamento.
Estás temblando.

—Yo también te he echado de menos —dijo.

—Y, no sé si… —intenté decir, aunque la realidad es que me había quedado sin palabras.

—Te pido perdón por haber sido un imbécil cuando llegaste a la oficina, por no haber sabido ver entonces toda la luz que desprendes…

Entonces, sin poder evitarlo, coloqué dos de mis dedos en sus labios.

—Siento la reacción que tuve contigo en nuestra última conversación, creo que fue un poco desmedida, pero supongo que me vi desbordada yo también por todo lo que tenía encima. Ahora sé cuál es mi lugar y lo que quiero —dije casi de carrerilla.

—¿Y qué es lo que quieres? —me preguntó.

Te he buscado en un millón de auroras, y ninguna me enamora como tú sabes.
Y me he dado cuenta ahora.

—A ti, Diego Calatrava, aunque a veces seas un ogro y un rígido.

—¿Quién? Ese chico ya no existe, Lara…

—¿No? Entonces, ¿quién es el que tengo delante?

—Uno al que le da igual arriesgarlo todo para entrar al paraíso, si me abres las puertas, por supuesto —dijo con una sonrisa que me derritió por dentro.

—Mmmm en el paraíso no puede entrar cualquiera, hay un *dresscode* muy estricto —fingí que pensaba, tocándome la barbilla—, ¿qué llevas puesto?

Diego se rio a mandíbula abierta y a mí se me llenó el pecho de calor.

—Ven aquí, anda…

Me abrazó con su cuerpo y el aroma de su perfume volvió a invadirme, haciéndome sentir segura, haciéndome sentir que quería quedarme allí para siempre.

—Te quiero, Diego —murmuré sobre su pecho.

—Te quiero, Lara —contestó él.

Después nos besamos, y entendí que el amor puede ser tan complicado como sencillo, solo tenemos que vigilar con qué matiz nos queremos quedar.

Epílogo

Meses después

—¡*Cuchi, cuchi*! ¡Ajo! —gorjeé.

—¿Quién es lo más lindo de su casa? ¿Quién, quién, quién? —añadió Yelena.

—Es un ser mágico —dijo Ni, ladeando la cabeza.

—Yo la veo un poco calva, ¿no? La camiseta de *Los Ramones* le queda increíble —dijo Cris sonriendo.

—No os imagináis lo que me costó sacar esa cabeza —apuntó Rocío.

Imagínate despertar y ver cinco cabezas sobre tu cara, mirándote con esos ojos que te parecen tremendamente enormes.

Eso debió pensar la hijita de Rocío en aquel momento, cuando por fin, un par de meses después de que hubiera nacido, habíamos conseguido reunirnos las cinco para verla y estar juntas.

El aire en Madrid se llenó de un suave aroma a felicidad y con ella, llegaron nuevos comienzos.

La vida, en su eterna danza de cambios, había tejido un hermoso tapiz de momentos que brillaban como las estrellas en una noche despejada.

Todo parecía encajar en su lugar, como si el universo finalmente hubiera decidido alinearse para mis amigas y para mí.

Rocío, con una sonrisa radiante y los ojos iluminados por el amor, se encontraba en el sofá, acurrucada con su pequeña en brazos tras sacarla de la cunita, pues le tocaba biberón.

La recién nacida era un calco perfecto de su madre, y Rocío había decidido llamarla Melanie, en honor a esa parte de nuestra vida que había sido tan transformadora y nos había unido tanto.

La bebé se acurrucaba suavemente, mientras Rocío no podía dejar de mirarla, cada pequeño movimiento llenando su corazón de una alegría indescriptible.

—Mira, cariño, eres un verdadero milagro —susurró Rocío.

Yelena se acercó, con su cabello suelto y una energía contagiosa que llenaba el espacio.

Su relación con Juan se había fortalecido de una manera que ni siquiera ella había imaginado. Pasaba más tiempo con él y disfrutaba de cada momento, sintiendo que, después de todo, habían encontrado su propio equilibrio.

—¡Qué hermosa es! —exclamó Yelena, tendiéndole el biberón listo a Rocío. —Creo que tienes que compartir con ella tu talento para la organización. ¡Eres la madre más perfecta!

Las risas llenaron el aire.

Nuestra amistad se había fortalecido, y cada una había encontrado su propio camino.

Cris, que había logrado abrir su propio estudio de tatuajes, estaba triunfando. Sus diseños estaban en demanda y la noticia de su talento se esparcía como un fuego en la niebla. Había conseguido crear un espacio donde el arte y la autoexpresión se encontraban, y su felicidad era contagiosa.

Ni, después de su aventura en Japón, había regresado de visita. Se había traído un montón de

historias y recuerdos, llenando la habitación con su risa y su chispa característica.

Mientras tanto, yo había estado enfocándome en mi nuevo libro, el segundo que estaba escribiendo tras el éxito rotundo de *Crónicas de una operadora del amor*.

¡Había comenzado mi carrera como escritora!

Y me estaba resultando un mundo fascinante, casi tanto como mi relación con Diego.

El grupo estaba más unido que nunca, apoyándose en los cambios y celebrando los logros de cada una.

—¡Y cómo come! ¡Madre mía, se parece a su madre! —exclamó Cristina.

—Cállate, guarra. La nena come lo que necesita —espetó Rocío sin acritud.

—Me muero de amor, es tan linda —comenté—. Chicas, he de marcharme, Diego y yo hemos quedado para ver un piso en Carabanchel.

—Uuuuuu —me animó Ni—, mucho *gangangan* para ti, amiga.

—Gracias.

—Suerte, nena —dijo Rocío desde el sofá.

—¡Cuéntanos luego! —dijeron Yelena y Cris al unísono.

Me marché de casa con el corazoncito trotando en mi interior.

Diego y yo habíamos decidido irnos a vivir juntos, así que dejaría de compartir piso de solteras con Rocío.

Aquel amor había florecido de una manera muy bonita, llena de momentos sencillos pero significativos.

Ambos habíamos comenzado a mirar pisos cuando Diego me lo propuso, imaginando un hogar que reflejara nuestra esencia compartida.

Diego había decidido dejar el apartamento en el que estaba por uno más grande, donde pudiera hacerse un pequeño despacho para pasar más tiempo en casa.

Las visitas a diferentes lugares estaban llenas de risas y complicidad, y cada vez que entrábamos en un nuevo espacio, nos imaginábamos juntos allí, construyendo nuestra vida.

—¿Qué te parece este? —preguntó Diego, con una sonrisa que iluminaba su rostro. Aquel piso de Carabanchel sí que cumplía nuestras expectativas—. Podemos convertirlo en un refugio, un lugar solo para nosotros.

Sonreí, sintiendo cómo una calidez invadía todo mi cuerpo.

Estaba enamorada de cada rincón de Diego, de sus sueños y de cómo hacía que me sintiera completa.

—Me encanta, pero creo que necesitamos más plantas —respondí, mientras ambos nos perdíamos en la idea de un futuro compartido.

—Compraremos todas las que quieras —dijo Diego.

—Entonces nos quedamos con este —accedí juntando mis manitas entre sí, ilusionada.

Así, con cada paso que dábamos, nos adentrabamos en un nuevo capítulo, dejando atrás las inseguridades y abrazando el amor que habíamos construido juntos.

Habíamos trabajado duro la confianza en nuestra pareja, así como también la sinceridad, pero con una sonrisa en los labios y la esperanza en nuestro corazón, nos lanzamos a la aventura de la convivencia, listos para seguir escribiendo nuestra historia.

¿Y tú, cuándo vas a atreverte a romper las reglas y luchar por lo que más anhelas?